

SOMBRAS Y MENTIRAS

LOS DESEOS PROHIBIDOS 1

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

SOMBRAS Y MENTIRAS

LOS DESEOS PROHIBIDOS 1

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Sombras y mentiras. Bilogía *Los deseos prohibidos n°1*

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 1



Iria

A lo largo de los años, tomamos decisiones que nos cambian la vida de un modo que jamás imaginamos. Algunas las elegimos con plena conciencia; otras se nos imponen como una bofetada, sin tiempo para pensar, sin margen para dudar. Yo tomé dos decisiones importantes antes de cumplir los dieciocho años.

La primera fue huir. La segunda, no mirar atrás jamás.

Crecí en un punto casi invisible del mapa de Galicia, uno de esos pueblos donde todo el mundo sabía quién eras antes incluso de que tú supieras quién querías ser. Allí las casas se alineaban como si se vigilaran unas a otras, y las miradas pesaban más que las palabras. Allí aprendí pronto que el silencio era una forma de supervivencia.

Mi madre, María, era una mujer dulce hasta el extremo de doler. Tenía las manos siempre ocupadas; si no era con la compra, era por la limpieza o la comida, como si detenerse un segundo pudiera provocar una catástrofe. Hablaba poco, sonreía menos de lo que merecía y caminaba con el cuerpo ligeramente encogido, como si intentara hacerse pequeña para no molestar. Me quería con una intensidad silenciosa, protectora, desesperada. Yo era su refugio y, al mismo tiempo, su mayor miedo.

Mi padre, Xosé, era todo lo contrario. Grande, tosco, con una presencia que llenaba la estancia incluso cuando no decía nada. Bebía. Bebía demasiado. Y cuando lo hacía, el aire de la casa se volvía irrespirable. No podía recordar

una sola discusión que no acabara con portazos, insultos o golpes. En el pueblo lo sabían. Siempre lo supieron. Pero nadie hacía preguntas incómodas. Nadie se metía donde no le llamaban.

Durante años, mi madre aguantó. Aguantó por miedo, por vergüenza, por esa falsa esperanza de que las cosas cambiarían. Aguantó por mí. Y yo… Yo crecí aprendiendo a leer el ambiente, a anticipar estados de ánimo, a desaparecer cuando hacía falta. Me convertí en experta en pasar desapercibida.

Tenía diecisiete años la primera vez que mi padre me golpeó. No fue un arrebato. Fue una decisión. Una forma de recordarme quién mandaba. Aún podía recordar el sonido seco, el impacto, el silencio posterior. Y recordaba a mi madre gritando mi nombre como si se le fuera la vida en ello. Y también su cara después, cuando me limpió la sangre con manos temblorosas y me miró con una determinación que nunca antes le había visto.

—*Tienes que irte, Iria* —me dijo esa tarde—. *No puedes quedarte aquí. No quiero que acabes como yo.*

Yo no quería dejarla. No podía. Me pasé horas sentada en la cama, con una mochila medio hecha, paralizada por la culpa. Pensando que quizá exagerábamos, que quizá todo se calmaría. Pensando que, si me iba, la estaría abandonando.

Pero no tuve tiempo de decidir.

Esa misma noche, mi padre volvió borracho. Más que otras veces. Y sí, aún recordaba los gritos, los golpes, el ruido de los muebles cayendo. Y recordaba cómo me quedé inmóvil, incapaz de reaccionar. Y podía recordar, sobre todo, el silencio posterior. Un silencio definitivo. Irreversible.

Mi madre murió esa noche.

El pueblo lo tapó. Dijeron que había sido un accidente. Dijeron muchas cosas. Yo no escuché ninguna. Cogí la mochila, salí de aquella casa y no volví jamás. No había más familia. No había nadie que me consolara o ayudara. Solo la certeza de que, si me quedaba, acabaría rota o encerrada en algún lugar donde perdería incluso el derecho a decidir.

Tenía diecisiete años cuando hui. Y diecinueve cuando aprendí que también se puede sobrevivir gracias a alguien que no comparte tu sangre.

Héctor había sido mi refugio mucho antes de ser mi salvación. Dos años mayor que yo, siempre diferente, siempre demasiado brillante para aquel lugar. Cuando me confesó que era gay, lo hizo con una sonrisa nerviosa y los ojos llenos de miedo. Cuando se lo contó a sus padres, lo echaron de casa con la misma frialdad con la que otros sacaban la basura.

Tenía diecinueve años en aquel entonces, una mochila tan vacía como la mía y ningún sitio al que ir.

Y nos fuimos juntos aquella noche en la que yo perdí todo.

Madrid no fue amable al principio. Llegamos con poco dinero, ninguna garantía y demasiadas heridas abiertas. Encontramos un piso diminuto, anticuado y mal aislado, en un barrio que no salía en las guías. Dormíamos en colchones en el suelo, compartíamos gastos contando cada céntimo y aprendimos a reírnos del hambre para que no doliera tanto.

Yo encontré trabajo como dependienta en una tienda de artículos para bebés. Era irónico, supongo. Pasaba el día rodeada de cunas, bodis diminutos y sonajeros, mientras por dentro me sentía todo menos inocente. Pero necesitaba el dinero. Necesitábamos estabilidad.

Héctor empezó como camarero en un bar cerca de Gran Vía. Tenía carisma, una sonrisa imposible de ignorar y una lengua afilada que le abría puertas incluso en los peores días. Volvía a casa agotado, oliendo a alcohol ajeno y a humo, pero nunca perdió el humor. Nunca perdió la luz.

Fueron años duros, muy duros. Pero aprendimos a sostenernos mutuamente cuando flaqueaban las fuerzas. A celebrar pequeños logros como si fueran victorias épicas. A construir una familia donde nadie nos la había dado.

Yo estudiaba por las noches. Primero hice cursos, luego la universidad que podía pagarme con los sueldos que teníamos. Administración, estrategia, idiomas. Descubrí que mi mente era mi mayor arma. Que analizar, anticipar y planificar me daba una sensación de control que nunca había tenido. Me

obsesioné con ser la mejor. No por ambición, sino por necesidad. Porque volver atrás no era una opción.

A los veinticinco años, entré en *Eisenhart & Wolf Global Solutions*. Una multinacional alemana imponente, exigente, casi intimidante. Empecé desde abajo, como todo el mundo, pero aprendí rápido. Demasiado rápido. Trabajé más horas de las que debería y callé más de lo que sentía. Me hice indispensable.

Múnich. Frankfurt. Aviones. Reuniones interminables. Trajes sobrios. Miradas evaluadoras. Ascensos que no llegaban por suerte, sino por precisión y por mi valía.

Y como solía decirse, el esfuerzo que había hecho en estos años se vio recompensado hacía dos semanas, cuando me ascendieron a directora Global de Estrategia y Expansión Internacional. La más joven en la historia de la empresa, me dijo mi jefe directo, puesto que nadie había optado a un puesto así con tan solo treinta años.

A veces me miraba al espejo y me costaba reconocer a la mujer que me devolvía la mirada. A veces seguía viendo a la chica con una mochila, huyendo de madrugada sin saber si sobreviviría.

Héctor también creció. Evolucionó. Transformó aquel bar en algo más. En su sueño. El Club Índigo nació de su necesidad de crear un espacio seguro, libre, elegante. Un lugar donde nadie tuviera que esconderse. Hoy era suyo. Y yo estaba orgullosa de él de una forma que no sabía explicar sin que me temblara el pecho.

Cinco años atrás, me pidió algo que solo alguien como él podría pedir sin miedo a romperme. Quería ser padre. Y quería que yo fuera parte de ello.

Acepté sin dudarlo. No porque quisiera ser madre, ya que nunca lo quise para mí, sino porque quería que él tuviera todo aquello que le habían negado. Vera nació y el mundo se recolocó. Tenía mis ojos. Mi sonrisa torcida. Y una risa que iluminaba cualquier habitación.

Ella me llamaba tía. Y así estaba bien.

Había tomado dos decisiones que marcaron mi vida para siempre. Huir. Y quedarme. Todo lo demás vino después.

Febrero siempre me había parecido un mes cruel. No tenía la magia de diciembre ni la promesa de la primavera; era solo frío, días cortos y un cansancio acumulado que se resistía a desaparecer. Aquella noche, sin embargo, mientras el coche avanzaba por las calles iluminadas de Madrid, sentí algo distinto. Una calma tibia, casi doméstica, que me esperaba al final del trayecto.

El ascenso llevaba apenas dos semanas flotando sobre mi cabeza como una realidad todavía irreal. En la oficina me felicitaban, me observaban con una mezcla de respeto y recelo, y yo asentía con la profesionalidad de siempre, como si aquello no me atravesara por dentro. Pero allí, en el asiento trasero del coche, con el abrigo bien cerrado y las manos heladas, supe que al cruzar la puerta de casa todo sería diferente. Allí no era la directora global de nada. Allí era simplemente Iria.

El ático estaba en una calle tranquila, discreta, de esas que no llamaban la atención, pero escondían vistas privilegiadas. Al subir en el ascensor acristalado, Madrid se desplegaba ante mí como un mar de luces. El edificio era moderno, elegante sin ostentación, y cuando la puerta se abrió directamente al interior de la casa, el calor me envolvió de inmediato.

El ático era luminoso incluso de noche. Grandes ventanales daban a la terraza, desde donde se veía la ciudad extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. El salón era amplio, con tonos neutros, madera clara y textiles suaves. Nada estaba colocado al azar, pero tampoco parecía un piso de revista. Era un hogar. Uno de verdad. Con vida.

Me quité el abrigo mientras dejaba el bolso sobre el mueble de la entrada y, antes incluso de poder anunciar mi llegada, escuché un grito agudo y feliz.

—¡Tía Iria!

Vera apareció corriendo desde el pasillo, con el pijama puesto y el pelo revuelto, arrastrando un peluche casi tan grande como ella. Se lanzó contra mis piernas sin medir sus fuerzas y tuve que agacharme a tiempo para recogerla en brazos.

—Hola, terremoto —dije riendo, besándole la mejilla—. ¿No deberías estar casi dormida?

—Es viernes —anunció muy seria—. Los viernes no cuentan.

Tenía los ojos verdes brillantes, exactamente idénticos a los míos, y esa expresión despierta que me desarmaba siempre. Olía a jabón infantil y a algo dulce. Me abrazó el cuello con fuerza, como si lleváramos meses sin vernos en lugar de unas horas.

—Te estaba esperando —añadió, bajando la voz como si compartiera un secreto—. Papá ha hecho pasta.

—Ah, ¿sí? —levanté la mirada hacia el salón—. Entonces hoy es una noche importante.

Héctor apareció apoyado en el marco de la puerta de la cocina, cruzado de brazos, con una sonrisa ladeada que conocía demasiado bien. Llevaba una camiseta oscura ajustada, vaqueros y el pelo ligeramente despeinado. Estaba guapo. Siempre lo estaba, pero aquella noche tenía algo especial en la mirada. Orgullo. Cariño. Felicidad sincera.

—Buenas noches, señora ejecutiva internacional —dijo con tono solemne —. Bienvenida a casa.

—No empieces —respondí, volteando los ojos—. O me doy la vuelta y me voy a dormir a un hotel.

—Ni se te ocurra —intervino Vera, indignada—. Hoy es tu cena.

La dejé en el suelo y me incliné hasta quedar a su altura.

—¿Mi cena?

—Sí. Porque te han ascendido —explicó, como si fuera obvio—. Y porque eres la mejor tía del mundo.

Me quedé mirándola un segundo, con el pecho apretado por una emoción desbordante para un momento tan fugaz. Luego la abracé de nuevo.

—Gracias, cariño.

La cena fue sencilla y perfecta. Pasta casera, una botella de vino que Héctor había guardado "para una ocasión que lo mereciera" y risas constantes. Vera hablaba sin parar, saltando de un tema a otro, contando historias del colegio, inventándose palabras, haciéndonos reír con su lógica peculiar.

—Cuando sea mayor —anunció de repente—, voy a trabajar contigo, tía.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Y a qué te dedicarás?

—A mandar —respondió sin dudar—. Como tú.

Héctor soltó una carcajada.

—Esta niña va directa a dominar el mundo.

—Con cuatro años ya da miedo —añadí.

Después de la cena, la llevé a la cama. Su habitación era un pequeño universo propio: colores suaves, libros por todas partes, dibujos pegados en la pared. La arropé con cuidado y me senté a su lado mientras me pedía que le contara una historia.

—Una corta —advertí—. Que ya es muy tarde.

—Siempre dices eso —protestó—. Y luego cuentas una historia larga —volteó los ojos y sonreí, porque ese gesto… Ese gesto era idéntico al mío.

Le conté una historia improvisada sobre una niña valiente que viajaba por el mundo sin perder nunca su casa. Cuando terminé, ya tenía los ojos cerrados y respiraba tranquila. Le di un beso en la frente y apagué la luz.

En el salón, Héctor me esperaba apoyado en el respaldo del sofá. Cuando me vio, abrió los brazos sin decir nada. Me acerqué y me dejé envolver por su abrazo fuerte, cálido y seguro. De esos que no pedían explicaciones.

—Gracias —murmuró Héctor contra mi pelo.

—¿Por qué?

—Por todo —respondió—. Por darme lo que siempre quise. Por regalarme este pedacito tuyo que corre por la casa y me llama papá.

Me separé lo justo para mirarlo.

—Estás loco.

—Y tú también —replicó—. Por eso funcionamos.

Y nos reímos en voz baja. Luego me besó la frente con un gesto cargado de ternura.

—Vete a dormir, jefa mundial —añadió—. Mañana te espera el mundo.

Me fui a mi habitación, me metí en la cama y cerré los ojos. Y, como siempre, pensé en las decisiones. En cómo, sin darnos cuenta, algunas nos cambiaban la vida para siempre.

Capítulo 2

Iria

Me desperté sin necesidad de alarma, con esa sensación extraña que solo tenía los sábados: el cuerpo descansado y la mente todavía en pausa. Durante unos segundos me quedé boca arriba, mirando el techo, escuchando. La casa nunca estaba del todo en silencio, no desde que Vera formaba parte de ella.

Oí pasos pequeños cruzando el pasillo, una puerta que se abría con cuidado exagerado y una risa contenida, como si alguien estuviera intentando no hacer ruido y fracasara estrepitosamente. Sonreí antes incluso de moverme.

El aroma del café llegó hasta mi habitación unos instantes después. Café fuerte. Del que solo tomaba Héctor. Yo siempre decía que aquello no era café, sino petróleo caliente, pero en el fondo me encantaba ese olor porque significaba hogar.

Me incorporé despacio, me puse una sudadera gris ancha y unos calcetines gordos, y salí al pasillo arrastrando los pies. El suelo estaba frío, pero la casa ya empezaba a sentirse viva.

—¡Buenos días! —canturreó una voz aguda desde la cocina.

—Buenos días, terremoto —respondí, aún medio dormida.

Vera estaba subida a su taburete, con un cuenco enorme de cereales delante y la barbilla manchada de leche. Tenía el pelo revuelto, recogido de cualquier

manera, y llevaba un pijama con unicornios que insistía en ponerse, aunque ya se le quedaba un poco corto.

—Hoy me he despertado antes que tú —anunció con orgullo.

—Eso no vale —dije mientras me acercaba—. Los sábados tengo permiso oficial para dormir más.

—¿Quién te ha dado ese permiso? —preguntó Héctor desde la encimera, con una taza en la mano y el pelo estratégicamente despeinado.

—Yo misma —respondí—. Que para algo soy directiva.

Héctor se rio por lo bajo. Vestía una camiseta negra ajustada y unos pantalones de chándal. Tenía esa mezcla perfecta entre padre responsable y espíritu gamberro que nunca había perdido.

—Cuidado, Vera —le dijo—. Si dices eso en el cole, igual te mandan a dirección.

—Yo quiero ser directora —replicó ella sin dudar—. Como la tía.

Me detuve un segundo, sorprendida, y la miré con una sonrisa que me salió sola.

—¿Para qué quieres ser como yo?

—Para mandar —contestó—. Y dar abrazos cuando alguien esté triste.

Héctor me miró por encima de la taza, con esa expresión que mezclaba orgullo y emoción contenida.

—Va a ser mejor jefa que tú —sentenció.

—Imposible —repliqué—. Pero va por buen camino.

Desayunamos los tres juntos, como casi siempre que coincidíamos sin prisas. Yo me preparé una tostada con mantequilla y mermelada mientras Vera

insistía en que sus cereales estaban “demasiado blandos” y Héctor defendía que eso era científicamente imposible.

—Papá —dijo ella muy seria—, la leche lleva mucho rato ahí.

—Eso es porque hablas demasiado —respondió él.

—¡No es verdad!

—Lo es.

—¡No!

—Sí.

—¡Tía Iria!

—Yo no pienso meterme —dije levantando las manos—. Hoy soy neutral.

Vera frunció el ceño y luego se rio, con esa risa contagiosa que llenaba la cocina.

Después de recoger, apareció de repente con sus zapatillas puestas y una chaqueta demasiado grande.

—¿Vamos a hacer la compra? —preguntó, dando saltitos.

—Vamos —acepté—. Pero hoy ayudas de verdad.

—Siempre ayudo —aseguró—. Yo elijo las cosas importantes.

—Eso me da miedo —murmuró Héctor.

Me reí, la dejé en la cocina y fui a darme una ducha rápida y vestirme. Opté por unos vaqueros ajustados, mis botas altas, un jersey blanco y el abrigo negro que solo usaba en días de compra semanal.

En el supermercado, Vera empujaba el carro como si fuera una misión de vida o muerte. Saludaba a todo el mundo, comentaba los colores de las frutas y se detenía delante de cada estantería de dulces como si fuera un museo.

—Tía —dijo de repente—, dentro de poco es San Valentín.

—Ajá —respondí mientras cogía tomates.

—Tenemos que regalarle algo a papá.

—¿Sí? ¿Por qué?

Me miró como si acabara de preguntar la cosa más absurda del mundo.

—Porque le queremos mucho. Y ese día se regala a quien se quiere. No solo a los novios.

Me detuve y la miré con una sonrisa amplia.

—¿Y eso dónde lo has aprendido?

—La vecina de abajo lo dijo —contestó—. La señora Morales.

Ahí fue cuando me reí de verdad. Me vino a la cabeza la imagen perfecta de la señora Morales: sesenta y dos años, viuda, sin hijos, siempre arreglada, siempre sonriente. La misma mujer que un día me había confesado, con total naturalidad, que estaba suscrita a una app de citas donde había "caballeros muy interesantes y muy activos en la cama". Palabras textuales.

—Tiene razón —dije finalmente—. Le regalaremos algo a papá.

—¡Bien! —gritó Vera, añadiendo dos paquetes más de chuches al carro.

—Eso no estaba en la lista —protesté.

—Pero está en el corazón —respondió.

No supe qué decir a eso.

Seguimos comprando entre risas, discusiones absurdas y negociaciones interminables sobre cuántas chocolatinas eran "razonables". Cuando volvimos a casa cargadas de bolsas, me dolían las mejillas de sonreír.

Y pensé, mientras abría la puerta, que quizá la felicidad era eso: momentos pequeños, imperfectos, pero llenos.

Cuando cerré la puerta del ático con el hombro, cargada con las últimas bolsas, sentí ese cansancio agradable que solo aparecía después de una mañana bien aprovechada. No era físico, no del todo. Era más bien una mezcla de risas acumuladas, de conversaciones absurdas, de ese tipo de felicidad doméstica que no pesaba, pero llenaba.

—¡Papá, ya estamos en casa! —anunció Vera a pleno pulmón, dejando las zapatillas tiradas en mitad del recibidor.

—Ya lo he notado —respondió Héctor desde su despacho—. El edificio entero lo ha notado.

Vera puso los ojos en blanco con dramatismo.

—Exagerado.

Yo dejé las bolsas en la cocina y me quité el abrigo. La luz del mediodía entraba a raudales por los ventanales, reflejándose en la encimera clara. Fuera hacía frío, pero dentro se estaba bien. Muy bien.

—Hoy toca paella —anuncié.

—¡Yupiiiiii! —gritó Vera, subiéndose a su taburete como si aquello fuera el pistoletazo de salida—. Yo ayudo —añadió inmediatamente.

—Tú supervisas —corregí—. Que ya sabemos cómo acaba lo de “ayudar”.

—Eso es mentira —protestó—. Yo soy muy responsable.

—Claro —dije—. Sobre todo cuando hay arroz.

Empezamos con el ritual de siempre. Yo sacaba los ingredientes; ella los iba nombrando como si estuviera pasando lista: marisco, pimiento, arroz, caldo, azafrán… aunque este último siempre lo pronunciaba mal y acababa inventándose una palabra nueva.

—Eso no se dice así —le corregí entre risas.

—Da igual —replicó—. Se entiende.

Encendí el fuego y empecé a cortar mientras Vera me observaba con mucha atención, apoyando la barbilla en las manos.

—Tía —dijo de repente—, cuando yo sea mayor quiero cocinar contigo siempre.

—Cuando seas mayor, igual prefieres cocinar sola —respondí.

—No —negó con firmeza—. Yo contigo.

Sentí ese pellizco suave en el pecho que me provocaba a menudo sin saberlo. No dije nada. Solo sonreí.

El sonido del teclado dejó de escucharse al cabo de un rato y Héctor apareció en la cocina, con el móvil en la mano y una ceja levantada.

—Huele demasiado bien para que no haya peligro —comentó.

—Eso es porque no confías en nosotras —dijo Vera, ofendida.

—Confío —replicó él—. Pero con cautela.

—Ven y ayuda —le dije—. En lugar de criticar.

—¿Ayudar? —repitió, haciéndose el sorprendido—. ¿Yo? ¿Un sábado?

—Papá, si no ayudas no comes —sentenció Vera.

Héctor la miró, luego me miró a mí y levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. ¿Qué hago?

—Corta la cebolla —le indiqué—. Y no llores, que luego dices que te pica.

—Eso fue una vez.

—Fue hace dos días —intervino Vera.

La cocina se llenó de conversaciones cruzadas, de bromas, de comentarios absurdos. Héctor fingía no saber hacer nada, Vera le corregía con una seriedad impropia de su edad, y yo me limitaba a observarlos mientras removía el arroz, pensando en lo fácil que parecía todo en ese momento.

Comimos los tres en la mesa grande del salón, con la paella en el centro y platos llenos. Vera repetía cada dos bocados que estaba "riquísima", como si temiera que dejara de estarlo si no lo recordaba en voz alta.

—Esta paella sabe mejor porque la hemos hecho juntas —anunció.

—Eso es objetivamente falso —dijo Héctor—. Sabe igual que siempre.

—No —replicó ella—. Hoy sabe a sábado.

No supe muy bien por qué, pero esa frase se me quedó clavada.

De postre saqué la tarta de nata con fresas que habíamos comprado. Vera aplaudió como si fuera su cumpleaños y Héctor negó con la cabeza, fingiendo resignación.

—Así no hay quien mantenga la línea —comentó.

—¿Qué línea? —pregunté.

—La imaginaria —respondió, y nos echamos de nuevo a reír los tres.

Después de comer recogimos sin prisas. Vera ayudó de verdad esta vez, o al menos lo intentó, y luego se acurrucó entre nosotros en el sofá. Puse una película de Disney que había visto mil veces, pero que ella adoraba como si fuera la primera.

A los veinte minutos ya estaba medio dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro y una mano agarrando la manga de mi sudadera. Yo no me moví. Héctor bajó el volumen y nos quedamos así, en silencio, viendo cómo respiraba tranquila.

—Esta noche hay un *show* nuevo en el club —dijo en voz baja—. Uno en vivo. Bastante potente.

—¿Sí? —susurré—. Creo que me vendrá bien salir un rato.

—Lo sabía —sonrió—. Aviso a Julia.

—Ya lo hago yo —respondí, sacando el móvil.

Mientras escribía el mensaje, pensé en Julia, la vecina del cuarto. Tenía veintidós años, era estudiante de pediatría y responsable hasta decir basta. Adoraba a Vera desde que nació; la trataba con una mezcla perfecta de cariño y firmeza. La mejor canguro del mundo.

Envié el mensaje y dejé el móvil sobre la mesa. Vera ya dormía profundamente. Héctor le puso una manta por encima con cuidado y luego se sentó a mi lado, pasándome el brazo por los hombros.

—Lo estamos haciendo bien —murmuró, apoyando la frente en mi sien—. A pesar de todo.

Sonreí.

—Sí —respondí—. Lo estamos haciendo.

Nos quedamos unos segundos así, en silencio. Luego me atreví a preguntar.

—¿Has sabido algo de tus padres?

Noté cómo se tensaba apenas un instante antes de negar con la cabeza.

—Nada.

No dijo nada más. No hacía falta. Le acaricié el pecho despacio, con un gesto automático, reconfortante. Pensé en esos mensajes que él enviaba cada Navidad. En esas fotos de Vera que mandaba con cuidado, sin reproches, solo información. “Tenéis una nieta”. “Está creciendo”. “Es feliz”.

Sabía que los veían. Lo sabía porque el mensaje aparecía como leído. Pero nunca respondían. Nunca llamaban. Héctor aún guardaba una esperanza mínima, casi invisible, de que algún día recapacitaran. De que aceptaran que era gay. De que aceptaran que era padre.

Yo no tenía esa esperanza con mi propio padre. No quería tenerla. Para mí, estaba tan muerto como mi madre. No había nada que recuperar allí. Ningún vínculo que mereciera la pena.

Miré a Héctor de reojo. Él seguía mirando la pantalla del televisor, perdido en sus pensamientos.

—Sea como sea —dije finalmente—, nosotros estamos aquí.

Asintió despacio.

—Sí —respondió—. Y eso es lo que importa.

Apagué la tele y nos quedamos allí en silencio viendo a nuestro pedacito de cielo dormir. Fuera, Madrid seguía su ritmo. Dentro, el mundo era pequeño, imperfecto… y suficiente.

Capítulo 3

Matthias

Hay hombres que nacen con el mundo trazado frente a ellos como un plano perfectamente calculado. Otros lo dibujan a golpes, a errores, a pérdidas. Yo tuve ambas cosas. Un legado sólido… y una caída tan profunda que durante años dudé de si volvería a ver la luz.

Me llamo Matthias Eisenhart Álvarez y durante mucho tiempo fui muchas cosas antes de volver a ser yo mismo.

Crecí entre dos idiomas, dos culturas y una certeza inamovible: nada de lo que tenía había sido regalado por casualidad. Mi padre, Hans Eisenhart, era ingeniero. Pero no uno cualquiera. Era de los que veían futuro donde otros solo veían hierro y números. Visionario, meticuloso, obsesivo hasta el extremo de olvidar comer cuando una idea se le metía en la cabeza.

Mi madre, Carmen, era economista. Española, elegante incluso cuando estaba cansada, fuerte incluso cuando el mundo se le venía encima. Se conocieron en Madrid, en una feria industrial, cuando él todavía creía que su vida estaría siempre en Alemania y ella jamás pensó en marcharse de España. Se enamoraron contra todo pronóstico. Contra idiomas, contra distancias, contra familias escépticas.

Fundaron juntos *Eisenhart & Wolf Global Solutions* junto al mejor amigo de mi padre, Friedrich Wolf, cuando nadie apostaba por una empresa que mezclara ingeniería industrial avanzada, automatización inteligente y

sostenibilidad energética en una época en la que esa palabra todavía sonaba a moda pasajera. No lo fue. Construyeron un imperio.

Yo crecí viéndolos trabajar codo con codo, discutir con pasión, respetarse con una devoción que marcó mi forma de entender el amor… y también mis miedos. Porque amar así implicaba perder mucho si todo se rompía.

Era hijo único. Al menos en la práctica. Mi madre se quedó embarazada cuando yo tenía siete años. Aún podía recordar la ilusión, las conversaciones en voz baja, las manos de mi padre sobre su vientre. Recordaba también el silencio posterior. El hospital. La mirada rota de mi madre. El diagnóstico final: no podría volver a tener hijos.

Nunca hablaron de ello delante de mí. Pero lo sentí. Y quizá por eso, Leonhard Wolf siempre fue algo más que mi mejor amigo.

Leonhard y yo crecimos juntos. Nuestros padres se conocían desde la universidad. Socios. Amigos. Hermanos de elección. Cuando yo entraba en casa de los Wolf, nadie me trataba como un invitado. Ingrid me besaba la mejilla, Friedrich me preguntaba por los estudios. Y en mi casa, Leonhard tenía su habitación fija, su sitio en la mesa, su lugar en la familia.

Estudiamos juntos. Economía, ingeniería, estrategia empresarial. Nos preparamos durante años para heredar algo que no era solo una empresa, sino una responsabilidad. Raras veces competimos entre nosotros. Éramos demasiado distintos para eso. Yo era el cálculo frío, la estrategia a largo plazo. Él, la intuición financiera, el riesgo medido, la sonrisa canalla que abría puertas cerradas.

Cuando llegó el momento, no hubo dudas. Yo sería el CEO. Leonhard, mi mano derecha. Mi socio. Mi ancla.

Decidí instalarme en España de forma permanente cuando la segunda sede de la multinacional se consolidó en Madrid. No fue solo una decisión empresarial. España era mi madre. Era su idioma. Su gente. Su forma de vivir. Y Madrid me ofrecía algo que Alemania nunca me dio del todo: anonimato y ruido suficiente para esconder mis sombras.

Mi ático estaba en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Masculino. Minimalista. Líneas rectas, acero, cristal, madera oscura. Todo en su sitio. Todo controlado. O eso creía. Grandes ventanales, vistas limpias, silencio cuando cerraba la puerta.

Durante años fue mi refugio. Ahora… ya no sabía qué era.

Había pasado demasiado tiempo lejos de él. Y aunque era mi casa, ya no la sentía como tal. Al menos no todavía.

Los últimos cinco años habían sido una sucesión de días idénticos. De rutinas que no elegí. De noches largas. De pensamientos que se repetían hasta desgastar cualquier esperanza. No hablaba de ello. No lo hacía casi nunca. Pero el cuerpo recordaba incluso cuando la mente intentaba olvidar.

Lo único que nunca me faltó fue apoyo.

Mis padres nunca dudaron de mí. Ni un segundo. Leonhard estuvo ahí siempre. Cada visita. Cada conversación. Cada informe detallado de la empresa, como si yo siguiera sentado en mi despacho. Los Wolf también. Nunca dejaron de tratarme como familia. Nunca me miraron con sospecha.
Eso fue lo que me sostuvo.

Aquel sábado de febrero, de regreso en Madrid, solo en mi ático, comprendí que volver no era lo mismo que retomar. Que la libertad no se asimilaba de golpe. Y que algunas cicatrices no desaparecían… solo aprendían a convivir contigo.

Miré la ciudad desde la ventana, con un vaso de whisky en la mano, y pensé que había sobrevivido. No sabía todavía a qué precio.

El reloj marcaba las cinco de la tarde. Febrero había instalado en Madrid su frío seco, ese que no golpea de golpe, pero se te metía bajo la piel, un frío que se sentía en los huesos cuando caminabas demasiado tiempo entre asfalto y acero. Mi ático era silencioso, limpio, ordenado, como un escenario perfecto de mi vida… o al menos, de la que creía tener.

Con el vaso de whisky en la mano, observé cómo el sol teñía de ámbar la madera oscura y los cristales, proyectando sombras que parecían moverse con

cada trago. Era mi primer whisky “libre”, desde hacía mucho tiempo. Lo serví con cuidado, como quien manejaba un objeto frágil, casi como si aquel líquido contuviera la misma fuerza que me había costado recuperar: la libertad.

Me quedé un momento mirando la ciudad a través de los ventanales. Las calles eran iguales que antes, pero yo no lo era. Nada era igual. Ni mi ático, ni mis manos, ni la forma en que respiraba. Había sobrevivido cinco años que me habían arrancado casi todo, y aun así estaba allí. Vivo. Entero, al menos por fuera. Y, aun así, una parte de mí no sabía si volver a casa era retomar la vida o simplemente empezar a sentirla de nuevo.

Un golpe en la puerta me sobresaltó. Antes de que pudiera levantarme, la puerta se abrió y Leonhard entró. No caminó hacia mí; prácticamente se lanzó a mis brazos. No era un abrazo casual, ni uno de cortesía. Era un abrazo que contenía años de espera, de lealtad silenciosa, de noches vigiladas desde lejos, de mensajes contados como cartas secretas.

Lo sentí recorrerme de arriba abajo, y durante un instante dejé de ser CEO, de ser el hijo de Hans y Carmen, de ser cualquier cosa menos un hombre que había caído y vuelto a levantarse. Solo fui un hombre apoyado en otro que no había dudado ni un segundo de mí.

—¡Maldito seas! —dijo, entre risas y con un tono que podía ser grave o desesperado al mismo tiempo—. Pareces un hombre que ha estado perdido en la Tierra cinco años y vuelve… y lo primero que haces es sentarte solo con un vaso de whisky.

Sonreí. Quizá por primera vez en mucho tiempo, un gesto natural y relajado.

—¿Y tú no has estado al tanto de todo lo que pasaba? —pregunté, levantando el vaso—. Nada me sorprende. Nada cambia lo que ya sé.

Se sirvió su propio whisky con el cuidado de quien tiene rituales de guerra. Nos quedamos mirándonos un instante demasiado largo, un instante que contenía conversaciones que nunca llegamos a pronunciar, decisiones que siempre supimos que solo los dos entenderíamos.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente.

Suspiré, recostándome en el sillón de cuero, dejando que el aroma del whisky se mezclara con el silencio.

—Bien —mentí, porque "bien" era relativo—. Tan bien como alguien puede estar después de… todo. Y tú, ¿cómo llevaste la empresa sin mí?

—Como un cirujano con guantes de boxeo —respondió con una sonrisa torcida—. Has dejado el listón muy alto, amigo. Pero sobrevivimos. Yo sobreviví.

El silencio volvió unos segundos, incómodo, pesado, como el aire antes de la tormenta. Luego añadió, con voz más suave, casi confidencial:

—Dime una cosa… ¿Por qué no me dejaste ir a buscarte?

Lo miré fijamente. Mis ojos grises, cansados, encontraban los suyos claros, imperturbables, pero cargados de significado.

—Necesitaba volver solo —dije—. Adaptarme a mi mundo, a mi casa. Necesitaba ver que todavía existía un espacio propio, que podía volver a respirar sin que nadie interfiriera. Que podía sentarme frente a mis propios fantasmas y mirarlos a la cara.

Leonhard frunció ligeramente el ceño. Luego sonrió, con esa mezcla de comprensión y malicia que siempre me desconcertaba y me calmaba al mismo tiempo.

—Eso hay que celebrarlo —dijo, levantando el vaso—. Nada de quedarse en casa. Hoy se sale. Hoy se disfruta.

—No voy a volver a aquel club —susurré, casi inaudible, con un temblor que ni yo mismo había esperado—. Jamás.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa irónica—. Yo tampoco he vuelto por allí. Pero ahora hay otro… más discreto, más sofisticado. Diferente. Te hablo del Club Índigo.

Un pensamiento me recorrió la mente. Conocía demasiado bien los riesgos de la tentación. Cada instante en lugares así podía cambiarlo todo. Y, aun así,

no pude evitar sentir curiosidad.

—Suena bien —dije—. Si voy, es solo para ver, conocerlo. Nada más.

Leonhard inclinó la cabeza, con esa sonrisa de quien ya sabía que había ganado la primera batalla antes de empezar la guerra.

—Eso dices ahora —replicó—. Pero cuando veas lo que hay allí… seguro que acabarás cayendo en la tentación.

Suspiré y me recosté en el sillón, dejando que la luz del atardecer me envolviera, que el whisky me calentara un poco, que la ciudad se mantuviera ajena a todo lo que había vivido. Pensé en los últimos cinco años, en lo que había perdido, soportado y sobrevivido. En la vida que había estado suspendida y ahora, de repente, me pertenecía otra vez. Y la tentación… la tentación había sido mi condena, mi error, mi prueba, y quizá lo sería otra vez.

Leonhard se levantó y se acercó, dándome una palmada en el hombro, tan firme como sus convicciones, tan confiada como nuestra amistad.

—Esta noche nos vemos en el Índigo —dijo—. Solo para observar… por ahora.

Asentí, aunque ya sabía que no sería solo “por ahora”. Quería creer en la razón, en la distancia, en el control. Pero había algo en su tono, en la manera en que sonreía, que prometía noches largas, complicadas, llenas de riesgo y sorpresas. Y yo siempre había sido débil ante lo que era peligroso y fascinante a la vez.

Cuando se fue, me quedé solo. La ciudad seguía respirando fuera, indiferente, y yo suspiré. Dejé el vaso apoyado en la mesa lateral y me apoyé contra el sillón. La tentación estaba allí. Siempre estuvo allí. Y precisamente eso, la tentación, había sido lo que me había llevado a pasar los últimos cinco años. Lo que me había marcado. Lo que me había dejado cicatrices que todavía dolían, pero que también me habían enseñado a luchar.

Pensé en mis padres. Hans, obsesivo y brillante, que no se permitía mostrar debilidad. Carmen, elegante y fuerte, que sabía cuándo sostenerme y cuándo dejarme caer para que aprendiera a levantarme solo. Pensé en la empresa que

fundaron juntos y que ahora yo debía dirigir, en Leonhard y en cómo había mantenido todo en pie, en su lealtad silenciosa. Pensé en Alemania, en la segunda sede, en Frankfurt y Múnich, y en cómo Madrid se había convertido en mi refugio y en mi jaula al mismo tiempo.

Recordé el pasado y comprendí que la vida no se medía solo en victorias, sino en cómo resistíamos los golpes, en cómo seguíamos de pie cuando todo parecía perdido. Y yo estaba de pie. Pero sabía que aún quedaba mucho por luchar. Mucho por enfrentar. Mucho por conquistar de mí mismo y del mundo que me rodeaba.

Capítulo 4



Matthias

Madrid de noche siempre me había parecido una ciudad más honesta.

De día fingía ser funcional, ordenada, incluso correcta. Un engranaje de prisas, normas y sonrisas automáticas. Pero cuando el tráfico se disipaba y las luces comenzaban a teñir las fachadas de un dorado sucio, dejaba ver lo que realmente era: un entramado de secretos, poder y deseos contenidos tras puertas cerradas.

Conducía despacio, sin prisa, dejando que la ciudad respirara conmigo. Las avenidas se deslizaban bajo los neumáticos con una calma que solo existía a esas horas. Seguía la dirección que Leonhard me había enviado unos minutos antes. Un simple punto en el mapa. Ningún comentario añadido. Ni una de sus ironías habituales. Ni una broma fuera de lugar.

Eso, viniendo de él, ya era toda una declaración de intenciones. Leonhard solo se tomaba las cosas en serio cuando sabía que algo merecía la pena.

El coche avanzaba por una zona discreta y elegante, donde los edificios parecían observarte sin delatarse. Nada de carteles luminosos. Nada de ruidos innecesarios. Fachadas sobrias, portales amplios, ventanas que devolvían la luz con la indiferencia de quienes estaban acostumbrados a mirar sin ser vistos.

Era el tipo de barrio donde vivía gente acostumbrada a no dar explicaciones. A no rendir cuentas. A que su nombre pesara más que cualquier

escándalo.

Y el GPS indicó que había llegado.

Aparqué frente a un edificio de piedra oscura, perfectamente restaurado. Podría haber pasado por la sede de un despacho de abogados de élite o por un antiguo palacete reconvertido en algo mucho más rentable. No había rótulos. Ni placas. Ni referencias visibles a lo que ocultaba en su interior.

Solo una puerta negra, alta, de líneas limpias, flanqueada por dos focos que no iluminaban realmente, sino que sugerían.

Apagué el motor y me quedé unos segundos dentro del coche. No por nervios, sino por anticipación.

Hacía años que no sentía esa ligera presión en el pecho. Esa expectativa contenida. No era miedo. Era curiosidad. Y algo más peligroso: la sensación de estar a punto de cruzar una línea invisible.

Salí del coche, me ajusté el abrigo y caminé hacia la entrada con la calma de quien sabe que nadie le va a pedir explicaciones.

Antes de llegar a la puerta, una figura emergió de la penumbra. El portero, sin lugar a dudas.

Todo en él era negro. Traje impecable, camisa oscura, guantes. Incluso el auricular que recorría su oreja parecía diseñado para no reflejar la luz. Era alto, ancho de hombros, con esa presencia silenciosa de quienes estaban acostumbrados a controlar situaciones sin levantar la voz.

Me observó con una atención minuciosa. No era curiosidad, era evaluación.

—Buenas noches, señor.

Su voz era grave, medida, absolutamente neutra.

—Buenas noches —respondí.

Asintió apenas. Como si ya supiera quién era. O, más probablemente, como si no le importara en absoluto, y la puerta se abrió sin un solo sonido.

Al cruzar el umbral, el exterior desapareció.

El vestíbulo era amplio, elegante, diseñado para desorientar suavemente. El suelo de piedra pulida reflejaba una iluminación cálida y baja que no proyectaba sombras duras. Las paredes, en tonos oscuros, absorbían el sonido. El aire estaba perfumado con algo difícil de identificar: madera, ámbar, quizá un fondo especiado que resultaba extrañamente adictivo.

Era un lugar pensado para borrar el mundo exterior. Para hacerte olvidar quién eras… o recordártelo demasiado bien.

Una mujer se acercó a mí con pasos tranquilos. Vestía de negro, por supuesto, pero su ropa no era un uniforme: era elegante, ajustada, femenina sin ser provocadora. Su sonrisa estaba ensayada, sí, pero no era falsa. Tenía la serenidad de alguien que sabía exactamente qué papel desempeñaba.

—Bienvenido al Club Índigo —dijo—. ¿Es su primera vez con nosotros?

Asentí.

—Entonces, si me permite, le explicaré brevemente cómo funcionamos.

Su voz era suave, segura. De esas que no necesitaban elevarse para ser escuchadas.

Me habló de la discreción absoluta. De la confidencialidad como norma no escrita. De que nada de lo que ocurría allí salía de aquellas paredes. Me explicó que el uso de móviles estaba restringido a determinadas zonas, que no se permitían fotografías, grabaciones ni comportamientos invasivos.

—Aquí todo gira en torno al respeto —añadió—. El consentimiento es explícito, siempre. Y la privacidad, intocable.

Aquella palabra resonó en mí más de lo que esperaba. Privacidad.

Me habló de la seguridad. Visible e invisible. Personal formado, cámaras en zonas comunes, protocolos claros. Nada improvisado. Nada dejado al azar.

—Nuestro objetivo es que se sienta libre —concluyó—. Pero nunca desprotegido.

Luego me entregó un antifaz. Negro. Sobrio. De líneas limpias.

—Es obligatorio en todas las zonas comunes —me explicó—. Nadie está obligado a revelar su identidad. Solo si ambas partes lo desean.

Sostuve la máscara unos segundos antes de colocármela.

Al hacerlo, sentí una ligera desconexión. Como si el mundo se hubiera vuelto más pequeño. Más íntimo. Como si, de algún modo, aquel trozo de tela me permitiera ser alguien distinto sin dejar de ser yo.

—El bar está al final de este pasillo —me indicó—. Disfrute de la experiencia.

El pasillo era largo y estrecho, diseñado para alargar el tránsito. Las luces, tenues e indirectas, recorrían las paredes como líneas de pulso lento. La música era grave, profunda, más sentida que escuchada. Cada paso parecía alejarme un poco más de quien era fuera de allí.

Al final, una puerta se abrió a un espacio completamente distinto. El bar.

Amplio, elegante, dominado por negros, grises y reflejos plateados. Los muebles tenían líneas firmes, casi masculinas. Sofás bajos, mesas de cristal oscuro, butacas profundas que invitaban a quedarse. El suelo gris pulido reflejaba la luz como un espejo opaco.

La barra era una obra de arte en sí misma. Larga, impecable, con una superficie negra brillante. Detrás, espejos que multiplicaban las botellas hasta el infinito: whisky de malta, bourbon añejos, ginebras imposibles, licores que solo alguien con demasiado dinero sabría apreciar.

Y tal como había dicho la chica que me recibió, todos llevaban antifaz.

Hombres y mujeres elegantemente vestidos. Trajes perfectamente cortados. Vestidos de noche. Joyas discretas. Nadie parecía fuera de lugar. Nadie parecía mirar demasiado. Todo era observado sin ser juzgado.

Saqué el móvil y escribí a Leonhard.

Matthias: *Estoy en el bar.*

Guardé el teléfono y me acerqué a la barra.

—Un whisky —dije—. Solo.

El camarero asintió sin hacer preguntas. Sabía lo que hacía.

Mientras esperaba, dejé que mi mirada recorriera el lugar. Había poder allí. No se veía, se percibía. En la forma de moverse. En la seguridad corporal. En la ausencia de prisas.

Me pregunté cuántos secretos se habrían sellado entre aquellas paredes. Cuántas decisiones empresariales, judiciales, incluso políticas se habrían tomado tras una copa, una mirada, un silencio compartido.

Leonhard apareció como siempre hacía: sin avisar, con esa sonrisa ladeada que parecía desafiar al mundo incluso detrás del antifaz.

—Interesante elección —murmuró—. Muy… tú.

—No esperaba menos de ti —respondí, y chocamos las copas.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Discreto. Elegante. Peligroso.

—Exactamente —sonrió—. Por eso me gusta.

—Te juro que a veces me das miedo, Leo —negué acercándome el vaso para dar un sorbo.

—No menos que tú a mí, Mat. —Vamos, te voy a enseñar el club —me dijo—. No es solo el bar.

Y tras acabarnos la copa, comenzamos a recorrer el lugar.

Pasamos por zonas donde el agua burbujeaba en jacuzzis de mármol oscuro, rodeados de luces indirectas y superficies cálidas, donde varias personas charlaban en voz baja, donde todos parecían increíblemente relajados, lo que hacía que aquella fuera una atmósfera casi ceremonial.

Había espacios con camas balinesas envueltas en cortinas translúcidas que ofrecían intimidad sin aislamiento total. Salas privadas para parejas, otras más amplias pensadas para grupos reducidos, siempre con una estética cuidada, jamás vulgar.

—Aquí no hay nada dejado al azar —comentó Leonhard—. Todo está diseñado para que la gente se sienta segura… y tentada.

El club contaba con zonas de masajes donde el silencio era casi sepulcral. Donde el contacto se sugería antes de producirse. Donde las manos prometían descanso, no posesión. Todo estaba pensado para estimular sin obligar.

Al final del recorrido, llegamos a la gran sala, la más imponente del club. La sala de los espectáculos, según me comentó Leonhard.

Amplia, con una iluminación más teatral, mesas bajas, sofás dispuestos en semicírculo frente a un escenario elevado. El ambiente era distinto allí. Más expectante. Más cargado. Como si el aire pesara un poco más.

—Aquí es donde ocurre lo realmente interesante —dije, dado que era lo que intuía ante aquella imagen.

Y aún no sabía hasta qué punto.

—Nos quedamos aquí —añadió—. Esta noche hay un show nuevo. Y por lo que he oído… va a ser inolvidable.

Nos acomodamos en una mesa baja. Los sofás nos envolvían, creando un espacio íntimo dentro del conjunto. Una camarera se acercó casi de inmediato.

—¿Les traigo algo?

—Para mí un whisky —respondí.

—Que sean dos —dijo Leonhard, y la camarera sonrió al tiempo que asentía.

Cuando se marchó, recorrí la sala con la mirada.

Era fascinante. Hombres y mujeres vestidos con una elegancia impecable. Trajes, vestidos largos, joyas discretas. Todos ocultos tras antifaces cuidadosamente elegidos. Nadie era quien parecía ser. Y todos lo sabían.

—Aquí hay de todo —murmuró Leonhard—. Empresarios, abogados, médicos… algún juez, algún alto cargo. Lo mismo que en el club de antaño. Máxima discreción.

—¿Nunca se quitan las máscaras?

—Solo si ambos lo desean en la intimidad. Y solo cuando hay confianza —contestó, y asentí.

La camarera dejó las copas poco después. Cogí mi vaso y di un sorbo mientras seguía observando… hasta que la escuché.

Una risa. No era estridente ni forzada. Era una risa femenina, natural, sincera. Giré la cabeza y la vi.

Estaba sentada a unas mesas de distancia. Llevaba un vestido negro de un solo tirante ancho que dejaba al descubierto su omóplato izquierdo. Curvas elegantes. Presencia magnética. El antifaz ocultaba su rostro, pero no su energía. Su cabello era castaño oscuro, largo y ligeramente ondulado.

Y entonces lo vi.

Un tatuaje. Un ave fénix, delicadamente trazado, ascendiendo desde su piel. Algo en mi pecho se tensó.

Volvió a reír. Y esa risa me atravesó de una forma incómodamente familiar.

Ella levantó la mirada en ese instante, como si supiera o intuyera que alguien la observaba, y nuestros ojos se encontraron. Verdes. La mujer que me miraba desde apenas unos pocos metros de distancia tenía unos ojos verdes tan profundos que no me cabía la menor duda de que más de un hombre en aquel club se había quedado prendado de ellos.

Durante un segundo, el mundo se detuvo. La vi sonreír bajo el antifaz, un leve gesto como de saludo al notar mi mirada. Y juraría que se sonrojó al saber que sí la estaba observando alguien. Yo, concretamente.

—¿Te ha llamado la atención alguien? —preguntó Leonhard, siguiendo mi mirada, y negué despacio.

—No —mentí y volví a dar un trago a mi whisky, más largo esta vez.

Hacía mucho tiempo, demasiado, que no escuchaba una risa tan real. Y no estaba preparado para lo que acababa de despertar en mí en ese simple sonido.

Capítulo 5

Iria

La sala de los shows siempre había sido mi lugar favorito del club.

No porque fuera la más provocadora, que, por supuesto, lo era, sino porque concentraba toda la esencia del Club Índigo: misterio, deseo, poder contenido y esa frontera difusa entre observar y ser observado. Allí nadie era quien parecía. Ni siquiera yo.

Me acomodé mejor en el sofá bajo, cruzando las piernas con una calma estudiada, consciente del efecto que tenía cada gesto, incluso cuando fingía no pensar en ello. La copa descansaba entre mis dedos; el cristal estaba frío, el líquido vibraba levemente con la música de fondo.

Héctor hablaba. Y yo reía.

Reía porque siempre conseguía hacerlo, incluso después de los días más largos, incluso cuando mi cabeza estaba llena de cifras, estrategias, vuelos intercontinentales y decisiones que podían costar millones.

—Te juro que hoy me han preguntado si hacemos “reservas VIP con cláusula de confidencialidad notarial” —dijo, llevándose la mano al pecho con dramatismo—. Casi le respondo que solo si trae a su abogado… y a su terapeuta.

Solté una carcajada auténtica, de las que me nacían solo con él.

—No me digas que no te lo imaginas —continuó—. “Buenas noches, vengo a pecar… pero con garantías legales”.

—Héctor, eres imposible.

—Y por eso me quieres.

—Y por eso sigues vivo —repliqué, levantando la copa en su dirección, y chocamos suavemente los vasos en un brindis.

Le di un sorbo al cóctel, dejando que el sabor dulce y ácido me recorriera la lengua. El club estaba especialmente animado esta noche. El murmullo constante de conversaciones bajas, risas controladas, respiraciones próximas. La música era suave, profunda, casi un latido colectivo. La iluminación envolvente convertía los cuerpos en siluetas sugeridas más que mostradas.

Todo parecía conspirar para que el aire estuviera cargado de electricidad.

—¿Y el show? —pregunté—. Me has vendido la noche como si fuera histórica y aún no me has dicho nada.

Héctor ladeó la cabeza, con esa sonrisa suya que siempre significaba problemas.

—Porque no te voy a decir nada.

—Qué sorpresa —volteé los ojos.

—Confía en mí. Ya lo verás.

—Eres cruel.

—Soy empresario —corrigió—. Y un artista del suspense.

Negué con la cabeza, divertida. Con Héctor siempre era así. Bromas, sarcasmo, pero también una lealtad absoluta. Era mi refugio. Mi familia elegida. El único ante el que no tenía que demostrar nada.

Reí de nuevo, y entonces lo sentí. No fue un pensamiento. Ni una imagen. Fue una sensación. Esa presión leve entre los omóplatos. Ese cosquilleo incómodo que te avisaba de que alguien te estaba mirando. Mirando de verdad.

En el club aprendías rápido a distinguir entre una mirada casual y otra que se detenía demasiado tiempo. Entre curiosidad y atención. Entre deseo difuso y enfoque directo.

Dejé la copa sobre la mesa con cuidado, como si no pasara nada, y giré ligeramente la cabeza, fingiendo desinterés. Fue entonces cuando lo vi.

Estaba sentado al fondo de la sala, en una de las mesas más discretas. No necesitaba estar en primera fila para imponerse. Traje negro perfectamente cortado. Antifaz oscuro que ocultaba parte de su rostro, pero no su presencia.

Alto. Incluso sentado parecía ocupar más espacio del que le correspondía. Su postura no era relajada, sino contenida. Espalda recta. Hombros firmes. Como alguien acostumbrado a observar el mundo desde una distancia calculada, sin mezclarse del todo. Tenía el cabello rubio oscuro, ligeramente alborotado.

En ese instante nuestros ojos se encontraron, y algo en mi interior se desordenó.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, lento, deliberado. No era atractivo de una forma obvia. No era una belleza complaciente. Era… intenso.

Sus ojos grises, o eso me pareció bajo la luz, se oscurecieron al sostener mi mirada y brillaron de un modo que no dejaba lugar a dudas. Me estaba mirando a mí.

No al conjunto de personas que allí nos habíamos reunido. No a la sala o algún punto de esta. A mí.

Sonreí de forma casi inconsciente, una curvatura leve de los labios, automática. Y, para mi sorpresa, noté cómo el calor me subía a las mejillas.

Yo no me sonrojaba. No así, al menos. Hacía años que nadie conseguía provocarme una reacción tan física con solo una mirada.

—Ajá… —dijo Héctor, siguiéndome con los ojos—. ¿A quién le has echado ya el ojo?

Me giré hacia él de inmediato, como si me hubiera pillado haciendo algo indebido.

—A nadie.

—Claro —sonrió—. Y yo soy monja de clausura.

—De verdad —me defendí—. Pero creo que… a mí sí me lo han echado.

Héctor volvió a mirar hacia el fondo, evaluando la escena con mirada experta. Luego soltó una risita baja.

—Normal.

—¿Normal? —arqueé la ceja.

—Iria, cariño… —Se inclinó hacia mí—. Eres una mujer peligrosamente sexy. Elegante, inteligente, con esa mezcla de control y fuego que hace perder la cordura a cualquiera. Si no fuera gay, ya te habría secuestrado para llevarte a la cama.

—Qué romántico —me burlé, dándole un pequeño empujón.

—Siempre sincero. Ya sabes que soy incapaz de mentirte.

Y reímos juntos de nuevo.

Di otro sorbo a mi copa, pero algo había cambiado. Sin poder evitarlo, volví a mirar de reojo hacia el fondo. Él seguía observándome. Y esta vez no aparté la mirada.

No fue un desafío. Fue una aceptación silenciosa.

La música cambió en ese momento. No de golpe y tampoco de forma brusca. Fue como si el aire se hubiera espesado de repente.

Una melodía lenta, profunda, con un ritmo que no se escuchaba tanto como se sentía. Las luces de la sala se atenuaron aún más, concentrándose en el escenario. Tonos rojizos, sombras alargadas, destellos que acariciaban la piel.

El murmullo se apagó poco a poco, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo, y varias figuras aparecieron desde los laterales.

Mujeres con lencería roja y negra que contrastaba con su piel bajo la iluminación cálida. Hombres con el torso desnudo, vestidos únicamente con bóxers negros. Cuerpos firmes, movimientos seguros, elegantes, estudiados. Todos llevaban antifaz.

El espectáculo comenzó despacio. Sin prisa. Como si el tiempo se hubiera estirado.

Miradas que se cruzaban. Distancias que se reducían sin llegar a tocarse. Manos que recorrían el aire a milímetros de la piel ajena. Sonrisas sugerentes, provocadoras, conscientes de sí mismas.

Sensualidad en estado puro, sin más. Erotismo intenso y sensual que provocaba e incitaba a dejarse llevar.

Sentí cómo mi cuerpo reaccionaba sin pedirme permiso. Un calor lento se instaló en mi vientre. Mi respiración se volvió más profunda. Me descubrí siguiendo cada gesto, cada movimiento, con una atención que no fingía.

La tensión era exquisita. Nada explícito. Nada vulgar. Todo cargado de intención.

Besos lentos, deliberados. Caricias que prometían más de lo que mostraban. El erotismo estaba en lo que se insinuaba, en lo que se retenía, en la expectativa.

En ese instante me incliné ligeramente hacia delante sin darme cuenta. Estaba completamente atrapada por aquella imagen, por el modo en el que los hombres y mujeres del escenario se dejaban llevar por el deseo y mostraban a

cientos de miradas cómo tenían sexo entre ellos, sin el más mínimo ápice de pudor o vergüenza por ser vistos.

Y entonces, como si una fuerza invisible tirara de mí, miré hacia él.

Seguía allí. Observándome. O tal vez observándolo todo. Pero yo sentí con una certeza casi absurda que aquella mirada era solo para mí.

Me pregunté cómo sería estar con él. No en el escenario. No como parte de un espectáculo porque nunca había hecho algo así. Sino a solas. Sin público. Sin máscaras… o quizá solo con ellas.

Volví a mirar hacia el escenario y cada pareja practicaba el sexo de la manera más erótica y desinhibida. Labios recorriendo cuerpos, lenguas y manos acariciando piel. Jadeos, gemidos, suspiros y gritos de puro placer, de puro éxtasis.

Hombres sobre mujeres, mujeres sentadas a horcajadas sobre hombres, posturas casi imposibles.

En nuestro mundo, en el mundo del Índigo, el morbo de ver también era sensual y erótico. Cada noche que había un espectáculo en vivo, las salas privadas se llenaban de parejas o grupos que se dejaban llevar por el deseo y la excitación que habían sentido al observar a otros teniendo sexo.

La música alcanzó su punto álgido. El espectáculo concluyó entre aplausos contenidos, respiraciones agitadas, silencios cargados cuando todos los presentes en el escenario alcanzaron el clímax al unísono.

Yo exhalé lentamente, consciente de mi propio pulso.

—Necesito una copa —murmuré.

—Y algo de compañía —añadió Héctor.

—Lo dices por mí o por ti.

—Por los dos.

Nos miramos. Y estallamos en risas.

Nos levantamos y caminamos hacia la salida de la sala, rumbo al bar. Pasamos entre mesas, entre cuerpos, entre miradas curiosas. Y entonces lo sentí antes de verlo.

Esa presión de nuevo. Esa atención dirigida. Cuando estuve a su altura, levantó ligeramente la cabeza y nuestros ojos volvieron a encontrarse.

La intensidad me atravesó como una descarga eléctrica. Sentí un estremecimiento recorrerme la piel y el calor volvió a mis mejillas. Me mordí el labio inferior sin darme cuenta.

Él no sonrió. Pero su mirada lo decía todo.

Seguí caminando, con el pulso acelerado, intentando recuperar el control mientras llegábamos al bar. Y mientras pedía mi copa, no podía dejar de pensar en él.

En quién sería. En qué secretos esconderían aquellos ojos tan profundos.

Y en por qué, por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación inequívoca de que algo acababa de empezar.

Capítulo 6

Matthias

No suelo perder el control.

Ni en una negociación al borde del colapso. Ni cuando una operación multimillonaria depende de una firma. Ni siquiera cuando alguien intentaba desafiarme directamente.

Pero esta noche, en el Club Índigo, mientras la veía avanzar hacia el bar con ese andar aparentemente despreocupado, supe que algo se estaba saliendo de mis márgenes habituales.

La observé alejarse. No con descaro ni con urgencia. La observé con esa atención silenciosa que solo concedía a lo que consideraba potencialmente peligroso.

Leonhard se inclinó ligeramente hacia mí, siguiendo la dirección de mi mirada.

—No has dejado de mirarla en toda la noche.

Le di un sorbo al whisky sin responder de inmediato.

—No seas exagerado.

—Mat —sonrió bajo el antifaz—, te conozco desde que empezamos a caminar. Cuando mientes así, es porque ya estás jodido.

Apreté ligeramente la mandíbula.

—No es eso.

—Claro que no —ironizó—. Solo es una mujer con antifaz negro, risa peligrosa y una forma de moverse que parece hecha para arruinar a hombres serios.

Ignoré el comentario… o eso intenté.

La escena del show aún flotaba en el aire. No por lo que había ocurrido en el escenario, sino por lo que había despertado fuera de él. No me cabía duda de que el club sabía hacer eso. Convertir la sugestión en una trampa elegante.

Pero ella no era solo sugestión. Había algo distinto.

La forma en que había sostenido mi mirada sin apartarla. El leve rubor que no intentó ocultar. La manera en que se mordió el labio al pasar frente a mí, como si su cuerpo hubiera reaccionado antes que su mente.

No era una mujer que no supiera lo que provocaba. Y eso la hacía aún más interesante.

—¿Quieres que te la presente? —preguntó Leonhard, con esa mezcla de provocación y curiosidad que solo él podía permitirse.

—No.

La respuesta salió demasiado rápida, y Leonhard arqueó una ceja.

—Eso ha sido un no muy poco convincente.

—No necesito que me presentes a nadie —añadí—. Y menos aquí.

—¿Aquí qué?

—Aquí todo es un juego —respondí—. Y no tengo intención de jugar.

Leonhard soltó una carcajada baja.

—Entonces deja de mirarla como si ya estuvieras dentro de la partida.

No respondí. Porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

La vi llegar al bar. Pedir una copa. Inclinarse ligeramente hacia el camarero. Reír con el hombre que la acompañaba, alto, moreno, seguro de sí mismo, sin la tensión que había mostrado conmigo.

Eso también me llamó la atención.

No era una risa defensiva. No era una risa de coqueteo. Era confianza.

—¿Quién es él? —pregunté sin mirar a Leonhard.

—¿El que va con ella? —respondió—. Héctor. El dueño del club.

Giré lentamente la cabeza hacia él.

—¿El dueño?

—El mismísimo —asintió—. Amigo íntimo, por lo que veo.

Eso cambió las cosas. Mucho.

Observé de nuevo la escena con otros ojos. La forma en que ella se movía allí. La naturalidad con la que ocupaba el espacio. No era una clienta ocasional. No estaba probando límites. Estaba en su territorio. Y aun así… me había mirado como si yo fuera la anomalía.

—Interesante —murmuré, y Leonhard sonrió.

—Eso pensaba yo.

Me levanté despacio.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Al bar.

—Claro —dijo—. A por otro whisky.

No le respondí.

Caminé hacia la barra con pasos medidos. Cada movimiento era calculado. No quería parecer impulsivo. No quería parecer ansioso. Pero tampoco quería perderla de vista.

Ella estaba de espaldas cuando me acerqué. El vestido negro de un solo tirante dejaba al descubierto el omóplato izquierdo. El tatuaje del ave fénix ascendía con una elegancia que no era casual.

Renacer. No pude evitar pensar en ello.

—¿Qué te pongo? —me preguntó el camarero.

—Whisky —respondí—. Solo.

Ella giró ligeramente la cabeza. No me miró de inmediato, pero su cuerpo reaccionó.

Lo vi en la forma en que se tensó apenas un segundo. En cómo su respiración cambió. En ese gesto mínimo que delataba que sabía que estaba allí antes de confirmar quién era.

Cuando por fin me miró, nuestros ojos volvieron a encontrarse.

De cerca, la intensidad era aún mayor. Sus ojos verdes eran profundos, expresivos, peligrosamente honestos. No había timidez en ellos. Había curiosidad. Evaluación. Y algo que reconocí demasiado bien: autocontrol.

—Buenas noches —dije, rompiendo el silencio.

Su voz tardó un segundo en llegar.

—Buenas noches. —Su tono era suave, pero firme. Seguro.

—Bonito espectáculo —añadí, sin apartar la mirada.

—Lo es —respondió—. Aunque creo que lo mejor no siempre está en el escenario.

Una frase neutra. Una invitación velada.

—Estoy de acuerdo —dije—. A veces lo más interesante ocurre entre bambalinas.

Y ella sonrió. No fue una sonrisa amplia. Fue una curva lenta, medida, como si hubiera decidido concedérmela tras valorar el riesgo.

—¿Es tu primera vez en el club? —preguntó.

—La primera —admití—. Pero dudo que sea la última.

—Suele pasar —respondió, y hubo un silencio breve y cargado. El tipo de silencio que no incomodaba, pero tampoco se desperdiciaba.

—Soy Mat —dije finalmente.

No ofrecí el apellido, y ella lo notó.

—Encantada —respondió—. Iria.

Tampoco dio más. Perfecto.

—¿Te importa si me quedo? —pregunté, señalando el espacio a su lado en la barra, y me observó un segundo más de lo necesario.

—Depende —dijo—. ¿Eres de los que hablan demasiado… o de los que saben escuchar?

Sonreí por primera vez en toda la noche.

—Depende de la compañía.

Ella sostuvo mi mirada. Y supe, con una certeza inquietante, que la noche no iba a terminar como había previsto.

Iria no se apartó cuando ocupé el espacio a su lado en la barra.

Ese detalle, mínimo en apariencia, me dijo más de lo que cualquier presentación habría podido ofrecerme. La mayoría de la gente retrocedía un

paso, consciente de mi estatura, de mi presencia. Ella no. Simplemente giró un poco el cuerpo, lo justo para mirarme de frente sin perder su territorio. Interesante.

El camarero dejó el whisky frente a mí y se retiró con la discreción de quien sabía cuándo sobraba. El club Índigo estaba lleno de ese tipo de silencios útiles.

—¿Siempre analizas así a la gente? —preguntó Iria, apoyando el antebrazo en la barra.

—Solo cuando creo que merece la pena.

—Vaya —respondió, ladeando la cabeza—. Qué alivio saber que he superado el filtro.

—No cantes victoria tan pronto.

Y sonrió. Esa sonrisa no era complaciente. Era irónica, medida. Como si entendiera perfectamente el juego… y no tuviera prisa por ganarlo.

—Entonces —dijo—, Mat. Primera vez en el club y ya te comportas como si llevaras años viniendo.

—No soy muy amigo de los lugares en los que no me siento cómodo.

—¿Y aquí te sientes cómodo?

La pregunta no era inocente. Di un sorbo al whisky antes de responder. Necesitaba ese segundo para ordenar una verdad que no me gustaba del todo.

—Aquí me siento… despierto.

Ella me observó con más atención. No con curiosidad superficial, sino con esa mirada clínica que reconocía demasiado bien: la de alguien acostumbrado a leer entre líneas.

—Eso puede ser peligroso —dijo.

—Lo peligroso suele ser interesante.

—O destructivo.

—A veces ambas cosas.

Se produjo un silencio breve, no uno incómodo, pero sí denso.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté.

—Lo suficiente —respondió—. Este lugar no es solo un club para mí.

No dijo más. Y yo no insistí. Había aprendido que la gente inteligente revelaba más cuando no se le presionaba.

—¿Y tú? —añadió—. ¿Has venido solo o acompañado?

—Con un amigo.

—¿El de antes?

Asentí.

—Parece conocer bien el sitio.

—Leo conoce bien casi cualquier sitio que prometa caos —dije—. Es parte de su encanto.

—¿Y el tuyo cuál es? —preguntó, directa.

La miré con atención. No buscaba halagos. Buscaba reacción.

—No lo sé —respondí con honestidad—. Nunca he tenido que definirlo.

—Eso también dice mucho.

Bebió un sorbo de su copa. La forma en que sus labios rozaron el borde del cristal fue innecesariamente hipnótica. No porque quisiera seducir. Sino porque no estaba intentando evitarlo.

—Te estaba observando durante el espectáculo —dijo de pronto, y su franqueza me cogió por sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. No mirabas el escenario todo el tiempo.

—No todo lo interesante estaba allí.

—Eso pensé —contestó y me sostuvo la mirada. No bajó los ojos. No se movió—. ¿Y qué era lo interesante para ti? —preguntó.

Podría haber respondido de mil maneras. En cambio, elegí la más honesta.

—Tu forma de mirar.

Sus cejas se arquearon apenas un milímetro. Una reacción contenida. Controlada.

—¿Qué tiene mi forma de mirar?

—No pides permiso —respondí—. Ni disculpas. Observas como alguien que no necesita validación.

Se apoyó un poco más en la barra, acercándose lo justo para que su perfume, algo suave, con un fondo cálido, me llegara con claridad.

—Y tú miras como alguien que no está acostumbrado a que le devuelvan la mirada —replicó y sonreí.

—*Touché*.

Héctor apareció entonces, apoyándose en el otro lado de Iria con total naturalidad.

—Vaya —dijo, mirándome—. Así que tú eres el responsable de que mi mejor amiga se quede en silencio más de treinta segundos seguidos.

—No estaba en silencio —respondió ella—. Estaba pensando.

—Eso es peor —rio él—. ¿Quién eres?

—Mat —le tendí la mano.

—Encantado. Héctor.

Nos dimos la mano y no me pasó desapercibido que su apretón fue firme, evaluador. Protector.

—El dueño —añadí.

—El mismo —sonrió—. Y tú pareces fuera de lugar… lo cual siempre es interesante aquí.

—Me han dicho eso antes.

—No me extraña.

Héctor miró a Iria.

—¿Todo bien?

—Todo —respondió ella—. Estábamos hablando.

—Perfecto —sonrió—. Entonces no interrumpo.

Se giró para pedir otra copa, pero antes de hacerlo me lanzó una mirada cargada de advertencia amistosa. El tipo de mirada que decía: “Sé respetuoso o tendrás un problema”.

No me molestó. Me gustó.

—Tu amigo es… protector —comenté cuando se alejó unos pasos.

—No es mi amigo —corrigió Iria—. Es mi familia.

Eso lo explicaba todo.

—¿Siempre separas tan bien las categorías? —pregunté.

—Es una necesidad —respondió—. Si no, todo se mezcla.

—¿Y a mí en qué categoría me pondrías?

Me observó con detenimiento. De arriba abajo. Sin pudor.

—Aún no lo sé —admitió—. Y eso me incomoda un poco.

—Suele pasar.

—No conmigo.

Hubo un nuevo silencio. Esta vez más cargado.

—¿Qué buscas aquí, Mat? —preguntó al fin.

La pregunta era peligrosa. Porque no tenía una respuesta clara.

—No lo sé —dije—. Pero tengo la sensación de que no es casualidad estar hablando contigo.

Su expresión se suavizó un poco. No era rendición. Era reconocimiento.

—Las casualidades están sobrevaloradas —dijo—. El Club Índigo vive de decisiones.

—¿Y esta? —pregunté, señalando el espacio entre nosotros—. ¿Decisión o impulso?

Se tomó su tiempo antes de responder.

—Una mezcla —dijo—. Y eso es lo que la hace interesante.

Me incliné un poco hacia ella.

—¿Te apetece que salgamos un momento a la terraza? —pregunté—. El ruido empieza a… distraer.

No era verdad. Pero sonó bien. Iria me observó unos segundos. Evaluando. Midiendo riesgos. Finalmente, sonrió.

—Cinco minutos —dijo—. Ni uno más.

—Acepto.

Mientras caminábamos hacia la salida lateral, sentí algo que no experimentaba desde hacía años. Expectativa.

No por lo que pudiera pasar. Sino por lo que aún no sabía de ella. Y eso, para mí, era mucho más peligroso que cualquier deseo.

Capítulo 7

Matthias

La terraza de la azotea del club era uno de esos lugares que no aparecían en ninguna promoción.

No porque no fuera espectacular, sino porque no necesitaba publicidad. Era un espacio reservado para quienes sabían pedirlo… o para quienes, como Iria, parecían pertenecer allí sin esfuerzo.

Al cruzar la puerta acristalada, el murmullo del club quedó atrás, amortiguado, casi irrelevante. El aire nocturno de Madrid nos envolvió con una suavidad inesperada. La ciudad se extendía ante nosotros en luces dispersas, edificios recortados contra el cielo oscuro, terrazas lejanas que parecían otras realidades paralelas.

Ella caminó unos pasos y se apoyó en la barandilla de cristal. No se abrazó a sí misma. No buscó refugio. Simplemente se quedó allí, mirando al frente, como si aquel silencio fuera suyo.

Me apoyé a su lado, respetando la distancia que había marcado sin decirlo.

—Cinco minutos —recordó, sin mirarme.

—No suelo discutir los términos cuando son claros.

—Bien —respondió—. Me ahorra problemas.

—¿Siempre ves problemas antes de que aparezcan?

Giró la cabeza hacia mí entonces. La luz tenue de la terraza dibujó su perfil con precisión. Sus ojos verdes parecían aún más intensos bajo el antifaz.

—Es parte de mi trabajo.

—¿Y cuál es tu trabajo, exactamente? —pregunté, y ella sonrió.

—Esa pregunta suele venir antes.

—Esta noche no sigo el orden habitual.

—Ya lo había notado.

Se volvió de nuevo hacia la ciudad y apoyó los codos en la barandilla con un gesto relajado, pero no distraído.

—Tomo decisiones —dijo finalmente—. Estrategia. Expansión. Cosas que suenan muy bien en una tarjeta de visita y muy mal cuando fallan.

—Las decisiones que importan casi siempre fallan antes de acertar.

—Eso lo diría alguien acostumbrado a ganar.

—O alguien que ha perdido lo suficiente como para no tomárselo a la ligera.

Me miró con más atención esta vez.

—¿Has perdido mucho, Mat?

La pregunta no era curiosidad banal. Era directa. Precisa.

—Lo suficiente —respondí—. Como para no confundir deseo con necesidad.

—¿Y esta noche qué es para ti? —preguntó—. ¿Deseo… o necesidad?

No contesté de inmediato. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no lo tenía claro.

—Esta noche —dije despacio— es una anomalía.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de cuánto dure.

Ella dejó escapar una breve risa. No sonora ni defensiva. Una sonrisa auténtica.

—Te voy a decir algo —añadió—. No suelo venir a esta terraza con desconocidos.

—Me siento halagado.

—No deberías —replicó—. Normalmente significa que algo no encaja.

—¿Y ahora no encaja?

Me sostuvo la mirada.

—No, todavía no.

Ese “todavía” se quedó suspendido entre nosotros.

—¿Siempre hablas así? —pregunté—. Como si cada frase fuera una negociación.

—Siempre escucho así —corrigió—. Las palabras dicen más por cómo se dicen que por lo que dicen.

—Entonces dime —me acerqué un poco más, sin invadir—, ¿qué te dicen las mías?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Que estás midiendo cada paso —respondió—. Y que no estás acostumbrado a que alguien te obligue a hacerlo.

No la contradije.

—¿Y las tuyas? —pregunté.

—Que no me gusta perder el control —dijo—. Pero tampoco me gusta aburrirme.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, esta vez más íntimo. No había ruido de copas. Ni música. Solo la respiración compartida y la ciudad al fondo.

—Héctor confía en ti —comenté—. Eso no es habitual.

—Héctor confía en muy poca gente —asintió—. Y yo confío en su criterio.

—¿Eso me convierte en una excepción?

—Te convierte en una incógnita —respondió—. Y eso puede ir en dos direcciones.

—¿Cuál prefieres?

—Aún no lo sé.

Miré el reloj. Habían pasado más de cinco minutos. Ella también lo sabía.

—Deberíamos volver —dijo.

—Lo sé.

Pero ninguno se movió de inmediato.

—¿Volveremos a hablar, Mat? —preguntó sin mirarme.

—Eso depende de si me das la oportunidad —respondí, y giró la cabeza hacia mí. Sus ojos brillaron con una intensidad que no tenía nada que ver con la luz.

—Las oportunidades no se dan —dijo—. Se toman.

Se apartó de la barandilla y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Buenas noches —añadió, antes de cruzarla.

—Buenas noches, Iria.

Me quedé unos segundos más en la terraza. Respirando. Asimilando.

Porque algo en aquella conversación había removido capas que llevaba años manteniendo intactas. No había promesas. No había pactos. Pero había algo más inquietante: reconocimiento.

Cuando regresé al bar, Leonhard me esperaba con una expresión que mezclaba diversión y sospecha.

—Tienes esa cara —dijo.

—¿Qué cara?

—La de "acabo de meterme en algo que no controlo".

Pedí otro whisky.

—No exageres —resoplé y Leonhard sonrió.

—Raras veces exagero cuando se trata de ti.

Miré hacia la barra. Iria hablaba con Héctor, tranquila, riendo. Pero cuando levantó la vista y me encontró observándola, no apartó la mirada. Ni yo la mía.

Y en ese instante lo supe. Esta noche no había sido un paréntesis. Había sido el principio.

Volví a mi copa, pero el sabor del whisky se perdió entre la sensación de haberla visto sonreír, de ese instante fugaz en la terraza que todavía me recorría el pecho como un electroshock silencioso. No era la primera vez que una mujer me despertaba interés, pero sí la primera vez en años que sentí esa mezcla de curiosidad, cautela y… casi miedo. No miedo físico, sino algo más

profundo: miedo a que alguien supiera demasiado de mí sin que me lo permitiera.

Héctor estaba a su lado, riendo de algo que decía, pero yo no escuchaba. Todo mi campo de visión se había reducido a Iria. Incluso su postura relajada, su forma de sostener la copa, me decía cosas que no entendía del todo. Cómo alguien podía irradiar tanta presencia sin hacer un solo gesto exagerado era un misterio que me desconcertaba.

"Cuidado, Matthias", me susurré mentalmente. "No te fíes de las primeras impresiones."

Pero la advertencia se perdió entre la fascinación que sentí al notar que también me observaba. Lo hacía con intención, y eso me heló y me encendió al mismo tiempo.

—Te he estado observando —dijo Leonhard de repente, rompiendo el silencio—. Y me parece que no es solo mi imaginación. Tu mirada la sigue más de lo que te atreves a admitir.

—No es nada —contesté con firmeza, aunque mi garganta estaba seca—. Solo la he visto antes en otro contexto.

—Venga ya, Mat —dijo con esa sonrisa de sociópata travieso que siempre tenía—. Nadie actúa así frente a alguien que "no le importa".

Tragué saliva. Él tenía razón. Y lo peor era que sabía que la tenía. Como siempre, Leonhard leía a la gente como si fueran libros abiertos. Y yo… estaba completamente abierto, aunque quisiera pensar que no.

—Está bien —admití, con un hilo de voz—. Me intriga.

—Y a ella también —añadió mi mejor amigo, encogiéndose de hombros con naturalidad—. No hay otra explicación para esa intensidad en su mirada.

Me quedé callado, dejando que las palabras se asentaran. Su intuición rara vez fallaba. Y yo sentí, más que supe, que esa mujer no solo me había visto. Me había estudiado. Analizado. Y no había dejado nada al azar.

El murmullo de la sala seguía alrededor, pero era como si hubiera desaparecido. Solo existíamos ella y yo, aunque a varios metros de distancia. Cada vez que levantaba la cabeza, me encontraba con su mirada de nuevo, midiendo mis reacciones, evaluando mis silencios. Era un juego silencioso de poder que no recordaba haber experimentado nunca. Y por primera vez, no me importaba perder.

—Déjame enseñarte algo —dijo Leonhard, levantándose de su asiento—. Vamos a recorrer el club otra vez.

Arqueé la ceja, divertido, pero no dije nada. Sabía que no podía detenerle cuando se proponía algo.

Caminamos por los pasillos iluminados con luces indirectas. Cada sala que cruzábamos parecía diseñada para excitar la imaginación antes que cualquier sentido físico: salas privadas con cortinas que susurraban secretos, zonas de masajes donde el silencio era casi sepulcral, rincones donde los jacuzzis burbujeaban con un calor que prometía complicidad.

Todo tenía un orden perfecto. Cada espacio respiraba lujo y discreción. Y en cada esquina, sentía la certeza de que ella estaba allí, en algún punto, observando desde la distancia.

—¿Te das cuenta? —comentó, casi para sí mismo—. Todo esto está pensado para controlar… y a la vez liberar. Pero no se te olvide que no todos pueden manejarlo. Muchos vienen por la curiosidad, pocos por la necesidad de confrontarse a sí mismos.

Asentí, aunque mi mente estaba en otra parte. Mi atención estaba centrada en Iria. En cómo su presencia podía llenar un espacio incluso cuando no estaba físicamente cerca. Incluso en un club como este, donde todo estaba diseñado para la dispersión de miradas y encuentros anónimos, ella destacaba sin esfuerzo.

Llegamos a la sala de los shows otra vez. Esta vez, la música estaba más suave, más íntima. La luz se centraba en los rincones donde los espectadores podían observar sin ser vistos. Me moví entre las sombras, anticipando que ella podría aparecer en cualquier momento, y cuando la vi de nuevo, no pude

evitar un estremecimiento. Estaba sola en un sofá, la postura perfecta de alguien que conocía su poder y sabía usarlo.

—Es… —Empecé, pero me detuve, porque no había palabras que capturaran lo que sentía—. No había visto a nadie así en años.

Leonhard me miró, evaluando mi reacción con su habitual sonrisa canalla.

—Sí —dijo simplemente—. Eso pasa cuando te cruzas con alguien que sabe exactamente lo que es. Y no se disculpa por ello.

No respondí. Simplemente la observé. Cada movimiento suyo parecía estudiado, pero no calculado de manera torpe. Su risa contenida, un gesto de cabello, la inclinación de su cuerpo hacia delante para escuchar a Héctor: todo estaba lleno de intención. Y yo lo sentía. Lo sentía sin necesidad de tocarla, sin necesidad de palabras.

Entonces ocurrió algo que me sorprendió. Ella me vio. No simplemente miró. Me vio. Y por un instante, el mundo se redujo a sus ojos verdes, intensos y cálidos, y a mis propios ojos que no podían apartarse de ellos. Fue un contacto que traspasó la máscara que nos separaba a todos en aquel club. La distancia física desapareció por un segundo, y me sentí vulnerable. Vulnerable, sí… y, sorprendentemente, deseando que lo supiera.

—¿Ves? —dijo Leonhard con voz baja—. Te ha notado. No hace falta que me digas nada; yo lo veo en ti.

—No es… —balbuceé—. No es lo que parece.

—Claro que lo es —respondió él, como si estuviera leyendo mi alma—. Esa mujer juega a otro nivel. Y tú… no estás preparado para eso.

Suspiré. Él tenía razón. No estaba preparado. Pero tampoco podía apartar la mirada. No quería hacerlo.

—Necesito entenderla —dije finalmente, más para mí que para él—. Necesito entenderla antes de que desaparezca en este lugar como si nunca hubiera estado aquí.

—Entonces hazlo —dijo Leonhard—. Antes de que otro lo haga.

Asentí. No había otra opción. Sabía que el Club Índigo ofrecía seguridad, discreción y libertad, pero también sabía que allí dentro, la atracción podía volverse un juego peligroso. Y yo estaba dispuesto a jugarlo, aunque las reglas fueran desconocidas.

La vi marcharse de nuevo e hice lo mismo. Me moví entre las sombras, acercándome a la barra para tomar otro whisky. Cada paso estaba calculado, medido, silencioso. Y mientras lo hacía, la observé otra vez. Ella hablaba con Héctor, reía con una naturalidad que parecía desafiar la gravedad de todo lo que nos rodeaba. Pero cuando levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, sentí otra vez ese golpe en el pecho.

No era solo deseo. Era reconocimiento. Comprendí, en ese instante, que había algo en ella que podía desarmarme, que podía mirarme sin miedo, y que aun así yo querría acercarme. No por seducción, ni por curiosidad banal… sino por la necesidad silenciosa de entenderla.

Iria era un enigma que no podía ignorar. Y la pregunta que surgió fue inmediata: ¿estaba dispuesto a perder el control por ella?

Y la respuesta, aunque no quería admitirla, era un rotundo sí.

Capítulo 8

Iria

No podía apartar los ojos de él. Cada vez que miraba hacia el fondo del bar, allí estaba Mat: impecable, imponente, con el traje negro perfectamente ajustado y el antifaz que escondía todo excepto unos ojos que parecían atravesarlo todo. Una mezcla de fuerza y misterio que me dejaba sin aliento.

Héctor, sentado a mi lado, parecía percibir mi silencio, mi atención constante. Me guiñó un ojo y apoyó su vaso de whisky sobre la mesa.

—Venga ya, Iria —dijo con su habitual descaro—. Si ese tipo te atrae tanto, ¿por qué no te lo llevas a una sala para estar los dos solos? Seguro que él también lo desea.

Solté una carcajada, un poco nerviosa, un poco divertida.

—Héctor… estás loco —respondí, intentando sonar despreocupada.

—No estoy loco —replicó, serio de repente, y luego añadió con una sonrisa que hacía que sus ojos oscuros brillaran con picardía—. Porque el señor ojos penetrante viene hacia ti.

Mi corazón dio un vuelco. Me giré lentamente y lo vi: Mat avanzando entre las mesas, cada paso medido, cada movimiento controlado y seguro. La distancia que mantenía no era indiferencia; era el juego perfecto de aproximación, de tensión contenida.

—Iria —dijo cuando estuvo a mi altura—. Me gustaría que me acompañaras a una sala. Los dos solos —aclaró, mirando brevemente a Héctor.

Tragué saliva. El simple sonido de mi nombre en su voz, grave y profundo, me recorrió el cuerpo. Sentí un cosquilleo en el estómago y un calor inesperado en las mejillas. Intenté responder con sarcasmo para no perder la compostura.

—Podrías escoger a cualquiera de las mujeres que hay en el club esta noche —dije, intentando controlar la voz—. Y, sin embargo, vienes a buscarme a mí.

Él sonrió, y la curva de sus labios fue apenas perceptible tras el antifaz.

—No quiero a cualquiera —respondió con calma—. Esta noche, solo te quiero a ti.

Tragué saliva otra vez y mordí ligeramente el labio inferior, consciente de cómo un simple gesto de su mano extendida me estaba haciendo estremecer. Acepté y cogí su mano. El contacto fue eléctrico, un roce que parecía transmitir más de lo que cualquier palabra podría.

Caminamos juntos, dejando atrás la sala del bar, y cada paso suyo era una lección de control, de elegancia y de magnetismo. La distancia entre nosotros se acortaba y, sin necesidad de hablar, sentía la intensidad de su presencia, la forma en que me observaba y cómo eso me hacía reaccionar.

Entramos en una sala que podría definirse como el paraíso de la intimidad dentro del club. Las paredes eran oscuras, tapizadas con terciopelo profundo que absorbía el sonido, creando un aislamiento total respecto al resto del club. La luz provenía de lámparas estratégicamente colocadas: cálida, baja, dorada, que jugaba con sombras y reflejos sobre los muebles y los objetos.

Había estado en una sala como esta cientos de veces y, aun así, cada vez que entraba y la veía, me sorprendía como la primera vez que puse un pie en alguna de ellas.

El espacio era amplio y al mismo tiempo acogedor. Sofás negros de terciopelo con curvas suaves se disponían en pequeños grupos, acompañados de mesas bajas de cristal oscuro. Había rincones separados por cortinas gruesas y pesadas, diseñadas para ofrecer privacidad sin aislar completamente. Algunos estantes mostraban de manera elegante accesorios y juguetes, no como exhibición, sino integrados como parte del lujo y la atmósfera del lugar. Cadenas discretas, látigos finamente elaborados, máscaras adicionales… todo estaba pensado para estimular sin necesidad de decir nada.

—Aquí podemos… explorar sin prisas —susurró Mat, y su voz sonó cálida, casi ronca por la cercanía—. Hablar, tocarnos… conocernos un poco más.

Me sentí atrapada por su presencia. Cada gesto suyo era contenido, pero cargado de intención. Su mirada bajo la máscara seguía siendo intensa, penetrante. No podía dejar de pensar en cómo sería estar con él, en sus manos, en la forma en que sus labios se curvarían si me acercara.

—Nunca había sentido algo así con alguien —admití, bajando un poco la voz—. Tan intenso con tan poco contacto.

—Eso es porque lo importante no es el contacto —dijo—. Es la conexión. La intención. La atención. Y tú la provocas.

Me incliné ligeramente hacia él, y él respondió de inmediato con un movimiento sutil, acercándose solo lo suficiente para que cada roce de su brazo o su hombro provocara un efecto sin romper la distancia que nos mantenía en ese juego silencioso.

Nos sentamos en uno de los sofás, apenas separados por la diminuta mesa. Cada gesto era un juego: el roce de las manos, la cercanía de los brazos, el roce accidental de las piernas al inclinarme para tomar la copa de champán que acababa de servirme. Todo estaba cargado de intención.

—Eres increíble —susurró Mat—. No solo por tu belleza, sino por cómo estás… aquí, conmigo.

—Me haces sentir expuesta —dije, con un hilo de voz—. Pero de una forma que me gusta.

Se inclinó un poco hacia mí, sin invadirme, solo con la proximidad suficiente para que mi cuerpo reaccionara a cada movimiento. Cada mirada bajo el antifaz era un mensaje silencioso; cada sonrisa contenida un desafío que despertaba mi curiosidad y deseo.

Nuestras manos se encontraron varias veces, rozándose suavemente. Cada contacto enviaba un mensaje que no necesitaba palabras. Mi respiración se aceleraba con la tensión contenida; sentía que podía perderme allí, en ese espacio cargado de intimidad y lujo, rodeada de sombras y luz dorada.

—Nada de esto tiene prisa —dijo—. Podemos explorar, jugar, disfrutar… sin necesidad de apurarnos.

—Eso me gusta —susurré, sintiendo cómo un calor me subía desde el estómago hasta el cuello.

Y así continuamos, jugando con la proximidad, con las miradas, con los silencios llenos de significado. Cada gesto estaba cargado de intensidad, de erotismo implícito y de deseo contenido.

Mat no dejaba de mirarme. Cada gesto suyo estaba calculado, pero era imposible no sentir la electricidad que creaba con su sola presencia. No necesitaba decir nada: sus manos, sus ojos, la ligera inclinación de su cuerpo hablaban por él.

Me acerqué un poco más al borde del sofá, y él respondió de inmediato, desplazándose solo lo suficiente para que nuestras piernas se rozaran casi sin querer. El contacto era breve, pero suficiente para encender algo dentro de mí que llevaba tiempo dormido. Cada roce enviaba un mensaje directo a mi estómago y a mi pecho.

—No puedo dejar de mirarte —dijo con voz grave, un susurro que apenas cruzaba el espacio entre nosotros—. Cada vez que lo hago, me pregunto cómo es posible que alguien tenga tanto magnetismo.

—Y yo no puedo dejar de mirarte a ti —confesé, bajando un poco la cabeza y jugando con mi cabello—. Es… abrumador.

Se inclinó un poco más, tan cerca que podía sentir el calor de su respiración sobre mi cuello. El perfume masculino que desprendía, una mezcla de madera, cuero y un toque sutil de ámbar, me envolvía y me hacía desear más. Cada palabra, cada gesto, estaba cargado de intención, y aun así mantenía una calma casi cruel.

—No quiero apresurar nada —susurró mientras su mano rozaba ligeramente mi muslo—. Quiero que disfrutes cada segundo.

Mi corazón latía con fuerza. Nunca nadie había podido hacerme sentir tan vulnerable y al mismo tiempo tan segura con solo su presencia. Me mordí el labio inferior, consciente de cómo reaccionaba mi cuerpo a su proximidad.

—¿Y si no soy tan paciente? —pregunté, con un hilo de voz tembloroso.

Él sonrió bajo el antifaz, esa media sonrisa que lo hacía aún más peligroso.

—Entonces tendremos que adaptarnos a ti —dijo con suavidad, dejando que sus dedos trazaran un camino lento desde mi muslo hasta la curva de mi cadera, sin invadirme, solo insinuando, provocando.

Sentí un estremecimiento recorrer mi espalda. El contacto era mínimo, pero cargado de una tensión imposible de ignorar. Su mano volvió a mi brazo, esta vez rozando apenas la piel, y yo cerré los ojos un instante, dejándome llevar por la sensación.

El juego de miradas continuaba. Cada vez que abría los ojos, él estaba allí, observándome con una intensidad que me paralizaba y excitaba al mismo tiempo. Era como si pudiera leerme, descifrar cada pensamiento y deseo oculto, y aun así esperar pacientemente a que yo diera el siguiente paso.

—Eres… diferente —susurré, y él inclinó la cabeza como si quisiera escuchar cada palabra—. No solo porque eres… impresionante —me interrumpí, dudando de cómo seguir—. Sino porque… todo contigo es… intenso.

—Lo sé —dijo, con una seguridad que me estremeció—. Y quiero que esta noche sea nuestra. Solo nuestra.

Mi respiración se aceleró. La idea de estar allí, solos, rodeados de lujo, de rincones diseñados para la intimidad, de luces suaves y paredes que guardaban secretos, me hacía sentir un vértigo delicioso.

—¿Quieres ver algo? —pregunté de repente, señalando un pequeño rincón apartado con cortinas de terciopelo oscuro.

Mat asintió. Nos acercamos, y la cortina nos envolvió en un rincón más reducido, más íntimo. La habitación estaba llena de pequeños detalles que denotaban lujo y sensualidad: un sillón con cuero oscuro perfectamente cuidado, cojines estratégicamente colocados para cualquier posición, estantes discretos con juguetes cuidadosamente seleccionados y una cama baja con sábanas negras que absorbían la luz. Cada rincón estaba pensado para el juego, para explorar los límites del deseo sin prisas ni vergüenza.

—En este lugar, cada espacio está pensado para estimular sin forzar. Para dejar que el deseo crezca solo —comenté, y él sonrió.

Nos sentamos en el sofá de cuero, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Su mano encontró la mía de nuevo, y esta vez entrelazamos los dedos. Cada roce era eléctrico, un mensaje silencioso de lo que ambos queríamos sin decirlo.

—Mat… —Mi voz sonó un poco más baja esta vez—. Esto es… demasiado intenso.

—Lo sé —susurró, inclinándose hacia mí—. Y quiero que lo sintamos. Cada segundo.

Su rostro se acercó al mío, y sus labios rozaron apenas los míos. No fue un beso, sino una promesa, un aviso de lo que podía suceder. Mi respiración se entrecortó y me incliné un poco hacia él, aceptando la proximidad, dejando que la tensión entre nosotros creciera.

Sus manos recorrieron mi espalda suavemente, explorando cada curva bajo la tela, mientras las mías descansaban sobre su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo el traje. Cada contacto era un juego de fuego, de deseo contenido y cuidado, de erotismo que no necesitaba palabras para existir.

—No te quitaré el antifaz —dijo, leyendo mis pensamientos—. Esta noche es de misterio. De juego. Solo nosotros dos.

Asentí, incapaz de articular palabra, y sentí cómo mi cuerpo reaccionaba instintivamente a su cercanía, a sus caricias medidas, a su mirada que parecía recorrer cada centímetro de mi piel sin tocarme del todo.

El silencio entre nosotros era absoluto, pero no pesado; estaba cargado de una tensión que hacía que cada respiración pareciera amplificada. Mat me sostenía la mano, notaba su palma caliente contra la mía, y esa simple conexión era suficiente para que mi pulso se acelerara.

—¿Estás segura de esto? —susurró con voz grave, apenas audible, como si no quisiera que el mundo exterior nos escuchara.

—Sí —contesté, y mi voz tembló un poco—. Quiero estar aquí. Contigo.

Su sonrisa bajo el antifaz fue suficiente para desarmarme. Lentamente, su otra mano se posó en mi mejilla, acariciando suavemente mientras inclinaba la cabeza hacia mí. Sus dedos recorrían con delicadeza, como si memorizara la textura de mi piel. Era un gesto íntimo, dueño de un control absoluto sobre mí, y aun así me sentía libre.

—Nunca había sentido algo así —susurré mientras dejaba que su mano se deslizara hacia mi cuello y luego a mi hombro.

—Yo tampoco —contestó, acercándose un poco más—. Y quiero explorar cada segundo de esto.

Capítulo 9

Iria

Nuestros cuerpos se aproximaron lentamente, sin prisa. Él se inclinó hasta que sus labios apenas rozaron los míos. Fue un roce suave, provocativo, que hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Cerré los ojos y le correspondí, sintiendo la electricidad que surgía entre nosotros. Cada beso era un juego de aproximaciones, un desafío silencioso de quién cedería primero.

Sus manos comenzaron a explorar mi espalda y mis caderas con cuidado, guiándome hacia él sin prisas, dejando que cada gesto fuera deseado, no impuesto. Mis dedos encontraron su cuello, jugando con la línea de su mandíbula, trazando cada contorno bajo el antifaz.

—No te muevas demasiado rápido —murmuré—. Quiero sentirlo todo.

—Eso es lo que quiero que hagas —dijo, y sus labios bajaron a mi cuello, rozando la piel suavemente—. Sentir. Cada roce. Cada instante.

El calor entre nosotros creció. Su cuerpo era firme, potente, y al mismo tiempo cada caricia estaba medida para excitar sin abrumar. Nos movíamos en un equilibrio perfecto, una danza de deseo contenida y control absoluto. Cada mirada bajo los antifaces era un lenguaje propio, silencioso, pero tan expresivo que no necesitábamos palabras.

Me condujo hacia uno de los rincones de la sala, donde un *chaise longue* oscuro y algunos cojines estratégicamente colocados prometían comodidad y lujo. Allí nos sentamos, aún frente a frente, con nuestros cuerpos apenas

separados por centímetros que nos hacían estremecernos cada vez que nos rozábamos.

Sus manos subieron por mis muslos con delicadeza, jugando con la tela de mi vestido, y yo no pude evitar dejar que mis dedos recorrieran su pecho bajo el traje, sintiendo la tensión y el calor de su piel. Cada roce, cada contacto, era una explosión silenciosa de deseo que nos mantenía al borde, pero sin precipitar nada.

—Quiero memorizar cada gesto —susurró—. Cada temblor. Cada reacción.

—Entonces hazlo —contesté, con la voz entrecortada.

Se inclinó hacia mí y besó mis labios nuevamente, un beso más profundo esta vez, explorando sin prisas, con una intensidad que me dejaba sin aliento. Sus manos continuaban su camino, acariciando mi espalda, mis hombros, la curva de mis caderas. Yo correspondía, explorando con cuidado los contornos de su pecho y su cuello, sintiendo cómo cada roce despertaba sensaciones que llevaba tiempo conteniendo.

Nuestros cuerpos se acercaron todavía más, rozándonos, jugando con la distancia y la cercanía, con los límites de la intimidad que el espacio nos ofrecía. Cada beso, cada caricia, estaba cargado de erotismo, de deseo contenido, de la promesa de más sin necesidad de palabras.

—Eres increíble —murmuré entre besos, y él respondió con un suspiro grave que me recorrió todo el pecho—. Nunca había sentido algo así… en mucho tiempo…

—Yo tampoco —dijo, y su mano se deslizó suavemente hacia la parte baja de mi espalda, atrayéndome todavía más cerca—. Y quiero que esto dure. Cada segundo.

El juego continuó. Nos movíamos con suavidad, explorando los límites de nuestro deseo, dejando que cada roce y cada mirada hablara por nosotros. Sus manos me recorrían como si quisiera memorizarme, y yo hacía lo mismo con él, trazando la línea de su mandíbula, la curva de sus hombros, la firmeza de su torso.

Cada beso era un mensaje, cada caricia una confesión. Los antifaces nos mantenían en el misterio, intensificando el deseo, permitiendo que nuestra conexión fuera únicamente sensorial. Podía oír su respiración, sentir su calor, ver cómo sus ojos brillaban bajo la máscara cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

—No quiero que esto termine —susurré, apoyando la frente contra la suya, sintiendo la fuerza de su cuerpo.

—Ni yo —dijo—. Pero tampoco hay prisa. Esto es solo el principio. Y es solo nuestro.

Nos dejamos llevar por el momento. Cada rincón de la sala estaba lleno de posibilidades, y nosotros aprovechábamos cada uno de ellos. No había presión, solo deseo, cuidado, juego, erotismo y pasión contenida.

Sus labios bajaron nuevamente hacia mi cuello, y yo incliné la cabeza, entregándome a cada roce, a cada caricia, a cada mirada intensa que nos mantenía en un equilibrio perfecto entre deseo y control. Cada gesto suyo me hacía estremecer, cada suspiro suyo era un mensaje que me recorría toda la piel.

—Mat… —murmuré, con apenas un hilo de voz—. Esto…

—Lo sé —dijo, dejando que sus labios recorrieran mi mejilla, mis labios, mi cuello—. Lo siento. Y lo deseo.

Nuestros cuerpos se movían en una sincronía perfecta, explorando, rozando, jugando, sin necesidad de palabras. Cada roce, cada mirada, cada suspiro era un hilo que nos unía más, que nos hacía desear seguir, mantenernos en esa danza de deseo y placer sin necesidad de mostrar más de lo que los antifaces ya ocultaban.

Y así, en aquella sala oscura, lujosa, diseñada para el juego y la intimidad, con cada rincón lleno de posibilidades, cada mirada cargada de intención y cada caricia medida, supe que algo había cambiado. No solo era el deseo físico, sino la conexión profunda, la electricidad que nos unía en un instante que parecía eterno.

El silencio de la sala nos envolvía como un manto cálido. Y cada vez que nuestros ojos se encontraban bajo los antifaces, sentía que el mundo desaparecía. La música suave del club, los ecos lejanos de risas, el murmullo de los demás huéspedes, todo se diluía en una burbuja que nos pertenecía solo a nosotros.

—No puedo creer que esto esté pasando —susurré, inclinando la cabeza contra su hombro, sintiendo la calidez de su cuerpo, el latido firme de su corazón—. Nunca me había sentido tan… conectada.

—Ni yo —respondió Mat, con su voz grave acariciándome los sentidos.

Sus manos seguían explorando mi espalda, mis hombros, mis brazos, sin prisas, midiendo cada contacto, cada roce. No había necesidad de acelerar nada; cada caricia era una promesa, un mensaje, un recordatorio de que estábamos solos, y al mismo tiempo, totalmente presentes.

Sonreí bajo el antifaz, dejándome llevar por la sensación de seguridad que su presencia me transmitía. Cada contacto era un recordatorio de su fuerza y su control, pero también de su delicadeza. Era una paradoja que me fascinaba: cómo alguien tan imponente podía ser, al mismo tiempo, tan cuidadoso conmigo.

—Me atraes más de lo que debería —dije, en apenas un hilo de voz—. Es… imposible ignorarlo.

—Lo sé —respondió con una sonrisa apenas perceptible bajo el antifaz—. Y no quiero que lo ignores. Quiero que lo sientas. Todo. Cada instante.

Su mano bajó lentamente por mi costado hasta descansar en mi cadera, atrayéndome suavemente hacia él. Sentí su respiración cerca de mi cuello y no pude evitar inclinarme hacia su oído.

—¿Y tú? ¿También lo sientes? —susurré, deseando escuchar su respuesta sin que la música ni las luces nos distrajeran.

—Cada segundo contigo lo siento —dijo, dejando que sus labios rozaran mi mejilla antes de volver a mis labios—. No hay dudas, Iria. Esta noche es solo nuestra.

Nos dejamos guiar por el deseo contenido. Cada movimiento, cada roce, cada beso era un juego de intimidad y control, cargado de erotismo, pero siempre con delicadeza. Las paredes oscuras de la sala, los rincones estratégicos para la privacidad, los cojines, el *chaise longue*, todo estaba diseñado para este tipo de encuentros: pasión contenida, placer sin precipitación, lujo y erotismo concentrado en cada gesto.

Poco a poco nos fuimos desnudando sin dejar de besarnos ni tocarnos. Las manos de Mat recorrían con delicadeza mi cuerpo como si aquella fuera la primera vez que tocaba a una mujer en mucho tiempo. Me estremecí al sentir las yemas de sus dedos deslizándose por mi cuerpo desnudo, y cuando noté sus labios en la parte interna de mi muslo, arqueé la espalda mientras notaba cómo me estremecía de pies a cabeza.

Estaba más excitada que nunca, de eso no tenía la menor duda, y eso que lo único que había hecho Mat era besarme y tocarme. Pero lo hacía como nunca antes lo había hecho nadie.

Y entonces sentí sus labios acercándose con besos suaves y breves a mi entrepierna. Me mordí el labio, le miré y vi ese brillo en sus ojos cuando deslizó la lengua por mi sexo. Gemí al notarla en mi clítoris, al sentir esa lamida lenta y provocativa, y cuando sus manos se aferraron a mis caderas atrayéndome hacia él, supe que estaba perdida.

Mat me lamió sin descanso, mezclando pasadas lentas y rápidas, penetrándome con el dedo y haciendo que ese primer orgasmo de la noche me atravesara con una fuerza tan intensa que el grito que salió de mis labios se habría escuchado en todo el club de no ser porque aquí las salas para parejas o grupos estaban insonorizadas.

Tras un último beso en el interior del muslo, Mat me cogió en brazos y me llevó hacia un rincón más apartado, donde la luz era aún más tenue. Allí había una acogedora zona con cojines, un sofá bajo y discreto, y algunos accesorios cuidadosamente colocados, sin ser invasivos. La intimidad del lugar nos permitió acercarnos todavía más.

Nos tumbamos sobre los cojines, aún con los antifaces puestos, y cada contacto se volvió más intenso. Sus manos exploraban mis brazos, mis costados, mis muslos, y yo correspondía recorriendo su pecho, sus hombros,

su cuello. Cada caricia era medida, cargada de intención, de deseo contenido, de juego.

—Tus ojos… —susurré, y él entendió al instante lo que quería—. No necesito verlos para sentir lo que me transmiten.

—Yo siento lo mismo —respondió, acercándose más, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron—. Cada mirada tuya me quema por dentro.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, esta vez con más intensidad, más urgencia contenida. Las manos de Mat exploraban con precisión, y cada gesto suyo me hacía estremecer. Pero siempre había un respeto implícito, un entendimiento de que el deseo no necesitaba precipitación; la lentitud era el verdadero lujo.

—Eres… increíble —susurré entre besos, arqueando ligeramente mi cuerpo hacia él.

—Y tú también —dijo, con su voz grave resonando en mi oído—. Nunca había deseado a alguien así.

El juego continuó. Nos movíamos entre los cojines, jugando con la cercanía y la distancia, con las caricias y los suspiros. Cada roce era una chispa, cada beso un incendio contenido. Incluso los juguetes discretos y las cuerdas colocadas en la sala parecían parte del escenario de nuestro juego, insinuando posibilidades sin imponer nada.

—¿Esto… siempre es así en el club? —preguntó, aunque sabía que no necesitaba respuesta, solo quería oírlo decirlo.

—No —dije, con un suspiro profundo—. Solo cuando alguien vale la pena. Y tú vales la pena, Mat. Cada instante.

Nuestros cuerpos se ajustaban el uno al otro, cada roce, cada suspiro, cada mirada intensificando la conexión. Los antifaces mantenían el misterio, pero no disminuían la intimidad; al contrario, hacían que cada gesto fuera más potente, más concentrado, más prohibido y excitante.

—Mat… —susurré, apoyando la frente contra su pecho—. Esto es… demasiado intenso.

—Lo sé —respondió él, dejando que sus manos recorrieran mi espalda con lentitud—. Y quiero que sientas todo. Cada caricia, cada roce, cada instante.

Nos dejamos llevar por el momento, explorando cada rincón de la sala, cada posición, cada juego de contacto y susurro. Cada movimiento era sensual, erótico, cuidado, medido, sin perder la pasión ni la intensidad. La intimidad de aquel espacio de lujo, con rincones para el deseo y la privacidad, hacía que cada gesto fuera más excitante, más cargado de erotismo y conexión.

La cama la dejamos para el final. Entre besos y caricias nos habíamos excitado, nos habíamos provocado y habíamos probado nuestro autocontrol. El de Mat sin duda era increíble; aún no se había corrido una sola vez y su miembro se mantenía erecto y duro solo para mí.

Cuando nos recostamos en la cama le atraje hacia mí, entrelazando mis dedos en su cabello, y le besé con urgencia. Mat gruñó en mi boca y noté cómo su miembro daba un leve brinco sobre mi muslo.

—Mat… —susurró entre besos—. Necesito…

—¿Qué necesitas, pequeña?

—Que dejes de controlarte. Que me folles.

—Tus deseos son órdenes para mí —susurró, me besó con la misma urgencia que yo había mostrado unos segundos antes, y me penetró.

Lo hizo con fuerza, de una sola y certera embestida, y sentí que todo mi cuerpo se estremecía. Mat comenzó a moverse aún más deprisa, entrando y saliendo mientras su brazo derecho me mantenía rodeada por la cintura y pegada a él, como si no quisiera que me escapara. Cosa que no haría porque me encontraba muy a gusto con él.

Apreté sus brazos, arañé su espalda, dejé que me poseyera sin pudor ni reservas, y al mirar sus ojos y el brillo en ellos mientras me seguía penetrando

con fuerza y profundamente, sentí que mi cuerpo le pertenecía.

En ese instante sentí que mi cuerpo parecía haber reconocido en él al único hombre capaz de hacerme sentir de verdad, de ser yo, de no fingir.

Y cuando mi cuerpo se tensó y el suyo también lo hizo, cuando ambos nos miramos comprendiendo que estábamos a punto de llegar al clímax, apoyamos nuestras frentes y gritamos mientras liberábamos aquel intenso y brutal orgasmo.

Finalmente, nos quedamos abrazados bajo las sábanas, con los cuerpos aún cálidos, las respiraciones entrecortadas y dos corazones latiendo al mismo ritmo. La tensión no desapareció; seguía allí, contenida, prometiendo continuidad, un deseo que no necesitaba palabras.

—Nunca olvidaré esto —susurré, apoyando la cabeza en su pecho.

—Ni yo —dijo, rodeándome con los brazos, dejando que descansara allí—. Esta noche… solo es nuestra.

Y así, en el lujo, el misterio y la pasión contenida de la sala, con los antifaces cubriendo nuestros rostros, pero intensificando cada sensación, comprendí que algo había cambiado. No era solo deseo, era conexión, intimidad, y la promesa de que esa noche, y todas las que siguieran, tendrían un inicio que ninguno de los dos olvidaría.

Poco después nos dirigimos a la ducha de la sala y, tras ducharnos entre besos, caricias y esas miradas cómplices que los antifaces ocultaban, nos vestimos de nuevo y salimos de la sala lentamente, aún entrelazados, sin soltar nuestras manos.

Cada paso que dábamos por los pasillos oscuros del club me hacía sentir que todavía estaba en la burbuja de intimidad que habíamos creado. Aun con los antifaces, sabía que cada gesto, cada mirada, cada roce quedaba grabado en su memoria y en la mía.

—No puedo creer lo que ha pasado —murmuré, apoyando la cabeza en su hombro mientras caminábamos—. Y pensar que todo esto empezó con una mirada.

—Es la mirada la que dice más que mil palabras —respondió Mat—. Y la tuya me atrapó antes de que siquiera supiera tu nombre.

El corazón me latía con fuerza, no solo por lo que habíamos compartido, sino por la sensación de peligro dulce que producía su presencia. Cada vez que lo tocaba, cada vez que nos rozábamos accidentalmente, sentía una electricidad que recorría todo mi cuerpo. Era casi imposible pensar con claridad, y, sin embargo, quería quedarme en ese momento para siempre.

Cuando llegamos a la salida del pasillo, la música lejana y los murmullos del club parecían mucho más intensos después de nuestra burbuja de silencio y pasión. Mat no soltó mi mano; al contrario, la apretó suavemente, como recordándome que aún nos pertenecíamos en aquel instante.

—¿Volvemos al bar? —pregunté, intentando recuperar la compostura mientras mis dedos seguían rozando los suyos—. Necesito otra copa… y algo de aire.

—Claro —respondió con una sonrisa apenas perceptible—. Pero ten cuidado. Podrías desear algo más que un cóctel.

Sonreí, sin poder evitarlo. Su comentario era provocador, atrevido, y aun así contenía un calor que hacía que mis mejillas se sonrojaran.

No podía negar lo que sentía; algo en él me estaba desarmando, y no tenía ninguna intención de resistirme.

Capítulo 10

Matthias

Conducía por el Paseo de la Castellana con una mano apoyada en el volante y la otra relajada sobre la palanca de cambios, dejando que el coche avanzara con la inercia justa, sin prisas, como si mi cuerpo se negara a asumir del todo que aquel lunes no era uno más.

Madrid se despertaba a mi alrededor con su elegancia nerviosa habitual. Trajes oscuros, cafés humeantes en vasos de cartón, taxis que se abrían paso a base de claxon y costumbre. El cielo estaba despejado, de un azul frío y limpio, y los edificios de cristal reflejaban la luz de la mañana como si nada malo hubiera ocurrido jamás en este mundo.

Yo, en cambio, llevaba el caos dentro.

Iria. Su nombre apareció en mi mente con la misma facilidad con la que había aparecido en mi vida semanas atrás: sin aviso, sin pedir permiso, sin intención de marcharse pronto. No era un recuerdo concreto, sino una sensación. La forma en que había alterado mi eje interno sin tocar nada de forma evidente.

Pensé en el Club Índigo. En la penumbra azulada, en la música grave envolviéndonos como una promesa que no necesitaba palabras. En cómo me había mirado desde el primer instante. No con desafío ni con timidez. Con decisión.

Iria no observaba: evaluaba. Y cuando decidía, lo hacía con una serenidad que desarmaba.

Recordé cómo reaccionaba a mi cercanía. Cómo no se apartaba. Cómo no fingía indiferencia ni provocación. Simplemente estaba allí, presente, consciente de cada gesto. Cómo respondía a mi tacto con una intensidad que no buscaba impresionar, sino sostenerse.

Había en ella una mezcla peligrosa de control y abandono. De inteligencia afilada y piel viva. De cálculo y verdad.

Y eso… eso era lo que más me había descolocado.

Me sorprendí a mí mismo pensando que, después de tanto tiempo sin permitir que nadie se acercara de verdad, había temido perder el control como un adolescente torpe. Como alguien que no sabía medir sus propios límites. Creí que me pasaría factura la abstinencia, el cuerpo olvidado del contacto real.

Me había equivocado.

No fue precipitación lo que sentí. Fue algo mucho más inquietante: conexión. Presencia. Conciencia absoluta del otro. De mí mismo. De lo que estaba ocurriendo.

Aparté esos pensamientos justo cuando giré hacia el acceso privado del edificio.

La sede de *Eisenhart & Wolf Global Solutions* se alzaba ante mí como un manifiesto arquitectónico de ambición bien ejecutada. Cristal, acero, metal pulido, líneas limpias, geometría precisa. Diez plantas visibles desde el exterior, más tres subterráneas. Un edificio que no pedía permiso para imponer respeto.

Reduje la velocidad y entré en el parking subterráneo. Aparqué en mi plaza habitual, apagué el motor y durante un segundo no me moví. Me quedé allí, con las manos apoyadas sobre el volante, respirando hondo.

Cinco años. Cinco años desde la última vez que había entrado allí como lo que siempre fui. El heredero legítimo. El CEO. El señor Eisenhart.

Salí del coche y caminé hacia el ascensor con pasos medidos. El eco de mis zapatos resonó en el espacio amplio y silencioso. Todo olía igual. Todo estaba igual. Y, sin embargo, yo no lo estaba.

El ascensor me recibió con su silencio pulcro y metálico. Al cerrarse las puertas, comenzó el ascenso lento, casi ceremonial, como si el edificio mismo supiera que aquel trayecto no era uno más.

Plantas -3 y -2: logística interna, servidores, seguridad y archivos físicos imposibles de digitalizar por exigencias legales de varios países.

Planta -1: aparcamiento ejecutivo, acceso directo al consejo, entradas discretas para reuniones que no debían dejar rastro.

Y el ascensor al fin cruzó el nivel cero.

Planta 1: recepción principal, atención a clientes internacionales, relaciones institucionales. El rostro visible de la empresa.
Planta 2: recursos humanos, formación global, programas de talento. Donde se moldeaba el futuro.
Planta 3: I+D en automatización industrial. Donde nacían las ideas que sostenían el imperio.
Planta 4: sostenibilidad energética y transición verde. El discurso y, por una vez, también la convicción.
Planta 5: expansión internacional, mercados emergentes. Riesgo puro.
Planta 6: Jurídico y legal. Donde nada era casual.
Planta 7: Finanzas globales, estrategia económica. El corazón frío.
Planta 8: innovación tecnológica avanzada.
Planta 9: dirección operativa.
Planta 10: Mi reino.

Las puertas se abrieron y lo primero que vi fue a Cata.

Seguía siendo impecable. Traje claro perfectamente cortado, postura recta, mirada despierta. Pero cuando me vio, algo cambió. Su rostro se iluminó de

una forma que no figuraba en ningún manual de protocolo.

Se levantó de inmediato.

—Matthias…

Rodeó el escritorio con pasos rápidos y controlados.

—Me alegra muchísimo verte de nuevo. De verdad. Y… me alegra que todo se haya resuelto —dijo, y la abracé sin pensarlo.

No fue un gesto calculado. Fue humano. Necesario.

—No todo está resuelto —respondí con una media sonrisa, separándome un poco—, pero confío en el tiempo. Y en que, al final, todo acabe poniéndose en su sitio.

Cata asintió. No preguntó más. Siempre había sabido escuchar sin invadir.

—Leonhard está llegando —añadió—. Y tienes la agenda preparada, aunque… —Me miró con una leve sonrisa—. He dejado margen.

—Gracias.

Entré en mi despacho y comprobé que era exactamente como lo recordaba.

Amplio. Sobrio. Elegante. Madera oscura. Líneas rectas. Estanterías minimalistas con libros que nadie tocaba, pero que estaban ahí para recordar que el poder también piensa. El escritorio de diseño alemán seguía donde siempre.

Y el ventanal…

El ventanal ocupaba toda la pared. Madrid se extendía a mis pies como un organismo vivo. Caótico. Fascinante. Indomable.

Me acerqué despacio, apoyé una mano en el cristal y cerré los ojos. Entonces apareció ese rostro. Femenino. Sereno. Determinado.

El mismo que había visto demasiadas noches en sueños. El que no había conseguido olvidar ni siquiera cuando me obligaba a no pensar en nada.

—Siempre tú… —murmuré sin darme cuenta.

—¿Interrumpo?

La voz me sacó del recuerdo como un corte limpio.

—Adelante.

Leonhard entró con su sonrisa canalla de siempre, esa que ocultaba un cerebro peligrosamente brillante.

—Buenos días, jefe. Bienvenido de nuevo a tu reino.

Sonreí de lado.

—Déjate de tonterías y ponte serio. ¿Qué es lo más urgente?

Se sentó frente a mí y comenzó a hablar. Asia. Latinoamérica. Un acuerdo delicado con una energética nórdica. Riesgos legales. Oportunidades que no esperaban.

Él hablaba y yo le escuchaba con atención absoluta. Hice preguntas y tomé decisiones, lo que se esperaba de un CEO.

Una hora después, se levantó.

—Te dejo trabajar —dijo—. Ya era hora de que este despacho volviera a tener dueño.

Cuando se fue, me quedé solo. Y por primera vez en cinco años, trabajé allí. De verdad.

El aroma del café recién hecho se mezclaba con el del cuero del sillón y la madera oscura del despacho. Era un olor familiar. Reconfortante. Casi peligroso. Porque significaba normalidad, rutina… y yo aún no estaba seguro de merecer ninguna de las dos.

Me apoyé en el borde del escritorio con la taza entre las manos. El café estaba fuerte, amargo, exactamente como me gustaba. Fuera, Madrid seguía su curso con una indiferencia insultante. Coches. Gente. Vidas que no se habían detenido cinco años.

Habían pasado tres horas desde que Leonhard se marchó. Tres horas de contratos revisados con lupa. Cláusulas que exigían mi firma. Informes de expansión internacional con cifras que no admitían errores. Decisiones estratégicas que marcarían el rumbo de la empresa durante la próxima década.

Mi mente funcionaba con la precisión de siempre. Fría. Analítica. Eficaz. Y, aun así, había algo distinto.

No era la ambición. Esa nunca se había ido. Era la sensación extraña, incómoda incluso, de haber recuperado una parte de mí que creía definitivamente enterrada… y no saber aún cómo convivir con ella.

Cada vez que levantaba la vista del papel, el ventanal estaba ahí. Madrid también seguía ahí. Y, en mi mente, Iria.

No solo su cuerpo y su voz exacta. Su presencia.

—*Concéntrate* —me dije, volviendo al contrato que tenía delante.

Estaba revisando un acuerdo de colaboración con una empresa alemana cuando el intercomunicador emitió un pitido breve y preciso.

—Señor Eisenhart —dijo la voz profesional de Cata—, tiene visita.

Cerré los ojos un segundo.

—Dile que ahora mismo estoy ocupado, estoy hasta arriba de papeleo.

No era mentira. Pero tampoco era toda la verdad.

Hubo un silencio demasiado largo al otro lado de la línea. Luego, una voz que conocía desde antes de saber pronunciar mi propio apellido atravesó el intercomunicador con una autoridad absoluta y cero intención de negociar:

—Para tu madre siempre tienes que tener tiempo.

La carcajada me salió sola. Baja. Inesperada. Sincera.

—Déjala pasar, Cata.

—Sí, señor —respondió, y juraría que sonreía.

Me levanté del escritorio casi sin darme cuenta. No porque fuera necesario, sino porque una parte de mí, la que no se había oxidado del todo, seguía reaccionando igual que cuando era un niño.

La puerta se abrió segundos después, y mi madre entró con paso firme, elegante como siempre. Llevaba un abrigo claro perfectamente entallado y el cabello recogido con esa sencillez estudiada que siempre la había definido. No necesitaba alzar la voz para llenar una habitación.

Pero no fue su presencia lo que me golpeó. Fue su sonrisa. Tenía los ojos brillantes. Demasiado.

Cerró la puerta tras de sí y se quedó mirándome durante un instante que pareció dilatarse más de lo necesario. Como si quisiera asegurarse de que estaba allí de verdad. De que no era una aparición más.

—Hola, hijo.

No dijo nada más. Simplemente avanzó y me rodeó con los brazos.

La abracé con fuerza, hundiendo el rostro en su hombro sin preocuparme por parecer nada. El perfume que siempre usaba, el mismo desde hacía años, me golpeó la memoria con una violencia inesperada. No fue un recuerdo concreto. Fue una época entera.

Sentí algo rompiéndose dentro. Me di cuenta entonces de cuánto había echado de menos aquello. Esos abrazos sin condiciones. Esa certeza silenciosa de estar a salvo, aunque el mundo se viniera abajo.

No había sido consciente hasta ese momento.

—Debería darte vergüenza —dijo al separarse un poco, con tono molesto… aunque la emoción se le escapaba por los ojos—. No decirme que ya estabas en casa, que hoy te incorporabas al trabajo… y que tenga que enterarme por Leonhard.

—Mamá… —Sonreí, derrotado—. Iba a llamaros esta tarde. A ti y a papá. Quería ir a veros tranquilamente.

Frunció los labios, exactamente como hacía cuando no aceptaba una excusa, pero tampoco quería discutir.

—Deberías haber llamado el sábado por la mañana —replicó—. En cuanto llegaste a casa.

Asentí despacio.

—Lo sé.

No había defensa posible. Ni falta que hacía.

Nos sentamos. Ella ocupó el sillón frente al escritorio. Yo dejé la taza de café a un lado y me apoyé hacia atrás, observándola sin disimulo. Me pareció más pequeña de lo que recordaba. O quizá era yo el que había cambiado demasiado.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin, bajando la voz.

La pregunta no era casual. Nunca lo había sido. Me tomé unos segundos antes de responder. No porque no supiera qué decir, sino porque sabía que cualquier respuesta superficial sería detectada al instante.

—Cansado —admití—. Pero… mejor.

Asintió despacio. No pidió más. Sabía cuándo no hacerlo.

—Lo importante —añadí— es dejarlo atrás. Olvidarlo. Que el tiempo borre lo que tenga que borrar.

Suspiró. No de resignación, sino por el mismo cansancio que yo sentía.

—El tiempo no lo borra todo, Matthias —dijo con una dulzura que me dolió más que cualquier reproche—. Pero lo coloca en su sitio. Y tú nunca estuviste solo. Nunca lo olvides.

Sentí un nudo cerrarse en el pecho. No permití que subiera más arriba. Ahora no. No delante de ella.

—Tu padre y yo te esperamos para comer —continuó, recuperando parte de su tono habitual—. Y no acepto un no por respuesta.

Sonreí, esta vez de verdad.

—Estaré allí a las dos en punto.

Se levantó, rodeó el escritorio y me besó en la mejilla. Luego volvió a abrazarme. No como a un hombre adulto, sino como a su hijo. Con esa firmeza tranquila que siempre había sido su sello.

—Te quiero —dijo—. Y jamás dejaré de hacerlo.

—Lo sé, mamá.

Cuando se fue y la puerta volvió a cerrarse, el despacho quedó en silencio. Un silencio distinto.

Miré a mi alrededor. El escritorio. Los contratos. El ventanal. La ciudad extendiéndose ante mí como una promesa que aún no sabía si aceptar.

Y pensé que, de no haber sido por mis padres… por su apoyo incondicional durante aquellos años oscuros… no sabía qué habría sido de mí.

Quizá no estaría allí. Quizá no estaría en absoluto.

Suspiré y retomé el contrato donde lo había dejado. Leí las cláusulas con atención y firmé. Pero ya no era el mismo hombre que había llegado aquella mañana a las ocho.

Algo se había desplazado. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad inmediata de recolocarlo.

Firmé dos contratos más. Revisé un informe de riesgos legales con anotaciones al margen que Leonhard tendría que discutir conmigo al día siguiente. Respondí correos que llevaban demasiado tiempo esperando una respuesta que solo podía dar yo.

La maquinaria volvía a funcionar. Y yo con ella.

Eisenhart & Wolf no era solo una empresa. Era una extensión de mi apellido, de mi historia, de todo lo que me había sido arrebatado y, de alguna forma, devuelto. Estar allí no era un privilegio. Era una responsabilidad que nunca había dejado de pesarme, incluso cuando me había visto obligado a abandonarla.

Capítulo 11

Matthias

A la una y media en punto, Cata apareció discretamente en la puerta.

—Matthias, si no me necesitas, me marcho ya. Tengo que comer rápido para después ir al médico.

Levanté la vista del último documento y asentí.

—Puedes irte, no te preocupes. Yo de hecho me tengo que ir también, si no quiero que mi madre llame a todos los hospitales si no llego a comer a las dos en punto —respondí con un falso suspiro, y ella sonrió.

—Perfecto —respondió—. Nos vemos mañana entonces. Ya tienes lo más urgente agendado a primera hora —dijo, y asentí. Entonces me sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual—. Bienvenido a casa —sonrió, y yo también.

Cata siempre lo había sabido hacer así. No preguntaba más de lo necesario. No ofrecía más de lo imprescindible. Pero estaba. Siempre estaba.

Recogí mis cosas y, antes de salir, me detuve un segundo frente al ventanal.

Madrid seguía ahí. Vibrante. Caótica. Indiferente a mi regreso, a mis dudas, a todo lo que aquel edificio significaba para mí. Me ajusté la chaqueta, respiré hondo y salí del despacho.

Entré en el ascensor y me distraje mirando el móvil, hasta que las puertas se abrieron y fueron entrando algunos de los empleados que me miraban con curiosidad o respeto. Sabían quién era. Sabían que había vuelto. No sabían, ni debían saber, mucho más.

El ascensor descendió con la misma lentitud solemne con la que había subido por la mañana. Planta a planta. Como si el edificio quisiera recordarme todo lo que albergaba. Todo lo que esperaba de mí.

Cuando las puertas se abrieron en el parking subterráneo, el aire era más denso, más frío. Caminé hacia el coche con pasos tranquilos, sin prisa por marcharme, pero con la certeza de que el día aún no había terminado del todo.

Encendí el motor y el sonido me ancló al presente. Mientras salía del garaje y me incorporaba al tráfico, pensé que había sobrevivido a aquel lunes. Que no me había derrumbado. Que había vuelto a ocupar mi sitio sin que el mundo se viniera abajo.

Pero también supe algo más.

Que por mucho que intentara convencerme de que todo giraba en torno al trabajo, a la empresa o al apellido, no era del todo cierto. Había una imagen que se colaba entre contratos y decisiones estratégicas. Una presencia que no obedecía a la lógica ni al control.

Iria.

Y mientras el coche avanzaba entre el tráfico de Madrid, supe que aquella noche no sería capaz de pensar en otra cosa.

Y que ese lunes, el verdadero desafío no había sido volver a la empresa. Había sido aceptar que, después de cinco años sobreviviendo, quizá había empezado de nuevo a vivir.

Me detuve poco después frente al edificio en el que vivían mis padres. No era un inmueble cualquiera. Nunca lo había sido. Fachada clásica, restaurada con una elegancia sobria que no necesitaba ostentación para imponer respeto. Seguridad privada discreta, portero de toda la vida, mármol pulido en el

vestíbulo y ese silencio denso, casi reverencial, que solo existía en los lugares donde siempre había vivido gente poderosa… y consciente de ello.

Apagué el motor y me quedé unos segundos dentro del coche.

No estaba nervioso. Era algo más complejo. Una mezcla incómoda de alivio y miedo. Alivio por volver. Miedo por comprobar que, quizá, volver dolía más de lo esperado.

Entré y saludé al portero con un gesto breve. Subí solo en el ascensor privado hasta la última planta. El trayecto fue silencioso. Sin música. Sin pantallas. Solo el leve zumbido del motor y mis propios pensamientos.

El ático de mis padres seguía igual que siempre, incluso antes de que se abrieran las puertas. Lo sabía.

Techos altos. Molduras originales restauradas con un respeto casi obsesivo. Madera noble bajo los pies. Grandes ventanales que dejaban entrar la luz de Madrid como si fuera un privilegio reservado solo para ellos. Todo estaba exactamente donde debía estar.

Al cruzar el umbral, sonreí sin darme cuenta. Nada había cambiado.

El mismo aparador. El mismo cuadro abstracto que mi madre había comprado en una galería de Berlín hacía más de veinte años, contra la opinión de casi todo el mundo. El mismo reloj antiguo marcando las horas con un tic-tac grave y constante, como un recordatorio silencioso de que el tiempo no se detenía… aunque uno lo deseara.

—Hijo…

Mi madre fue la primera en llegar hasta mí. No caminó: prácticamente cruzó el salón en dos pasos. Me rodeó el cuello con los brazos y me besó en ambas mejillas, con una emoción que no intentó disimular ni un segundo.

Sentí su cuerpo temblar ligeramente.

Mi padre se acercó después. Hans Eisenhart nunca fue un hombre de gestos grandes. Me apoyó una mano firme en el hombro y me abrazó con la

contención que siempre lo había definido. Pero había fuerza en ese abrazo. Y algo más profundo que no necesitaba palabras.

—Me alegra verte tan bien —dijo, separándose lo justo para mirarme de arriba abajo—. De verdad.

—Estoy bien —respondí—. Mejor de lo que pensaba.

No era una frase hecha. Era verdad. Al menos, en parte.

Nos sentamos a la mesa poco después. El comedor era amplio, luminoso, con vistas directas a los tejados del centro de Madrid. La comida estaba preparada con esa mezcla perfecta de elegancia y calidez que mi madre dominaba como nadie. Nada ostentoso. Todo impecable.

Durante los primeros minutos hablamos de cosas normales. Del tráfico. De una reforma en el edificio contiguo. De un conocido común. Era un tanteo. Un calentamiento emocional.

Hasta que la conversación derivó, inevitablemente, hacia la empresa.

—Leonhard me ha contado por encima cómo están las cosas —comentó mi padre mientras cortaba la carne—. Parece que hay movimientos interesantes en Asia.

—Los hay —respondí—. Y también en Latinoamérica. Se han sentado bases sólidas. Más de las que esperaba encontrar.

Mi madre me observaba en silencio, atenta a cada inflexión de mi voz.

—Ha hecho un trabajo impecable —añadí—. Mantuvo el rumbo cuando todo podía haberse venido abajo.

Mi padre asintió con gravedad.

—Leonhard siempre fue leal. Y brillante. Pero ahora te toca a ti volver a ponerte al frente.

—Lo sé.

No hubo dramatismo en mi respuesta. Solo aceptación.

El silencio que siguió fue breve, pero cargado. Mi madre dejó los cubiertos sobre el plato con un gesto suave. Demasiado suave.

—¿Estás bien de verdad? —preguntó.

No dijo “cómo estás”, sino “de verdad”.

—Lo estoy —repetí—. Solo quiero que todo se olvide. Que nadie mencione nada. Como si estos últimos cinco años no hubieran existido.

El efecto fue inmediato. Mi madre suspiró y bajó la mirada durante un segundo.

—Eso es imposible, Matthias —dijo en voz baja—. Han sido los peores años de mi vida.

No la miré inmediatamente. Sabía lo que encontraría en sus ojos. Cuando lo hice, confirmé que había estado evitando esa mirada durante demasiado tiempo.

—Ya han pasado —respondí con firmeza—. Estoy de vuelta. Y no voy a dar un paso atrás ni para coger impulso.

Mi padre apoyó los codos sobre la mesa.

—Lo que yo querría —dijo— es que esos años no hubieran existido de verdad. Que no hubiera pasado lo que pasó. Que no hubieras tenido que perder todo lo que perdiste.

Negué despacio.

—Eso ya no se puede cambiar. Pero sí lo que viene ahora. El pasado debe quedarse donde está. Nosotros tenemos que seguir adelante. Vivir el presente. Pensar en el futuro que nos espera.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue necesario.

Después del postre, tomamos café en el salón. Mi madre lo sirvió ella misma, como si necesitara hacer algo con las manos. Se sentó frente a mí, todavía observándome con esa mezcla de alivio y temor que solo tenían las madres que habían estado a punto de perder a un hijo.

—Habíamos pensado… —empezó, con cautela— en organizar algo en la empresa. Una celebración discreta. Por tu regreso.

Negué antes incluso de que terminara.

—No tengo ganas de celebraciones. Y en la empresa solo unos pocos saben la verdad. Me costó mucho mantener el motivo real de mi ausencia en secreto. No quiero preguntas. No quiero explicaciones innecesarias.

Mi padre asintió. Mi madre también, aunque con más dificultad.

—Lo entendemos —dijo ella—. Solo… no vuelvas a desaparecer.

—No lo haré.

Me levanté poco después. Me despedí con besos, con abrazos más largos de lo habitual y prometí volver pronto. No encerrarme entre montones de papeles. No esconderme otra vez, tal como me había pedido mi madre.

—No lo haré —repetí antes de marcharme.

Y por primera vez en mucho tiempo, lo dije convencido.

Conduje hasta mi ático con la radio apagada. No necesitaba música. El murmullo constante de la ciudad era suficiente compañía. Madrid a esas horas de la tarde en invierno tenía algo hipnótico, casi íntimo: luces que no dormían nunca, calles que parecían guardar secretos ajenos, edificios que habían visto pasar demasiadas vidas como para sorprenderse por una más.

El tráfico era fluido. La gente regresaba a casa. O huía de ella. Yo no sabía exactamente en qué categoría me encontraba.

El portón del garaje se cerró tras de mí con un sonido seco y definitivo. Apagué el motor y permanecí sentado unos segundos, con las manos apoyadas

sobre el volante. No estaba cansado físicamente. Era otro tipo de agotamiento. Uno que no se arreglaba con dormir.

Subí directamente al ático. Al entrar, dejé las llaves sobre el mueble y me quité la chaqueta sin encender todavía las luces del salón. Me movía por aquel espacio con una memoria casi física. Cada paso, cada giro, cada sombra me resultaban familiares. Había sido mi refugio antes de que todo se rompiera. El lugar donde creía tener el control absoluto de mi vida.

Ahora volvía a serlo. O eso quería creer.

Encendí una lámpara indirecta y el ático cobró vida poco a poco. La luz cálida fue revelando los contornos: cristal, acero, madera oscura. Un espacio amplio, sobrio, diseñado para alguien que pasaba más tiempo pensando que descansando. Nada superfluo. Nada innecesario.

Las vistas seguían siendo inmejorables. Madrid se extendía ante mí como un tablero iluminado, infinito, indiferente. Miles de ventanas encendidas. Miles de historias que no me incumbían.

Fui directo al mueble bar y me serví un whisky sin hielo. Solo. Como siempre me había gustado. Observé el líquido ámbar unos segundos antes de dar el primer sorbo. El calor descendió lentamente por la garganta, familiar, controlado.

Me apoyé en la encimera y exhalé despacio. Las palabras de mi madre regresaron a mi mente sin pedir permiso.

No vuelvas a desaparecer. No te encierres entre montones de papeles.

Suspiré y cerré los ojos un instante.

Durante cinco años no había dirigido la empresa. Cinco años en los que había perdido el derecho a decidir, a intervenir, a ser quien siempre había sido. Leonhard había hecho un trabajo impecable, sí. Mejor de lo que nadie podía haber esperado. Pero ahora era yo quien tenía que ponerse al frente.

Yo, quien debía asumir de nuevo el peso real de las decisiones difíciles. Yo, quien debía volver a ser el rostro visible de todo aquello que llevaba mi

apellido. No podía esconderme en el trabajo. Ni fuera de él.

Me alejé de la barra y caminé hasta el ventanal con el vaso en la mano. La ciudad brillaba bajo mis pies. Indiferente. Inalterable. Entonces, inevitablemente, pensé en ella. En Iria.

No fue un pensamiento brusco. No irrumpió. Se deslizó con naturalidad, como si siempre hubiera estado esperando ese momento de silencio para ocupar su lugar.

Pensé en su mirada verde, firme, directa, sosteniéndome sin titubeos. En la forma en que había sabido leerme sin hacer preguntas. En cómo no había intentado acercarse más de lo que yo permitía… ni alejarse cuando yo me acercaba.

Pensé en el Club Índigo. En si volvería a verla si regresaba el sábado siguiente.

No me gustaba reconocerlo, pero la idea se había instalado en mi mente con una comodidad peligrosa. No como una obsesión, sino como una certeza en construcción.

El móvil vibró sobre la mesa baja del salón. Eché un vistazo y vi el nombre de Leonhard en la pantalla.

Lo miré unos segundos antes de responder. Como si supiera que esa llamada iba a mover algo que aún no estaba preparado para asumir.

—Dime —respondí al fin.

—Tenemos una reunión en un par de días con los de la energética suiza —dijo sin preámbulos—. Quieren que la lideres tú.

—Perfecto —respondí—. Envíame el dossier completo mañana a primera hora.

—Lo tendrás —dijo, y siguió una pausa breve de las suyas—. ¿Todo bien?

No preguntaba por la reunión. Leonhard nunca lo hacía.

—Sí —dije—. Dentro de lo razonable.

Se rio suavemente.

—Eso, viniendo de ti, siempre es relativo.

Hablamos unos minutos más. Estrategia. Posibles fricciones. Números. Proyecciones. Él exponía. Yo afinaba. La vieja dinámica regresaba sin esfuerzo.

Antes de colgar, dudé. No era propio de mí. Pero aquel día ya había dejado de serlo en demasiados aspectos.

—Leonhard.

—Uh… ese tono no es de negocios.

Di otro sorbo al whisky.

—¿Con qué frecuencia vas al Índigo?

Hubo una pausa breve. Lo suficiente para que él sonriera al otro lado; lo sabía, lo conocía demasiado bien.

—Casi todos los sábados —respondió—. ¿Por?

Miré la ciudad sin verla realmente.

—El próximo sábado te acompaño.

Su carcajada fue inmediata.

—Ajá… déjame adivinar —dijo—. ¿Tiene algo que ver con cierta mujer de ojos verdes?

No contesté. No hizo falta.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Eisenhart —añadió—. Nos vemos mañana en la empresa.

—Nos vemos mañana —respondí y colgué.

Me quedé de nuevo frente al ventanal, con el vaso ya casi vacío. La ciudad seguía ahí. Yo también. Pero algo había cambiado.

Por mucho que quisiera negarlo, por mucho que intentara racionalizarlo, sabía la verdad.

La razón por la que iba a volver al Club Índigo no era el ambiente. Ni la música. Ni siquiera la costumbre.

Era Iria. Y por primera vez en mucho tiempo, no me asustaba admitirlo.

Capítulo 12



Iria

El aroma del café recién hecho llenaba mi despacho y, por un instante, dejé que el mundo se ralentizara. La taza caliente entre mis manos era un ancla: el líquido amargo, el vapor, la sensación de contención.

Fuera, Madrid se movía con su habitual urgencia de viernes, y yo permanecía ahí, en silencio, revisando unos papeles con la atención que solo se reservaba a los documentos que podían cambiar el rumbo de la empresa.

Y, sin embargo, mis pensamientos no estaban en los informes de expansión ni en los contratos que debían revisarse antes de cerrar la semana. Estaban en él. Mat.

No había dejado de pensar en él desde que lo había visto por primera vez en el Club Índigo casi una semana atrás. Cómo me miraba, cómo sus ojos grises se encontraban con los míos y, sin palabras, parecía medir cada reacción, cada titubeo, cada gesto que yo podía dar. Cómo me tocaba con la suavidad de quien conocía la intimidad del espacio del otro, y cómo sus labios, al rozar los míos, dejaban una sensación que no había experimentado en años.

La última vez que había sentido algo así fue hacía tres años, y estuve saliendo con él durante un año entero. Pero al final había tenido que aceptar que no buscábamos lo mismo, que aquel camino compartido no podía sostener la intensidad que la vida exigía.

Durante aquel tiempo con él, el Club Índigo había sido una especie de secreto silencioso. No había ido. Solo ayudaba a Héctor en lo que podía: la contabilidad, los pedidos, cuidar de Vera cuando mi novio viajaba por trabajo y no le veía. No le conté nada de aquel lugar ni de lo que me hacía sentir. No podía. No estaba preparada.

Cada gesto de Mat estaba grabado en mi memoria, y cada vez que cerraba los ojos lo sentía más cerca, incluso cuando estaba frente a mi escritorio, revisando planes de expansión o estrategias de negocio. Esa conexión, esa presencia, me había desarmado, pero también me había recordado que podía sentir sin miedo… al menos, por un momento.

Apoyé la taza sobre el escritorio y respiré hondo. Tenía que centrarme. Tenía que ser eficiente. Y lo era: estratégica, analítica, inteligente. Pero por mucho que lo intentara, los pensamientos se escurrían entre las reuniones, los informes y los números, dejando un espacio vacío que solo él parecía ocupar.

Aquel viernes no era diferente. Mientras repasaba unos contratos, la puerta de mi despacho se abrió suavemente.

—Iria —dijo Javier Beltrán, mi jefe más directo, el director general para Europa—, ¿tienes un minuto?

Asentí, dejando los papeles a un lado. Su presencia siempre me provocaba un respeto silencioso: firme, directo, pero justo. Nos dirigimos a la pequeña sala de reuniones contigua al despacho. Él dejó unos informes sobre la mesa y se apoyó, cruzando los brazos.

—Estamos preparando algunos proyectos nuevos en Asia y Latinoamérica —empezó, sin rodeos—. En un par de semanas es posible que tengas que viajar a la sede de Alemania para cerrar algunos acuerdos. Puede que vayas conmigo o… —Se detuvo un segundo y me miró con un matiz curioso en los ojos— con el jefe.

Me quedé congelada un instante.

—¿El señor Wolf ha dado esa orden? —pregunté, intentando mantener la voz firme.

—Sí —contestó, con un gesto que mezclaba sorpresa y discreción—. Pero no irías con el señor Wolf, sino con el señor Eisenhart. Ya está de vuelta.

Mi corazón dio un vuelco, y sentí cómo la respiración se me aceleraba sin que pudiera controlarlo.

—Entendido —dije, intentando que mi tono sonara natural, profesional.

—Perfecto. Solo era para que lo supieras. Coordinarás los detalles con él directamente. Eso es todo. —Se inclinó ligeramente y sonrió, dándome un asentimiento casi paternal—. Nos vemos luego en la reunión de cierre de semana.

Salí de la sala con el pecho latiendo con fuerza. El eco de sus palabras resonaba en mi mente: “El señor Eisenhart ya está de vuelta”.

Me dirigí a mi despacho y me senté frente al ordenador. Apoyé la cabeza un segundo sobre la palma de la mano y recordé los días en los que había entrado en la empresa. Fue solo unos meses después de que el señor Eisenhart tuviera que marcharse de manera precipitada, dejando la dirección en manos de su socio, el señor Wolf.

Desde aquel momento, había escuchado muchas conversaciones que giraban en torno a su ausencia: rumores que se filtraban en los pasillos, comentarios de oficina, susurros sobre “el heredero desaparecido” y especulaciones que parecían no tener fin. Que se iba a casar en secreto. Que tenía un hijo que nadie conocía. Que se había mudado a otra ciudad y nadie sabía por qué. Historias de amor, tragedia y conspiración corporativa que se mezclaban con su vida personal, siempre envuelta en misterio.

Me reí para mis adentros. Cada cual de esas historias me había parecido más absurda que la anterior. Y, sin embargo, había algo en todo eso que me fascinaba: la manera en que un hombre podía mantener su vida personal completamente alejada del escrutinio público, mientras su profesionalidad y sus logros eran conocidos por todos.

El teléfono sobre la mesa vibró. Era un mensaje de Héctor, preguntando si llegaría a casa a tiempo para ayudar con Vera antes de la comida. Sonreí al

leerlo. Aquel hombre y su hija eran mi otro mundo, uno que me anclaba y me daba perspectiva. Pero mi mente volvió inevitablemente a Mat.

El viernes avanzaba y yo debía seguir concentrada, pero había una certeza que se asentaba cada vez con más fuerza: aquello que sentí en el Club Índigo no era casual. No era un impulso pasajero. No era solo atracción ni curiosidad. Era algo que había estado esperando, sin saberlo, durante mucho tiempo.

Cerré la puerta de mi despacho tras mí con un leve suspiro, intentando dejar atrás el peso de los pensamientos que Mat había despertado en mí, y me dirigí a la sala de descanso, donde solía encontrarme con los compañeros con los que tenía más confianza. Marcos, Álvaro, Lucía y Clara. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el ruido suave de la máquina de agua y los murmullos de quienes se tomaban un respiro en medio de la jornada.

—¡Ahí está la estratega estrella! —dijo Álvaro en cuanto me vio—. Ya te estábamos echando de menos para hablar de cosas serias, como la vuelta del gran jefe.

Solté una carcajada mientras me servía un café.

—No me miréis así —respondí, apoyándome en la encimera—. Todavía estoy digiriendo la noticia. El señor Eisenhart ha vuelto. Y yo soy la única de los empleados más antiguos que no le conoce personalmente.

—Uf —murmuró Lucía, cruzándose de brazos—. La oficina va a hervir. Ese hombre… siempre impone. Profesional y personal, todo en uno. Nadie ha sabido nunca nada de su vida privada, pero todo lo que toca profesionalmente es impecable.

—Exacto —añadió Marcos, bebiendo de su taza—. Y durante estos cinco años… nada se supo de él. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo que sí sabemos es lo que logró en la empresa: éxitos, contratos, crecimiento… todo medido y controlado.

—Y ahora vuelve —intervino Clara, con una sonrisa ladeada—. A ver quién aguanta la presión.

Me serví un segundo café y me senté en una de las sillas altas. La conversación fluía con naturalidad, pero yo no podía evitar pensar en Mat.

—Oye, Iria —dijo Marcos con un tono conspirativo—, ¿tú qué crees que habrá hecho en estos cinco años? Porque profesionalmente sabemos casi todo, pero de su vida personal… nadie, absolutamente nadie sabe nada.

—Ni una pista —respondí, encogiéndome de hombros—. Solo rumores, cotilleos de oficina y teorías de café que siempre me hicieron reír. Que si se iba a casar, que si tenía un hijo secreto, que si vivía en Suiza… historias que iban de absurdas a ridículas en cuestión de minutos.

—Me lo puedo imaginar —rio Álvaro—. Y lo mejor es que nadie podría confirmar nada, porque el tipo es un misterio absoluto.

—Exacto —dije, tomando un sorbo de café—. Y, sin embargo, por lo que he oído, no puedes evitar sentir curiosidad. Es como si su sola presencia marcara la oficina de otra manera. Todo se mueve diferente cuando él está cerca, aunque no lo veas.

Lucía rio, levantando la ceja.

—Vamos, Iria, eso suena a que te tiene más alterada de lo que quieres admitir.

—No… —Empecé, pero me detuve y sonreí con ironía—. Bueno, sí, tal vez un poco. Pero esto es profesional. Solo profesional. Jamás he tratado con el CEO de la empresa.

—Ajá —dijo Clara, fingiendo solemnidad—. La vieja excusa de “solo profesional”. La usamos todos, pero sabemos que no cuela.

Nos reímos. La complicidad entre nosotros era evidente; años de trabajo conjunto habían creado un equilibrio extraño, mezcla de confianza, humor y respeto mutuo.

—Cambiando de tema —intervino Marcos—. En unos días es mi cumpleaños y estáis todos invitados a cenar y tomar unas copas al restaurante de mi cuñado. Así que habrá celebración.

—¡Genial! —exclamó Álvaro—. Y a ver con qué regalito te sorprendemos este año.

—Nada de regalarle corbatas —dije, riendo—. Todavía tengo pesadillas con la corbata con estampado de dinosaurios que me tocó comprar el año pasado.

—¡Es verdad! —gritó Clara—. Cada vez que me acuerdo de su cara al verla, no sé si reír o llorar por eso.

—Pues nada, este año algo más discreto —sugirió Lucía—. O algo… divertido, pero no traumatizante.

—Si aceptáis propuestas, os puedo pasar una lista de algunas cosas que necesito —dijo Marcos.

—Nada de listas, colega —contestó Álvaro—. Tú déjate sorprender.

—Si es que me dais miedo, cabrones.

El grupo se rio de nuevo, y por un instante el mundo corporativo desapareció. Solo quedaba esa complicidad ligera, esa sensación de equipo que se apoyaba sin condiciones, con bromas internas que solo nosotros entendíamos.

Yo sonreí, pero mi mente seguía volviendo inevitablemente a Mat. Ese hombre llevaba desde la noche del sábado metido en mi cabeza y en mi piel, y eso… eso era mucho más que peligroso.

—Bueno —dije, interrumpiendo mis propios pensamientos—, dejemos los cotilleos por un momento. Tenemos trabajo, ¿no? Que no quiero que me pillen aquí hablando de posibles regalos de cumpleaños, como un par de calcetines con elefantes rosas con alas o un pijama de alienígena verde.

—Alienígena verde —repitió Álvaro, divertido—. Esa sí que es buena.

—Mejor no —dije, riendo—. No vaya a ser que alguien tome nota y me mandéis a buscar ese pijama.

—Mientras no nos pillen cotilleando del gran jefe… —comentó Clara.

—Si os soy sincero —dijo Marcos—, tengo ganas de ver cómo reacciona la oficina al saber que ha vuelto. Ese tipo de cosas no se olvidan.

—No se olvidan nunca —dije, dejando la taza a un lado y apoyándome en la encimera—. Y aunque solo sea profesionalmente, me pregunto si la gente realmente estará preparada para él. Para lo que representa, quiero decir.

—Oh, no —dijo Lucía, levantando un dedo—. Prepárate, Iria. Porque no solo es el jefe. Es el jefe y el misterio. Todo en uno.

Suspiré y sonreí con ironía.

—Bueno, pues ya que estamos todos relajados —dijo Clara, con tono burlón—, ¿alguien se apunta a repasar el plan para la reunión con Asia la próxima semana? Que no nos pillen desprevenidos.

—Yo —dije, incorporándome—. Pero después del café. Necesito una dosis extra de cafeína antes de enfrentarnos a números y proyecciones.

—Perfecto —dijo Álvaro—. Que no se diga que la estratega estrella no es eficiente.

Nos reímos de nuevo y, por un momento, me sentí aliviada. La oficina, mis compañeros, los pequeños momentos de complicidad, todo eso me anclaba. Me recordaba que, por muy turbulento que fuera mi mundo interior, tenía un lugar seguro, un equipo en el que podía confiar.

Sin embargo, por mucho que me gustara esa sensación de pertenencia, mi mente seguía regresando a Mat.

—Vale —dije, finalmente, dejando la taza vacía sobre la encimera—. Hora de concentrarnos. Que no quiero que la estratega estrella se quede atrás porque su cabeza está en otra parte.

Mientras nos sentábamos alrededor de la mesa de la sala de descanso y comenzábamos a repasar los informes y los planes de expansión, supe que

aquel viernes iba a ser largo, intenso y, de algún modo, inevitablemente ligado a Mat, porque por mucho que quisiera evitar pensar en él, era imposible.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no me molestaba pensar en un hombre con el que había sentido una conexión como la del sábado por la noche.

Capítulo 13



Iria

El ascensor se detuvo con suavidad en la última planta del edificio, y al abrirse la puerta, un aroma familiar me envolvió al instante: tortillas de patata recién hechas, croquetas calientes y ese olor dulce que siempre tenía algo de hogar y de infancia. Sonreí antes de siquiera cruzar el umbral: sabía que Héctor y Vera me estaban esperando para comer.

—¡Tía Iriaaa! —gritó Vera desde el salón, corriendo hacia mí con los brazos abiertos—. ¡Llegas justo a tiempo!

La abracé con fuerza, hundiendo la cara en su cabello suave y perfumado. Tenía cuatro años, pero la intensidad de su alegría era capaz de llenar toda la casa.

—¡Hola, pedacito de cielo! —dije, apartándome un poco para mirarla a los ojos verdes que siempre me habían recordado tanto a mí—. ¿Ya te has lavado las manos antes de comer?

—Sí, tía, sí —dijo, riéndose mientras se echaba a un lado para mostrarme sus manitas limpias—. Mira, listas para el banquete.

Héctor apareció desde la cocina, con delantal y una sonrisa orgullosa.

—¡Ah, ahí está nuestra directora favorita! —dijo, guiñándome un ojo—. Hoy tenemos menú de campeones: tortillas, croquetas… y Vera insiste en que hay natillas con galleta de postre —volteó los ojos.

—Perfecto —dije, dejando la bolsa en el perchero—. Con esto voy a poder reponerme de toda la semana. Tengo muchísima hambre.

Nos sentamos a la mesa, y desde el primer instante la comida se convirtió en un motivo para reír y charlar sin pausas. Vera hablaba sin descanso, entre bocados de tortilla, contando historias de su día, y nosotros la escuchábamos con atención, intercalando comentarios y bromas.

—¿Sabéis qué? —dijo Vera entre risas—. ¡Ya quiero empezar el cole!

—Ah, ¿sí? —respondí, sorprendida por su entusiasmo—. Pero después te arrepentirás, pequeña, que tendrás muchos deberes y te quejarás un montón.

—No me voy a quejar —dijo ella, con gesto decidido—. Voy a ser muy buena estudiante. Voy a tener todo sobresalientes. Y cuando acabe el instituto, iré a la universidad y estudiaré empresas, como tú. Voy a ser una gran directora de empresa.

No pude evitar soltar una carcajada mientras le pasaba una croqueta a Héctor, que me miraba divertido.

—No me cabe la menor duda —dije—. Tendrás que enseñarnos a todos cómo se hace.

—Claro que sí —respondió ella, con un aire de seguridad que me dejó sin palabras un segundo—. Y tía, si tú eres la mejor, yo también lo seré.

Héctor se inclinó sobre la mesa y le dio un suave golpe en la espalda, cómplice:

—Va a ser verdad, Iria. Esta niña tiene la cabeza muy bien puesta. Y con la tía que tiene… imposible fallar.

Vera me miró, satisfecha, y luego empezó a hablar de sus planes para el fin de semana, de los colores que quería usar para pintar y de los libros que había terminado de leer, siempre con ese entusiasmo contagioso que convertía cualquier momento en algo mágico.

—Y de postre, natillas con galletas —recordó, golpeando ligeramente con el tenedor la mesa, como para subrayar la importancia de la noticia.

—Esto sí que es un menú perfecto —dije, mientras levantaba mi vaso de agua a modo de brindis.

Mientras comíamos, entre bocados y risas, me di cuenta de lo mucho que disfrutaba estos momentos con mis dos personas favoritas del mundo. La calidez del hogar, la alegría de Vera, la complicidad con Héctor, la sensación de que podía estar completamente presente sin máscaras ni preocupaciones corporativas.

—¿Y sabéis qué más? —dijo Vera de repente, mirando a Héctor con ojos enormes—. Cuando empiece el cole, voy a hacer muchos amigos. Y les contaré que mi tía es súper lista y que trabaja en empresas muy importantes y que… —hizo una pausa dramática— que es la mejor tía del mundo.

—Eso es verdad —dijo Héctor, entre risas—. Ya sabes que tu tía es imbatible en todo.

—¡Y en diversión también! —añadió Vera, apuntándome con el tenedor—. La tía Iria sabe jugar y leer cuentos como nadie.

—Bueno, bueno —dije, riendo mientras le daba un pequeño beso en la frente—. Me alegro de saber que soy la mejor en eso. Pero recuerda que cuando empieces el cole también tendrás que estudiar y hacer tus deberes. No todo puede ser diversión.

—Sí, tía, lo sé —dijo ella, con voz seria—. Pero prometo que voy a ser muy buena. Y que voy a tener todo aprobado.

—Eso espero —dije, sonriendo, mientras pensaba que la niña tenía una determinación que me sorprendía y me encantaba.

—Y de verdad que quiero estudiar como tú, tía, para ser una gran directora de empresas —continuó ella, ajena a nuestra sonrisa.

No pude evitar soltar una carcajada suave.

—No me cabe la menor duda, pedacito de cielo. Eres más lista que muchos adultos que conozco.

—Y tú me enseñarás, ¿verdad? —preguntó Vera, con un brillo travieso en los ojos—. Como siempre.

—Siempre —respondí, con un nudo en la garganta que no quería admitir del todo—. No olvides que tu tía estará ahí para ti pase lo que pase.

—Lo sé —dijo ella, sonriendo con toda la seguridad del mundo—. Porque eres mi tía favorita.

El resto de la comida transcurrió entre risas, historias inventadas por la imaginación desbordante de Vera y comentarios cómplices entre Héctor y yo. Me encantaba ver cómo la niña aprendía y soñaba sin límites, cómo confiaba en nosotros y nos hacía partícipes de su mundo sin reservas.

Cuando terminamos con las tortillas y las croquetas, y Vera empezó a hablar de las natillas con galleta, me levanté y la miré:

—Vamos, pequeña, a por el postre. Tú primero, que hoy te lo has ganado.

—¡Sí! —dijo, saltando de su asiento y tirando de mi mano con fuerza—. Natillas, tía, natillas.

Héctor nos siguió con la bandeja del café, y mientras la niña saboreaba su natilla, no pude evitar pensar en lo afortunada que era por tener a esas dos personas en mi vida. Por mucho que el trabajo, las responsabilidades y el mundo corporativo intentaran absorberme, siempre tendría este lugar, esta familia elegida que me daba alegría y calma al mismo tiempo.

—Papi, ¿podemos ir al centro comercial a por unos libros y algo de ropa para el invierno? Que necesito un abrigo nuevo y unas botas de agua, que las del año pasado ya me quedan pequeñas.

—Yo te llevo, cariño —dije.

Y, además, así aprovecho y voy al club a hacer inventario con Francesca.

—¡Sí! —gritó Vera, saltando emocionada—. Quiero ir a comprar más libros para leer y algunos de colorear y pinturas.

—Si la llevas tú, yo aprovecho y voy al club a hacer inventario con Francesco —dijo Héctor—. Tengo que hacer pedido y asegurarme de que todo lo que falte nos llegue el lunes a primera hora.

—Vete tranquilo, que de esta pequeñaja me encargo yo —dije mientras me levantaba—. Venga, recogemos todo y nos vamos.

—Voy —contestó Vera, levantándose y cogiendo el vasito de su postre.

Cuando todo estaba recogido, cogimos los abrigos y Vera y yo salimos del ático rumbo al coche.

El coche avanzaba por las calles de Madrid mientras Vera no paraba de cantar canciones infantiles a todo pulmón, intercalando coros inventados con carcajadas que me hacían sonreír sin querer.

—Si sigues así, los vecinos del barrio van a llamar a la policía por alteración de la paz —bromeé, mientras Vera me miraba indignada.

—¡No es cierto, tía! ¡Yo canto muy bien! —contestó ella, golpeando suavemente mi brazo con la mano pequeña y regordeta.

—Claro, princesa, claro —dije, riéndome—. Entonces igual tenemos que hacer un concierto en la plaza del barrio y que la gente nos dé propinas.

—¡Sí! —gritó ella, encantada con la idea, y se giró hacia mí—. ¡Tía Iria, tú puedes tocar el piano!

—Eso sí que no, pedacito de cielo —reí—. Te enseñaré a cantar, pero el piano lo dejamos para otro día.

Llegamos al centro comercial y aparcamos cerca de la entrada principal. Vera saltó del coche con tanta energía que casi tuve que correr para alcanzarla.

—¡Vamos, vamos, que quiero ver los libros! —gritó, tirando de mi mano.

Entramos y la primera tienda fue la librería. Vera se lanzó directa a los estantes de cuentos y libros de actividades, examinando todo con esa curiosidad voraz que siempre la caracterizaba.

—Mira, tía, este es de princesas, y este de animales, y este de dinosaurios… —enumeraba mientras yo sostenía un par de libros para que los revisara—. ¡Quiero todos!

—Bueno, bueno —dije, riendo—. No podemos llevárnoslos todos, pero sí elegiremos unos cuantos. Y tú me ayudarás a escoger cuáles te van a gustar más.

—¡Vale! —dijo, saltando sobre sus pies—. ¡Yo sé cuáles!

Pasamos un buen rato entre cuentos, libros de colorear y materiales para manualidades. Vera era absolutamente meticulosa, revisando cada página y decidiendo qué colores y dibujos le gustaban más. Me encantaba verla así, concentrada y feliz, mientras su voz se mezclaba con el murmullo del centro comercial.

Después de comprar los libros, nos dirigimos a la tienda de ropa y fuimos directas a la sección de invierno. Vera se probó abrigos, gorros de lana, guantes y botas de agua. Cada vez que se miraba en el espejo, giraba y hacía una pequeña pasarela, riéndose y esperando mi aprobación.

—¡Perfecto! —dije, mientras le ajustaba un gorro—. Vas a estar calentita y monísima al mismo tiempo.

—¿Me queda bien, tía? —preguntó, inclinando la cabeza y sonriendo.

—Te queda de maravilla, pedacito de cielo —respondí—. No tienes ni idea de lo preciosa que estás.

—Gracias, tía —dijo ella, saltando hacia mí para abrazarme—. ¡Eres la mejor!

Sonreí mientras la miraba; la quería con todo mi ser y haría cualquier cosa por ella.

—Bueno —dijo al salir—. Ahora toca merendar antes de buscar el regalo de San Valentín para papá.

—¿Has pensado en qué quieres comprarle?

—Pues no. Seguro que a ti se te ocurre algo.

—Mientras me tomo el café lo pienso —reí—. ¿Tú qué quieres merendar?

—Yo quiero un chocolate con galletas y nata, como siempre.

Nos dirigimos a la cafetería del centro comercial, y mientras Vera devoraba su merienda, yo me tomé un café para despejarme del ajetreo.

Suspiré, sonriendo mientras la miraba, y sentí que por un instante todo lo demás desaparecía: el trabajo, los proyectos, la tensión de la oficina… solo existíamos ella y yo en nuestra pequeña burbuja de complicidad.

Después de la merienda, nos dirigimos a la tienda de regalos para buscar algo para Héctor. Vera estaba emocionadísima, corriendo de un estante a otro, señalando cosas, probando accesorios y juegos con una energía que parecía inagotable.

—Mira, tía, esto le gustará a papi —decía, señalando una agenda elegante —. Y esto es divertido, como a él le gusta —añadió, levantando un pequeño iPod.

—Tienes buen ojo, pequeña —dije, mientras evaluaba las opciones—. Vamos a elegir algo funcional y bonito para tu padre, y otra cosa más divertida que le saque una sonrisa.

—¡Sí! —dijo ella, aplaudiendo—. ¡Le va a encantar!

Mientras revisábamos los objetos, la dependienta se acercó para ofrecer ayuda y, al mirar a Vera, sonrió con afecto.

—¡Qué niña tan preciosa! —dijo—. Se parece mucho a usted.

Vera se giró hacia mí con una sonrisa orgullosa.

—Es porque es mi tía —dijo—. Y según dice mi padre, la locura se hereda.

La dependienta soltó una carcajada y nosotras nos unimos, riendo las tres mientras sosteníamos los regalos que finalmente habíamos elegido.

Salimos de la tienda cargadas de bolsas, cogidas de la mano, y Vera no paraba de hablar sobre cómo quería repetir estas tardes siempre.

—Tía, quiero que siempre sea así —dijo, mirando hacia mí mientras caminábamos—. Que podamos tener tardes de chicas, aunque tú tengas novio, te cases o tengas hijos.

—No te preocupes, pequeña —respondí, acariciando su mejilla—. Aunque pase eso, y dudo mucho que ocurra pronto, tú siempre serás mi pedacito de cielo y mi sobrina favorita.

—¡Y tú siempre serás mi tía favorita! —gritó, sonriendo con una sinceridad que me atravesó el corazón—. Te querré mucho, mucho, mucho, hasta el infinito.

Sonreí mientras la miraba y sentí que el mundo, al menos por un rato, estaba exactamente donde debía.

Cogimos el coche para regresar a casa, y Vera se acomodó en su sillita, cansada pero feliz, hablando sobre los libros y los regalos que habíamos comprado. Yo no dejaba de mirar por el retrovisor, sonriendo ante la satisfacción de ver cómo crecía, aprendía y disfrutaba de las pequeñas alegrías de la vida, sin preocupaciones más allá de lo que importaba de verdad: el cariño, la familia y la complicidad que nos unía.

Encendí la radio y de nuevo comenzó el ritual de canciones infantiles y risas, y mientras conducía, supe que esos momentos, aunque sencillos, eran tan vitales como cualquier logro profesional o proyecto empresarial.

Porque al final, las tardes como esta, las risas compartidas y los abrazos sinceros eran el verdadero motor de todo lo demás.

Capítulo 14

Matthias

El coche avanzaba con suavidad por la misma zona discreta y elegante que ya había aprendido a reconocer incluso sin mirar el GPS. No había cambiado nada y, sin embargo, todo era distinto.

Las fachadas sobrias seguían allí, los portales amplios, las ventanas que devolvían la luz con esa indiferencia propia de quienes estaban acostumbrados a observar sin ser observados. Era un barrio diseñado para el silencio, para el poder que no necesitaba anunciarse.

Apagué la música antes de aparcar. No por respeto, sino por costumbre. Algunas noches exigían silencio.

Detuve el coche frente al edificio de piedra oscura, perfectamente restaurado, tan anónimo como imponente. No había rótulos. Tampoco los necesitaba. Aquella puerta negra, alta, de líneas limpias, seguía siendo la única promesa de lo que se ocultaba en su interior. Los focos, estratégicamente colocados, no iluminaban; sugerían. Eso me había parecido un detalle brillante.

Apagué el motor y me quedé unos segundos dentro del coche. No era nerviosismo. Ya no. Era algo más sutil. Expectativa.

Salí del coche, me ajusté el abrigo y caminé hacia la entrada con paso firme. Antes de llegar a la puerta, la figura del portero emergió de la penumbra.

Me observó al igual que la primera noche, evaluándome. Luego inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches —respondí.

La puerta se abrió sin un solo sonido y crucé el hombre, momento en el que el mundo exterior dejó de existir.

El vestíbulo seguía siendo un ejercicio de elegancia calculada. Amplio, sobrio, diseñado para desorientar sin incomodar. El suelo de piedra pulida reflejaba la iluminación cálida y baja. Las paredes, en tonos oscuros, absorbían el sonido de mis pasos. El aire olía a lo mismo que la primera vez: madera, ámbar y un fondo especiado imposible de definir.

Un aroma que no se olvidaba.

Avancé unos pasos y entonces la vi. La mujer del pasillo de entrada estaba allí, apoyada con naturalidad junto a una consola minimalista. Vestía de negro, como todos. Al verme, su expresión cambió y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Buenas noches —dijo—. Bienvenido de nuevo al Club Índigo.

Había reconocimiento en su voz, y no era fingido.

—Gracias —respondí.

Cogió un antifaz negro de líneas limpias y me lo tendió.

—Me alegra ver que será cliente habitual —añadió con un brillo divertido en la mirada—. Siempre es un placer recibir a quienes entienden el espíritu del Índigo.

Cogí el antifaz entre los dedos. El mismo diseño sobrio. La misma textura.

—Supongo que hay lugares que llaman… y otros que no te dejan irte del todo —comenté, y su sonrisa se amplió apenas un poco.

—Disfrute de la noche, señor.

Asentí y me coloqué el antifaz. La ligera presión en el rostro fue inmediata, familiar. Esa desconexión parcial. Ese anonimato voluntario que, paradójicamente, me permitía ser más yo mismo que en cualquier otro lugar.

Avancé por el pasillo largo y estrecho que conducía al bar. Las luces tenues recorrían las paredes como un pulso lento. La música grave vibraba más en el pecho que en los oídos. Cada paso me alejaba del CEO, del apellido, de la empresa, y me acercaba a algo más primitivo.

La puerta del bar se abrió y el espacio se desplegó ante mí.

Amplio, elegante, dominado por negros, grises y reflejos plateados. Sofás bajos, mesas de cristal oscuro, butacas profundas que invitaban a quedarse. La barra negra, impecable, reflejaba la luz como un espejo opaco.

Y allí, ocultando sus rostros bajo el antifaz, hombres y mujeres elegantemente vestidos. Trajes perfectamente hechos a medida. Vestidos de noche. Joyas discretas. Nadie parecía fuera de lugar. Nadie miraba demasiado. Todo era observado sin ser juzgado.

Recorrí la sala con la mirada y sí, la busqué.

Ojos verdes. Cabello oscuro. Una risa que no había conseguido sacarme de la cabeza desde hacía una semana. Pero no estaba.

Sentí una punzada inesperada de decepción que disimulé de inmediato. No había venido solo por ella. Al menos, eso me repetí.

Saqué el móvil y escribí un mensaje rápido para Leonhard.

Matthias: *Ya he llegado. Te espero en una de las mesas.*

Guardé el teléfono y caminé hasta una de las mesas del fondo. Un lugar discreto, con excelente visión de la sala, pero lo suficientemente apartado como para no atraer atención innecesaria. Me senté, apoyé un brazo en el respaldo y volví a observar.

A mi izquierda, dos mujeres charlaban en voz baja. Ambas vestían vestidos largos de tonos oscuros. Una cruzaba las piernas con un movimiento lento, calculado. La otra jugueteaba con el borde de su copa, escuchando más de lo que hablaba. Había complicidad, pero también expectativa. Quizá esperaban a alguien. Quizá no.

Un poco más allá, una pareja ocupaba un sofá profundo. Él llevaba un traje gris impecable. Ella, un vestido burdeos que se ceñía a su cuerpo con una elegancia peligrosa. No hablaban mucho, tampoco lo necesitaban. Sus manos se buscaban con naturalidad. Se inclinaban el uno hacia el otro como si el mundo alrededor no existiera. La forma en que ella apoyaba la frente en el hombro de él me llamó la atención.

Había confianza allí. Intimidad real. Y eso, sin saber por qué, me llevó a otro lugar. A otro tiempo.

Y un recuerdo me golpeó sin previo aviso.

Otro club. Otra época. Yo era más joven. Menos cínico. Leonhard y yo solíamos ir juntos. Y entonces recordé una noche concreta. Una mujer pelirroja de ojos claros y sonrisa descarada. Me llevó de la mano a una sala privada. El recuerdo era fragmentado, intenso. Sus uñas marcando mi espalda. El sonido de su respiración acelerándose. La sensación de perder el control durante unos minutos… y luego el vacío.

Siempre el vacío después.

Parpadeé, obligándome a volver al presente.

Una camarera se acercó con pasos silenciosos. Vestía de negro, elegante, profesional. Su sonrisa era cordial, sin promesas implícitas.

—Buenas noches —dijo—. ¿Qué desea tomar?

—Un whisky —respondí—. Solo.

Asintió sin preguntar nada más y se dio la vuelta. En ese momento, alguien se sentó frente a mí sin pedir permiso.

—Sabía que te encontraría en el rincón más estratégico del local —dijo Leonhard.

Incluso con el antifaz, su sonrisa canalla era inconfundible.

—Buenas noches —dije.

—Para mí otro whisky —añadió cuando la camarera aún no se había alejado del todo, y se acomodó en el sofá con la naturalidad de quien se sentía en casa—. ¿Y bien? —preguntó—. ¿Ya has visto a la enigmática mujer de ojos verdes?

Negué despacio.

—No. Y no estoy aquí solo por ella.

Leonhard ladeó la cabeza.

—Claro que no —dijo con ironía—. Igual que yo no estoy aquí por pasar un rato divertido con alguna de todas esas mujeres que han venido solas y llevan diez minutos mirando hacia nuestra mesa.

Seguía su mirada por puro instinto. Y allí estaban.

Un reducido grupo de mujeres al otro lado del bar. Tres, quizá cuatro. Elegantes. Seguras. Dos de ellas nos observaban abiertamente. Una incluso sostuvo mi mirada un segundo más de lo necesario antes de girarse hacia sus amigas.

—No me interesa ninguna de ellas —dije, y Leonhard soltó una carcajada baja.

—Eso dices ahora.

Me acomodé mejor en el asiento.

—No he venido a eso.

—Claro, claro —repitió—. Has venido a tomar un whisky en soledad en un club exclusivo un sábado por la noche.

—Exacto.

Se rio de nuevo, divertido.

—Me encanta cuando te engañas a ti mismo.

No respondí. Volví a recorrer la sala con la mirada, ignorando deliberadamente al grupo de mujeres. Buscaba otra cosa. A otra persona. Y no estaba, al menos todavía.

La camarera regresó con los dos vasos de whisky sobre una bandeja negra, moviéndose con esa elegancia silenciosa que parecía una norma no escrita en aquel lugar. Dejó las copas frente a nosotros con una precisión milimétrica.

—Aquí tienen —dijo—. Si necesitan cualquier cosa más, solo tienen que pedírmelo.

Su sonrisa fue breve, profesional, y se alejó sin invadir, sin quedarse más de lo necesario.

Cogí el vaso y lo hice girar lentamente entre los dedos, observando cómo el líquido ámbar capturaba la luz tenue del bar. Leonhard hizo lo mismo, pero dio un sorbo casi de inmediato, como si el whisky fuera solo una excusa para lo que realmente le divertía: observar.

—Dentro de un par de semanas vuelas a Alemania —dijo de pronto—. La reunión en la sede central va a ser larga. Y densa.

Asentí despacio.

—Lo sé.

—¿Vas a ir tú solo o quieres que te acompañe?

Le miré por encima del borde del vaso antes de beber.

—Iré solo.

Leonhard arqueó una ceja, claramente esperando esa respuesta.

—Entonces irás bien acompañado.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

Apoyó un codo en la mesa, inclinándose hacia mí con una sonrisa que ya empezaba a no gustarme.

—Te acompañará la señorita Souto.

—¿Quién?

—La señorita Souto. Dirige la estrategia y la expansión internacional y está a cargo de las decisiones sobre crecimiento. La mejor en lo suyo.

Mi gesto se endureció apenas un segundo.

—¿Desde cuándo hablas así de alguno de los directivos de la empresa?

Leonhard soltó una carcajada baja.

—Desde que se lo merece —respondió dejando el vaso sobre la mesa, y arqueé la ceja esperando que siguiera hablando—. Entró en la empresa poco después de que tú te fueras —continuó—. Cinco años. Cinco años en los que ha trabajado como nadie. Y te aseguro que ha demostrado que vale cada euro que se invierte en ella.

No dije nada, tan solo esperé.

—A sus treinta años —añadió— es la más joven en llegar a ese cargo. Y créeme, no ha sido por casualidad.

Algo se movió en mi interior. Interés. Profesional, me dije. Solo eso.

—Quiero conocerla —dije finalmente.

Leonhard negó despacio.

—Todavía no.

Le miré con incredulidad.

—¿Cómo que todavía no?

—Porque no quiero que la asustes con tu porte imponente y tu aura autoritaria —respondió sin dudar— y decida irse a otra empresa. No voy a perder un activo tan valioso porque tú la hagas temblar de miedo.

Le sostuve la mirada unos segundos… y luego resoplé.

—Eres un exagerado.

—Y tú intimidas sin querer —replicó—. Mala combinación.

Ambos acabamos riendo, y el sonido se perdió en la música grave del bar.

—Cuando llegue el momento de hablar en serio sobre la reunión —añadió —, te la presentaré. Así os vais habituando a trabajar juntos, codo con codo — hizo una pausa breve—. Aunque te advierto de algo.

—¿Qué?

—La señorita Souto es tenaz. Y un poquito testaruda.

Eso me hizo sonreír sin darme cuenta.

—Las mejores lo suelen ser.

Chocamos los vasos suavemente y dimos un trago largo. Fue entonces cuando la sentí antes incluso de verla.

Una presencia que se acercaba a la mesa con seguridad. Con intención.

Levanté la mirada y vi que era una mujer espectacular. Alta, curvas bien definidas, vestido ajustado que dejaba poco a la imaginación sin caer en lo

vulgar. Su antifaz era de un negro brillante, más elaborado que la mayoría. Sonreía con descaro, con una sensualidad evidente y sin complejos.

—Buenas noches —dijo—. ¿Os apetece pasar a una de las salas conmigo?

Su voz era sugerente. Ensayada, pero efectiva. La observé con atención. Reconocí el juego. La propuesta. Todo estaba ahí y, sin embargo, no sentí nada.

—No —respondí con educación—. Gracias.

Ella parpadeó, sorprendida solo un instante, y giró la mirada hacia Leonhard. Mi amigo se acabó el whisky de un trago, se levantó y sonrió ampliamente.

—Mi amigo tiene dolor de cabeza esta noche —dijo—. No está para juegos —y el muy capullo me lanzó una mirada burlona—. Pero yo estaré encantado de ir contigo donde quieras.

La mujer sonrió, complacida. Leonhard la rodeó por la cintura con naturalidad y la atrajo hacia él.

—Suerte en tu espera, Romeo —me dijo al pasar junto a mí, guiñándome un ojo.

Resoplé y volteé los ojos mientras se alejaban, perfectamente sincronizados, perdiéndose entre la gente del club. Y me quedé solo.

Apoyé el codo en la mesa y me terminé el whisky despacio, dejando que el calor del alcohol se extendiera por mi cuerpo.

Y volví a mirar alrededor. La buscaba a ella. No a cualquier mujer. No a una distracción pasajera. A la única mujer que quería ver esa noche.

Recorrí la sala una vez más. Las mesas. Los sofás. La barra. Nada. Sentí una punzada de frustración que no quise analizar.

Di un último trago y dejé el vaso vacío sobre la mesa. Fue entonces cuando levanté la mirada hacia la barra… y la vi.

Se sentaba con elegancia, como si aquel fuera su lugar natural. Vestido negro. Cabello castaño oscuro, largo, ligeramente ondulado. El antifaz ocultaba su rostro, pero no su esencia.

Y entonces lo confirmé. El tatuaje. El ave fénix ascendiendo delicadamente desde su omóplato izquierdo.

Una sonrisa leve se dibujó en mis labios. Allí estaba. Y supe, con una certeza peligrosa, que aquella noche no sería como la primera.

No. Sería mucho más intensa.

Capítulo 15



Iria

Llegué al Club Índigo con esa sensación familiar de estar cruzando un umbral que no pertenecía del todo al mundo real. El coche quedó aparcado frente al edificio de piedra oscura, impecable, silencioso, como si el tiempo se detuviera a su alrededor. Apagué el motor y me quedé unos segundos sentada, con las manos aún sobre el volante, dejando que el murmullo lejano de la ciudad se diluyera.

No eran nervios. Nunca lo eran allí. Era placer anticipado. Aquella noche era mía.

Salí del coche y avancé hacia la puerta negra, alta, sobria, que parecía observarte igual que tú a ella. Apenas di unos pasos cuando se abrió y apareció él, con esa sonrisa franca que siempre me hacía sentir en casa.

—¡Iria! —exclamó Alex, el portero, abriendo los brazos, y sin dudarlo yo entré en ellos con naturalidad.

—Buenas noches —respondí riendo.

Nos abrazamos con afecto real, sin prisa, sin protocolo. Él olía a colonia discreta y a seguridad. A control. A noches largas bien gestionadas. A alguien que sabía exactamente lo que hacía… y por qué.

—¿Cómo va la noche? —pregunté separándome un poco para mirarle.

—Tranquila… pero prometedora —dijo guiñándome un ojo—. ¿Y tú? ¿Preparada?

—Siempre —me reí—. Si no fuera a divertirme, no sería cliente VIP en este lugar.

Alex soltó una carcajada sincera, de esas que no se ensayaban.

—Eso mismo digo yo. Pasa, disfruta. Ya sabes… aquí estás en tu territorio.

—Eso siempre —respondí antes de entrar.

El vestíbulo me recibió con su habitual elegancia silenciosa. Las luces cálidas, las paredes oscuras, el suelo pulido que reflejaba apenas los pasos. Ese aroma inconfundible a madera y ámbar que se te colaba bajo la piel y se quedaba allí, como un recuerdo anticipado.

Avancé unos pasos y entonces la vi. Mireia, la chica del pasillo de entrada, levantó la vista y su expresión se iluminó al verme.

—Iria —sonrió—. Qué alegría verte.

—Lo mismo digo —respondí acercándome.

Nos abrazamos con naturalidad. No había nada impostado en aquel gesto. En el Índigo, algunas relaciones iban más allá de lo profesional. Había personas que se convertían en pequeñas constantes, en apoyos silenciosos dentro de ese universo paralelo.

—¿Cómo está tu madre? —pregunté en voz baja.

Su sonrisa se tensó apenas un segundo. Lo suficiente para notar que la pregunta importaba.

—Un poco mejor… pero no remonta del todo —confesó—. A veces temo que cualquier día nos dé un susto. Y que sea el definitivo.

Le apreté suavemente el brazo.

—No pienses en eso —dije con convicción—. Seguro que no habrá tal susto. Las madres fuertes a menudo aguantan más de lo que creemos.

Mireia asintió, agradecida, y respiró un poco más tranquila.

—Gracias.

Cogió un antifaz negro y me lo tendió. Me lo coloqué con cuidado, sintiendo esa desconexión inmediata, ese permiso tácito para ser otra versión de mí misma… o quizá la más auténtica.

—Disfruta —me dijo antes de despedirse.

—Siempre —respondí.

Avancé por el pasillo que conducía al bar, dejando que la música grave y envolvente marcara el ritmo de mis pasos. Cada metro era una transición. Cada luz tenue, una invitación.

Al llegar, la sala se abrió ante mí como un escenario conocido. Elegante. Oscura. Magnética. Eché un vistazo alrededor casi sin darme cuenta y lo busqué.

Ojos grises. Presencia imponente. Esa energía que me había acompañado durante toda la semana como un recuerdo demasiado vivo, demasiado nítido para haber sido solo una noche. Pero no estaba.

Sonreí para mí misma. Quizá aquello había sido solo eso. Una noche. Intensa, sí, pero única. Y estaba bien. No todo tenía que repetirse para ser memorable.

Caminé hacia la barra con paso tranquilo. Al verme, los dos camareros sonrieron.

—Buenas noches, Iria —dijo uno de ellos.

—Buenas noches —respondí—. ¿Qué tal va la noche?

—Animada —contestó el otro—. ¿Buscas a Héctor?

—Sí. ¿Anda por aquí?

—Está haciendo un *tour* por el club con unos clientes nuevos —explicó—. Enseñándoles las salas, las normas… ya sabes.

Asentí.

—Entonces ya lo saludaré luego.

Uno de ellos preparó mi cóctel habitual sin alcohol con esa precisión que era casi un ritual que siempre me fascinaba. Cuando el vaso llegó a mis manos, di un sorbo y cerré los ojos un instante, disfrutando del sabor afrutado, fresco y reconfortante. Perfecto, como siempre.

Y volví a observar la sala.

Mujeres solas, seguras, con esa elegancia que no pedía permiso. Parejas cómplices que no necesitaban hablar. Grupos de hombres relajados, conscientes de que estaban en un lugar donde no había que fingir.

Pero no vi esos ojos grises. Los que me habían perseguido al cerrar los ojos durante la última semana. Suspiré suavemente y di otro sorbo al cóctel.

Cuando viera a Héctor, lo saludaría y luego iría a la zona de jacuzzi o de masajes. Allí siempre había alguien solo. Alguien buscando compañía. Contacto. Calor.

Sonreí, apoyando mi bebida en la barra. La noche acababa de empezar.

Estaba dejando la copa en la barra cuando lo sentí.

No fue inmediato. Primero fue una presencia. Una cercanía distinta al resto. Un cambio en el aire. Luego, una mano.

Se deslizó suavemente desde mi hombro, recorriendo despacio el omóplato, deteniéndose apenas un segundo sobre el tatuaje, como si lo reconociera, como si lo reclamara… y continuó hasta mi cintura.

Un brazo firme me rodeó. Y un cuerpo grande, fuerte, se pegó a mi espalda con una naturalidad que me robó el aliento y me hizo estremecer.

—Pensé que no te vería esta noche —susurró una voz grave, aterciopelada, peligrosamente cerca de mi oído, y cerré los ojos al instante.

Mi sonrisa apareció antes incluso de que pudiera evitarlo. Un escalofrío me recorrió la espalda, lento, profundo, íntimo. No por el contacto en sí, sino por cómo lo hacía. Por la seguridad con la que me tocaba. Como si supiera exactamente dónde.

Abrí los ojos y giré la cabeza ligeramente, mirándole por encima del hombro.

Y allí estaban esos ojos grises, penetrantes, oscuros e imponentes, observándome con un brillo cargado de deseo… y contención. Esa mezcla exacta que los hacía todavía más peligrosos.

—Buenas noches, Mat —dije en voz baja.

—Buenas noches, Iria —respondió sin apartarse.

—¿Cómo has sabido que era yo? —pregunté con una sonrisa.

Él ladeó la cabeza, y una sonrisa de medio lado se dibujó en sus labios.

—El tatuaje te ha delatado.

Reí suavemente.

—Entonces acerté al ponerme este vestido —dije—. Quería ver si dabas conmigo.

Se inclinó un poco más hacia mí y sentí su aliento cálido rozándome la piel. Sus ojos se oscurecieron aún más.

—¿Esperabas verme esta noche?

—Sí —respondí sin dudar.

—¿Y has venido por lo mismo que yo?

Asintió levemente, sin apartar la mirada.

Pasé la mano por su pecho, notando la suavidad de la camisa de seda negra bajo mis dedos. Un contacto lento. Intencionado.

—Pero antes quiero acabarme la copa —dije—. Y esperar a ver a Héctor.

Asintió de nuevo.

—De acuerdo.

Mat le pidió un whisky al camarero y se quedó allí, junto a mí, sin retirar el brazo de alrededor de mi cintura. Pegado a mi cuerpo. Firme. Presente. Inamovible. Y lo entendí.

No era solo cercanía. Era un mensaje, una declaración silenciosa. Para los demás, para cualquiera que mirara: aquella noche yo era intocable. Aquella noche… le pertenecía solo a él.

Y, sorprendentemente, no me incomodó. Al contrario. Me hizo sentir deseada de una forma peligrosa.

Reconocí a Héctor incluso antes de verle del todo. Tenía esa forma suya de moverse por el club, segura pero cercana, saludando aquí y allá, atento a cada detalle sin perder nunca la sonrisa. Cuando llegó hasta la barra, su mirada se iluminó al verme.

—Iria —exclamó—. Ya sabía yo que te encontraría por aquí.

—Héctor —respondí sonriendo y dejando que me abrazara—. ¿Cómo ha ido el *tour*? ¿Te han entretenido mucho?

—Lo justo para dejar a unos clientes nuevos con la boca abierta —rio—. Les ha encantado todo. Las salas, las instalaciones… el ambiente.

Mat permanecía a mi lado, su brazo aún rodeando mi cintura. Héctor lo miró entonces y asintió con naturalidad.

—Buenas noches, Héctor —saludó Mat.

—Buenas noches, Mat —respondió y volvió a mirarme—. ¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó.

—Solo unos minutos —contesté—. Acababa de llegar cuando te has acercado. Pero dime, ¿qué tal esos nuevos clientes? ¿Crees que serán habituales a partir de esta noche?

—Estoy seguro de ello, y van a traer a algunos amigos —dijo—. Me han comentado que estaban buscando algo así desde hacía tiempo. Al parecer, en el club al que solían ir, las cosas han cambiado mucho en los últimos meses. Según dicen, ya no es lo que era.

No entramos en más detalles. No hacía falta.

Héctor dio un sorbo a su bebida mientras nosotros hacíamos lo mismo. El ambiente era relajado, cómodo, casi cómplice.

—¿Tenéis pensado ir a alguna de las salas? —preguntó entonces.

—Sí —respondió Mat sin dudar.

Héctor sonrió, divertido, y me miró con una expresión que conocía bien.

—Entonces permíteme un consejo —dijo dirigiéndose a Mat—. Empieza dándole un masaje a mi amiga. Ha tenido una semana de lo más intensa en el trabajo y necesita liberar tensiones.

—Oye —protesté—. Eres terrible.

Él soltó una carcajada mientras se alejaba.

—¡El peor amigo del mundo! —grité tras él, aunque no pude evitar sonreír.

Mat se inclinó hacia mí.

—A mí me parece una idea excelente —murmuró, y le miré de nuevo por encima del hombro.

Sus ojos… Dios, sus ojos estaban de un gris tan oscuro que bien podrían ser del color de hacer. No había duda, él deseaba estar conmigo esta noche tanto como yo había deseado estarlo desde el mismo momento en el que escogí este vestido pensando en si lo encontraría aquí de nuevo.

Terminamos las bebidas, dejamos la barra atrás y nos dirigimos hacia la puerta que daba acceso al pasillo que conducía a la zona de masajes y jacuzzi.

Y supe que, a partir de ese momento, el ritmo de la noche había cambiado y no había hecho más que empezar.

Capítulo 16

Iria

Salí de la zona de taquillas con el albornoz negro ceñido al cuerpo y el antifaz aún puesto. El tejido suave rozaba mi piel desnuda a cada paso, recordándome, de forma constante, casi provocadora, que debajo no llevaba nada más.

Aquella sensación me hizo sonreír sin darme cuenta. No era pudor lo que sentía, sino conciencia. De mi cuerpo. De mis movimientos. De lo que estaba a punto de ocurrir.

Cada paso era una leve afirmación.

El pasillo que conducía a la zona de masajes estaba iluminado con luces tenues, cálidas, diseñadas para bajar pulsaciones incluso antes de llegar al destino. El silencio era casi absoluto, roto solo por una música lenta y profunda que parecía deslizarse por el aire como una caricia anticipada. El suelo estaba ligeramente templado bajo mis pies descalzos, y aquel detalle tan simple me ancló aún más al momento.

Respiré hondo. No estaba nerviosa. Estaba expectante. Había una diferencia enorme entre ambas cosas, y la había aprendido con los años. La expectativa era deseo sin miedo. Presente sin ansiedad. Y eso era exactamente lo que sentía mientras avanzaba.

Y entonces lo vi.

Mat esperaba apoyado junto a la entrada de la sala de masajes, como si llevara allí más tiempo del necesario. Albornoz negro. Antifaz. Alto. Imponente incluso en reposo. No hacía nada en particular, y aun así su presencia llenaba el espacio. Como si el lugar se hubiera construido alrededor de él sin pedir permiso.

Cuando me vio, su postura cambió apenas un milímetro. Fue algo casi imperceptible para cualquiera que no le estuviera prestando atención. Pero yo lo noté.

Siempre lo notaba.

—Pensé que tardarías más —dijo en voz baja cuando estuve frente a él.

Su tono no era un reproche, era expectativa contenida.

—Me he entretenido lo justo —respondí—. No quería hacerte esperar demasiado.

Sonrió. Esa sonrisa lenta, medida, que prometía más de lo que mostraba. La misma que me había acompañado toda la semana en recuerdos involuntarios.

—Qué considerada —murmuró.

—No abuses —repliqué—. Que aún no he empezado a relajarme.

Su risa fue baja, casi un susurro, y me hizo sentir algo parecido a una victoria íntima.

Entramos juntos y corrimos la cortina de terciopelo negro que separaba las íntimas zonas privadas. El sonido sordo del tejido al cerrarse fue como un punto final. El mundo exterior dejó de existir.

El espacio era íntimo, acogedor. Una camilla amplia ocupaba el centro, cubierta con sábanas blancas impecables. La luz era cálida, indirecta, pensada para acariciar más que para iluminar. El aire olía a madera, a aceites esenciales, a algo limpio y profundo que invitaba a dejar de estar en alerta.

—Aquí estamos —murmuró.

Se acercó despacio, sin prisas, como si quisiera darme tiempo a sentir cada segundo. Se inclinó hacia mí y me besó.

No fue un beso largo. Ni profundo. Fue justo lo que necesitaba ser.

Sus labios rozaron los míos con una intención clara pero contenida. Lo suficiente para que mi cuerpo reaccionara. Para que la anticipación se volviera física. Para que mi respiración cambiara de ritmo.

Cuando se apartó, apoyó la frente en la mía y sentí su respiración mezclarse con la mía.

—No podía… ni quería esperar más para hacerlo.

Sonreí.

—Lo sé —respondí en voz baja—. Lo he notado desde el pasillo.

Su risa fue breve, casi imperceptible.

Desaté lentamente el cinturón de mi albornoz, sin prisa, dejando que cada movimiento fuera consciente. Sentí su mirada recorrerme incluso antes de que la tela empezara a deslizarse.

El albornoz resbaló por mis hombros y cayó al suelo. Estaba completamente desnuda.

No bajé la mirada. No me cubrí. Me mantuve erguida, permitiéndole verme. Permitiéndome ser vista. No como una exhibición, sino como una elección.

Sus ojos se oscurecieron y sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo.

—Me alegra saber que te gusta lo que ves —dije suavemente, rompiendo el silencio, y lo vi tragar saliva.

—No solo me gusta —respondió—. Me encanta. Y estoy deseando disfrutar de ello.

Había deseo en su voz, sí, pero también algo más profundo. Algo casi reverencial. Y eso me estremeció más que cualquier palabra explícita.

Me acerqué a él y le besé de nuevo, esta vez con más intención, mientras mis manos buscaban el cinturón de su albornoz. Lo desaté despacio, saboreando el gesto, y dejé caer la tela al suelo.

Cuando me aparté, lo miré sin ocultar mi interés.

Desnudo, Mat era todavía más imponente. La piel marcada, el torso firme, la musculatura definida sin exceso. Había algo poderoso en su cuerpo, pero también algo vulnerable en la forma en que me dejaba mirarle.

Pasé las manos por sus hombros, bajé por su pecho, su abdomen. Exploré sin prisa, memorizando sensaciones. Él cerró los ojos un instante, como si necesitara ese segundo para mantenerse en control.

—Estás disfrutando demasiado —le murmuré.

—Y tú te estás dando cuenta —respondió sin abrir los ojos, y sonreí.

Entonces me levantó en brazos como si no pesara nada. El gesto fue firme, seguro, pero cuidadoso. Me sostuvo contra su pecho, y por un instante pensé en lo sencillo que parecía para él sostenerme… y en lo peligroso que era sentirme tan cómoda allí.

—Ven —dijo—. Voy a hacer que te relajes. Que liberes toda esa tensión acumulada de la semana.

Me recostó bocarriba sobre la camilla con un cuidado que contrastaba con su fuerza.

—No hagas caso a Héctor —me reí—. Es un exagerado.

—Eso lo decidiré yo —respondió con una media sonrisa.

Le observé mientras cogía un bote de aceite de un estante cercano.

—Eso sí que es empezar fuerte.

—Tú relájate —dijo mientras calentaba el aceite entre sus manos—. Siente. Yo me encargo del resto.

Y obedecí. El primer contacto del aceite caliente sobre mi piel me arrancó un suspiro involuntario.

Mat extendió el aceite con manos firmes, lentas y seguras. No había duda en sus movimientos. No había improvisación torpe. Sabía exactamente lo que hacía. Y, lo que era más inquietante, sabía exactamente dónde tocar.

Me giré y cerré los ojos. Sus manos recorrieron mis hombros, mi cuello, bajaron por la espalda con una presión perfecta. Ni demasiado fuerte. Ni demasiado suave. El calor se expandía allí donde me tocaba, despertando cada centímetro de piel como si estuviera aprendiendo a sentir de nuevo.

Pensé en lo irónico que era que alguien tan contenido supiera tocar así. O quizá no lo era. Quizá el control y la intensidad siempre iban de la mano.

Mis pensamientos empezaron a volverse difusos a medida que el masaje avanzaba. Me giró con cuidado, guiándome con una mano firme en la cadera, y sus manos siguieron explorando, descubriendo, provocando reacciones que no podía ni quería controlar.

Mi cuerpo respondía antes que mi mente.

—Estás muy tensa aquí —murmuró en un momento dado.

—Eso dicen todos —respondí, medio en broma, medio sin fuerzas.

—No todos saben qué hacer con ello.

Sonreí, incluso con los ojos cerrados.

Cuando sus labios rozaron mi piel por primera vez, no me sorprendí. Era una consecuencia lógica de todo lo anterior. Me besó con la misma intención

con la que tocaba: atención absoluta. Delicadeza consciente. Sin prisas. Sin exigencias.

Mis manos buscaron su espalda. Sentí su piel caliente bajo mis dedos. Cada caricia suya era una pregunta y una respuesta al mismo tiempo. Cada gesto parecía decir “estoy aquí, te veo, te siento”.

No hubo urgencia. Solo intensidad sostenida.

Yo estaba allí, con el corazón latiendo despacio y la piel aún sensible. Mat permanecía cerca, sin invadir, sin retirarse del todo. Como si supiera que ese espacio compartido era tan importante como el resto.

Y entonces lo entendí con una claridad que me dejó sin aliento. Nada de esto era casual. Y nada, absolutamente nada, iba a ser sencillo a partir de ahora.

Me quedé un instante recostada sobre la camilla, respirando despacio, dejando que el calor del aceite y de sus manos recorriera cada fibra de mi cuerpo. El silencio entre nosotros no era incómodo; al contrario, estaba cargado de algo mucho más intenso que cualquier conversación. Era presencia. Era cercanía. Era deseo contenido y reconocimiento mutuo.

Lo sentí mover su peso, apoyarse un poco más cerca. Sus dedos seguían deslizándose con delicadeza por mis brazos, por mis hombros, como si cada toque fuera un recordatorio de que no estaba sola. Mis ojos permanecían cerrados, pero mi mente lo observaba con una intensidad palpable. Cada gesto suyo, cada suspiro que escapaba de su boca, cada leve roce, se grababa en mí como un secreto compartido.

—Tienes la piel increíble —susurró, y no era un cumplido vacío. Lo sentí, profundo, como si cada palabra fuera una caricia más.

No pude evitar sonreír bajo el antifaz. Me encantaba la forma en que podía ser tan intenso sin perder un ápice de control. Me encantaba que sus palabras tuvieran peso, que fueran más que sonido, que se sintieran.

—Y tú, maestro del masaje, pareces disfrutar tanto como yo —murmuré, intentando romper la tensión que crecía entre nosotros. Mi broma fue discreta,

pero en su rostro apareció una sonrisa de medio lado que lo decía todo.

—Disfrutar es quedarse corto —respondió, con ese tono grave que hacía que mi cuerpo respondiera antes de que mi mente procesara las palabras.

Abrí los ojos un instante, solo para encontrarme con los suyos. Esos ojos grises que me habían perseguido en mis sueños, que me habían retenido en pensamientos secretos durante toda la semana. Ahora estaban frente a mí, fijos, cargados de deseo, de contención, de complicidad.

Me quedé mirándole, y sentí que él me estaba estudiando igual que yo a él, sin prisa, sin juicio, solo con curiosidad y hambre contenida. Cada segundo que pasaba aumentaba la intensidad.

—¿Te gusta jugar así conmigo? —le pregunté, medio en broma, medio en serio, sintiendo cómo se inclinaba ligeramente hacia mí, reduciendo el espacio, acercando su calor al mío.

—¿Jugar? —replicó, ladeando la cabeza—. No diría que juego. Esto… esto es exploración.

Me reí suavemente, un sonido bajo, casi un gemido contenido. Exploración. Me gustó la palabra. Nos describía perfectamente: tacto, deseo, complicidad. Todo sin prisas, sin planes, solo sintiendo.

Mis manos buscaron de nuevo su cuerpo. Lo rozaron por los hombros, descendieron por el torso, deteniéndose apenas para notar cómo cada músculo reaccionaba, cómo cada gesto suyo me hablaba de él y de cómo nos entendíamos sin necesidad de palabras.

—Eres… increíble —dije casi sin pensarlo—. Tan… tan intenso y delicado al mismo tiempo.

—Y tú eres la única capaz de ponerme así de nervioso —respondió, y su sonrisa se convirtió en un gesto de desafío y ternura a la vez.

Capítulo 17



Iria

Me acerqué un poco más, apoyando mi frente en su pecho, y sentí el ritmo de su respiración. Mis pensamientos se mezclaban con la sensación de su piel caliente bajo mis dedos, la suavidad del aceite, la fuerza contenida en cada gesto. Cada segundo era un recordatorio de lo sencillo que era perderme en él y de lo difícil que sería no hacerlo.

—¿Sabes lo peligroso que eres? —susurré en voz baja, rozando su piel con mis labios—. Con solo mirarme así…

—Lo sé —respondió, y un estremecimiento recorrió su cuerpo al decirlo. Sus manos bajaron a mi cintura, firme pero suave, como asegurándose de que yo también lo sintiera—. Y me gusta.

Me incorporé un poco, apoyando una mano en su pecho, mientras la otra acariciaba sus brazos. Lo miré, y él me devolvió la mirada con esa intensidad que me hacía sentir que éramos solo nosotros dos en todo el mundo, que todo lo demás podía desaparecer y no importaría.

—Creo que estamos en un peligro muy placentero —dije, sonriendo a través del antifaz.

—Riesgo calculado —replicó, y la risa grave que acompañó a sus palabras hizo que mi cuerpo se estremeciera.

Nos quedamos mirándonos un momento más, y entonces él inclinó su rostro hacia el mío, lo justo para que nuestras respiraciones se mezclaran, para que nuestros labios estuvieran a centímetros. Pude sentir el calor de su aliento, su presencia, su deseo contenido, y supe que aquel instante podía durar una eternidad sin que nos cansáramos de él.

—Quiero besarte otra vez —murmuró.

—No te quedes con las ganas —respondí, y cuando sus labios tocaron los míos, fue como si todas las pequeñas tensiones del mundo se disolvieran.

No hubo prisa, solo sensación. Cada beso era medido, intenso, como si cada centímetro de contacto necesitara ser explorado, sentido, registrado.

Mis manos se deslizaron por su torso, descendieron hasta su abdomen, explorando, tocando, memorizando cada detalle. Él respondió con el mismo cuidado, como si quisiera asegurarse de que cada toque fuera también un regalo.

—Eres un desastre —le susurré entre risas, al separarnos apenas un instante para respirar.

—Solo contigo —respondió, y esa frase me hizo sonreír, y sabía que en mis ojos se veía un brillo cómplice que él captó al instante.

Volví a apoyarme en su pecho, riendo bajito, y sentí cómo él me abrazaba con firmeza, pero sin aprisionarme, dejando que cada contacto fuera consciente, sin exceso, solo presencia y deseo compartido.

El tiempo pareció estirarse y encogerse al mismo tiempo. Cada caricia, cada suspiro, cada mirada contenía mil mensajes que no necesitaban palabras: confianza, deseo, complicidad y esa sensación de que estábamos en sintonía absoluta, jugando con fuego sin quemarnos, tocando límites sin romperlos.

—Nunca pensé que un masaje pudiera ser tan… —No encontré la palabra exacta. Sensual, íntimo, arrebatador—… tan intenso —dije, y él rio suavemente, de modo que el sonido grave llenó la habitación.

—El aceite ayuda, pero no es lo único —replicó con su mirada fija en la mía, oscura, cargada de todo lo que no se decía con palabras—. Tú también lo haces fácil.

Esa confesión me hizo estremecerme. No era arrogancia. No era por el juego. Era conexión. Reconocimiento. Complicidad que se sentía en la piel, que se respiraba en el aire caliente de la habitación.

Cerré los ojos, dejándome llevar por cada gesto, cada roce, cada sonrisa compartida. La risa bajita que escapaba de nosotros mezclada con sus susurros y caricias, con las mías; todo formaba una especie de coreografía íntima que no necesitaba espectadores.

Cuando finalmente nos separamos un instante para respirar, miré su rostro, buscando en sus ojos la misma intensidad que yo sentía. Él me devolvió la mirada, y esa conexión silenciosa dijo más que cualquier palabra: éramos dos mundos que se encontraban, tan diferentes y a la vez tan parecidos, moviéndose al mismo ritmo, compartiendo deseo, placer y ternura al mismo tiempo.

Me recosté de nuevo sobre la camilla, dejándome guiar por sus manos, por su tacto, por cada caricia medida y precisa. Cada movimiento era un recordatorio de que podía confiar, de que podía sentir, de que podía dejarme llevar.

Y en ese instante, supe que aquella noche no se trataría solo de placer físico. Se trataba de presencia, de química, de complicidad. De saber que, aunque el mundo exterior siguiera girando, allí, entre sus manos, podía ser yo misma sin barreras, sin miedo, completamente viva y consciente de cada sensación.

Cada caricia suya me hablaba, y cada reacción mía le respondía. Cada mirada compartida era un diálogo silencioso. Cada suspiro era un pacto de complicidad que solo nosotros entendíamos.

Nada de lo que estaba pasando era casual. Y nada sería sencillo. Pero por primera vez en mucho tiempo, no quería que lo fuera.

El aceite seguía tibio en mi piel, y cada caricia de Mat parecía tener memoria propia: recordaba cada centímetro, cada reacción mía, cada suspiro. No había prisa, no había expectativa. Solo él, yo y la intensidad de sentirnos plenamente.

Sus manos bajaban lentamente por mi espalda, presionando justo lo necesario, despertando músculos que ni siquiera sabía que estaban tensos. Y mientras tanto, sus ojos no se apartaban de mí ni un instante. Lo sentí todo: deseo, contención, una especie de devoción contenida que me hizo sonreír bajo el antifaz.

—Te noto… —murmuró con voz grave, mientras un dedo acariciaba mi cuello—. Te noto relajada… y a la vez alerta.

Me estremecí. Alerta… por él. Por cada movimiento, por cada roce. Cada palabra era un hilo invisible que nos unía más. No pude evitar reír bajito.

—Es imposible relajarse del todo contigo… —dije, y mi risa se mezcló con la suya, un sonido profundo, compartido, que nos envolvía.

—Me alegra que lo digas —contestó con una sonrisa torcida—. Significa que me necesitas.

Mi corazón dio un brinco. No era solo su habilidad, era la forma en que nos entendíamos. La manera en que sus manos y las mías podían hablar sin palabras. La conexión que sentía, esa chispa que había empezado desde que lo vi en el vestíbulo, creciendo hasta consumirnos suavemente.

Sus dedos se movieron por mi espalda con precisión, y cada roce despertaba un fuego suave, ardiente, que se mezclaba con el placer de sentirme deseada. Cada caricia era medida, pero a la vez profunda, íntima, provocando que mi respiración se volviera irregular, y no de cansancio, sino de placer, de esa sensación de estar completamente viva.

—Tus manos… —susurré, mientras mis dedos bajaban por su torso, acariciando, explorando—. No puedo creer que sean tan cuidadosas y a la vez tan intensas.

—Es que contigo todo merece intensidad —respondió, y una chispa traviesa brilló en sus ojos, esa que me hacía perder la cabeza—. No quiero que nada sea superficial. Quiero que lo sientas todo.

Me estremecí y apoyé la frente en su pecho. Lo sentí temblar ligeramente bajo mi contacto, y un pensamiento cruzó mi mente: "Todo esto es demasiado fácil… y demasiado peligroso". Pero no quería pensar en peligro, ni en límites. Solo quería sentirlo.

Con delicadeza, me giró un poco para poder acceder a mi abdomen, masajeando con cuidado, pero con determinación, con esa habilidad que parecía conocerme mejor que yo misma. Cada movimiento era un recordatorio de que podía confiar, de que podía dejarme llevar. Mi cuerpo respondía sin que yo tuviera que pensar, solo sintiendo, disfrutando, entregándose.

—Nunca pensé que un masaje pudiera… —Empecé a decir, pero mis palabras se ahogaron en un suspiro cuando sus labios tocaron mi piel, justo donde el aceite brillaba bajo la luz cálida.

No era un beso simple. Era una caricia que viajaba, que exploraba, que despertaba cada rincón de mi sensibilidad. Mis manos se aferraron a sus brazos, sintiendo cómo su musculatura respondía a mi tacto, cómo se acercaba más, cómo éramos un reflejo exacto del deseo del otro.

—Mat… —murmuré, entre suspiros—. Esto… es… intenso.

—Y solo estamos empezando —susurró, y esa voz era un hilo que recorría mi piel, bajando por mi espalda, erizando cada pelo de mi nuca.

Me sentí moverme bajo sus manos, dejándome llevar, explorando cómo reaccionaba a cada presión, a cada roce, a cada beso. No había vergüenza, ni duda, ni prisa. Solo sensación. Solo complicidad. Solo esa conexión que me decía que cada toque era un regalo y que yo podía recibirlo, disfrutarlo, corresponderlo.

En un momento, sentí cómo sus manos se acercaban a lugares más sensibles, con esa precisión que era casi hipnótica. Cada roce era medido, consciente, provocando que mi cuerpo se tensara y luego se relajara en un

vaivén delicioso. Cada suspiro suyo y mío era un lenguaje que solo entendíamos nosotros.

—Eres perfecta —murmuró entre besos y caricias, y no era solo un cumplido. Era reconocimiento, deseo, intimidad.

Mi pecho subía y bajaba rápido, mis dedos recorrían su espalda, y no pude evitar dejar escapar una risa entre susurros.

—¡Pero qué exagerado eres! —le dije, con voz temblorosa, entre placer y diversión.

—Exagerado contigo siempre —respondió, y la chispa traviesa volvió a sus ojos—. Me lo permites.

Me estremecí y sonreí bajo el antifaz. Era imposible no reír con él incluso en medio de la sensación más íntima y ardiente. Era como si todo lo que nos rodeaba desapareciera, y solo quedáramos él y yo, jugando un juego silencioso de sensaciones, miradas y susurros.

—Prométeme algo —susurré mientras apoyaba mi cabeza en su hombro, sintiendo cómo me abrazaba suavemente—. Que siempre podremos… —No terminé la frase, pero él lo comprendió.

—Siempre —murmuró, dejando un beso breve en mi hombro, en la piel que aún brillaba de aceite.

Sentí cómo su cuerpo se ajustaba al mío, cómo su respiración se mezclaba con la mía y cómo la tensión de toda la semana desaparecía en ese instante. Cada roce, cada caricia, cada suspiro era una declaración silenciosa: complicidad, deseo, confianza y un erotismo sutil que nos envolvía sin prisa, sin necesidad de palabras.

Mat volvió a recostarme en la camilla y, con solo una mirada y el brillo en sus ojos, supe lo que seguía.

Sostuvo una de mis piernas por el tobillo con cuidado, comenzó a besarla despacio y dejó un camino de besos suaves y breves hasta llegar a mi entrepierna. Me mordí el labio inferior al ver sus ojos grises y penetrantes fijos

en los míos, y cuando comenzó a lamer mi sexo, no pude evitar que un gemido escapara de mis labios.

Mat lamía sin prisa, pero sin pausa, sin pudor, sin vergüenza alguna. Deslizaba la lengua entre mis pliegues, mordía mi clítoris y tiraba de él haciendo que gritara presa del placer que sentía en ese instante.

No tardé en notar un dedo uniéndose al juego y penetrándome, despacio al principio, entrando y saliendo como si pidiera permiso, hasta que dejó a un lado la delicadeza y comenzó a devorarme por completo y a penetrarme con dos dedos tan rápido y profundamente que me hizo estremecer de pies a cabeza.

Unos minutos fueron suficientes para que me llevara a un orgasmo tan esperado y necesario como intenso, dejándome laxa sobre aquella camilla y con ganas de más. Con ganas de sentir sus manos por todo mi cuerpo y su miembro penetrándome y poseyéndome con fuerza. Ese miembro que había visto erecto y brillante por el deseo durante todo el rato que llevábamos tras esas cortinas.

Y cuando finalmente me acercó hacia él, acariciando mis hombros, mi espalda, mi torso, y nuestros labios se encontraron de nuevo, supe que aquel momento no era solo un masaje. Era conexión pura. Era placer, sí, pero también intimidad, complicidad, deseo y ternura al mismo tiempo.

Mi cuerpo reaccionaba a cada gesto suyo como si supiera que podía confiar, que podía dejarse llevar, que podía entregarse sin perder el control. Cada beso, cada caricia, cada mirada compartida era un hilo invisible que nos unía, que hacía que el mundo exterior dejara de existir.

—Nunca había sentido algo así —susurré entre suspiros, aferrándome a él.

—Yo tampoco —respondió, y en sus ojos vi reflejada la misma intensidad, la misma complicidad, la misma conexión que sentía yo—. Contigo todo es… distinto. Y la noche aún no ha terminado, que te quede claro.

Nos reímos bajito, compartiendo un sonido que parecía tan íntimo como los susurros y los toques. Y entonces, en ese momento suspendido entre placer,

deseo y complicidad, supe que aquella noche había creado algo que no era solo sensualidad. Era química. Era conexión. Éramos nosotros.

El resto del mundo podía esperar. Allí, en la penumbra cálida de aquella sala, con el aceite aún brillando en nuestras pieles, con nuestras miradas cruzadas y la respiración entrecortada, éramos solo él y yo. Y nada más importaba.

Capítulo 18

Iria

Salimos de la sala de masajes con los albornoces negros ceñidos a nuestros cuerpos, todavía húmedos del aceite que nos había hecho estremecer horas antes. Caminábamos juntos por el pasillo, con nuestros pasos resonando suavemente sobre la madera pulida y la luz cálida acariciando los contornos de nuestros cuerpos. Había un silencio cómodo entre nosotros, lleno de tensión apenas contenida, de una complicidad que no necesitaba palabras.

Mat se inclinó hacia mí un instante y me susurró al oído:

—Siento que esto solo acaba de empezar.

Me estremecí y una sonrisa se escapó de mis labios bajo el antifaz.

—Yo también —susurré—. Pero… ¿A dónde vamos exactamente?

Él arqueó una ceja y me miró con esa intensidad que me dejaba sin aliento.

—A un lugar donde podemos estar… solo tú y yo. Sin reglas, sin interrupciones. Solo sensaciones.

La puerta de la sala privada para dos se abrió ante nosotros y, al cruzar el umbral, me quedé sin palabras, como me ocurría siempre. Era un santuario para los sentidos: luces bajas y estratégicas que creaban sombras cálidas, aromas a vainilla y sándalo flotando en el aire, cortinas de terciopelo que

envolvían la intimidad y muebles dispuestos con cuidado para ofrecer placer, comodidad y juego.

El espacio tenía una cama grande, amplia, con sábanas suaves y ligeramente perfumadas; un sillón tántrico negro, elegante y ergonómico; estanterías discretas llenas de juguetes de todo tipo, desde plumas y vendas hasta objetos de cuero y metal, organizados como una galería de arte sensual. Cada elemento parecía invitarnos a explorar, a dejar que nuestra complicidad nos guiara.

Caminé lentamente, admirando cada detalle. Cada objeto, cada textura, cada luz estaba pensada para provocar deseo, pero también para cuidar la intimidad. No era un lugar vulgar; era sofisticado, elegante, un escenario perfecto para dejarse llevar sin miedo.

Mat sonrió y sus ojos grises brillaron con malicia y ternura a la vez cuando me miró.

—Por tu mirada… Creo que vamos a divertirnos mucho esta noche —dijo, y ambos reímos.

Una risa baja y compartida, que nos hizo acercarnos aún más. Su mano buscó la mía y entrelazamos los dedos con naturalidad. La electricidad del contacto era inmediata, y sentí cómo mi respiración se aceleraba ligeramente. Cada roce de su piel contra la mía parecía mandar señales directas al corazón.

—Prométeme algo —susurré mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. Que no habrá prisas. Que podemos explorar todo lo que queramos, a nuestro ritmo.

—Lo prometo —respondió, y un beso fugaz rozó mi frente, enviando un escalofrío que recorrió mi espalda.

Nos acercamos a la cama grande y me senté en el borde, dejando que él se acomodara a mi lado, con nuestros cuerpos aún envueltos en los albornoces, pero ya demasiado conscientes de lo que había entre nosotros. Cada mirada que cruzábamos era un diálogo silencioso: deseo, complicidad, confianza y un erotismo que nos envolvía.

—¿Por qué siempre haces que me sienta así de… vulnerable? —pregunté con una sonrisa traviesa, mientras mis manos jugaban con el borde de mi albornoz.

—Eso es algo que solo me pasa contigo —dijo, arqueando una ceja—. Y me encanta.

Me incliné hacia él y nuestras bocas se encontraron en un beso lento, prolongado, cargado de intención. Mis manos recorrieron su torso a través del albornoz, sintiendo la firmeza de sus músculos, el calor de su piel. Él correspondió con igual intensidad, acariciando mi espalda, rozando mis hombros, dejando que la tensión de los días anteriores se evaporara con cada movimiento.

—Creo que voy a necesitar un momento para recuperarme —susurré entre risas, apoyando la frente en su pecho.

—Si te sirve de consuelo… yo tampoco estoy muy recuperado —respondió, y su sonrisa se volvió aún más traviesa.

Nos tumbamos juntos en la cama, con los albornoces abiertos, dejando que la proximidad y el contacto nos consumieran. Cada gesto era lento, medido, como un baile silencioso de sensaciones. Sentía su aliento en mi piel, su mirada recorriéndome, y cómo mi corazón latía con fuerza cada vez que se acercaba un poco más.

En un momento, su mano se deslizó hacia mi costado, rozando una cicatriz que llevaba ahí desde hacía años. Mi reacción fue inmediata: aparté su mano suavemente.

—Hasta eso me gusta de ti —dijo, y vi sus ojos llenos de sinceridad—. ¿Qué te pasó aquí?

Sentí un instante de silencio en mi pecho, un leve nudo. No era momento para abrir viejas heridas.

—Es una historia que no quiero recordar ahora —respondí, con suavidad.

Él asintió, comprensivo. Se inclinó lentamente, levantó la tela del albornoz y sus labios tocaron la cicatriz con delicadeza, como si quisiera mostrar cuidado y deseo a la vez.

Sentí un estremecimiento que me recorrió el torso entero, un contraste entre placer y un recuerdo fugaz: el último día en la casa de mis padres en Galicia, el aire helado entrando por la ventana, la sensación de estar sola y protegida al mismo tiempo. Cerré los ojos, consciente de cada emoción, y respiré profundamente.

—Gracias —susurré, dejando que el contacto se transformara en algo cálido, en algo íntimo, pero no doloroso.

Mat me miró, y en sus ojos vi todo: deseo, ternura, complicidad. Aquella mirada hizo que mi pecho se abriera, que mis manos buscaran las suyas, que nuestras risas y susurros se mezclaran con los latidos del corazón. Cada gesto, cada roce, cada mirada era un mensaje sin palabras: “Estamos aquí. Solo tú y yo. Todo está permitido, menos perder la conexión”.

Nos tumbamos en la cama, cerca el uno del otro, explorando nuestras manos, nuestras bocas, nuestras respiraciones. La complicidad se convertía en juego, y el juego en pasión contenida. Cada sonrisa, cada carcajada baja, cada mordisco juguetón al labio se mezclaba con el deseo. Cada caricia, cada roce, era un hilo que nos unía más y más, y cada mirada nos decía sin palabras lo que ninguno de los dos necesitaba pronunciar: nos pertenecíamos en ese instante.

Su mano volvió a mi espalda, esta vez recorriendo suavemente los músculos que aún conservaban la memoria del masaje anterior, y yo no pude evitar inclinarme hacia él, buscando su boca, encontrando un beso lleno de intensidad y ternura al mismo tiempo.

—Creo que deberíamos tomarnos nuestro tiempo —susurré entre risas, mientras nos acomodábamos—. No quiero que esto acabe demasiado rápido.

—No acabará —respondió, y sus ojos brillaron con esa mezcla de humor, deseo y ternura que me hacía perder el aliento—. Yo me encargo de que cada segundo cuente.

Y así, en la penumbra cálida de esa habitación elegante, rodeados de lujo y juego, risas y susurros, supe que no era un error dejarme llevar por la sensualidad, la complicidad y la pasión. Sabía que cada mirada, cada gesto, cada caricia era un hilo invisible que nos unía más allá de la piel.

Nos quedamos un momento recostados en la cama, respirando el uno cerca del otro, sintiendo cómo el calor de nuestras pieles se mezclaba en el espacio entre nosotros. Cada roce de sus dedos contra mi brazo, cada respiración suya cerca de mi oído, me recordaba lo presente que estaba, lo vivo que se sentía cada segundo.

—¿Sabes lo que me gusta de ti? —preguntó Mat con voz grave, casi ronca, mientras acariciaba suavemente mi mejilla—. Que a menudo parece que tengo que ganarme tu atención y, aun así, tú siempre me encuentras.

Reí, apoyando la cabeza en su hombro, disfrutando del contacto.

—¿Así que estoy haciéndote trabajar demasiado? —bromeé, y él soltó una risita profunda y lenta, que me hizo estremecer—. Porque no era mi intención… o tal vez sí.

—Definitivamente sí —dijo, y vi sus ojos brillando detrás del antifaz—. Pero no me importa. Cada segundo contigo vale la pena.

El roce de sus dedos continuó bajando por mi espalda, y yo me incliné hacia él, buscando sus labios con necesidad y ternura al mismo tiempo. Cada beso era una combinación perfecta de calma y excitación, como si nuestros cuerpos supieran exactamente qué quería el otro antes de que las palabras pudieran aparecer.

—Eres increíble —susurré, apoyando la frente contra la suya, disfrutando del calor de su respiración—. No sé cómo puedes hacer que cada caricia sea a la vez suave y devastadora.

—Es que estoy practicando contigo —respondió con un brillo travieso en sus ojos, y una risa baja escapó de mi garganta—. Y creo que tú también eres una excelente estudiante.

Sus manos empezaron a explorar más abajo, acariciando mis costados, mis caderas, rozando los músculos tensos que aún recordaban el masaje anterior. Mi cuerpo respondía antes de que pudiera pensar, arqueándose ligeramente hacia él, buscando más contacto, más calor, más atención. Cada roce, cada presión de su palma, era un mensaje: “Confía, siente, déjate llevar”.

Me tumbé completamente en la cama, dejando que él se moviera a mi lado. Sus manos eran un mapa que recorría cada curva, cada contorno, cada punto donde mi piel respondía con leves estremecimientos. Sus labios encontraban la curva de mi cuello, mis hombros, y cada vez que me besaba, un escalofrío recorría mi columna vertebral.

—Me gusta verte así —dijo Mat, mientras sus dedos recorrían mi abdomen con un toque preciso, lento y calculado—. Totalmente abierta, sin reservas.

—A mí también —susurré, y su sonrisa se reflejaba en sus ojos grises—. Y me gusta cómo me haces sentir segura… incluso cuando me provocas.

Sus dedos comenzaron a jugar con los bordes de mi albornoz aún suelto, acariciando mi piel desnuda debajo, pero sin prisas, sin apuro. Cada toque era un recordatorio de que estábamos presentes, de que cada gesto era consensuado, cargado de deseo y complicidad.

—Creo que voy a perder la noción del tiempo contigo —dije entre risas, arqueando la espalda levemente para que pudiera alcanzar mejor mi cuello.

—Eso no es malo —respondió, y su mano se deslizó por mi costado, haciendo que me estremeciera otra vez—. De hecho, es exactamente lo que quiero.

Me acerqué a él, notando nuestras respiraciones mezcladas, y lo besé con una intensidad que me sorprendió. No era un beso apresurado; era lento, exploratorio, sensual, lleno de hambre y de ternura. Mis manos acariciaban su torso, bajando suavemente por la espalda, disfrutando de la textura de su piel y de la fuerza de su cuerpo. Él correspondía con la misma dedicación, dejando que sus labios y sus manos fueran el lenguaje entre nosotros.

—¿Ves por qué no quiero que esto acabe pronto? —susurré, dejando que mi frente descansara contra la suya—. Porque cada gesto, cada caricia, cada

mirada… es demasiado placentero para terminar.

—Entonces vamos a hacer que cada segundo cuente —dijo, y una sonrisa traviesa se asomó bajo el antifaz mientras sus manos recorrían mi torso, mis hombros, jugando con cada reacción mía.

En un momento, su mano volvió a rozar la cicatriz de mi costado y me estremecí de nuevo.

Él me abrazó, y ese contacto silencioso era más elocuente que cualquier palabra. Cada respiración compartida, cada roce de nuestras manos, nos mantenía conectados, como si el mundo exterior no existiera.

—¿Te gustaría probar algo? —preguntó con un brillo travieso en los ojos —. Algo que nos deje jugar… y explorar.

—Todo lo que quieras —dije, confiada, dejándome llevar por su cercanía y por la sensación de seguridad que su presencia me daba.

Nos levantamos, y él me guio hacia el sillón tántrico. Sus manos recorrían mi espalda y mis caderas mientras me sentaba, ajustando mi postura para que me sintiera cómoda y expuesta al mismo tiempo. La combinación de control y entrega me excitaba, me hacía reír con una mezcla de nervios y deseo.

—Prométeme que no te vas a reír si no hago nada perfecto —bromeé, y él soltó una carcajada grave, que me hizo sonreír y estremecer al mismo tiempo.

—Nunca me reiría de ti —dijo, inclinándose y susurrando cerca de mi oído —. Solo quiero que disfrutes… tanto como yo.

Nos quedamos así un instante, mirándonos, explorando cada reacción, cada gesto. Sus dedos recorrían mi piel con precisión, y yo me dejaba llevar por la sensación de que cada contacto suyo era un descubrimiento, un juego, un acto de complicidad y de deseo mutuo.

Mat deshizo el nudo del cinturón de mi albornoz tras sentarse en el sillón colocando mis piernas sobre las suyas, separó la tela y comenzó a acariciarme el cuerpo que aún estaba cubierto de aceite.

Cuando sus manos se deslizaron por mis pechos, rozando con la palma mis pezones, me estremecí al notarlos tan sensibles y gemí cuando sus dedos los aprisionaron levemente y tiraron de ellos.

No tardé en verle inclinarse y, con una facilidad que me sorprendió, sostuvo mis nalgas con ambas manos, elevando mis caderas hasta una altura tal que tuvo mucho más fácil el acceso a mi sexo.

Y mientras lamía entre mis pliegues con su lengua, no apartaba los ojos de mí, observándome con detenimiento para ver todas y cada una de mis reacciones, que no eran pocas.

Me excitaba tanto que no podía evitar expresarlo. Me movía, me mordía el labio, gemía y gritaba y me agarraba con fuerza a ese sillón tántrico donde el hombre más impresionante, sensual e imponente que había conocido hasta ahora me devoraba como si le fuera la vida en ello.

Y no se detuvo hasta hacer que me corriera en sus labios sin tocarme una sola vez con los dedos, tan solo jugando con su lengua entre mis pliegues, lamiendo mi clítoris y mordisqueándolo con los dientes, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera y se entregara al momento.

Cuando me recostó de nuevo en el sillón, se inclinó y me besó en el vientre mientras mi pecho subía y bajaba con rapidez por el momentazo que me había dado.

—Creo que esta noche no va a ser solo divertida —dije, entre risas y suspiros, mientras él me abrazaba ligeramente—. Va a ser inolvidable.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando —respondió, y en sus ojos vi esa mezcla de humor, deseo y ternura que siempre me dejaba sin aliento.

Nos quedamos así, entre risas bajas, susurros y miradas cargadas de promesas, dejando que la intimidad y la pasión crecieran lentamente, cada segundo más intenso que el anterior. La noche aún era joven, pero ya sabíamos que cada instante contaría, cada roce nos uniría más, y cada mirada y suspiro nos haría descubrir hasta dónde podía llegar nuestra complicidad.

Capítulo 19

Iria

Con un suspiro me acomodé en el sillón, sintiendo el calor de la habitación envolverme por completo. La luz era tenue, dorada, perfecta para que la intimidad no necesitara palabras.

Mat se inclinó sobre mí, y cada movimiento suyo era una danza lenta y calculada, como si supiera exactamente qué despertaba mi piel, qué aceleraba mi corazón.

—Vaya, parece que te sientes cómoda —murmuró con su respiración rozando mi oído mientras sus manos se deslizaban suavemente por mis costados—. Demasiado cómoda, quizá.

Reí entre susurros, arqueando el torso hacia él.

—Demasiado cómoda para no dejar que esto siga —dije, y él sonrió, profundo y bajo, ese tipo de sonrisa que hacía que la sangre se acelerara solo con verla.

Nos movimos juntos en un abrazo, explorándonos con las manos, con la mirada, con cada suspiro compartido. Y yo confiaba y sentía, me dejaba llevar tal como me pedía Mat con la mirada y sus caricias. Consciente, entregada, disfrutando de cada instante, de cada reacción, de cada escalofrío que él me provocaba como nadie lo había hecho antes.

—Creo que esta cama ha visto muchas cosas —susurré, tratando de bromear mientras su albornoz rozaba suavemente mi piel—. Pero ninguna como nosotros, ¿verdad?

—Probablemente no —respondió con una risa baja, mientras sus dedos recorrían mi cuello y descendían lentamente por mis hombros—. Pero quizá hoy podemos cambiar eso.

Sentí cómo sus labios buscaban los míos, y cada beso era una combinación de ternura y hambre. Su lengua rozaba la mía con cuidado, jugando, probando, provocando que mis manos se deslizaran por su espalda, disfrutando de la textura de su piel y del calor de su cuerpo. Cada beso me hacía vibrar, me hacía sentir viva, consciente de que todo lo que estábamos haciendo era un acto de complicidad, deseo y placer compartido.

—¿Te das cuenta de que me vuelves loca? —susurré entre besos, arqueando el cuello para que pudiera alcanzar mejor la curva de mi hombro.

—Sí —dijo él, con voz grave, acariciando mis costados—. Y me encanta.

Mat seguía acariciándome despacio y yo me dejé llevar, sintiendo cada roce, cada contacto, cada sutil juego de manos que él iniciaba. Nos mirábamos con intensidad, con la certeza de que lo que compartíamos iba más allá del deseo físico. Era un juego de confianza, de complicidad, de conexión absoluta.

—No sabía que podía ser tan… excitante —dije, riendo suavemente, mientras él acomodaba mi cuerpo con precisión—. Todo esto… tú, aquí, conmigo… es demasiado perfecto.

—Demasiado perfecto para dejarlo pasar —murmuró, inclinándose y dejando un beso sobre mi clavícula, mientras sus manos recorrían mi espalda y mis caderas—. Así que voy a aprovecharlo.

Sentí cómo su cuerpo se acercaba al mío, cómo sus dedos trazaban mapas invisibles sobre mi piel, despertando cada terminación nerviosa. Cerré los ojos y me dejé llevar, concentrándome solo en él, en cada suspiro, en cada caricia, en cada gesto que nos acercaba más.

—Mat —susurré, apoyando la cabeza contra su pecho por un momento—. No quiero que esto acabe nunca.

—Ni yo —respondió, con un murmullo grave mientras sus manos recorrían mis muslos, subiendo lentamente, explorando, provocando—. Pero lo que siento por ti no depende del tiempo. Esto es ahora… y ahora es todo lo que necesitamos.

Una vez más, su mano volvió a rozar la cicatriz de mi costado.

—Eres perfecta —susurró—. Incluso con cicatrices.

—Gracias —murmuré, apoyando la cabeza en su hombro y dejando que su calor me envolviera—. Y tú también.

Mat me cogió en brazos, se recostó en el sillón y me acomodó sobre él sentada a horcajadas en sus piernas, cada uno explorando al otro con las manos y la mirada, riendo suavemente entre susurros y suspiros. Cada toque era un recordatorio de la conexión que habíamos construido en tan poco tiempo, de la química que nos unía, de la complicidad que hacía que incluso el silencio fuera cargado de significado.

—¿Sabes? —dije, con un hilo de voz, apoyando la frente contra la suya—. Esto es como un juego… pero el mejor juego de todos.

—Totalmente de acuerdo —respondió, y una sonrisa traviesa asomó a sus labios bajo el antifaz—. Pero no hay reglas, salvo disfrutar.

Nuestros cuerpos se movían con precisión, con sincronía, explorando límites, descubriendo nuevas formas de provocar placer sin romper la elegancia de cada gesto. Cada caricia, cada suspiro, cada roce era una declaración silenciosa de deseo, respeto y complicidad.

—Creo que voy a perder la noción del tiempo —dije, arqueando la espalda para acercarme más a él.

—Eso está garantizado —murmuró, y sus labios rozaron mi oído mientras sus manos recorrían mi espalda y mis costados—. Pero prometo que valdrá la pena.

Reímos juntos, una risa baja y compartida que se mezcló con el sonido de la música, con el roce de la piel y con los susurros que escapaban sin que importara el mundo exterior. Todo lo que existía era nosotros, nuestras respiraciones, nuestras manos, nuestros cuerpos y la intimidad que compartíamos.

Por un momento, Mat me sostuvo cerca, sus dedos jugando con la curva de mi cuello, con mi cabello, con cada reacción mía. Sus ojos buscaban los míos detrás del antifaz, y yo me perdía en esa mirada, en la certeza de que me veía, me deseaba y me entendía al mismo tiempo.

—Nunca pensé que una simple copa en este club podría terminar así —susurré, apoyando mi frente en la suya—. Pero contigo, todo se siente… más intenso.

—Todo contigo es más intenso —dijo mientras sus manos acariciaban mi espalda—. Y créeme, esto no es nada comparado con lo que aún podemos explorar.

Nos quedamos así, entre risas, susurros y caricias, explorando el juego, el deseo y la complicidad que nos unía. Cada segundo estaba cargado de intimidad, erotismo y sensualidad, pero también de ternura y de una conexión profunda que me hizo sentir viva de una manera que pocas veces había experimentado.

Y mientras sus labios encontraban los míos una vez más, con suavidad y urgencia a la vez, supe que aquella noche no se trataba solo de placer. Se trataba de nosotros. De todo lo que éramos, de todo lo que estábamos descubriendo, de cada gesto, cada mirada y cada suspiro compartido.

Nada más existía. Solo nosotros, aquella sala privada y la sensación de que habíamos encontrado un lugar seguro para jugar, para explorar, para ser nosotros mismos sin miedo, sin reservas, sin prisa.

Nos quedamos un instante abrazados sobre el sillón, nuestros cuerpos aún entrelazados, respirando de manera sincronizada. La luz cálida acariciaba nuestra piel, reflejándose en los detalles de la habitación: el sillón tántrico de cuero negro, firme pero sensual; la cama amplia con sábanas de seda; estantes cuidadosamente organizados con juguetes de todo tipo, cada uno insinuando

posibilidades y juegos que aún no habíamos explorado. Todo parecía diseñado para que el placer se convirtiera en un arte, y esa idea me hizo sonreír.

—Mira todo esto —susurré, dejando que mi mirada recorriera la habitación mientras nuestras manos permanecían entrelazadas—. Parece un santuario del placer.

—Lo es —respondió Mat, con su voz grave y baja—. Y esta noche… es nuestro santuario. Nada más importa.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna. Solo la idea de que todo esto estuviera allí para nosotros, para nuestro juego, para nuestra complicidad, me hacía sentir aún más vulnerable y deseosa al mismo tiempo.

—¿Quieres que sigamos aquí o que pasemos a la cama? —dije, con un hilo de voz y un brillo travieso en los ojos.

—Siempre he pensado que hay muchas formas de explorar la piel —dijo él, acercándose a mí con la seguridad de quien sabía lo que quería—. Y estoy dispuesto a descubrirlas contigo.

Sus manos encontraron mi cintura y en un movimiento rápido giró, haciendo que los dos quedáramos recostados de lado en el sillón. La textura del cuero bajo mi cuerpo me provocó un cosquilleo inesperado. Los ojos de Mat tras el antifaz se clavaron en los míos. Su mirada era intensa, cargada de deseo, pero también de complicidad, de esa sensación de que podíamos comunicarnos sin palabras.

—Eres increíblemente paciente… y provocativa —murmuró mientras deslizaba una mano por mi muslo, explorando, tanteando, sintiendo cada reacción mía.

—Y tú eres increíblemente… intenso —respondí, mordiendo suavemente mi labio inferior mientras me arqueaba hacia él, dejándome llevar.

Reímos de nuevo, una risa baja y compartida, que era tan parte de nuestro juego como cualquier caricia.

Mat se inclinó hacia mí y sus labios encontraron mi cuello, besando, mordisqueando suavemente, y no tardó en volver a acomodarse, llevándome consigo hasta que me tuvo de nuevo sentada a horcajadas sobre él. Y mientras sus manos exploraban la curva de mis caderas y el contorno de mis costados, un suspiro escapó de mis labios. Me sentía viva, excitada, completamente entregada a ese juego de descubrimiento mutuo.

—¿Puedo…? —preguntó, susurrando con voz cargada de deseo mientras una de sus manos se acercaba a mi costado, rozando ligeramente la cicatriz que recorría mi piel.

Instintivamente aparté su mano, aunque sin brusquedad.

—No —dije, con un hilo de voz, intentando no pensar demasiado en el recuerdo que esa cicatriz traía consigo.

—Eres fascinante, Iria —susurró, acariciando mi mejilla y acercándose a mis labios para un beso cargado de intimidad—. Cada parte de ti es fascinante. Incluso esa cicatriz de la que no quieres hablar.

Cerré los ojos y me dejé llevar, respirando su cercanía, el calor de su cuerpo, la intensidad de su mirada, incluso detrás del antifaz. Su lengua rozó la mía con delicadeza, y nuestras manos se entrelazaron, explorando cada contorno, cada curva, cada reacción del otro. La risa escapaba de nosotros entre besos y caricias, un recordatorio de que incluso en la pasión había espacio para la complicidad y el juego.

—Creo que este sillón tiene ideas propias —dije, arqueando la espalda y sintiendo cómo él ajustaba su posición para seguir cada curva mía.

—Sí… y yo también —respondió, mordisqueando suavemente mi labio, y sentí su respiración caliente contra mi piel—. Ideas muy intensas, precisamente contigo.

Y fue en ese instante cuando estiró el brazo, cogió un preservativo de la mesita baja que había junto al sillón y se lo puso ante mi atenta mirada. Me atrajo hacia él sosteniendo mi nuca con la mano y nos fundimos en un beso cargado de urgencia y deseo contenidos.

Sin dejar de besarme, llevó ambas manos a mis caderas y un segundo después me estaba penetrando. Sentí cómo su miembro se abría paso en mi interior, cómo su grosor y su dureza se deslizaban en mi estrecha cavidad hasta que…

—Oh, Dios —gemí mientras me estremecía al sentir que me llenaba por completo.

Mat volvió a besarme y su mano subió de nuevo a mi nuca, asegurándose de ese modo que no me apartaba más. Con la otra mano en mi cadera me fue dirigiendo poco a poco, haciendo que me moviera sobre él, de adelante atrás, y en ese instante me sentí no solo viva, sino libre y poderosa como otras veces en aquellas salas me había sentido.

Me agarré con ambas manos al sillón por encima de la cabeza y Mat y comencé a moverme, a marcar el ritmo del momento. Mis caderas subían y bajaban sintiendo su miembro en mi vagina, mis gemidos se mezclaban con sus leves gruñidos en nuestras bocas y entonces noté las manos de Mat deslizándose por mis costados.

No tardé en sentirlas en mis pechos, masajeándolos despacio, pellizcando mis pezones y tirando de ellos, haciendo que mi cuerpo reaccionara, que me estremeciera de placer y que rompiera el beso para gritar.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, brillantes y cargados de deseo. Mientras yo me movía sobre él, llevaba mis caderas de arriba abajo para notar el placer de tenerle dentro de mí llenándome por completo. Él movía las suyas hacia arriba con fuerza para profundizar más en sus penetraciones.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, follándonos mutuamente sin dejar de mirarnos hasta que me atrajo hacia él y me besó con hambre y urgencia. Su otra mano fue directa a mi entrepierna y sentí sus dedos, hábiles y juguetones, tocarme el clítoris con movimientos rápidos mientras seguíamos follándonos.

Sabía lo que quería, y se lo iba a dar porque yo también lo quería, lo necesitaba. Así que me abandoné por completo, me dejé llevar por el placer y el momento y me corrí. Me aparté de sus labios, de ese beso que me consumía,

y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras gritaba con los ojos cerrados y seguía sintiendo a Mat dentro de mí.

Tras aquel instante en el que me desplomé sobre él, jadeando y sin aliento, Mat me cogió en brazos y caminó conmigo hacia la cama, donde nos acomodamos entre las sábanas de seda, explorando nuevas posiciones y formas de sentirnos. Cada roce era un lenguaje propio, cada suspiro una declaración de deseo, cada mirada un puente invisible que nos conectaba más allá de cualquier palabra.

—Mat… —susurré, apoyando la frente en su pecho—. Todo contigo es… distinto. Especial.

—Para mí también —dijo, con su voz grave y aterciopelada, mientras acariciaba mi espalda y mi cuello—. Y te prometo que no habrá prisa, solo placer.

Sus manos se movían con precisión, recorriendo mi cuerpo con delicadeza y conocimiento. Cada caricia despertaba sensaciones nuevas, cada beso encendía un fuego que no necesitaba palabras. Me sentía viva, deseada, comprendida y, al mismo tiempo, protegida.

Me recostó en un movimiento rápido y se acomodó entre mis piernas, se inclinó para besarme y me penetró con una certera y profunda embestida.

—Esto… esto es demasiado —susurré, riendo suavemente mientras arqueaba la espalda hacia él, buscando más contacto, más calor.

—Demasiado bueno para no compartirlo contigo —respondió, y su sonrisa traviesa se reflejaba incluso detrás del antifaz—. Cada reacción tuya… cada suspiro… es una pequeña victoria para mí.

Volvió a besarme y sentí cómo me penetraba, cómo su miembro entraba y salía de mí dejando ese vacío momentáneo hasta que me penetraba de nuevo. Y siguió y siguió, me penetró una y otra vez sin descanso, colmándome por completo mientras mis manos recorrían su espalda y mis uñas arañaban ligeramente su piel.

Y mientras disfrutaba del momento que me estaba haciendo vivir y sentir, por mi mente cruzaron imágenes de muchas noches más con él, en este club, en esta o en cualquier otra sala, tocándonos, besándonos, explorándonos, usando esos juguetes que esta noche parecían no ser necesarios. Me excité aún más de lo que ya estaba y comencé a acompasar el movimiento de mis caderas con el suyo, buscándole para más placer, deseándole más de lo que ya le deseaba.

Mat me hizo girar sobre mi costado, explorando nuevas posiciones, nuevas sensaciones. Sus manos encontraban cada lugar donde podía provocarme escalofríos, cada curva donde podía provocar una respuesta instintiva y deliciosa. Y yo respondía sin reservas, riendo suavemente entre susurros, dejando que el juego y la pasión fluyeran, sintiendo la conexión profunda que nos unía.

—Nunca pensé que un lugar pudiera sentirse tan… nuestro —dije, apoyando la cabeza en su pecho—. Tan íntimo, tan seguro, tan excitante.

—Con nosotros, todo puede sentirse así —respondió, con un tono grave que hizo vibrar mi pecho—. Incluso esto. Incluso ahora.

El sillón, la cama… todos los elementos de la habitación se convirtieron en extensiones de nuestra complicidad. Cada textura, cada roce, cada sonido nos hacía más conscientes de nosotros mismos, del deseo compartido, de la química que nos envolvía.

—Creo que… no voy a olvidarme nunca de esta noche —susurré, sonriendo mientras sus manos seguían explorando con precisión, provocando, deleitando.

—Ni yo —respondió, inclinándose y dejando un beso prolongado en mi cuello, mientras su cuerpo se pegaba al mío con una sincronía perfecta—. Y créeme… esto es solo el principio.

Reímos, suspiramos, jugamos. Cada movimiento era sensual, cada mirada cargada de deseo, cada susurro una promesa. Me sentía completamente viva, completamente conectada con él, y al mismo tiempo vulnerable, deseosa y absolutamente entregada.

Cuando finalmente nos recostamos juntos, respirando entrecortadamente, con la piel aún sensible y los sentidos embotados por el placer, supe que habíamos creado algo más que un encuentro físico. Habíamos creado un espacio seguro para explorar, para reír, para jugar, para ser nosotros mismos sin restricciones, sin juicios, solo con deseo, complicidad y ternura compartida.

Y mientras sus dedos recorrían mi espalda y nuestros cuerpos se fundían en un abrazo cálido y tenso al mismo tiempo, supe que nada de lo que había pasado antes importaba. Lo único que importaba era nosotros, el aquí y el ahora, y la certeza de que cada mirada, cada suspiro, cada roce, cada sonrisa compartida nos unía más allá del deseo.

Capítulo 20

Matthias

La tenía entre mis brazos, desnuda, cálida, todavía sensible. Iria estaba apoyada contra mi pecho, con la cabeza encajada justo bajo mi barbilla, y yo recorría su espalda con los dedos despacio, sin prisa, como si aún pudiera leer en su piel todo lo que nos habíamos hecho hacía apenas unos minutos.

El antifaz seguía puesto. En los dos. Y no quería quitármelo.

Habíamos follado de una forma que no recordaba haber hecho nunca. Con hambre, con juego, con una mezcla peligrosa de risa, intensidad y abandono. Había habido caricias lentas y embestidas sin contención, miradas ocultas tras la tela y gemidos que aún parecían quedarse suspendidos en el aire de la habitación.

Y ahora… ahora estaba allí. Tranquila. Confiada. Abrazada a mí como si aquel fuera su sitio natural.

Pasé la mano por su costado, por la curva de su cintura, y ella suspiró suavemente, acomodándose aún más contra mí.

Había estado con muchas mujeres. Demasiadas. Mujeres con las que había jugado, explorado, compartido noches largas en otro club. Mujeres que sabían moverse, provocar, entregarse y desaparecer sin dejar rastro.

Pero ninguna… ninguna me había dejado esta sensación en el pecho. Una presión extraña. Una conciencia constante de ella, incluso en el silencio.

No recordaba haber sentido algo igual.

—Deberíamos ir pensando en salir —dijo de pronto, con la voz aún ronca —, porque si seguimos así corremos el peligro de que cierren el club con nosotros dentro.

Solté una carcajada baja, grave, que vibró contra su espalda.

—Sería una forma bastante digna de terminar la noche —respondí—. Encerrado contigo.

Sentí cómo se reía, suave, contra mi pecho.

—Eres imposible.

—Solo contigo.

Me incliné y besé su sien con delicadeza, sin prisa, como si ese gesto tuviera más peso que cualquier otra cosa que hubiéramos hecho antes.

Luego me incorporé despacio y la arrastré conmigo sin soltarle la mano. Ella se dejó llevar sin preguntar, sin resistencia, confiando en cada movimiento.

Caminamos desnudos hasta la zona del baño privado. El vapor aún flotaba cuando abrí la ducha y el agua caliente empezó a caer sobre nosotros. La luz era tenue, dorada, íntima. Iria apoyó la frente en mi hombro y suspiró cuando el agua recorrió su espalda.

Mis manos comenzaron a enjabonarla despacio, recorriendo cada curva con una atención casi reverencial. No era prisa. No era hambre. Era cuidado. Era presencia.

—Mat… —murmuró—. Así vas a empezar otra vez.

—No —respondí, aunque mis manos decían lo contrario—. Solo estoy cuidando lo que esta noche es mío.

Noté una leve tensión en su cuerpo… y luego cómo se relajaba. Mientras la espuma resbalaba por su piel, apoyé una mano en la pared y me acerqué más a ella.

—Déjame preguntarte algo —dije con aparente naturalidad—. ¿Has estado alguna vez con dos hombres en una sala?

Su cuerpo se tensó un segundo. Luego sonrió, casi tímida.

—Una vez —respondió—. Pero no fue… como esperaba.

—¿Por qué? —curioseé sin dejar de enjabonar su cuerpo.

—No se entendían bien —dijo encogiéndose de hombros—. Había más ego que conexión.

Asentí lentamente.

—Eso suele pasar cuando no hay confianza real.

Ella rio.

—Eso mismo me dijo Héctor.

Sonreí.

La espuma seguía recorriéndola mientras la observaba sin verla realmente, leyéndola por su respiración, por cómo se movía bajo mis manos.

—¿Te gustaría probar otra vez? —pregunté—. Pero con alguien con quien sí haya entendimiento.

Noté cómo tragaba saliva.

—¿Estás pensando en el hombre con el que te vi la semana pasada?

—Sí. Leo.

—Tu amigo.

—Mi hermano —corregí—. Lo conozco desde que éramos niños. Hemos compartido mujeres muchas veces.

Su respiración cambió. Estaba nerviosa.

—Si no quieres —dije enseguida—, no voy a imponerte nada. Nunca —. Hice una pausa—. Pero si alguna vez decides probar… Leo es el único hombre al que permitiría tocarte.

Guardó silencio unos segundos.

—Lo pensaré —dijo al fin—. Ya te daré una respuesta.

No insistí, simplemente la besé. Un beso lento y profundo. Y la conversación murió allí, ahogada por el agua, por nuestras bocas, por un nuevo momento íntimo y ardiente bajo la ducha que sin duda estaba destinado a ocurrir.

Sostuve una de sus piernas y la hice rodearme la cadera con ella. Sin dejar de besarla, la penetré con fuerza y sentí la vibración de su gemido en mi boca. Comencé a moverme dentro y fuera de ella, cada vez más rápido, cada vez más profundamente, y no me detuve hasta que la sentí estremecer y noté cómo la alcanzaba el orgasmo.

Iría me miró un instante tras separarse un poco y, sin que me diera tiempo a reaccionar, se arrodilló frente a mí y envolvió mi miembro con la mano. Sus ojos tras el antifaz brillaban de anticipación, y mi cuerpo se tensó por completo de expectación, y cerré los ojos y gruñí cuando sentí su lengua deslizándose por la longitud de mi masculinidad.

No tardé en notar el calor de sus labios envolviendo mi miembro y cómo jugaba con su lengua alrededor de él. La miré y aquella visión me pareció simplemente erótica y perfecta. Ella, mi pequeña Iria, mi sensual y provocadora Iria, arrodillada ante mí haciéndome una felación con toda naturalidad, sin vergüenza ni pudor.

La aparté antes de que fuera demasiado tarde, la hice girar dándome la espalda, apoyé sus manos en la pared de la ducha, elevé sus caderas y la

penetré con tal fuerza que ambos gemimos al sentirnos de ese modo tan profundo.

Masajeé sus pechos, pellizqué sus pezones haciéndola gritar de placer y besé, lamí y mordí su cuello, notando cómo se estremecía bajo mis manos. Seguí moviéndome dentro y fuera de ella, una y otra vez, poseyéndola sin miedo y con urgencia, hasta que noté que los dos nos acercábamos al clímax.

Dejé que se corriera con fuerza y, cuando lo hizo, me retiré para liberar mi propio clímax fuera; no habíamos usado protección en ese momento y no quería que hubiera algo de lo que poder arrepentirse después.

No nos quitamos el antifaz en ningún momento. Y, aun así, nunca había visto nada tan claro como en este momento.

Me tenía en sus manos, de eso ya no me cabía ninguna duda. Esa mujer me había embrujado y me tenía a su merced en ese club.

Después de la ducha regresamos a la sala y nos vestimos despacio, demasiado despacio. Como si ninguno de los dos quisiera que la noche acabara todavía.

La observé ponerse la ropa sin verla realmente. El antifaz seguía ahí, y por primera vez me di cuenta de que me dolía no conocer aún su mirada desnuda.

Mientras me abrochaba la camisa, rompí el silencio.

—¿Alguna vez me dejarás verte sin el antifaz?

Ella giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—Sé por Leo —añadí— que hay parejas que se lo quitan… si los dos quieren.

Iría sonrió.

—Cuando tenga más confianza contigo… puede que nos lo quitemos los dos.

Se acercó y me dio un beso rápido en los labios, tan suave como peligroso.

Salimos de la sala y regresamos al bar. Me acomodé a su lado en la barra, rodeándola con el brazo por la cintura. Pedí un whisky y ella, un cóctel.

—No hace falta que sigas marcando territorio —dijo divertida—. Todo el mundo en el club sabe que esta noche estoy contigo.

—Quiero asegurarme —respondí— de que nadie se acerca a ti.

Iria se rio y negó con la cabeza suavemente.

—Mat… aunque hayamos jugado dos noches juntos, a mí me gusta jugar con otros también —declaró, y en ese momento algo se me clavó en el pecho.

Algo oscuro. Posesivo. La miré con el ceño fruncido; ella sonrió, se inclinó y me besó con dulzura.

—Por ahora no soy mujer de un solo hombre —dijo en voz baja—. Me gusta mi libertad. No estoy pensando en comprometerme con nadie. Ni aquí ni fuera del club.

No supe qué responder.

En ese momento apareció Héctor, preguntando qué tal nos había ido la noche. Yo me bebí el whisky de un trago. No podía decir nada. Solo pensar que no quería verla con ningún otro. Que no soportaba imaginar otras manos sobre ella.

Héctor e Iria charlaron, pero yo no prestaba atención, solo pensaba en lo que esa mujer me acababa de confesar. Tras un breve gesto de cabeza por parte de Héctor a modo de despedida, se marchó y volvimos a quedarnos solos. Iba a decir algo cuando sentí una palmada en el hombro.

—Me alegra ver que no has estado solo toda la noche —me dijo Leonhard.

Y le presenté a Iria, que le saludó con dos besos. Después lo miró con atención.

—¿Todo bien? —preguntó él—. ¿O tengo la cremallera abierta?

—Todo perfecto —rio ella—. Solo estaba observando a mi posible compañero de juegos de alguna noche.

Leonhard soltó un silbido y me miró.

—¿Está insinuando lo que creo que está insinuando?

—Se lo he propuesto —respondí—. Pero solo si ella quiere. Se lo va a pensar.

Leonhard sonrió, se inclinó hacia ella y le susurró algo tan explícito y sensual que incluso yo lo escuché.

—Si dices que sí, prometo que pasarás la mejor noche de tu vida y que no querrás volver a estar con nadie más que no seamos nosotros. Te llevaremos al cielo, te saborearemos y haremos que cada uno de tus orgasmos sea mejor que el anterior.

Iria se sonrojó y después me miró.

—Lo pensaré —dijo—. El próximo sábado os digo algo.

Se levantó, me dio un beso rápido en los labios, otro en la mejilla a Leonhard… y se fue.

Me quedé mirándola alejarse y sentí que dentro de mí solo había una certeza brutal. Esa mujer me estaba haciendo sentir algo que nadie, jamás, había conseguido.

Y eso… Eso me daba más miedo que deseo.

Me quedé apoyado en la barra unos segundos después de que Iria desapareciera entre la gente del club. No fue una despedida dramática. No hubo promesas ni miradas largas. Solo ese beso rápido, seguro, y la forma en que se marchó como si no necesitara mirar atrás.

Y, sin embargo, yo me quedé allí, inmóvil, con la sensación de que algo se había quedado enganchado a su espalda mientras se alejaba.

—Joder… —murmuró Leonhard a mi lado—. Esa mujer no pasa desapercibida ni cuando se va.

No respondí de inmediato. Pedí otro whisky. Necesitaba el golpe seco del alcohol bajando por la garganta para ordenar lo que tenía dentro.

—No —añadió él—. No es solo que esté buena. Es que te ha removido.

Giré la cabeza despacio para mirarlo.

—No empieces.

Leonhard sonrió de lado, con esa sonrisa que solo usaba cuando sabía que había dado en el clavo.

—Te conozco desde hace cuarenta años, Mat. He compartido mujeres contigo, camas, juegos, excesos. Y jamás te he visto así después de una noche.

Bebí otro trago.

—¿Así cómo?

—Callado —respondió—. Pensativo. Con cara de querer romperle la cara a cualquiera que se le acerque… y al mismo tiempo de no tener ningún derecho a hacerlo.

Apreté la mandíbula.

—Ha sido clara —dije—. No quiere exclusividad. Le gusta jugar. Conmigo… y con otros.

—¿Y eso te molesta? —preguntó con la ceja arqueada.

No contesté enseguida. Miré alrededor del club. Las luces, la música, los cuerpos moviéndose. Todo aquello que siempre había sido mi territorio. Mi refugio. Mi forma de no sentir demasiado.

—No debería —respondí al final—. Yo siempre he sido igual.

Leonhard arqueó una ceja.

—Pero ahora no lo eres.

Ese comentario me golpeó más fuerte que cualquier reproche.

—No es eso —dije—. Es que… —Me detuve—. Cuando estaba con ella, no estaba jugando. No como siempre.

Leonhard apoyó un codo en la barra, girándose hacia mí con atención real.

—Explícate —me pidió, y suspiré.

—No quería demostrar nada. No quería ganar. No quería controlarla. Solo… estar ahí. Sentir. Cuidar. Joder, hasta después, cuando estábamos abrazados, no pensaba en la siguiente escena. Pensaba en quedarme.

Leonhard me observó en silencio unos segundos.

—Eso —dijo al fin— no te había pasado nunca.

Negué lentamente.

—No.

—Entonces no es posesividad —añadió—. Es miedo.

Fruncí el ceño.

—¿Miedo a qué?

—A que te importe —respondió sin rodeos—. Y a que a ella le importe menos.

Volví a beber. Esta vez más despacio.

—Ha dicho que no quiere compromisos.

—Habrá dicho que no es mujer de un solo hombre —corrigió—. No es lo mismo.

Me giré hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Leonhard sonrió, pero esta vez sin ironía.

—Que hay personas que necesitan libertad para elegir quedarse. No para irse.

Guardé silencio. La imagen de Iria volvió a mi cabeza. Su risa bajo el antifaz. Su cuerpo relajándose contra el mío después de correrse. La forma en que me dijo "lo pensaré" sin cerrar ninguna puerta.

—¿Y lo de nosotros tres? —pregunté finalmente—. ¿Crees que lo ha dicho en serio?

Leonhard soltó una carcajada baja.

—Te miraba con curiosidad. Con interés real. Y a mí… —Se encogió de hombros—. A mí me miraba como se mira una posibilidad peligrosa.

Eso no me tranquilizó en absoluto.

—Pero también estaba nerviosa —añadí.

—Porque le importa lo que tú pienses —respondió—. Si no, ya habría dicho que sí sin darle vueltas.

Me quedé pensativo.

—He sido claro —dije—. No la voy a empujar a nada.

—Lo sé —asintió Leonhard—. Y por eso, si algún día pasa, será porque ella lo ha elegido. No porque tú lo hayas pedido.

Apoyé los antebrazos en la barra y bajé la cabeza un instante.

—No sé qué me está pasando.

Leonhard me dio otra palmada, esta vez más suave.

—Te está pasando lo que llevas veinte años evitando.

Le miré.

—¿Y qué es eso?

—Sentir sin red —respondió—. Sin contrato. Sin control.

Cerré los ojos un segundo. La vi alejándose. Segura. Libre. Con esa forma suya de no prometer nada y, aun así, dejarlo todo abierto.

—Si vuelve el sábado… —dije en voz baja.

—Volverá —afirmó Leonhard sin dudar.

—Y si decide que quiere jugar con otros…

Leonhard se encogió de hombros.

—Entonces tendrás que decidir si puedes aceptar eso… o si estás dispuesto a perderla por no hacerlo.

Abrí los ojos. Y por primera vez en mucho tiempo, no tuve una respuesta inmediata. Solo una certeza incómoda, intensa y jodidamente peligrosa.

Iria no era una más. No era una noche. No era un juego cualquiera en un club. Era una mujer capaz de hacerme desear algo que nunca había querido admitir: que alguien eligiera quedarse conmigo… no porque yo la retuviera, sino porque así lo quisiera.

Y eso, para alguien como yo, era el verdadero vértigo.

Capítulo 21

Iria

Martes por la mañana.

El despertador sonó a las seis y media, puntual, como cada día. No lo odié. Eso ya era una victoria.

Me incorporé despacio, dejando que la luz gris del amanecer se filtrara por las cortinas del dormitorio, y durante unos segundos me quedé sentada en la cama, con los pies descalzos sobre el suelo frío, respirando hondo.

Madrid despertaba ahí fuera, ajena a mis pensamientos, a mis rutinas perfectamente medidas, a ese cosquilleo extraño que llevaba días acompañándome sin que lograra ponerle un nombre definitivo.

Y entonces… apareció Mat.

Negué levemente con la cabeza, como si así pudiera apartarlo de mi mente, y me levanté para dirigirme al vestidor. Tenía una mañana larga por delante y necesitaba centrarme.

Elegí el traje casi de forma automática. Falda de tubo negra, ceñida, pero sin excesos, justo por debajo de la rodilla. Chaqueta a juego, de líneas limpias y hombros estructurados. Debajo, una blusa blanca de seda, cerrada hasta el último botón. Sobrio. Elegante. Impecable. El tipo de conjunto que no daba pie a interpretaciones, que hablaba de control, de profesionalidad, de una mujer que sabía exactamente cuál era su sitio… y cómo defenderlo.

Mientras me vestía frente al espejo, ajustando la falda a la cintura, no pude evitar que mi mente viajara al sábado anterior.

A su espalda. Al tatuaje. El ave fénix.

Recordaba perfectamente el momento. No había sido algo buscado. Ni siquiera consciente. Simplemente estaba allí, casi por casualidad, mientras ambos nos vestíamos, compartiendo ese silencio cómodo que solo se daba cuando dos personas no necesitaban llenar el aire con palabras.

Las alas desplegadas ocupaban buena parte de su espalda, trazos oscuros y elegantes, fuego contenido en tinta. Poder. Renacimiento. Dolor transformado en fuerza.

No me había fijado antes. O quizá no había querido hacerlo.

—¿Por qué? —murmuré para mí misma mientras me recogía el cabello en una coleta baja—. ¿Qué tuvo que romperse en ti para que necesitaras marcarlo así?

Sonreí, inevitablemente, al pensar en el mío.

El mío tampoco se veía a no ser que yo quisiera. Estaba escondido. Íntimo. Como casi todo lo que dolía de verdad.

Mi propio ave fénix no hablaba de fuego grandilocuente ni de dramatismos. Hablaba de huir. De dejar atrás un pueblo que se volvió pesadilla. De noches llorando en la habitación de un pisito alquilado, de miedo, de rabia, de orgullo herido. De caer. De tocar fondo. Y de levantarme de nuevo.

Madrid había sido mis cenizas… y mi renacimiento.

Me puse los zapatos de tacón medio, cómodos pero elegantes, y salí del dormitorio con una última mirada al espejo. La mujer que me devolvió la mirada parecía segura, firme. Nadie habría adivinado el torbellino que llevaba dentro.

En la cocina ya había movimiento.

—¡Tía Iria! —chilló Vera en cuanto me vio aparecer, y yo sonreí al instante.

—Buenos días, terremoto.

La niña estaba subida en su silla, con el pelo algo revuelto y los ojos verdes brillantes, devorando unas tostadas con mermelada como si no hubiera un mañana. Héctor, apoyado en la encimera con una taza de café en la mano, me dedicó una mirada cómplice.

—Hoy está especialmente habladora —dijo—. Creo que ha heredado eso de ti.

—Eso es calumnia —respondí mientras cogía una taza—. Yo soy discreta y silenciosa.

Vera soltó una carcajada que terminó en miga de pan por toda la mesa.

—¡No es verdad! —protestó—. Tía, tú hablas mucho cuando estás contenta.

Me quedé mirándola un segundo de más, con una sonrisa suave.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Y hoy estoy contenta?

Vera me observó con esa seriedad inquietante que a veces tenía, como si analizara algo que los adultos no éramos capaces de ver del todo.

—Sí —afirmó al final—. Pero también un poquito rara.

Héctor y yo nos miramos.

—Gracias por el diagnóstico —dijo él—. ¿Algo más que debamos saber, doctora?

—Que este sábado quiero ir al cine —anunció ella, de pronto—. Lo han dicho en la tele. Estrenan una peli que me gusta.

—Mira qué bien —dije—. ¿Y cuál es?

—Una de dibujos. Con animales que hablan.

Héctor levantó una ceja.

—Eso acota poco, cielo.

—Esta es nueva —insistió—. Sale después de comer.

—Entonces está decidido —dije, mirando a Héctor—. Sesión de cine después de comer.

—Totalmente decidido —confirmó él.

Vera dio un saltito en la silla y empezó a aplaudir.

—¡Bieeen!

La observé, tan feliz, tan despreocupada, y algo cálido me llenó el pecho. Esa alegría simple, pura, era contagiosa. Me incliné para besarla en la frente.

—Portaos bien hoy —les dije mientras cogía el abrigo.

—Tú también —respondió Héctor—. No intimides demasiado a los pobres mortales de tu empresa.

—No prometo nada.

Me despedí con un beso rápido, cogí el bolso y salí del ático.

El trayecto hasta la oficina fue tranquilo. Tráfico fluido, cielo despejado, música sonando en el coche. Puse "A quién le importa", de Alaska, y no pude evitar tararearla mientras conducía.

—¿Y a quién le importa lo que yo haga…?

Sonreí. Era imposible no levantar el ánimo con esa canción.

Aparqué en mi plaza habitual, cogí el bolso y subí en el ascensor hasta la recepción como siempre antes de ir a mi despacho, pues tocaba pasar por la cafetería del edificio. Necesitaba café. Y mucho.

Nada más entrar, noté algo raro, algo inusual. Había demasiados corrillos por allí. Gente hablando en voz baja, miradas que se cruzaban, gestos de conspiración. Fruncí el ceño mientras me acercaba a la barra y pedía mi café.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté al encontrarme con Marcos, Álvaro, Lucía y Clara juntos—. Parece el patio de un instituto.

Marcos se inclinó un poco hacia mí.

—Por lo visto, el gran jefe ha enviado un correo corporativo.

—¿Sí?

—Anunciando su vuelta —añadió Clara—. Pero ninguno de nosotros lo ha leído aún.

Le di un sorbo al café.

—Será algo en plan jefe, ya sabéis, todo muy profesional. Buen trabajo, chicos, y más bla, bla, bla —dije—. Vamos, que se nos hace tarde.

Subí al ascensor, llegué a mi planta, saludé a la recepcionista y a algunos de los empleados que ya ocupaban sus puestos, y entré en mi despacho.

Dejé el café sobre el escritorio, colgué el abrigo y el bolso en el perchero y encendí el portátil. Fuera lo que fuese… estaba preparada.

Me senté en la silla, dejando que el respaldo recogiera mi espalda mientras la pantalla del portátil terminaba de encenderse. El murmullo lejano de la oficina llegaba amortiguado tras la puerta cerrada de mi despacho, ese sonido constante que siempre me ayudaba a concentrarme. Di un sorbo al café aún humeante y abrí el correo corporativo.

Bandeja de entrada. No tuve que buscar demasiado.

“De: m.eisenhart”

Sentí un pequeño vuelco en el estómago. Nada dramático ni alarmante. Solo… atención. Abrí el mensaje y me dispuse a leer.

«Buenos días a todos.

Como muchos ya sabéis, he retomado oficialmente mis funciones como CEO de Eisenhart & Wolf Global Solutions.

Durante los últimos días he estado poniéndome al día con los asuntos más urgentes y revisando el trabajo realizado en mi ausencia. Quiero agradeceros el esfuerzo, la profesionalidad y el compromiso que habéis demostrado durante este tiempo.

He organizado una reunión general hoy a las diez para poder dirigir unas palabras al equipo y compartir personalmente las líneas maestras de esta nueva etapa.

Confío en seguir contando con vuestro talento y dedicación para afrontar los retos que tenemos por delante.

Un saludo,
M. Eisenhart
CEO — Eisenhart & Wolf Global Solutions»

Leí el correo dos veces.

Era exactamente lo que había dicho en la cafetería. Profesional. Correcto. Medido. Ni una palabra de más. Ni una de menos. El tipo de mensaje que no dejaba ver absolutamente nada de la persona que lo había escrito.

Cerré el correo justo cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Javier asomó la cabeza con una media sonrisa.

—¿Lo has leído ya?

—Sí —respondí—. La reunión es a las diez. Estaré allí sin falta.

—Perfecto —dijo, entrando un poco más—. No me sorprende, pero quería asegurarme. Imagino que habrá cierta… expectación.

—Eso parece —comenté—. Aunque no creo que vaya a ser nada fuera de lo normal.

—De todos modos, después de la reunión necesito que revises unos temas de expansión en el norte de Europa. El señor Wolf te ha enviado documentación, ¿verdad?

—Sí, ya la tengo —respondí—. La revisaré hoy.

—Estupendo. —Me dedicó una mirada de confianza—. Gracias, Iria.

Cuando se fue, abrí el correo del señor Wolf y vi varios documentos adjuntos. Proyecciones financieras. Estrategias de implantación. Alemania la semana siguiente.

Trabajo. Eso sí que sabía hacerlo.

Me sumergí en los informes durante un buen rato, analizando cifras, anotando observaciones, subrayando puntos clave. El tiempo pasó casi sin darme cuenta, hasta que el reloj marcó las nueve y cuarenta y cinco.

Guardé los documentos, cerré el portátil y me levanté. Hora de irse.

Salí del despacho y me dirigí al ascensor. A medida que bajaba hacia la planta de reuniones, el ambiente se volvía más denso. Gente entrando, saliendo, cuchicheos, risas nerviosas. La expectación era palpable.

La sala grande ya estaba prácticamente llena cuando llegué. Busqué con la mirada y localicé enseguida a mis cuatro locos. Me acerqué y me senté con ellos.

—¿Alguna apuesta? —preguntó Álvaro en voz baja—. ¿Serio o muy serio?

—Muy serio —respondió Lucía—. Estos hombres poderosos siempre lo son.

—Será lo típico —dije yo—. Discurso motivador, agradecimientos, palmaditas en la espalda y a seguir trabajando.

—Hablas como si lo hubieras hecho mil veces —bromeó Marcos.

—Porque es así —respondí encogiéndome de hombros.

A las diez en punto, la puerta se abrió y el murmullo murió al instante.

Primero entró Leonhard Wolf. Traje azul marino impecable, camisa blanca, corbata sobria. Elegante, profesional, con esa sonrisa ladeada que ya conocía por las videollamadas. Caminaba con seguridad, saludando con un leve gesto de cabeza.

Y entonces entró él. El señor Eisenhart. Imponente. Traje gris marengo perfectamente entallado. Hombros anchos. Espalda recta. Autoridad en cada paso. Su presencia llenó la sala sin necesidad de esfuerzo. Ojos grises recorriendo el espacio con calma calculada. Cuando habló, su voz grave se impuso sin dificultad.

—Buenos días.

Ni rastro de acento alemán. Español perfecto. Preciso.

Me descubrí mirándolo con más atención de la necesaria. Había visto fotos suyas en revistas de negocios, claro. Pero ninguna hacía justicia a la realidad. En persona imponía. Mucho.

Autoritario, pensé. Frío. Y, de pronto, un escalofrío me recorrió la espalda. Fruncí ligeramente el ceño, molesta conmigo misma.

—*No seas idiota* —me dije en susurros—. *No te ha dado miedo ningún jefe en tu vida.*

Y no iba a empezar ahora.

Escuché su discurso con atención. Habló de resultados, de estrategias, de futuro. Agradeció el trabajo de todos durante su ausencia. Dijo que estaba satisfecho. Que la empresa había seguido creciendo. Que confiaba plenamente en el equipo.

—Mi despacho está abierto —añadió—. No creo en las jerarquías que bloquean el talento. Si alguien tiene un proyecto, una idea o una preocupación, quiero conocerla.

Asentí casi sin darme cuenta. Profesional. Directo. Eficaz.

Cuando terminó, agradeció la asistencia y se despidió. La sala se fue vaciando poco a poco, recuperando el murmullo habitual. Nosotros salimos al pasillo charlando.

—Pues no ha sido para tanto —dije.

—¿No? —preguntó Clara—. A mí me ha dado cosa.

—No tiene pinta de comerse a la gente —añadí con una sonrisa.

De pronto, noté cómo las miradas de mis compañeras se clavaban en mí.

—Por favor —dije—, decidme que no está detrás de mí.

—Lo estoy —respondió una voz grave a mi espalda—. Y no, no me como a nadie que no quiera que se le coman.

Cerré los ojos y sentí el calor subir por mis mejillas. Cuando los abrí, vi a Eisenhart pasar a mi lado sin mirarme, junto a Wolf, que iba claramente riéndose.

—Mierda —murmuré.

—Menudo estreno —dijo Lucía.

—Después de eso, seguro que quiere conocerte —añadió Marcos—. Para ponerte una amonestación.

Todos se rieron.

—Idos a freír espárragos —respondí mientras entrábamos en el ascensor.

Pero por dentro solo pensaba una cosa: Genial, Iria. Primera impresión… y ya la has liado.

Y solo me faltaba eso. Una amonestación del gran jefe y una mancha en mi expediente.

El ascensor descendía en silencio, solo roto por el leve zumbido mecánico y alguna respiración mal disimulada. Notaba aún el calor en las mejillas, una mezcla incómoda de vergüenza y fastidio conmigo misma.

—Te has quedado blanca —susurró Clara, inclinándose hacia mí.

—Estoy perfectamente —mentí.

Álvaro sonreía con descaro.

—Hombre, Iria, hay debuts peores… pero también mucho mejores.

—Como vuelvas a decir una palabra más —le advertí—, te asigno el próximo comité de riesgos trimestral entero para ti solo.

—Vale, vale —levantó las manos—. Me callo.

Las puertas se abrieron y cada uno fue saliendo poco a poco hacia su planta. Yo respiré hondo antes de dirigirme a la mía. Cuando salí, caminé por el pasillo con la cabeza alta, saludando con normalidad, como si no acabara de hacer el comentario más desafortunado de mi carrera delante del CEO.

Entré en mi despacho y cerré la puerta con un clic seco. Apoyé las manos en el escritorio y bajé la cabeza unos segundos.

—*Eres idiota* —me dije en voz baja—. *Inteligente, preparada… e idiota.*

Me senté y abrí el portátil de nuevo, obligándome a centrarme en el trabajo. Documentos, cifras, estrategias. Alemania. Wolf. Expansión. Eso era terreno seguro. Ahí nadie podía pillarme en fuera de juego.

Pero mi mente, traicionera, volvía una y otra vez a esa voz grave a mi espalda. “A nadie que no quiera que se le coman”. Cerré los ojos un instante y

negué con la cabeza.

—*Concéntrate* —me ordené.

Trabajé durante casi dos horas sin levantar la vista, hasta que el móvil vibró sobre el escritorio.

Héctor*: ¿Sigues viva o te ha devorado el mundo corporativo?*

Sonreí pese a mí misma.

Yo: *Sigo viva. Pero he hecho el ridículo delante del CEO.*

La respuesta no tardó.

Héctor: *Eso es marca de la casa. ¿Le has enamorado ya o aún no?*

Yo: *No seas imbécil.*

Dejé el móvil boca abajo y seguí trabajando, aunque el runrún interno no desaparecía del todo.

A media mañana, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Era Lucía.

—Oye… —cerró la puerta tras ella—. Solo quería decirte que no te comas la cabeza. Ha sido gracioso. Y él… bueno, no parecía molesto.

—No parecía nada —respondí—. Eso es lo que me preocupa.

Lucía sonrió.

—Si quisiera ponerte una amonestación, ya te habría llamado. Créeme.

Asentí, agradecida.

—Gracias.

Cuando se fue, volví a quedarme sola. El despacho estaba en silencio, pero mi cabeza no. Pensé en mi jefe. En su presencia. En ese escalofrío absurdo que había sentido.

—*No es miedo* —me dije—. *Es… otra cosa.*

Y no, no supe definirla.

A la hora de comer bajé a la cafetería con Marcos. Intentamos hablar de cualquier cosa menos del CEO, pero era inútil. Todo el edificio parecía girar en torno a su vuelta.

—Dicen que se quedará en Madrid una temporada —comentó Marcos—. Que quiere supervisarlo todo de cerca.

—Normal —respondí—. Es su empresa.

—Ya… —me miró de reojo—. ¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

Y lo estaba. O eso quería creer.

La tarde pasó más tranquila. Reuniones breves, correos, llamadas. Cuando el reloj marcó las seis y media, apagué el ordenador y me puse el abrigo. Necesitaba aire. Casa. Rutina.

El trayecto de vuelta fue más lento. Tráfico denso. Música suave esta vez. Pensé en Vera saltando de alegría por el cine del sábado, en Héctor haciendo bromas, en ese hogar compartido que se había convertido en mi refugio.

Cuando llegué al ático, la risa de la niña me recibió antes incluso de cerrar la puerta.

—¡Tía Iria!

Me agaché para abrazarla.

—Hola, cariño.

Héctor apareció desde la cocina.

—Entonces —dijo—, ¿sigues teniendo trabajo o ya te han despedido?

—Sigo teniendo trabajo —respondí—. De momento.

—Perfecto —sonrió—. Porque este sábado tenemos cine.

Vera volvió a dar un saltito.

La abracé con fuerza, respirando su olor a champú infantil, y por primera vez en todo el día sentí que el nudo en el pecho se aflojaba.

Fuera lo que fuese ese hombre. Fuera lo que fuese lo que despertara en mí. Yo tenía claro quién era. Y hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Aunque, muy dentro, una parte de mí supo que ese martes por la mañana había sido solo el principio.

Y que el señor Eisenhart acababa de entrar en mi vida… para quedarse.

Capítulo 22

Matthias

Salí de la sala de reuniones con el gesto neutro y la espalda recta. La puerta se cerró a mi espalda y el murmullo contenido de los empleados empezó a disolverse en el pasillo, como una marea que volvía a su cauce después de un impacto breve pero intenso.

Había hecho lo que había ido a hacer. Hablar. Marcar territorio. Agradecer sin regalar nada. Recordar quién estaba de vuelta.

Leonhard caminaba a mi lado, relajado, con esa forma suya de moverse como si el mundo fuera un escenario que le pertenecía por derecho natural.

—Bien —dijo—. Sobrio, profesional, sin drama. Has sido casi simpático.

—No exageres —respondí—. Eso crea expectativas innecesarias.

—Los has tenido en silencio absoluto —añadió—. Eso siempre es buena señal.

—El silencio es respeto —repliqué—. O miedo. Ambas cosas funcionan.

Giramos por el pasillo que llevaba a los ascensores mientras hablábamos de la agenda inmediata: Alemania la semana siguiente, reuniones con el consejo, revisión de cifras, la necesidad de reajustar ciertas áreas que habían crecido demasiado deprisa en mi ausencia.

—Hay que revisar el tema de expansión en Baviera —comentó Leonhard —. La señorita Souto tiene un planteamiento interesante ahí.

Asentí, aunque mi mente estaba aún parcialmente anclada a la reunión.

—Lo veremos con calma —dije—. Quiero todos los datos antes de tomar decisiones.

Fue entonces cuando lo escuché.

—No tiene pinta de comerse a la gente.

Arqueé una ceja sin mirar del todo. La voz era femenina. Segura. Sin miedo. Con un toque irónico que no pasó desapercibido.

Mi mirada se desvió lo justo para verla… de espaldas.

Falda de tubo. Negra. Ajustada. Curvas definidas, cintura firme, caderas que no pedían permiso para existir. Un cuerpo trabajado, sensual sin ser vulgar. Elegante incluso desde atrás.

Interesante.

—*¿No?* —murmuré para mí mismo.

Di un paso más y entonces la escuché de nuevo.

—Por favor, decidme que no está detrás de mí.

Esta vez me detuve. No sonreí. No del todo.

Había algo en esa frase. En la forma de decirla. Como si supiera perfectamente que lo estaba… y aun así no pudiera evitar decirlo.

—Lo estoy —respondí con voz grave—. Y no, no me como a nadie que no quiera que se le coman.

El silencio fue inmediato.

Sentí, sin verla, cómo se tensaba. Leonhard, a mi lado, soltó una carcajada abierta, de esas que no intentaba disimular.

Pasé junto al grupo sin mirarla. No hacía falta. Ya había visto lo suficiente. Continué caminando con Leonhard, que aún reía.

—No sabes a quién le acabas de decir eso —dijo cuando entramos en el ascensor.

Pulsé el botón de nuestra planta y lo miré por fin.

—Ilumíname.

—La señorita Souto —respondió—. Tu directora global de estrategia y expansión.

Fruncí el ceño.

—¿La que ha llegado a ese puesto solo en cinco años?

—La misma —confirmó—. La más joven en la historia de la empresa.

El ascensor empezó a subir.

—Interesante —dije despacio—. Además de profesional y eficiente… es un poquito mordaz.

Leonhard sonrió con evidente diversión.

—No te olvides de testaruda.

—No lo haré —respondí.

Y, sin saber muy bien por qué, la imagen de esa espalda enfundada en una falda de tubo se me quedó grabada más tiempo del que debería.

El ascensor se detuvo en la décima planta y salimos al pasillo que conducía a nuestros despachos. El suelo de mármol reflejaba nuestra figura y el zumbido leve del aire creaba un ambiente casi ritual. Caminé junto a Leonhard

hacia mi despacho, con la cabeza erguida, el paso seguro, consciente de que cada movimiento debía proyectar autoridad.

—Bien —dijo Leonhard mientras abría la puerta—. Revisemos todos los puntos clave para la reunión en Alemania, incluyendo crecimiento y coordinación con los equipos locales. Quiero que no se nos escape nada. Baviera, Frankfurt, las proyecciones de crecimiento… y el tema de los equipos locales. Todo.

Asentí mientras me sentaba detrás del escritorio. Abrí la carpeta con los informes y empecé a repasar cifras y gráficos. La reunión con el consejo iba a ser intensa. No solo se trataba de números; se trataba de dejar claro que había vuelto y que todo estaba bajo control.

—La señorita Souto ha enviado su análisis de expansión —dijo Leonhard —. Muy sólido. Solo hay que pulir algunas cifras de mercado. No creo que tengamos problemas.

—Bien —respondí, haciendo una anotación en mi libreta—. Quiero que esté lista antes de nuestra videoconferencia con Frankfurt.

Mientras trabajábamos, Leonhard dejó escapar un comentario más ligero, divertido.

—Por cierto… hablando de cosas menos serias… ¿Crees que tu chica aceptará ir al Club Índigo el sábado por la noche?

Le levanté la mirada, arqueando una ceja.

—No lo sé —dije despacio—. Depende. A veces las personas tienen límites claros, y no quiero presionarla.

—Es solo una noche contigo y conmigo. Pero seguro que acabamos repitiendo —me lanzó una mirada cómplice.

—Eso está por ver —murmuré, volviendo a los informes—. No sería la primera vez que comparto contigo una mujer para jugar. Pero esta vez… siento que será diferente. No sé por qué, pero lo es.

Leonhard sonrió con complicidad, dejando que la conversación muriera ahí mientras repasábamos los gráficos financieros. La familiaridad entre nosotros siempre me había dado confianza, esa sensación de que todo podía ser discutido sin máscaras.

—Vale —dijo finalmente—. Entonces, a pulir cifras, preparar la presentación y… intentar que la señorita Souto y tú no os matéis en el viaje a Alemania.

—Espero que no —respondí, con una media sonrisa—. Es profesional, eficiente… y un poquito mordaz. Así que no descarto que se me lance a la yugular.

—Y testaruda —recordó Leonhard con un guiño, levantándose—. No lo olvides.

Se despidió con un gesto rápido y se marchó, dejando el despacho en un silencio profundo. Me quedé solo, observando las carpetas abiertas frente a mí, los informes marcados con notas y números, y la memoria reciente de aquella mujer con la falda de tubo y las curvas que no olvidaría tan fácilmente.

Suspiré, apoyando los codos en el escritorio y entrelazando los dedos bajo la barbilla. Y entonces volvió ella a mi mente. Iria.

Su nombre seguía resonando, y la sensación de que aquella noche podría ser… diferente, no desaparecía. No era simplemente curiosidad; era algo que no podía explicar. Y no era algo que yo acostumbrara a sentir.

Los documentos sobre la reunión de Alemania, los informes financieros y la agenda parecían de pronto secundarios. Por un instante, imaginé cómo sería ver a Iria aceptar la invitación del sábado. Su sonrisa, la forma en que observaba, su ironía. Y un pensamiento casi prohibido cruzó mi mente: “Este no será un juego cualquiera”.

Pero no me arrepentí ni lo reprimí. La vida me había enseñado a no negarme a lo que me intrigaba, aunque eso supusiera riesgos. Iria era un desafío que no esperaba, pero que ahora no podía ignorar.

Respiré hondo, volviendo a los informes, a la profesionalidad, a los números. Alemania. Expansión. Reunión. Todo debía estar perfecto.

Repasaba unos documentos con la atención dividida entre cifras y proyecciones, cuando mi secretaria, Cata, llamó con suavidad desde la puerta.

—Matthias… tienes visita.

No levanté la vista, pero levanté un dedo en señal de que pasara.

—¿Quién? —pregunté, sin demasiado interés.

—Tu amigo, Daniel Ortega —respondió con una media sonrisa.

Asentí, dejando los papeles a un lado.

—Déjalo pasar —dije.

Cata asintió y desapareció unos segundos. Poco después, mi amigo y también abogado Daniel entró con su habitual sonrisa franca. Me levanté y le estreché los hombros, rozando nuestra cercanía sin demasiada formalidad.

—¡Mat! —dijo con entusiasmo—. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? ¿Ya te has adaptado a tu vuelta a casa… y al trabajo?

—Estoy en ello —respondí, dejando que la tensión de la mañana se disolviera un poco en su presencia—. Poco a poco.

Nos sentamos, y mientras abría uno de los informes, Daniel inclinó la cabeza, curioso.

—Bueno… he oído rumores sobre ese club al que has ido… dos veces, ¿no?

Fruncí el ceño con ironía.

—Sí. No pensaba volver a ir a ninguno. Pero Leonhard insistió en que lo acompañara. Y una vez allí… todo estuvo bien. Por eso repetí.

—Hm —musitó—. Ten cuidado, Mat. Si alguien te reconoce, puede irse todo al traste. No queremos que nada de lo que has recuperado desaparezca por imprudencia.

—No te preocupes —dije, con el gesto serio—. Por nada del mundo volveré a perder cinco años en un lugar que no me corresponde.

Se hizo un breve silencio antes de que cambiara el tema. Daniel apoyó el codo en la mesa y me miró de frente.

—Y tú… ¿Cómo estás tú? En el trabajo y en el amor —pregunté mientras me cruzaba de brazos y arqueaba la ceja con curiosidad.

—Trabajo… perfecto. Amor… complicado —contestó y solté una carcajada que llenó la habitación.

—¿Complicado? ¿Qué ha pasado?

—El médico con el que salía… —empezó— Me dejó hace seis meses por un enfermero más joven. Desde entonces… soy como Bridget Jones. Paso los fines de semana en casa viendo películas y comiendo helado.

No pude evitar reírme a carcajadas ante aquella imagen.

—No será para tanto.

—No —dijo entre risas—. Pero algún fin de semana sí que lo hago, en vez de pasarme la noche trabajando en algún caso.

—No te preocupes —respondí con una media sonrisa—. Llegará quien tenga que llegar cuando menos lo esperes.

—Lo mismo te digo, amigo —dijo Daniel, inclinándose hacia mí—. Ya llegará la indicada. Y ten por seguro que cuando lo haga, te golpeará tan fuerte en ese corazón forjado a hierro que tienes, que no querrás volver a ningún club para jugar con otras.

Sonreí negando, y dejamos el tema a un lado para hablar de lo que verdaderamente era importante para mí durante la siguiente media hora,

momento en el que nos abrazamos de nuevo antes de que se fuera.

Cuando Daniel se marchó, me quedé solo. La puerta se cerró y el silencio volvió a envolver el despacho. Me apoyé en el respaldo de la silla, mirando el vacío durante unos segundos.

El amor no era para hombres como yo. Y ahora mucho menos. Después de lo que había pasado. Después de cinco años en los que había perdido tanto, en los que había dejado partes de mí por el camino, había aprendido que cualquier vulnerabilidad era un riesgo. Un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

Pero, por un instante, mientras miraba los informes abiertos, no pude evitar pensar en Iria. Había conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero jamás a ninguna como ella, con todo tan claro en cuanto a lo que quería. Nada de compromisos, ni dentro ni fuera del club.

Yo estaba acostumbrado a tener mis habituales en otros clubs, y con Iria no querría hacer una excepción, pero tampoco podía obligarla a que fuera mía en exclusividad si ella no la buscaba.

El amor… quizá no era para hombres como yo. Pero el deseo, la intriga, eso, al menos, siempre encontraba el camino de regreso. Y esta vez, sentí que no iba a ser un juego cualquiera.

Suspiré y volví a los informes. Alemania. Expansión. Reuniones. Cifras. Pero la sensación permanecía: algo había cambiado, aunque no pudiera definirlo todavía. Y esa parte de mí, la parte que rara vez mostraba, sabía que lo que venía a partir de ahora no sería sencillo.

Capítulo 23

Iria

Era jueves por la mañana y yo estaba sola en mi despacho, repasando los papeles de un nuevo proyecto. Los informes estaban sobre la mesa, perfectamente ordenados, y yo repasaba cifras, estrategias de expansión y posibles desviaciones presupuestarias con la concentración que siempre me imponía cuando trabajaba.

Hasta que el sonido del teléfono rompió mi concentración.

Miré la pantalla y vi que era el número de la secretaria del señor Eisenhart. Descolgué, saludé, y la voz, educada, pero con esa firmeza que solo tenían las secretarias acostumbradas a tratar con hombres de poder, sonó clara y directa.

—Señorita Souto, el señor Eisenhart desea verla en su despacho. La espera dentro de quince minutos.

Tragué saliva.

—Ah… muy bien. Ahí estaré. Gracias —contesté, intentando que mi voz sonara tranquila y profesional.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla, respirando hondo. Mi corazón empezó a latir un poco más rápido de lo habitual. No podía evitar sentir un cosquilleo de nerviosismo. No sabía qué podía querer de mí el gran jefe, y la idea de cruzarme con alguien de esa autoridad siempre me resultaba… intimidante, aunque lo disimulara con normalidad.

No podía evitarlo: necesitaba información. Marqué el número de mi jefe directo, Jaime, que siempre tenía un tono relajado y conciliador que conseguía tranquilizarme.

—Dime, Iria. ¿Qué necesitas?

—Jaime, me acaba de llamar la secretaria del señor Eisenhart, dice que quiere verme en su despacho. ¿Sabes algo de esto? —pregunté, tratando de que mi voz no sonara demasiado nerviosa.

—No —respondió al instante, con su habitual calma—. Pero imagino que tendrá que ver con el viaje a la sede de Alemania. Tranquila, no pasa nada.

—Sí, eso pensé… —murmuré.

—Y oye —añadió con una ligera risa que atravesó la línea—, el señor Eisenhart no se come a nadie.

Solté un suspiro.

—No tiene gracia —respondí, frunciendo el ceño, aunque él no lo viera—. Toda la empresa sabe que dije eso.

—Desde luego —dijo, riéndose—. Como estreno para conocer a tu jefe, no hay duda de que fue apoteósico.

Sonreí sin poder evitarlo, a pesar de los nervios.

—Te odio un poquito más que ayer —dije, colgando, pero al mismo tiempo sonriendo, porque con Jaime siempre había tenido una relación muy buena, cercana y honesta.

Me levanté del escritorio y me aseguré de que la falda de tubo ajustada y la camisa blanca que llevaba estuvieran perfectamente colocadas. No podía permitirme que un descuido estropeara la impresión que quería causar.

Respiré hondo, revisé mentalmente los papeles que me llevaría y cogí el móvil. Por dentro, una parte de mí estaba inquieta y expectante. Sabía que

aquel encuentro con el señor Eisenhart no sería casual ni sencillo. Pero también sabía que debía mantener la compostura.

Quince minutos después, bajé por el ascensor, sintiendo el ligero hormigueo de los nervios en la espalda y las manos. Cada paso que daba hacia el despacho del gran jefe era un recordatorio de que estaba entrando en terreno desconocido, donde la autoridad, el poder y la precisión marcaban las reglas.

Al llegar a la décima planta, respiré hondo, enderecé la espalda y salí del ascensor con una seguridad que en ese momento, y sin saber por qué, parecía empezar a fallarme.

Me acerqué al puesto de la secretaria del señor Eisenhart y sonreí al igual que ella cuando me vio.

—La está esperando —dijo sin más, sin preguntar quién era yo, dado que nos conocíamos de las veces que había estado en esa planta para reunirme con el señor Wolf, el otro jefe.

—Gracias.

Caminé hacia el despacho respirando de manera controlada, contando mentalmente para calmarme un poco más, y cuando estuve frente al reino del gran jefe de *Eisenhart & Wolf Global Solutions*, respiré hondo. Era hora de conocer personalmente al CEO y dueño de todo este imperio.

Toqué suavemente la puerta y una voz grave me indicó que pasara. Respiré hondo, enderecé los hombros y empujé la puerta.

El despacho era impresionante. Amplio, con paredes de madera oscura y ventanales que dejaban entrar la luz de la mañana. Todo estaba perfectamente ordenado, con un escritorio enorme de madera maciza en el centro, y detrás de él, un hombre alto, impecablemente vestido con un traje azul marino, sentado con la espalda recta y los ojos grises fijos en mí.

—Señorita Souto —dijo, con voz profunda, grave y autoritaria—. Gracias por venir. Tome asiento.

Me detuve un segundo, evaluando cada movimiento. Era imponente. Su presencia llenaba la sala sin esfuerzo. Aun así, me obligué a caminar con paso seguro hasta la silla frente a su escritorio y sentarme, dejando los papeles y mi móvil en la silla de al lado.

—Buenos días, señor Eisenhart —dije, manteniendo el tono firme y profesional que siempre utilizaba con cualquier ejecutivo de alto nivel.

—Buenos días —respondió él, sin dejar de observarme por un instante, evaluando quizá la seguridad con la que me sentaba, la postura, la mirada.

Sentí un ligero hormigueo recorriéndome la espalda. No era miedo, no exactamente. Era la conciencia de que estaba frente a alguien que podía cambiar el rumbo de muchas decisiones, alguien que imponía respeto de forma natural y, al mismo tiempo, despertaba en mí una curiosidad inquietante.

—Me han dicho que quiere hablar conmigo —dije, abriendo la carpeta con los informes que había revisado esta mañana—. ¿Se trata del proyecto de expansión internacional?

—Sí, pero no solo por eso —contestó, con un leve arqueo de ceja—. Quiero revisar algunos puntos estratégicos personalmente y… discutir ciertos detalles del viaje a Alemania.

Asentí, intentando concentrarme en lo profesional y no en la sensación extraña que me provocaba su mirada intensa. Sus ojos parecían leer más allá de los papeles, evaluando mi forma de pensar, mi reacción a la situación, mi confianza.

—Perfecto —dije—. He preparado toda la documentación y los informes preliminares.

—Excelente —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Confío en su criterio, señorita Souto, pero quiero que me explique personalmente cómo piensa abordar ciertos mercados y qué riesgos prevé.

Tomé aire, organizando mis pensamientos con cuidado. Hablé con claridad, detallando estrategias, analizando cifras y posibles escenarios. Cada

palabra estaba medida, cada gesto calculado. Sabía que, aunque no lo conocía personalmente, estaba frente a alguien que podía notar cualquier vacilación.

Mientras hablaba, observé los gestos mínimos de su rostro: un leve asentimiento, los ojos fríos que no dejaban entrever ninguna emoción, la manera en que apoyaba las manos sobre el escritorio como si controlara cada movimiento a su alrededor. Era… fascinante. Imponente y concentrado, pero también sorprendentemente contenido, como si todo su mundo girara alrededor de decisiones precisas y del control absoluto.

Terminada la exposición, él permaneció un instante en silencio, evaluando cada detalle, y luego habló.

—Muy bien, señorita Souto. Confío en que esto será suficiente para la reunión en Alemania. Pero recuerde: necesito que esté preparada para cualquier pregunta y que todo esté perfectamente coordinado.

—Por supuesto, señor Eisenhart —respondí, manteniendo la compostura y evitando cualquier signo de nerviosismo.

Él asintió brevemente, como dando por concluido el primer bloque de la conversación, y yo sentí cómo una parte de mí suspiraba de alivio mientras otra permanecía en tensión. Este hombre imponía respeto sin levantar la voz, solo con la presencia. Y aunque éramos estrictamente jefe y empleada, no pude evitar que una chispa de curiosidad y algo más sutil me recorriera.

—Gracias por su tiempo —dije, recogiendo los papeles que había usado—. Me pondré a ello de inmediato.

—Perfecto —respondió él—. Señorita Souto, confío en que mantendrá el nivel.

Me levanté, ajusté la falda y la camisa, enderecé la espalda y salí del despacho, intentando que la mente estuviera solo en los proyectos y no en lo que acababa de sentir frente a él. Con el señor Wolf nunca me había pasado, nunca me había sentido nerviosa ni alterada, pero estaba claro que entre ellos había diferencias innegables.

El señor Wolf era menos distante y un poco más cercano y hasta simpático, mientras que el señor Eisenhart era lo que Héctor llamaría un hueso duro de roer, además de frío y prácticamente inexpresivo, y eso que todos sabíamos que era medio español y debería ser un poco menos serio, la verdad.

Regresé a mi despacho con la sensación de haber atravesado un territorio desconocido. Cerré la puerta detrás de mí y dejé que un suspiro escapara de mis labios mientras me apoyaba un instante en el respaldo de la silla. Necesitaba analizar con calma lo que acababa de suceder en esa reunión.

La primera impresión que me había dejado tener al señor Eisenhart cara a cara aún me recorría el cuerpo como una corriente eléctrica sutil. Imponente. Frío. Calculador. Cada gesto medido, cada palabra exacta. Su presencia era una de esas que te obligaban a estar alerta, a medir tus movimientos, a ser perfecta. Y aun así… había algo en él que despertaba curiosidad.

Me senté frente al ordenador, todavía con el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal, y me obligué a pensar en términos profesionales. Pero no podía evitarlo: también lo estaba pensando como hombre. Alto, atlético, ojos grises que parecían ver más allá de la superficie, porte impecable… y un aura peligrosa, atractiva y ligeramente intimidante.

Si no fuera tan seco y calculador, podría ser un partidazo como amante. Sonreí ante ese pensamiento. Su autoridad, esa mezcla de control absoluto y magnetismo natural, despertaba un interés que no podía ignorar. Curiosidad. Pura curiosidad, me repetí, mientras abría el navegador e introducía su nombre, buscando cualquier pista sobre él que no estuviera en los informes de la empresa.

Pero lo que encontré fue… solo profesional. Nada sobre su vida privada, ningún romance, ninguna pareja conocida, ni indicios de amantes ni rumores de ninguna clase. Todo lo que aparecía eran entrevistas, reportajes y artículos de prensa centrados en su trabajo, en su gestión y en la expansión de la empresa.

Empecé a leer algunos de los artículos: unos alababan su visión estratégica, otros comentaban los galardones que había recibido *Eisenhart & Wolf Global Solutions* bajo su dirección. Premios a la innovación tecnológica, al liderazgo empresarial, a la sostenibilidad. En todos ellos, su nombre aparecía en primera

línea, con descripciones de su capacidad de análisis, su decisión y su inteligencia implacable.

Me reí entre dientes al toparme con un artículo de una revista de hacía seis años, con un titular enorme: *"El empresario más sexy del mundo: Matthias Eisenhart"*. Me quedé mirando la pantalla, sorprendida. Seis años atrás. Justo un año antes de que dejara la sede en Madrid sin que nadie supiera el motivo.

Un escalofrío de curiosidad me recorrió la espalda. ¿Por qué había desaparecido de repente? ¿Qué había pasado para que un hombre tan expuesto, tan reconocido, simplemente desapareciera de la ciudad y de la empresa durante cinco años? Y más aún… ¿Qué relación tendría esa faceta que la prensa había etiquetado como "sexy y deseable" con el hombre frío y calculador que había tenido sentado frente a mí?

Mi instinto me decía que había más de lo que contaban los periódicos y los reportajes profesionales. Una historia detrás de su autoridad, detrás de esa fachada impecable, y yo tenía esa sensación incómoda y fascinante de querer descubrirla.

Me recosté en la silla, con los dedos cruzados sobre el escritorio, y me sorprendí a mí misma admitiendo lo que hasta entonces había intentado ignorar: la curiosidad que sentía por él no era solo profesional. Y aunque debía mantener la distancia, una parte de mí quería saber más, indagar, descubrir por qué alguien con ese aura y esa autoridad había elegido mantener su vida privada intacta.

Y lo que más me inquietaba, y a la vez me atraía, era que no tenía ninguna manera de predecir lo que podía ocurrir cuando empezara a interactuar con él. Ni en la empresa, ni en otras circunstancias. Porque algo me decía que ese hombre no era solo un jefe, ni solo un líder empresarial… sino alguien que podía cambiarlo todo, incluso solo con su presencia.

Guardé los informes, cerré la pantalla un momento y suspiré. Había mucho trabajo por delante, decisiones que tomar y estrategias que perfeccionar. Pero, mientras organizaba mentalmente los pasos del proyecto, no podía evitar que un pensamiento persistente volviera una y otra vez: quería entenderlo, descubrirlo, y también… sentir lo que había detrás de esos ojos grises que me habían evaluado como si supieran demasiado de mí.

Capítulo 24



Matthias

Cuando la puerta se cerró tras la señorita Souto, me quedé solo en mi despacho, respirando despacio y apoyado contra el respaldo del sillón. Cerré los ojos un momento y dejé que el silencio me envolviera, mientras repasaba mentalmente cada instante de la reunión.

Era la primera vez que la veía cara a cara. Y, aun siendo consciente de que debía evaluar su rendimiento y capacidades, no pude evitar notar algo más: cada gesto, cada palabra, cada mirada de esa mujer había quedado grabada en mi mente con una precisión que me sorprendió. Había algo en ella que iba más allá de lo profesional y que me despertaba una curiosidad incómoda y estimulante a la vez.

Lo primero que me impactó fue su presencia. Para nada temerosa, nada intimidada. Tranquila, serena, segura de sí misma. Profesional, extremadamente profesional, con la confianza y la autoridad que no muchos se atrevían a mostrar ante mí. Sus movimientos eran precisos, cada gesto calculado, pero sin artificio. La manera en que apoyaba los informes sobre la mesa, cómo inclinaba ligeramente la cabeza cuando explicaba algo, cómo mantenía la mirada mientras hablaba… Cada detalle hablaba de una inteligencia despierta, de alguien que no necesitaba imponerse por la fuerza, sino que transmitía autoridad por el mero hecho de estar allí.

Inteligente, segura y con control absoluto de su persona.

No pude evitar fijarme en su expresión. Concentrada, firme, pero con una chispa de determinación que no podía ignorar, un destello de carácter y decisión que solo se encontraba en quienes sabían que podían enfrentarse a cualquier situación sin perder la compostura.

Sus ojos verdes, intensos y penetrantes, transmitían claridad y decisión. Cada palabra estaba medida, cada gesto tenía un propósito, y aun así resultaba natural.

Y por un momento, al ver sus ojos, mi mente viajó de mi despacho a otro lugar, ese donde había tenido a una mujer con ojos verdes, pero ligeramente diferentes a los de la señorita Souto, haciéndome perder el control y queriendo que la noche no acabara.

Luego estaban las manos de la señorita Souto, gesticulando lo justo, marcando puntos clave, reforzando su discurso sin perder ni una pizca de elegancia. Todo en ella proyectaba seguridad, eficiencia y una profesionalidad innegable.

Pero había algo más, inevitable e irritante, en lo que no podía dejar de pensar: cómo estaba vestida. La falda lápiz azul marino, ajustada pero elegante, marcando sus curvas sin exagerar; la blusa blanca, impecable, que realzaba su torso y la línea de sus hombros; los tacones que estilizaban sus piernas y le daban ese porte tan… provocador. Todo en ella estaba pensado sin que pareciera pensado. Y yo, cinco años después de haber tenido poco contacto con el mundo femenino, me encontraba admirando cada detalle, consciente de que aquella mujer, sin conocerla más allá del ámbito laboral, había despertado algo que creía dormido: interés, curiosidad… y quizás una chispa de deseo.

Suspiré, dejando que mis pensamientos vagaran. Sabía que debía mantener la distancia: lo profesional era lo primero. Pero la intriga me hacía sonreír, irónico ante mí mismo. Después de todo lo vivido, después de cinco años en los que había aprendido a desconfiar incluso de los propios sentimientos, allí estaba, prestando atención a cada curva, a cada gesto, a cada palabra de una mujer que formaba parte de mi plantilla de empleados, una mujer que ni siquiera era parte de mi mundo más allá del trabajo.

Me recosté, entrecerrando los ojos, y repasé su forma de hablar, sus pausas, la manera de subrayar sus ideas. Cada movimiento, cada expresión, cada leve inclinación de cabeza, todo me decía que estaba ante alguien que sabía exactamente quién era y qué podía aportar. Una mujer que no necesitaba que la validara un CEO para demostrar su valía. Que podía sostener la mirada de cualquiera, incluido yo, sin inmutarse.

Y, aun así, había algo más: esa sensualidad que no podía ignorar. Una sensualidad que no dependía de palabras, sino de su manera de estar, de moverse, de mantener el equilibrio entre firmeza y delicadeza. Sonreí ante la ironía: después de tantos años evitando involucrarme con mujeres que no pertenecieran a ese otro mundo que formaba parte de mi vida, allí estaba esa empleada. Una mujer que ni siquiera conocía personalmente antes de hoy, captando mi atención como ninguna otra había logrado hacerlo desde hacía mucho tiempo, salvo Iria.

Todavía sumido en esos pensamientos, escuché la risa de alguien en la puerta. Era Leonhard, entrando con su habitual sonrisa canalla, apoyándose en el marco con la actitud despreocupada de siempre, como si hubiera venido solo a molestarme.

—¿Qué tal tu primera impresión de la nueva estrella de la empresa? —preguntó, con tono despreocupado, aunque sus ojos delataban curiosidad.

—Impecable —respondí, esbozando una leve sonrisa—. Profesional, segura, inteligente… y con un porte que no había visto en mucho tiempo —hice una pausa, consciente de lo que podía estar insinuando—. Y muy atractiva.

Leonhard rio abiertamente, de manera escandalosa.

—Eso ya lo sabía yo —dijo, guiñándome un ojo—. No te preocupes, no eres el primero que se fija en ella. Pero ten cuidado: esa mujer tiene carácter. No se deja intimidar por nadie.

Antes de que pudiera contestar, Cata apareció en la puerta, con su carpeta en la mano, impecable como siempre, eficiente y elegante.

—Matthias, aquí tienes los documentos que me pediste para el viaje a Alemania. Todo revisado y ordenado por prioridad —anunció con su voz clara y medida.

Asentí, cogiendo los papeles y hojeándolos con rapidez.

—Perfecto, Cata. Bien hecho. —Ella asintió con una leve sonrisa, recogió la carpeta y salió dejando tras de sí un aroma discreto, pero agradable.

Leonhard me observaba con esa expresión que mezclaba diversión y complicidad.

—Ves lo que te decía —comentó—. Profesionales y eficientes. No solo se trata de la imagen.

—Lo sé —respondí, sin apartar la vista de los documentos que llevaban un buen rato en mi escritorio y a los que apenas había prestado atención—. La eficacia es lo primero. Lo demás… es un bonus que no debemos ignorar.

Leonhard soltó una carcajada, y no pude evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Siempre encuentras la manera de hacer que todo parezca un juego —dije, medio en broma—. Admito que me sorprendes, amigo.

—Y tú siempre encuentras la manera de tomarte demasiado en serio a las mujeres —replicó, riéndose de nuevo—. Aunque, en tu caso, tampoco me sorprende demasiado.

—Calla, que estamos hablando de trabajo —repliqué, aunque una parte de mí disfrutaba de su presencia y del tono relajado que traía a la oficina.

—Ah, sí, claro… y la falda lápiz azul marino de la señorita Souto no tiene nada que ver, ¿verdad? —bromeó, guiñándome un ojo.

—Leonhard… —advertí, aunque la risa me traicionaba.

—Vamos, admítelo —insistió—. Te ha dejado pensando, y no solo en estrategias y reuniones.

—Nada de eso —dije, serio, pero consciente de que mi mente no estaba siendo del todo honesta—. Todo en la reunión ha sido estrictamente profesional.

—Claro, claro —replicó, soltando otra carcajada—. Eres tan humano como todos nosotros, aunque finjas lo contrario.

Nos quedamos un buen rato hablando sobre estrategias, viajes y reuniones internacionales, con alguna que otra broma que él decía como siempre, mientras yo repasaba mentalmente cada detalle de la señorita Souto. Cada frase que había pronunciado, cada gesto, cada mirada… todo me parecía estudiado, perfecto y cautivador. La combinación de autoridad y sensualidad era imposible de ignorar, y eso me molestaba y me intrigaba a partes iguales.

—Tienes que admitir —dijo Leonhard, rompiendo mi concentración—, que, aunque seas duro y reservado, sigues siendo un tipo humano, eh. A veces incluso vulnerable…

—Vulnerable yo —murmuré entre dientes, pero su risa me hizo relajarme —. No confundas curiosidad con vulnerabilidad, Leo.

—Ah, claro, claro… —replicó, fingiendo solemnidad—. No hay duda de que la señorita Souto ha logrado captar tu atención. Pero vamos, tampoco te enamores en media hora.

—No se trata de enamorarse —dije, más serio esta vez—. Se trata de evaluar talento y eficiencia, nada más.

—Y como siempre, el CEO y rey de estos dominios, desvía la atención a otros asuntos —suspiró haciendo un gesto de lo más dramático.

—Leonhard… —le advertí de nuevo, aunque la risa me traicionaba.

—Me voy, que tengo algunos asuntos que atender —dijo mientras se levantaba—. Porque, si no fuera por mí… Este barco se hundiría.

—Lo que tengo que aguantar, por Dios —resoplé.

—Sabes que si fuera mujer, te habrías casado conmigo.

—Dios me libre de esa cruz si me reencarno y volvemos a coincidir en otra vida.

—Me echarías de menos si no me tuvieras en tu vida y lo sabes —me señaló con el dedo al tiempo que entrecerraba los ojos.

—Si no te hubiera conocido, no podría echarte de menos.

—Necesito café, triple a ser posible. No puedo con usted, señor Einsenhar.

—A trabajar, o te despido.

—¡Ja! Inténtalo si puedes, socio —y así, sin más, salió de mi despacho cerrando la puerta, dejándome solo de nuevo.

Pasé la siguiente hora trabajando, revisando proyectos y algunos papeles que Leonhard me había enviado para que diera el visto bueno, hasta que recibí una llamada inesperada: mis padres estaban en el edificio y querían pasar a verme. Les dejé subir y nos abrazamos con afecto.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté cuando se sentaron.

—¿Es que no podemos pasar a ver a nuestro hijo favorito? —dijo mi madre con la ceja arqueada.

—Soy vuestro único hijo.

—Leonhard es como un hijo para nosotros también, y por eso tú eres nuestro favorito —aclaró como si aquella fuera una verdad irrefutable.

Nos reímos los tres, y el ambiente se volvió cálido y familiar.

—Podríamos salir a comer y aprovechar para ponernos al día —propuso mi padre.

—Me parece perfecto, que no te vemos casi desde que has regresado —dijo mi madre.

Acepté, por supuesto, y poco después nos estábamos sentando en un restaurante cercano. La conversación fue una mezcla de familia y trabajo, como siempre. Hablamos del viaje a Alemania, de los proyectos que debía supervisar, de estrategias y planificación.

—Voy a ir con la directora global de estrategia y expansión —comenté, observando la reacción de mis padres—. Será la primera vez que la lleve a una reunión internacional de alto nivel.

Mi padre asintió, interesado.

—Por lo que Leonhard nos ha contado a mí y a su padre, la señorita Souto fue un gran fichaje. Se ha ganado con esfuerzo el puesto que ocupa ahora.

—¿Qué sabes exactamente de ella? —pregunté, curioso. Quería escuchar la opinión de alguien que conociera su trayectoria—. Quiero conocer sus logros y cómo ha llegado hasta aquí. Leonhard me dijo que tiene treinta años, lo que la hace la más joven en obtener un ascenso tan importante.

Mi padre sonrió y comenzó a enumerar:

—Ha trabajado cinco años en la empresa. Empezó desde abajo, como analista junior. Luego coordinó proyectos internacionales, lideró equipos estratégicos y ha sido ascendida por méritos propios. Apenas hace un mes que ocupa la dirección global de estrategia y expansión internacional. Sus resultados son excelentes, ha demostrado liderazgo y visión, y sabe manejar situaciones complejas con inteligencia.

Asentí lentamente, procesando la información. Cuanto más escuchaba, más claro tenía que ella era una pieza clave para la empresa.

—Sin duda —dije finalmente—, Leonhard tenía razón. Fue un gran fichaje. No voy a perder a alguien así por nada del mundo.

Tenía la certeza de que aquella mujer, a pesar de su atractivo y de la curiosidad que despertaba en mí, era ante todo un activo estratégico que debía proteger.

Y mientras seguíamos comiendo y discutiendo planes y proyectos, no pude evitar pensar en cómo su profesionalidad y eficiencia habían capturado mi atención incluso antes de que su presencia llegara a influir en otros aspectos más personales. Sin duda, la señorita Souto era un valor que no estaba dispuesto a dejar escapar; como dijo Leonhard, no iba a perderla y dejar que se marchara a alguna empresa de la competencia.

Capítulo 25



Matthias

Era viernes por la noche.

Ese tipo de viernes en el que Madrid parecía vestirse con una elegancia artificial, impostada, como si la ciudad supiera, o quisiera creer, que alguien importante había vuelto a caminar por sus calles.

Las luces eran más cálidas de lo habitual, los escaparates brillaban con un descaro casi ofensivo, y la gente hablaba más alto, reía más, bebía más. Como si la libertad fuera contagiosa.

Yo estaba sentado solo en una mesa del fondo del restaurante, con una copa de vino tinto en una mano y el móvil en la otra, fingiendo que me importaban los correos que entraban sin parar. Informes, cifras, nombres de proyectos que habían seguido creciendo mientras yo aprendía a sobrevivir entre paredes que no deberían haberme visto entre ellas.

Mentía. No me importaba absolutamente nada en ese momento.

El local era caro, discreto, con luz tenue, mesas separadas y música suave flotando como un murmullo educado. Demasiado perfecto. Demasiado limpio. Demasiado libre.

Aún no me acostumbraba a esa sensación absurda y casi violenta de poder pedir lo que quisiera sin que nadie me gritara un horario. Sin que nadie me

contara los minutos, sin que nadie me recordara que no era dueño ni de mi propio cuerpo, de mi propia vida.

Y Leonhard llegaba tarde. Nada nuevo.

Siempre había tenido esa capacidad desesperante para aparecer cuando le daba la gana. Incluso ahora. Incluso cuando yo era el que acababa de salir del infierno y, aun así, seguía esperándolo sin reproches. Porque algunas cosas no cambiaban. Y porque, en el fondo, saber que alguien te esperaba también era una forma de libertad.

Di un sorbo al vino. Luego otro. El tercero ya no fue por placer, sino por costumbre. Por necesidad.

Estaba revisando un informe financiero cuando la escuché.

—Matthias.

Solo una palabra. Mi nombre. Pero dicha con esa entonación concreta, calculada, estudiada, casi íntima. Como si no lo pronunciara, sino que me lo arrancara de la boca a mordiscos. Como si siempre le hubiera pertenecido un poco.

Levanté la mirada despacio, y el pasado me golpeó sin avisar.

Tatiana Salvatierra estaba de pie junto a mi mesa, como si febrero no existiera para ella. Como si el frío del invierno fuera una norma reservada para el resto del mundo.

Llevaba un vestido negro ceñido, demasiado fino para esa noche, con una abertura peligrosa en el muslo que dejaba ver piel firme, segura de sí misma. Sin medias. Sin abrigo. El cabello negro azabache, largo y perfectamente liso, caía sobre sus hombros como una declaración de guerra. Sus ojos gris verdosos me recorrieron sin pudor, sin prisa, deteniéndose en puntos que conocía demasiado bien.

Seguía siendo despampanante. Y seguía siendo veneno y peligro en estado puro.

Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba de golpe. Como si alguien hubiera accionado un resorte antiguo, oxidado, pero todavía funcional. La mandíbula se me apretó sola. El pulso empezó a martillearme en las sienes. No era miedo. Era algo peor. Era memoria.

Ella no formaba parte de un recuerdo cualquiera. Tatiana era parte de ese pasado. El que había enterrado con uñas, dientes y sangre. El que no había querido desenterrar ni siquiera durante las noches más largas, más sórdidas, más solitarias de los últimos cinco años de mi vida.

—Tatiana —dije al fin.

Mi voz sonó fría. Controlada. Demasiado correcta para lo que me estaba pasando por dentro.

Ella sonrió. Una sonrisa lenta, satisfecha. De las que no buscaban agradar, sino comprobar que seguían teniendo poder.

Y durante un segundo, el restaurante desapareció y los recuerdos de un pasado al que no quería volver se agolparon en mi mente.

El club. Luces rojas y violetas mezclándose con sombras. Música grave, densa, que vibraba en el pecho. El olor a alcohol caro, a cuero, a deseo sin nombre. Tatiana, apoyada contra una barra, mirándome como si yo fuera una presa interesante, no una conquista. Su risa baja cuando me acercaba. Sus manos seguras, siempre seguras, marcando territorio sin pedir permiso.

El sexo con ella no era intimidad. Era poder. Era juego. Era exceso.

Cuerpos marcados. Uñas clavándose en la espalda. Órdenes susurradas al oído. Límites empujados solo para ver hasta dónde podíamos llegar sin rompernos del todo.

Y yo volviendo una y otra vez.

Porque entonces aún creía que podía permitirme ese tipo de oscuridad. Porque pensaba que controlar el caos era lo mismo que entenderlo.

Otro recuerdo se coló sin permiso. Más silencioso. Más cruel. Otra mujer. Otro rostro.

Un rostro distinto al de Tatiana. Más suave. Más real. Unos ojos que no me miraban como a un objeto ni como a un trofeo, sino como a alguien que podía caer. Y que, aun así, se quedaba. Su sonrisa no era un desafío, era una promesa. Su voz no ordenaba, preguntaba.

Su nombre seguía atrapado en algún rincón de mi pecho, intacto después de cinco años. Sin desgaste. Sin óxido.

Ella no pertenecía al juego. Nunca debí mezclarla con ese mundo. Nunca debí acercarla a mi oscuridad.

Parpadeé con fuerza y volví al presente.

—No sabía que estabas de vuelta —dijo Tatiana, apoyando una mano en el respaldo de la silla frente a mí—. Pensé que… bueno, que seguías dentro.

Dentro. Como si hubiera sido un retiro espiritual. Como si hubiera sido una pausa incómoda en mi carrera. Como si cinco años encerrado no dejaran marcas invisibles bajo la piel.

Apreté la copa con tanta fuerza que el cristal crujió levemente bajo mis dedos.

—Ya cumplí la condena que me impusieron —respondí—. A pesar de ser inocente.

Ella ladeó la cabeza, observándome con una atención casi clínica, como si evaluara una cicatriz antigua. Luego sonrió con malicia.

—Oh, no lo dudo —dijo—. Siempre supe que sobrevivirías.

Sobrevivir. No vivir. Sobrevivir.

—Todos te hemos echado de menos en los clubes a los que hemos estado yendo, ¿sabes? —continuó—. Los de antes… y los de ahora. Algunos antiguos conocidos siguen jugando. Si te apetece volver…

—No estoy interesado.

Mi respuesta fue inmediata. Cortante. Definitiva. Sus ojos brillaron, divertidos, como si mi rechazo fuera solo otro movimiento dentro de una partida que ella creía dominar.

—Es una pena —suspiró—. Eras… memorable.

En ese momento vi a Leonhard entrar por la puerta.

Alto. Bufanda mal colocada. Sonrisa canalla. Mi ancla. Mi hermano. El único que había permanecido de pie cuando todo se vino abajo.

Se acercó a la mesa y me dio una palmada en el hombro.

—Joder, hermano, ¿ya bebiendo sin mí? —preguntó.

Tatiana sonrió al reconocerle.

—Leonhard Wolf —dijo, saboreando su nombre como un caramelo caro —. A ti también se te ha echado de menos en nuestras pequeñas fiestas.

Él alzó una ceja, divertido, pero no respondió.

Una voz femenina llamó a Tatiana desde otra mesa. Ella dio un paso atrás, evaluándonos a los dos, como si nos guardara en un cajón mental para más tarde.

—Me encantaría volver a jugar con vosotros —dijo—. Cuando queráis.

Y se marchó. La vi alejarse sin moverme, con una sensación desagradable, espesa, instalada en el pecho.

El pasado acababa de recordarme que seguía vivo. Y que no todos los fantasmas se quedaban en prisión.

Leonhard se sentó frente a mí como si Tatiana no hubiera existido jamás. Ese era uno de sus dones: saber cuándo ignorar un incendio para evitar que se convirtiera en un infierno.

Yo, en cambio, aún sentía el olor de su perfume pegado a la garganta. Como una mano invisible apretándome el cuello desde dentro.

Cogí la botella de vino y me serví sin preguntar. Demasiado. Hasta el borde. Y me lo bebí de un trago. Leonhard chasqueó la lengua.

—Eh, frena, campeón —dijo—. A este ritmo vas a emborracharte antes de que llegue el primer plato, y no pienso cargarte hasta casa como la última vez.

Solté una risa seca. Sin humor.

—Ha sacado el tema de la cárcel —dije, y no fue necesario decir su nombre.

Leonhard suspiró y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Ya —dijo con calma—. Y eso te ha removido las tripas.

Asentí, volviendo a servirme vino, esta vez con algo más de control.

—Ha hablado como si cinco años fueran una anécdota —murmuré—. Como si no hubiera pasado nada. Como si yo no hubiera aprendido a dormir con un ojo abierto.

—No le des ese poder —respondió—. Escúchame bien, Mat. Muchos de los que te conocían de verdad nunca dudaron de ti. Nunca. Yo no dudé. Mis padres no dudaron. Los tuyos tampoco.

Levanté la vista hacia él.

—La gente que importa sabía que eras inocente —continuó—. No te quedes con las palabras vacías de alguien que solo te conoció por jugar y follar en un club. Quédate con las nuestras. Con las de quienes te conocen de verdad.

Algo se aflojó en mi pecho. No mucho, pero lo suficiente para respirar. Hice un gesto al camarero, pedí otra botella y aprovechamos para que nos tomara nota.

Capítulo 26

Matthias

La cena llegó poco después, mientras hablábamos del trabajo, para no perder la costumbre. Exquisita. Cuidada. Demasiado buena para alguien que había aprendido a comer deprisa, sin sabor, sin placer.

Vieiras marcadas a la plancha con espuma de lima y jengibre. Un risotto cremoso de trufa negra que olía a gloria. Carrillera de ternera melosa que se deshacía con solo mirarla. Pan recién horneado, crujiente por fuera, suave por dentro.

Comí despacio. Saboreándolo todo.

—Joder —dije—. Echaba de menos esto —admití.

—Déjame adivinar —dijo—. La comida de la cárcel era casi tan mala como la de los hospitales —bromeó, y solté una carcajada real, de las que nacían en el estómago.

—Peor —respondí—. Al menos en los hospitales hay gelatina.

Reímos y brindamos.

—Por tu libertad, hermano —dijo Leonhard—. Esa que nunca debieron quitarte.

—Por nosotros —respondí.

Bebimos y volvimos a hablar de trabajo. De contratos, de números, de decisiones que habían esperado cinco años para que yo volviera a firmarlas. Leonhard me puso al día de todo, con esa cabeza brillante que había mantenido la empresa a flote mientras yo contaba días en una celda.

—Te he echado de menos —dijo de repente, sin ironía, y lo miré.

—Yo también —admití.

Y por primera vez en mucho tiempo, la palabra *hermano* volvió a tener sentido.

Un par de horas después, tras la cena y una última copa, salimos a la calle y el aire frío de febrero me despejó un poco.

—Mañana nos vemos en el club —dijo Leonhard—. No faltes.

—No lo haré.

Nos dimos un abrazo breve, de esos que nos habían faltado los últimos cinco años, y tras despedirnos subí al coche.

Cuando lo puse en marcha, conecté el equipo de música. El piano de "*Claro de Luna"* de Beethoven empezó a sonar. Y el pasado me devoró por completo.

Cinco años atrás la encontraron muerta. Una de las chicas con las que más encuentros había tenido durante seis meses. La policía me mostró las fotos. No querían dejar nada a la imaginación.

Su cuerpo estaba destrozado. Golpes por todo el torso. Muñecas marcadas. Moratones oscuros en los muslos, en el cuello. La habían torturado antes de matarla. Nunca podría olvidar esas imágenes.

Me dijeron que había semen mío en una de sus prendas. Yo confesé el sexo. Nunca lo negué. Pero no la maté. Jamás haría daño a una mujer. Ni a nadie.

Aun así, me detuvieron. No había más sospechosos. Mis padres se hundieron. Leonhard también. Pensé que la justicia no podía ser tan injusta. Pero me equivoqué.

La cárcel me rompió… y me rehízo.

Peleas. Noches interminables. Y un hombre que llevaba media vida allí: Manuel Salinas. Nunca saldría. Él me acompañó los últimos dos años. Me tatuó el ave fénix en la espalda.

—*Vas a resurgir* —me dijo—. *Pero no olvidarás. Los hombres inocentes pagan de formas muy distintas por pecados que no cometieron.*

Llegué a mi ático, dejé las llaves y me serví un whisky.

Madrid brillaba bajo mis pies. No había olvidado. No había perdonado. Y seguía buscando al culpable.

Porque quien le arrebató la vida a la mujer de la que me enamoré… iba a pagar.

El whisky ardía al bajar por mi garganta, pero no era suficiente. Nada lo era.

Me apoyé con una mano en el cristal del ventanal. Madrid se extendía bajo mis pies como una maqueta iluminada, ajena, indiferente. Coches diminutos, luces que parpadeaban, vidas que seguían avanzando sin saber y sin importarles que yo había pasado cinco años detenido en el mismo punto exacto de mi existencia.

Cinco años en los que el mundo no me esperó. Yo sí había esperado. Cada maldito día.

Esperé a que alguien dijera “nos equivocamos”. Esperé a que el nombre de ella dejara de doler. Esperé a que el odio no me despertara antes que el sol. Pero no ocurrió.

Cerré los ojos. Y volvió ella.

No la mujer que vi en las fotos policiales. No ese cuerpo roto, frío, irreconocible. Volvió ella como era cuando aún respiraba. Cuando aún se reía conmigo. Cuando me miraba como si yo no fuera peligroso.

Y recordé su voz. Recordé cómo pronunciaba mi nombre sin intención, sin cálculo, sin juegos de poder. Recordé la primera vez que dormimos juntos sin reglas, sin testigos, sin luces de neón. Recordé su piel tibia bajo mis manos y la forma en que me dijo, casi avergonzada, que conmigo se sentía segura.

Segura. La palabra me atravesó como una cuchilla.

—*Te fallé…* —murmuré al cristal.

Nunca se lo dije en vida. Nunca le dije que me estaba enamorando. Porque yo no creía en el amor. Porque el amor era una debilidad que otros sabían usar. Porque pensaba que siempre habría tiempo.

Mentira. Siempre creemos que hay tiempo. Hasta que no lo hay.

El recuerdo de la comisaría volvió con una claridad obscena.

La habitación blanca. Demasiado iluminada. El olor a café rancio y a papel viejo. El policía que evitaba mirarme a los ojos mientras colocaba las fotografías sobre la mesa, una a una, como si estuviera enseñándome un catálogo del horror.

—*Tenemos que enseñárselas, señor Eisenhart* —me dijo.

No. No tenían. Pero lo hicieron igual.

Su cuerpo. Desnudo. Amoratado. Cubierto de marcas que no reconocía, que no quería reconocer. Sus muñecas, enrojecidas, casi en carne viva. Las piernas llenas de hematomas de distintos colores, como si el dolor hubiera sido prolongado, meticuloso. El cuello… Dios. El cuello.

Aparté la mirada entonces. Vomité en una papelera metálica que resonó demasiado fuerte en aquella sala aséptica.

—*¿Reconoce estas marcas?* —preguntó.

—*No* —respondí—. *Nunca le hice eso.*

Y era verdad.

Sí, hubo juegos. Hubo intensidad. Hubo momentos al borde. Pero siempre consensuados. Siempre cuidados. Siempre atentos. Yo jamás habría permitido que alguien la tocara así. Jamás habría cruzado esa línea.

—*Hemos encontrado semen suyo en su ropa interior* —dijo otro agente.

Asentí.

—*Tuvimos relaciones sexuales* —respondí—. *La noche anterior.*

Decirlo en voz alta fue como firmar mi propia sentencia.

—*¿Violentas?* —interrogó.

—*No.*

—*¿Está seguro?* —insistió el otro.

Lo estaba, claro que lo estaba. Pero no importó.

No había otro sospechoso. No había cámaras. No había testigos. Solo mi pasado, mis hábitos, mis clubes, mis silencios. Yo encajaba demasiado bien en el papel del monstruo.

Y los monstruos no necesitaban pruebas sólidas. Solo un testimonio convincente.

El juicio fue una farsa.

Vi a mi madre encogerse en el banco del fondo, como si cada palabra del fiscal le arrancara un pedazo de carne. Vi a mi padre envejecer años en cuestión de semanas. Vi a Leonhard apretar los puños hasta hacerse sangre, impotente.

Yo me repetía una sola frase, como un mantra estúpido: “La verdad saldrá”. Pero no salió, nunca salió.

La celda era diminuta. Fría. Olía a metal y a desesperanza. Las primeras noches no dormí. Las siguientes tampoco. Aprendí rápido a no mirar demasiado, a no hablar más de la cuenta, a no mostrar miedo.

Aun así, me golpearon. Aun así, sangré. Aun así, me rompí por dentro.

La rabia era lo único que me mantenía en pie. Una rabia sorda, contenida, que no podía permitirme soltar, así que me machaqué en el gimnasio cada día, soltando toda esa rabia contra un saco, o corriendo en la cinta, o haciendo pesas. Porque en prisión, perder el control suponía firmar tu propia sentencia de muerte.

Fue Manuel quien me enseñó eso.

—*Aquí dentro, chaval* —me dijo una noche, mientras me pasaba un trozo de pan duro—*, los culpables gritan. Los inocentes aprenden a callar.*

Manuel llevaba media vida allí. Homicidio. Sin redención. Sin fecha de salida. Tenía las manos llenas de tinta y los ojos cansados de quien ya no esperaba nada.

—*Tú no encajas aquí* —me dijo el primer día que me tatuó—. *Pero te han traído igual.*

El ave fénix nació bajo su aguja. Cada línea era una quemadura. Cada pluma, un recordatorio.

—*Resurgirás* —murmuró—. *Pero no serás el mismo.*

Y tenía razón. Cuando salí, ya no lo era.

Abrí los ojos y Madrid seguía ahí. Brillante, ajena a mis pensamientos, a mis recuerdos. Di otro trago de whisky, pero esta vez el alcohol no me calentó. Solo me dejó un hueco más grande en el pecho.

Saqué el móvil y vi que tenía un mensaje sin leer de Daniel, mi amigo y abogado.

Daniel: *Seguimos moviendo hilos. Nada concluyente aún.*

También había un mensaje de uno de los dos policías amigos de Daniel que nos ayudaban en la sombra.

Suárez: *El patrón no encaja contigo. Alguien lo hizo para que parecieras culpable.*

Alguien. No fue un arrebato. No fue un error. No fue casualidad. A ella la eligieron. Y a mí me usaron.

Apoyé la frente contra el cristal.

—Te juro que voy a encontrarlo —susurré—. *Aunque tenga que convertirme en algo que desprecio.*

Porque ya no buscaba justicia. Buscaba equilibrio.

Quien la mató le robó la vida. A mí me robó cinco años. A mis padres, la paz. A Leonhard, la fe. Y yo no iba a permitir que siguiera respirando tranquilo.

No, después de todo. No después de ella.

Me giré, dejando el vaso vacío sobre la mesa. El ático estaba en silencio, y era demasiado grande para un solo hombre lleno de fantasmas.

Me quité la chaqueta despacio, de manera mecánica, como hacía en la celda. Antes de apagar las luces, miré una última vez la ciudad.

Libre. Yo también lo era. Pero la libertad, había aprendido, no siempre era sinónimo de paz.

A veces, era solo el principio de la venganza.

Capítulo 27



Iria

Siempre había pensado que los sábados eran días de transición. Un espacio extraño entre la semana que se resistía a morir y el domingo que prometía calma. Pero aquel sábado no tuvo nada de transición. Fue un ancla. Un paréntesis. Un refugio.

Después de comer, y como Vera había decidido días atrás, tocaba tarde de cine. Y no una película cualquiera en casa, no. Cine de verdad. Con palomitas, sentados en esas cómodas butacas frente a una pantalla grande y prohibido mirar el móvil.

—Tía Iria, si miras el teléfono, pierdes —me advirtió con el ceño fruncido mientras se acomodaba en su butaca, esa en la que estaba segura de que no tardaría mucho en quedarse dormida.

—¿Y qué pasa si pierdo? —pregunté, divertida, dejándome caer a su lado.

—Que me tienes que dejar pintarte las uñas —respondió sin pestañear.

Héctor, a su lado, soltó una carcajada.

—Cuidado, jefa. Esa amenaza es seria.

Le saqué la lengua a Vera, que me la devolvió con una sonrisa triunfal. Al final, acepté el trato. Siempre aceptaba. Con ella era imposible no hacerlo.

La película empezó entre risas, palomitas que acababan más en el suelo que en la boca y comentarios constantes de Vera narrando la trama como si fuera la directora. Su cabeza terminó apoyada en mi brazo antes de que acabara la mitad. Sentí ese peso pequeño, cálido, confiado… y algo dentro de mí se aflojó.

Pensé, como tantas otras veces, en lo sencillo que era quererla. En lo natural. En lo mucho que me aterraba lo rápido que uno podía amar algo que no era suyo.

—Se ha dormido —susurró Héctor, mirándome.

Asentí sin mirarlo. No quería romper el momento.

Nos quedamos en silencio unos minutos, observando su respiración tranquila. Héctor fue el primero en hablar.

—Oye… —dijo, rascándose la barba—. No tenías que haber hecho nada hoy, ¿eh?

Sonreí.

—Cállate.

San Valentín siempre había sido una fecha absurda para mí. Un invento comercial, una excusa para corazones de plástico y promesas vacías. Pero para Héctor era distinto. No por romanticismo, eso le daba risa, sino porque, según él, era una excelente excusa para celebrar a la gente que elegías querer y amar en tu vida.

Después del cine, Vera despertó justo a tiempo para la merienda. Era algo habitual en ella, como un sexto sentido o algo así, en el que su cuerpo parecía saber, sin necesidad de mirar la hora, cuándo era el momento de comer algo.

Fuimos a una cafetería cercana y pedimos café para nosotros, un chocolate caliente para ella y, como no podía ser de otra manera, tortitas para todos.

A Héctor le encantaban con chocolate y nata, mientras que Vera y yo éramos más de tomarlas con fresa. Como decía él, en ocasiones no había duda

de que esa niña había salido de mis entrañas por lo igual a mí que era en más de un sentido.

La merienda avanzó entre risas, la música del centro comercial y un ambiente tan ligero que casi dolía. Y entonces llegó el momento de los regalos.

Héctor abrió la caja con su habitual exageración teatral.

—A ver, a ver… —dijo mientras rompía el papel—. Veamos con qué me habéis sorprendido esta vez.

Dentro había algo sencillo: unos gemelos de plata con una discreta inscripción en el interior. “Elegidos, no impuestos”.

Se quedó en silencio. Un silencio inusual en él.

—Iría… —empezó, pero no terminó la frase.

—No empieces —le advertí—. Es San Valentín, no un drama.

Me abrazó fuerte. De esos abrazos que no preguntaban ni explicaban nada. Vera se unió, rodeándonos con sus pequeños bracitos por la cintura.

—Sois mis personas favoritas —dijo ella, y sentí un nudo en la garganta.

Y, como siempre que estaba demasiado tranquila, Mat se coló en mis pensamientos sin permiso.

Su voz grave. Su mirada gris analizándolo todo. La forma en que me había desarmado con una sonrisa torcida la primera vez que nos quedamos solos.

Sacudí la cabeza, como si pudiera expulsarlo.

—¿En qué piensas? —preguntó Héctor, observándome con demasiada atención.

—En nada —mentí.

Pero no era verdad.

Pensaba en cómo alguien podía ocupar tanto espacio en mi mente sin tener derecho a hacerlo. En cómo su nombre pesaba más de lo que debería. En cómo esa noche volvería a verlo y decidiría entrar de manera voluntaria en otra parte de su mundo al que yo no solía entrar.

Y no estaba segura de estar preparada.

El trayecto de vuelta al ático fue corto, pero mi cabeza iba a otra velocidad. Vera canturreaba desde su sillita, Héctor conducía con una mano apoyada en el volante y la otra marcando el ritmo invisible de la música, y yo miraba por la ventanilla como si Madrid pudiera darme alguna respuesta.

No lo hizo.

Subimos los tres en el ascensor. Vera saltaba de emoción porque Julia vendría esa noche. Yo sonreía, pero por dentro algo se tensaba lentamente, como una cuerda demasiado estirada.

Nada más entrar, Vera salió disparada hacia su habitación.

—¡Voy a ponerme el pijama bonito para Julia! —gritó.

—El rosa no, que luego no duerme —advirtió Héctor, dejándose caer en el sofá.

—¡El de las estrellas! —contesté yo, dejando el bolso sobre el mueble de la entrada.

Me dirigí a mi habitación con esa sensación extraña de estar retrasando algo inevitable. Cerré la puerta tras de mí y apoyé la frente unos segundos en la madera.

—*Respira, Iria* —me dije.

La ducha fue mi primer refugio. El agua caliente cayendo sobre la piel, llevándose el olor del día, las risas, el azúcar de la merienda… y dejando solo mis pensamientos. Cerré los ojos y apoyé las manos en la pared.

Mat. Su nombre apareció de nuevo con la facilidad insultante de alguien que ya sabía dónde vivía dentro de ti.

Pensé en su mirada evaluándolo todo, en cómo parecía ver siempre un paso más allá. En la propuesta suspendida en el aire. En la posibilidad de entrar en esa sala con él… y con su amigo.

Una parte de mí, la que siempre calculaba riesgos, decía que no. La otra… guardaba silencio. Y eso era lo que más me inquietaba.

Salí de la ducha envuelta en el vapor y la toalla, fui a la habitación y abrí el armario despacio, como si el vestido pudiera elegir por mí.

Rojo. Elegante. Ajustado. Sin hombros al aire. Sensual sin ser evidente. Al ponérmelo, el tejido se adaptó a mi cuerpo con una naturalidad peligrosa. El tatuaje asomaba lo justo, como un secreto compartido solo con quien supiera mirar.

Me miré al espejo y no vi a la directiva. Tampoco vi a la estratega. Vi a una mujer que dudaba… y aun así avanzaba.

Estaba recogiéndome el pelo cuando la puerta se abrió sin llamar.

—Tía Iria… —susurró Vera, entrando con cuidado, como si supiera que aquel momento era importante—. Estás muy guapa.

Sonreí al escucharla.

—Gracias, cariño.

Tras cerrar la puerta, se acercó, observándome con atención.

—¿Vas a salir con tu novio?

Reí, negando con la cabeza.

—No, cielo. Solo voy a cenar con unos amigos.

Frunció el ceño, pensativa.

—¿Y algún día vas a tener un novio al que yo pueda llamar tío?

Me agaché a su altura.

—Puede que sí… o puede que no. Eso dependerá de si Cupido me lanza una flecha hacia la persona correcta.

Me dio un beso rápido en la mejilla, como si sellara el trato.

—Espero que no falle.

—Yo también —murmuré.

Héctor apareció apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos.

—Vale —dijo, silbando bajo—. Esta noche más de uno se va a hacer daño en el cuello por girarse al volver a verte.

—Exagerado —respondí, volteando los ojos.

—Exagerado no, realista.

Antes de que pudiera replicar, sonó el timbre.

—¡Es Julia! —gritó Vera, saliendo corriendo.

Escuché el saludo efusivo, las risas, la familiaridad. Julia era parte de la casa. Parte de nuestra pequeña normalidad.

Héctor se acercó a mí cuando el salón volvió a llenarse de ruido infantil y conversaciones sobre películas y pizzas.

—Y bien —dijo en voz baja—. ¿Has decidido qué vas a hacer esta noche?

Suspiré.

—No.

—¿Jugar con dos o solo con Mat? —preguntó, directo, sin juicio.

—No lo sé, Héctor.

Sonrió, ladeando la cabeza.

—Por probar no pasa nada. Ya sabes lo que se suele decir… Las segundas veces son mejores que las primeras.

Reímos. Porque reír era más sencillo que admitir que tenía miedo.

Fuimos al salón y Vera y Julia ya estaban tiradas en el suelo, rodeadas de mantas, discutiendo qué película ver y qué pedir para cenar.

—Nos vamos —anuncié.

Vera se levantó y me abrazó fuerte.

—Que Cupido apunte bien —susurró y besé su pelo.

—Buenas noches, mi vida.

Cogí el abrigo y, antes de salir, miré una última vez el salón. La risa de mi mejor amigo. La tranquilidad de la niña. La seguridad de ese hogar compartido.

Y pensé, sin quererlo, que tal vez esa noche estaba a punto de cruzar una línea.

No sabía cuál. Pero ya no había marcha atrás.

Capítulo 28

Iria

El Club Índigo tenía esa cualidad peligrosa de hacerte olvidar el mundo exterior en cuanto cruzabas la puerta.

La luz era baja, envolvente, pensada para insinuar más de lo que mostraba. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con la música lenta, profunda, casi hipnótica. El aire olía a madera, a alcohol caro, a deseo contenido.

Me quité el abrigo y avancé con paso seguro hasta la barra.

Pedí un cóctel, algo suave, pero con carácter, como siempre, y me apoyé con el antebrazo sobre la superficie pulida, dejando que el tiempo pasara. No tenía prisa. Nunca la tenía cuando entraba allí. El club era territorio neutral. Un espacio donde podía ser Iria sin cargos, sin decisiones estratégicas, sin responsabilidades que pesaran toneladas.

Fue entonces cuando lo vi.

Al fondo de la barra, en la esquina opuesta, un hombre alto bebía whisky con una concentración casi excesiva. Tenía el cuerpo ligeramente tenso, los hombros rectos, la mandíbula apretada. Sus ojos recorrían la sala una y otra vez, como si buscara algo… o a alguien.

Sonreí para mis adentros. Tenía que ser Mat.

No llevaba el tatuaje visible, lo sabía. El ave fénix dormía bajo la tela de mi vestido, oculta, silenciosa, por lo que existía la posibilidad, mínima, pero real, de que no me reconociera.

Y aquella idea… me excitó más de lo que debería.

Bebí un sorbo despacio, sin dejar de observarlo. Se terminó el whisky de un trago y dejó el vaso sobre la barra con un golpe seco, distraído, perdido en sus pensamientos. Y yo aproveché ese momento.

Caminé hacia él con calma, consciente de cada paso, del movimiento del vestido, de las miradas que se deslizaban por mi cuerpo sin atreverse a detenerse demasiado.

Y cuando me acomodé a su lado, sonreí al verle distraído mirando el vaso vacío.

—¿Mat? —Pronuncié su nombre en voz baja, casi como una caricia.

Se giró. Y en cuanto sus ojos grises se encontraron con los míos, su expresión cambió. Primero, sorpresa. Luego, reconocimiento. Y finalmente… algo mucho más oscuro.

—¿Me estabas buscando? —pregunté, juguetona.

Él sonrió despacio.

—Creí que no vendrías esta noche.

—Yo también lo creí —respondí, ladeando la cabeza—. Pero ya ves.

Hizo un gesto al camarero para pedir otro whisky.

—¿Por qué no ibas a venir? —curioseó.

—Tenía una cita —dije, con fingida ligereza—. Con dos posibles compañeros de juegos.

Vi cómo su cuerpo se tensaba. Cómo fruncía apenas el ceño.

—¿Y?

Sonreí y di un paso más cerca. Lo suficiente para que pudiera sentir mi perfume.

—Me han dejado plantada.

Sus ojos se oscurecieron aún más. Me puse de puntillas y acerqué los labios a su oído.

—Por si lo dudas… uno de esos compañeros eres tú.

Su reacción fue inmediata. Su mano rodeó mi cintura con firmeza, atrayéndome hacia él como si llevara horas conteniéndose. No me dio tiempo a pensar.

Mat me besó. No fue suave. Fue intenso, preciso, cargado de todo lo que no habíamos dicho. Sentí su boca reclamar la mía con una seguridad que me hizo estremecer.

Cuando nos separamos, respirábamos distinto.

—No deberías jugar así conmigo —murmuró.

—No juego —respondí—. Elijo.

Una carcajada nos interrumpió.

—Joder, Mat… —dijo una voz conocida—. Y luego dices que no pasan cosas interesantes cuando llego tarde.

Su amigo Leo apareció a nuestro lado con una sonrisa descarada y una copa en la mano. Sus ojos claros me recorrieron sin pudor.

—Vaya —añadió—. Ahora entiendo por qué estabas tan nervioso.

—Leo —dije, divertida—. Tengo la sensación de que eres un poquito inoportuno.

—Gracias, lo intento —respondió, brindando.

—No tengo la más mínima duda —reí.

—Preciosa, sospecho que esta noche vamos a conocernos mejor —me dijo, y Mat resopló.

—No empieces —le dijo a su amigo.

—¿Por qué no? —replicó Leo—. Ella ha venido sabiendo a lo que venía.

Lo miré.

—Y tú hablas demasiado para alguien que todavía no me ha invitado a una copa.

Leo sonrió aún más.

—*Touché*.

Y sin más, como si nos conociéramos de toda la vida, los tres charlamos, bebimos y reímos. Pero la tensión no desapareció; al contrario, se volvió más densa, más eléctrica. Mat no dejó de tocarme: una mano en la espalda, un roce en la muñeca, un gesto protector y posesivo que me hacía arder.

—Hay una sala libre —dijo Leo al final, mirándome directamente—. Para grupos.

Mat me observó, serio.

—No tienes que hacer nada que no quieras.

—Lo sé —respondí con sinceridad.

Me quedé mirando a Mat, después a Leo. Este último tampoco estaba mal, siendo sincera. Incluso con el antifaz podía ver que era atractivo, y en cuanto al físico, se ajustaba perfectamente a mis preferencias, igual que lo era Mat.

¿Y si me atrevía? ¿Y si me olvidaba de aquella primera y para nada satisfactoria experiencia que tuve con dos hombres y me dejaba llevar por los que tenía ahora mismo a mi lado?

Sabía cómo era Mat en este mundo y no me cabía duda de que podía confiar en él y en su amigo, dado que él me dijo que solo a él le permitiría tocarme.

Eché una última mirada a cada uno y respiré hondo antes de hablar.

—Quiero —anuncié, y los dos sonrieron.

Nos acabamos las copas y, mientras caminábamos hacia el pasillo privado, supe que acababa de cruzar una frontera.

Y que ya no quería volver atrás.

El pasillo hacia las salas privadas era más silencioso que el resto del club. La música llegaba amortiguada, como un latido lejano, y cada paso parecía resonar dentro de mí con demasiada claridad.

No iba borracha. No iba confundida. Iba consciente. Y eso lo hacía todo más intenso.

Mat caminaba a mi lado, cerca, sin tocarme, pero con una presencia tan marcada que podía sentirla en la piel. Leo iba unos pasos por delante, abriendo la puerta con la tranquilidad de quien conocía bien el terreno.

Cuando esta se abrió por completo, la sala se iluminó poco a poco.

Lo primero que vi fue la cama. Grande. Demasiado grande para una sola persona. Sábanas oscuras, suaves, invitando sin pudor. A un lado, un sofá tántrico de líneas curvas, pensado para cuerpos que no querían permanecer quietos. Frente a él, una mesa de masajes con aceites perfectamente ordenados. Y, colgando del techo, un columpio discreto pero inequívoco.

En una estantería lateral, varios juguetes reposaban como piezas de museo: elegantes, limpios, esperando ser elegidos. Había vibradores, succionadores,

fustas e incluso plumas, y me estremecí mientras pensaba en qué querrían usar esos dos hombres conmigo.

Tragué saliva.

—Es… —Empecé, pero no pude decir nada más.

Conocía todas y cada una de las salas del Club Índigo mejor que nadie y no porque las hubiera usado todas, sino porque había ayudado a Héctor a decorarlas y a poner los mejores productos al alcance de sus clientes. Y no por ello me quedaba sin aliento o sin palabras cada vez que entraba en una de ellas.

—Mucho —terminó Leo por mí, sonriendo—. Siempre lo es la primera vez.

Mat cerró la puerta con suavidad y el clic resonó en la habitación como un punto de no retorno.

—Mírame —me pidió, y lo hice—. Dime si estás bien —añadió, serio, sin rastro de sarcasmo.

—Estoy mejor que bien —respondí, y Leo soltó una risa baja.

—Me gusta cómo suena eso.

Mat se acercó despacio, muy despacio, y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, como si ese gesto fuera más íntimo que cualquier otra cosa.

—No tienes que demostrar nada —murmuró—. Vamos a tu ritmo.

Asentí.

Fue él quien me besó primero. Un beso lento, profundo. Como si quisiera memorizar mi boca. Mis manos se aferraron a su chaqueta sin darme cuenta, necesitándolo cerca, y entonces sentí unos labios recorrer mi cuello. Leo.

Su boca era distinta: más juguetona, más curiosa. No invadía. Exploraba. Me dejaba besos cortos, precisos, que me arrancaban escalofríos.

—Joder… —susurré, cerrando los ojos.

—Eso es buena señal —dijo Leo contra mi piel.

Mat sonrió sin dejar de besarme. Sus manos descendieron por mi espalda, firmes, seguras, mientras Leo recorría mis brazos, mis hombros, dejando besos que parecían preguntas.

—¿Así? —preguntó Mat, bajando la voz.

—Sí.

—¿Seguimos? —curioseó Leo.

—Por favor.

Y tras una sonrisa, ambos comenzaron a desnudarme despacio. No hubo prisas. Cada gesto estaba cargado de intención. Mat se colocó frente a mí; Leo, detrás, apoyando las manos en mis hombros con una presión suave, tranquilizadora.

Sentí dos presencias distintas rodeándome. Dos energías. Dos formas de desear.

Mat me besó de nuevo, con hambre contenida. Leo bajó sus labios por mi cuello, mi clavícula, dejando un rastro que me hacía arquearme sin querer.

—Estás temblando —observó Mat.

—No es miedo —respondí, sincera.

Leo dejó un beso rápido en mis labios. Un piquito inesperado que me hizo sonreír.

—Tranquila —dijo—. Estamos aquí contigo.

Y por primera vez en mucho tiempo, creí de verdad esas palabras.

Mis pensamientos se desordenaron. Sensaciones. Calor. Expectativa. Dos hombres atentos a cada reacción, a cada respiración acelerada.

—Dime si algo no te gusta —insistió Mat.

—Os diré si quiero más —respondí, y los dos rieron de nuevo.

Y mientras sus manos empezaban a explorarme con mayor decisión, supe que aquel momento no era solo físico.

Era una rendición consciente. Un permiso. Un incendio controlado… que apenas acababa de empezar.

Y sin darme cuenta, el tiempo dejó de tener sentido.

Solo existían las manos. Las bocas. Las respiraciones que se cruzaban y se desacompasaban para volver a encontrarse.

Ambos comenzaron a desnudarse, primero uno y después otro, mientras no me dejaban desatendida, puesto que mientras lo hacía Leo, Mat me besaba y acariciaba por todas partes, y después lo hizo Leo.

Mat se arrodilló frente a mí, despacio, como si cada movimiento fuera deliberado. Sus ojos grises me sostuvieron la mirada mientras sus manos recorrían mis muslos, firmes, cálidas, reclamándome sin prisas.

Leo seguía detrás, siempre presente. Sus labios bajaban y subían por mi cuello, mi hombro, dejando besos que no exigían nada, pero lo prometían todo.

—Respira —murmuró Mat, apoyando la frente en mi vientre—. Déjate llevar —me pidió, y lo hice.

Me dejé caer hacia atrás, sentándome y apoyando las manos en la cama. Sentí cómo Leo se acomodaba tras de mí, su pecho contra mi espalda, sus brazos rodeándome con una cercanía que no asfixiaba, que sostenía.

—Dime si quieres parar —susurró Leo, rozando mi oído, y negué con la cabeza.

—No —respondí—. No paréis.

Mat sonrió. Lo sentí más que lo vi.

Sus labios recorrieron mi piel con una devoción que me desarmó. No había prisa, no había urgencia. Era exploración. Atención absoluta. Cada reacción mía parecía importarles.

Mis pensamientos se diluyeron en sensaciones.
El calor. El cosquilleo y la absoluta certeza de no estar sola en aquello.

Capítulo 29

Iria

Las manos de Leo se deslizaron por mis brazos, bajaron lentamente, deteniéndose justo donde sabía que me haría estremecer. Su boca dejó besos dispersos, suaves, casi castos… lo que los hacía aún más provocadores.

—Estás preciosa así —dijo en voz baja—. Abierta. Presente.

Mat levantó la vista.

—Mírame.

Y lo hice con el corazón desbocado.

—Confías en nosotros —afirmó, más que preguntó.

—Sí.

La palabra salió sola. Clara. Verdadera. Y algo en su expresión cambió.

Me besó de nuevo, esta vez con más intensidad, mientras Leo deslizaba sus manos por mi vientre y las subía hasta mis pechos. Comenzó a masajearlos despacio, a pellizcarme los pezones y a besarme el cuello, haciendo que un gemido resonara en lo más profundo de mi garganta.

Aquello… Dios, aquello era algo que no podía casi ni explicar.

Cuando Mat se apartó, Leo se adelantaba lo justo para rozar mis labios con los suyos. Un beso breve, juguetón, como una chispa. Y me reí sin darme cuenta.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Leo, divertido.

—Me siento… —Busqué la palabra—. Viva.

Mat apoyó la frente en la mía.

—Eso es lo único que importa.

Las sensaciones se intensificaron. Dos ritmos distintos, dos maneras de tocarme, de provocarme, de leer cada gesto de mi cuerpo. No había competencia. Había complicidad.

—¿Así está bien? —preguntó Mat, atento.

—Bien —respondí, con la voz entrecortada—. Muy bien, de hecho.

Leo soltó una carcajada suave.

—Me encanta cuando no hay dudas.

Mis manos se aferraron a la sábana. Mi cuerpo respondía sin filtros, sin estrategias, sin máscaras. Yo, que siempre calculaba cada paso, estaba dejando que otros marcaran el ritmo… y no me asustaba. Al contrario.

Me sentía segura. Deseada. Elegida. Y mientras el placer crecía, supe que aquella noche no sería solo un recuerdo ardiente.
Sería un punto de inflexión.

Mat me cogió en brazos y me llevó hasta la mesa de masajes donde me recostó y me dio un beso en los labios. Nos quedamos mirando fijamente y escuchaba a Leo detrás de mí murmurando sobre los aceites.

—Lo tengo —dijo de pronto y cuando se acercó, desnudo y con su miembro erecto, tuve que tragar saliva—. Aceite de fruta de la pasión, todo un acierto. Después podrás darle las gracias a Héctor.

—No suelo contarle lo que hago en las salas.

—Deberías; se moriría de envidia porque tú has sido la afortunada de estar con nosotros esta noche, y él no.

—Qué cruel eres, Leo —reí.

—No le conoces bien todavía —comentó Mat, y me gustó ver que entre ellos no había egos que quisieran imponerse, sino una fuerte conexión.

—Preciosa, vas a disfrutar de la experiencia más placentera de tu vida, te lo aseguro. Que dos hombres te den un masaje es como ir al cielo.

—Por Dios —rio Mat.

—¿No se va a callar en toda la noche? —pregunté, sonriendo, mientras miraba a Mat.

—Debería haber traído una mordaza.

—Eh, que no me van esas cosas, hermano.

—¿Quieres ponerme ya el aceite y tocarme? No me voy a excitar yo sola —protesté.

—Pues me encantaría ver cómo te tocas y te corres para nosotros.

—Hacedme primero el masaje, y después ya vemos qué pasa.

—Tiene genio, me gusta —dijo Leo, y se inclinó para darme un beso rápido en los labios.

No tardó en dejar caer el aceite sobre mi vientre y, segundos después, los dos estaban masajeándome los brazos, el cuello, los pechos, bajando sus manos por mi vientre y deslizándolas por mis muslos.

Fue cuando ambos llegaron al interior de estos, justo donde se encontraba mi sexo, cuando Leo me miró primero a mí con cierta picardía en los ojos y

después miró a Mat. Y ahí empezó el verdadero significado de la palabra placer.

Me tocaron a la vez, con sus dedos deslizándose entre mis pliegues, jugando y tanteando, provocándome, excitándome. Con una mano me tocaban el clítoris de una manera tan sincronizada que no me cabía duda de que aquella no era la primera vez que lo hacían, y con la otra… Con la otra me penetraban, cada uno con un dedo, haciendo que mi cuerpo se estremeciera y un gemido tras otro saliera de mis labios.

Leo se inclinó y comenzó a lamer mi pezón, a mordisquearlo y tirar de él hasta hacerme gritar de placer, y no tardé en sentir a Mat hacer lo mismo en el otro.

Aquello no tenía nombre, de verdad que no, al menos no para mí, porque estaba sintiendo y viviendo algo que jamás pensé que experimentaría.

Incluso jugaron con mi zona más prohibida, esa que pocos había dejado tocar o probar, pero que con ellos me sentía tan bien, relajada y protegida que no tuve dudas y los dejé hacer.

Y mientras uno me penetraba con el dedo por la vagina, el otro lo hacía muy despacio por detrás con ayuda del aceite. Fueron alternando en ese juego de penetraciones y yo no me negué, todo lo contrario, les dejé hacer porque me estaba sintiendo más viva y excitada que nunca.

No tardaron en llevarme al orgasmo. Mi cuerpo se liberó por completo en ese instante de puro placer y éxtasis, arqueé la espalda y dejé que el grito resonara entre aquellas cuatro paredes que iban a ser testigos de un placer que jamás antes había experimentado.

Y tras ese momentazo que me habían regalado, Leo tuvo la idea de ir al sofá tántrico los tres justo después.

—Ven —dijo, tendiéndome la mano—. Quiero verte desde otro ángulo.

Mat no se opuso. Al contrario. Me observó con esa mirada suya, cargada de intención, mientras me levantaba con las piernas todavía temblorosas.

El sofá recogió mi cuerpo como si hubiera sido diseñado exactamente para mí. Me acomodé despacio, consciente de cada curva, de cada punto de apoyo. Leo se sentó a un lado; Mat, al otro.

Dos presencias. Dos calores distintos.

—Estás cómoda —afirmó Mat.

—Mucho —respondí.

Leo apoyó el codo en el respaldo, mirándome con descaro.

—Te queda peligrosamente bien sentirte así.

Sus palabras me recorrieron igual que sus dedos. Lentamente, sin invadir, explorando. Mat hacía lo mismo desde el otro lado, como si ambos leyeran un mapa invisible que solo mi cuerpo conocía.

—Me gusta cómo reaccionas —murmuró Mat—. No escondes nada.

—Estoy cansada de esconder —admití, y era verdad.

Y los besos se intensificaron. La boca de Mat reclamaba la mía con profundidad, con una necesidad que ya no se disimulaba. Leo besaba mi piel, mis costados, dejando besos que eran casi reverenciales.

—¿Seguimos bien? —preguntó Leo, con una sonrisa ladeada.

—Muy bien —respondí, sin dudar—. No paréis.

Las risas suaves entre ellos me envolvieron. No había celos. No había prisas. Solo una sincronía que me hacía sentir en el centro, sin presión, sin exigencias.

Mis pensamientos se dividieron notando todo lo que ocurría en esa sala.

Manos. Bocas. Respiraciones. Y, sobre todo, la certeza de que me estaban sosteniendo incluso mientras me desarmaban.

Leo me cogió en brazos y Mat se recostó en el sofá. Me mordí el labio al ver su miembro duro y erecto mientras se ponía el preservativo y, cuando Leo me acomodó sobre Mat, noté cómo me penetraba, abriéndose paso entre mis músculos vaginales.

Gemí mientras me recorría un escalofrío de pies a cabeza, cerrando los ojos y dejando caer la cabeza hacia atrás hasta que noté el hombro de Leo bajo ella.

Y mientras me movía sobre Mat, que me sostenía por las caderas, las manos de Leo jugaban con mis pezones, pellizcándolos y tirando de ellos, haciendo que el placer de ser penetrada fuera mucho más intenso.

Busqué a Leo con la mirada y él sonrió antes de besarme con una intensidad que me dejó sin palabras. Cuando me aparté, busqué la mirada de Mat y no vi nada malo, sino placer.

Seguí moviéndome sobre Mat hasta que me corrí presa del placer, y Leo no dudó en levantarme, sentarse en el sofá con un preservativo ya puesto y bajarme hasta que ambos quedamos unidos por nuestros sexos.

Mientras Leo me poseía y besaba mi cuello o mordisqueaba mis pechos, Mat pasaba la mano por mi ano con aceite, lubricando con cuidado y penetrándome con el dedo. Aquello fue tan intenso que el orgasmo que tuve me hizo gritar aún más fuerte.

Leo sonrió al ver mi cara de placer y me besó antes de permitir que Mat me cogiera en brazos y me llevara a la cama.

Una vez allí volvieron a besarme, a tocarme y hacer que me sintiera no solo viva y deseada, sino también segura y protegida.

Mat se recostó en la cama, me acomodé sobre él y comencé a moverme mientras él se aferraba a mis caderas. Nuestros ojos se encontraban una y otra vez y sentía que esa noche marcaría un antes y un después en estos encuentros nuestros.

Sentí las manos de Leo acariciando mi espalda, mis costados y mis pechos, noté sus labios dejando un beso en mi hombro y, cuando le miré, me hizo un

guiño.

Sabía lo que venía y estaba más que lista y preparada; ellos dos se habían asegurado de que así fuera.

Leo comenzó a penetrarme poco a poco por detrás; mis jadeos aumentaron y mis gemidos fueron aún más intensos al notar la presión de ser penetrada al mismo tiempo por los dos.

Había una ligera molestia, no iba a negarlo, pero el placer que sentía podía mucho más con el leve dolor.

Y nos movimos de manera sincronizada durante lo que parecieron horas, mientras Mat me penetraba por la vagina y Leo por detrás, llenándome por completo, reclamándome como su compañero de juegos.

El clímax no llegó de golpe. Se construyó. Capa a capa. Caricia a caricia. Mirada a mirada.

Mat me sostuvo la cara entre las manos, obligándome a mirarlo.

—Quédate conmigo —dijo en voz baja—. Aquí. Ahora.

Leo apoyó la frente en mi hombro.

—No te pierdas —añadió—. Estamos contigo.

Y no me perdí.

Sentí cómo el placer me recorría sin miedo, sin culpa, sin la necesidad de controlarlo todo. Mi cuerpo respondía, mi respiración se aceleraba y, por primera vez en mucho tiempo… no pensé en el después.

Solo en ese instante. En ellos. En mí.

Cuando llegó, lo hizo con una intensidad que me dejó sin palabras. Me aferré a Mat, enterrando el rostro en su cuello, mientras Leo me rodeaba con los brazos, sosteniéndome, anclándome.

No hubo urgencia tras eso. Solo respiraciones compartidas y un silencio cargado de algo más que deseo.

Me quedé tumbada un rato, mirando el techo.

El columpio se balanceaba ligeramente, casi imperceptible, como si también hubiera sido testigo de lo ocurrido. Fue lo único que no habíamos probado, además de que tampoco necesitaron juguetes para llevarle al orgasmo tantas veces como habían querido.

Mat estaba a mi lado. Leo, sentado en el borde de la cama, con una copa en la mano que había aparecido mágicamente.

—¿Sigues bien? —preguntó Mat, pasando los dedos por mi brazo.

—Sí —respondí—. Muy bien.

Leo me miró, serio por primera vez.

—Esto no te obliga a nada —dijo, y asentí.

—Lo sé.

—Ni a repetir —añadió Mat.

Sonreí.

—Eso… ya se verá.

Hubo una risa compartida, cómplice y suave, que me hizo saber que si yo quisiera, ellos dos estarían más que encantados en volver a compartirme.

Me incorporé despacio. No me sentía vacía. Ni usada. Ni confundida. Me sentía… completa. Y eso me asustó más que cualquier otra cosa.

Porque sabía que lo que había pasado allí no se quedaría entre esas paredes.

Porque Mat no era solo un hombre con el que había compartido una noche intensa. Era alguien que ya estaba demasiado dentro de mi vida, de mi mundo.

Y yo… acababa de abrirle la puerta.

Capítulo 30

Matthias

El silencio que llegó después no fue incómodo. Fue denso. Cargado. Vivo.

Me quedé unos segundos tumbado, respirando despacio, con el pulso aún alterado, consciente de cada latido como si mi cuerpo necesitara asegurarse de que seguía aquí.

A mi lado, Iria estaba de espaldas, el pelo oscuro extendido sobre la almohada, la piel aún tibia. Leo se incorporó primero, con esa naturalidad suya que siempre parecía desafiar cualquier solemnidad.

—Voy a por agua —dijo—. Ahora vuelvo.

Asentí sin mirarlo. La puerta se cerró y el sonido fue suave, casi respetuoso.

Me giré hacia Iria y la observé sin tocarla durante unos segundos más de lo necesario. Había algo en su quietud que me desarmaba. No era abandono. Era confianza.

—¿Una ducha? —pregunté en voz baja.

Ella abrió los ojos y sonrió.

—Me encantaría.

Caminamos juntos hasta el baño sin decir nada. El vapor comenzó a llenar el espacio en cuanto el agua cayó, y ese ruido constante se convirtió en una burbuja que nos aisló del mundo. Entramos despacio, como si ninguno quisiera romper lo que flotaba entre nosotros.

El agua resbaló por su espalda primero. Apoyé las manos en sus caderas sin apretarlas, solo para sentirla. Iria se recostó ligeramente contra mí, y ese gesto sencillo me golpeó más fuerte que cualquier otra cosa.

—Estás aquí —murmuré, casi para mí.

—Lo estoy —respondió—. Contigo.

Y sin poder ni querer evitarlo, besé su cuello. No con hambre, sino con intención. Con esa calma que solo aparecía cuando el deseo ya no necesitaba demostrar nada. Ella giró el rostro y nuestros labios se encontraron de nuevo, húmedos, lentos, explorándose como si el tiempo se hubiera vuelto maleable.

Mis manos recorrieron su espalda y sus hombros, memorizando cada centímetro de su piel. Ella hizo lo mismo conmigo, sin prisa, sin urgencia, como si estuviéramos aprendiendo un idioma nuevo hecho de piel y respiración.

—Me gusta así —susurró—. Sin ruido.

—A mí también.

Nos besamos bajo el agua, dejando que el calor nos envolviera, que el vapor borrara los contornos, que las caricias fueran juego y refugio a la vez. Y no, ninguno de los dos paró ni evitó lo que irremediablemente iba a ocurrir.

Mis manos recorrieron su cuerpo hasta adentrarse entre sus piernas. Iria gimió en mi boca y noté cómo se estremecía bajo mi cuerpo y no precisamente porque tuviera frío, sino porque su cuerpo reaccionaba a mi tacto como si me perteneciera.

Comencé a jugar con su clítoris, a pellizcarlo y hacer que jadeara y se excitara de nuevo. La penetré con dos dedos y noté cómo me clavaba las uñas en los brazos. Me aparté rompiendo el beso y, sin dejar de mirarla, me

arrodillé ante ella. Coloqué una de sus piernas flexionada sobre mi hombro y devoré su sexo con avidez, con hambre, como si fuera un náufrago en mitad de una isla desierta en busca de agua que me calmara la sed.

Iria se movía contra mi boca, gemía y se estremecía y entrelazaba los dedos en mi cabello, dando leves tirones cuando el placer la arrastraba más allá de esa ducha.

No me detuve hasta que se corrió en mi boca con fuerza y un grito que tan solo fue amortiguado por el agua de la ducha cayendo.

Cuando me incorporé, me sorprendió atrayéndome con un movimiento rápido hacia ella para besarme con hambre y necesidad, con urgencia, como si quisiera cerciorarse de que aquello estaba pasando de verdad, que yo estaba ahí con ella.

La cogí en brazos, llevé sus piernas alrededor de mis caderas y la penetré con una certera y profunda embestida. Iria rompió el beso y dejó caer la cabeza hacia atrás gritando al sentirme tan dentro, llenándola por completo.

Y mientras yo la penetraba con fuerza, necesitando ese momento para mí solo, disfrutando de ella, viéndola gemir y gritar, dejándose llevar por lo que la hacía sentir, algo en mi pecho cambió de un modo que no supe o no quise identificar.

Iria me miró con los ojos brillantes bajo el antifaz, cargados de deseo y placer a partes iguales, y me volvió a besar con ese hambre que yo mismo sentía en ese instante.

—No pares, Mat —dijo entre jadeos.

—No pensaba hacerlo, pequeña.

—Sigue, fóllame —suplicó—. Fóllame, Mat.

Ahora sí que no me quedaba ninguna duda de que la mujer que se deshacía entre mis brazos mientras la follaba era perfecta para mí, perfecta dentro de este mundo que había formado parte de mi vida desde hacía años.

Seguí penetrándola más rápida y profundamente cada vez, observándola, contemplando sus mejillas sonrojadas por el placer, bebiéndose sus gemidos y jadeos y disfrutando del modo en el que a veces gritaba cerca de mi oído. Eso era simplemente perfecto, y fue lo que me llevó a hacer que ambos llegáramos al clímax. Dejé que ella lo alcanzara primero y, cuando sentí que su cuerpo quedaba laxo entre mis brazos, me retiré y me corrí.

No sabía qué me ocurría con ella, pero perdía de tal modo el control que ni en protección pensaba en estos momentos.

Cuando salimos, envueltos en toallas, Leo ya estaba de vuelta, apoyado en el marco de la puerta.

—Vale —dijo—. Prometo no hacer comentarios incómodos… todavía.

Iria rio y yo negué con la cabeza.

Y mientras Leo entraba en el baño para darse una ducha, ella y yo empezamos a vestirnos despacio. Hasta que no pude más por la curiosidad y me acerqué a Iria.

—Quiero preguntarte algo —dije, más serio de lo que pretendía.

Ella alzó la mirada.

—Dime.

—Quiero saber cómo estás. De verdad. Si lo has disfrutado. Si te ha gustado. Si ha habido algún momento… incómodo.

No apartó los ojos de los míos; al contrario, se acercó un paso más. Levantó la mano y me acarició la mejilla con una suavidad que me desarmó.

—Ha sido mejor que la primera vez —dijo—. Me he sentido cuidada todo el tiempo.

Algo se me aflojó en el pecho y la besé. Despacio. Profundo. Sin testigos…

Hasta que, de forma instintiva, ambos hicimos el mismo gesto: llevar la mano al antifaz del otro.

Nos detuvimos al mismo tiempo.

—Eh —intervino Leo, aclarándose la garganta—. Si ibais a poneros sentimentales, deberíais haberme avisado para no salir —dijo, y nos reímos.

Finalmente, y tras esa leve interrupción, no nos quitamos las máscaras, pero no me cabía duda de que los dos habíamos querido hacerlo.

Terminamos de vestirnos los tres y salimos de la sala rumbo al bar, con esa sensación extraña de haber compartido algo que no se explicaba, pero que pesaba. Y, sobre todo, que no se olvidaba fácilmente.

El bar del club tenía otra energía a esas horas. Más ruido. Más cuerpos. Más miradas que no se sostenían demasiado tiempo. El alcohol corría con facilidad y las risas se mezclaban con la música como una cortina constante que lo envolvía todo.

Nos sentamos en uno de los laterales, lejos del centro. Prefería observar antes que ser observado.

Pedí whisky. Iria, un cóctel. Leo se limitó a decir “lo de siempre” y el camarero asintió como si no hiciera falta más explicación.

Los miré a los dos durante un instante.

Iria estaba relajada. El gesto tranquilo. La sonrisa sincera. Había algo distinto en ella. No era solo satisfacción. Era apertura. Y eso… me descolocó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me gustó verla así. Me gustó demasiado. Pero al mismo tiempo, algo dentro de mí se revolvía al recordar ciertos momentos de la sala. Instantes breves en los que había sentido el impulso irracional de apartar a Leo. De quedármela solo para mí. De borrar cualquier otra mano que no fuera la mía. Pero no lo hice.

Porque no tenía derecho. Porque había sido una elección compartida. Porque no sabía, al menos todavía, qué lugar ocupaba ella en mi vida.

Leo fue el primero en romper el silencio.

—Bueno —dijo, levantando la copa—. No sé vosotros, pero yo repetiría.

Iria soltó una carcajada.

—Si alguna vez tuviera que volver a estar con dos hombres —respondió sin pensarlo demasiado—, sin duda sería con vosotros.

Leo me miró entonces y elevó las cejas en un gesto divertido y provocador.

—Creo que le gusto a tu chica, hermano. Cuidado no te la vaya a quitar —dijo con su habitual humor, y los tres nos reímos.

Sí, yo también, pero mi risa llegó un segundo más tarde. Porque algo en ese comentario no me gustó, y seguía sin saber por qué.

Di un sorbo al whisky y fue entonces cuando lo sentí. Esa presión en la nuca. Esa certeza incómoda. Como si alguien me estuviera observando desde algún punto ciego del local.

Levanté la vista, recorriendo el bar lentamente. Máscaras. Sombras. Cuerpos anónimos. Nada. Y, aun así, la sensación no desapareció.

—¿Estás bien? —preguntó Iria, inclinándose hacia mí.

—Sí —respondí, sin apartar la mirada de la sala—. No te preocupes.

Mentí porque no quería dar explicaciones, y porque era absurdo que me sintiera observado en un lugar en el que nadie podía reconocerme.

Héctor apareció de repente junto a la barra, serio, alerta.

—Hay una emergencia en una de las salas —dijo, y Leo frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Uno de los clientes se ha pasado con una de sus chicas.

Iria se levantó de inmediato.

—Voy contigo.

Y se fueron casi corriendo, dejando tras de sí un vacío que noté más de lo esperado.

—¿Esto pasa a menudo? —pregunté mirando a Leo, que negó con la cabeza.

—No —respondió—. Pero ya sabes cómo va esto. Un par de copas de más, y alguno cree que el consentimiento es opcional —suspiró—. Siempre hay imbéciles.

Asentí, y volví a mirar alrededor porque la sensación de que me estaban observando seguía ahí.

—Tengo la impresión de que alguien me observa —dije en voz baja.

Leo soltó una risa breve.

—Será una mujer interesada en jugar contigo.

Negué despacio.

—Puede que a Iria le apetezca jugar con otros —admití—. Pero yo no voy a hacerlo. No aquí. No con ella en este club.

Capítulo 31

Matthias

Volví a recorrer la sala con la mirada. Nada. Y aun así… Ese malestar me arrastró sin permiso a otro tiempo. A otros lugares. A noches en las que dormir significaba exponerte. A miradas invisibles tras barrotes. A la certeza de que alguien podía decidir que no vieras un nuevo amanecer.

En prisión aprendí a mantener la calma. A no reaccionar. A dormir con un ojo abierto. El cuerpo siempre recordaba cosas que la mente intentaba enterrar.

Apreté el vaso entre los dedos. El Club Índigo no era una cárcel. Pero esa noche… algo había despertado.

Y no estaba seguro si venía del exterior. O de mí mismo.

No me moví del sitio, pero mi atención ya no estaba en el bar. La música seguía sonando, la gente seguía bebiendo, riendo, tocándose como si nada hubiera ocurrido, pero yo estaba en otro lugar. En alerta.

Leo lo notó.

—No te rayes —dijo, aunque bajó la voz—. Héctor es serio con estas cosas. No dejará que vaya a más.

Asentí, pero no respondí. Mi mirada volvía una y otra vez al pasillo por el que se habían ido Iria y Héctor.

No me gustaba que hubiera ido ella. No porque dudara de su capacidad; sabía mejor que nadie lo fuerte que era, sino porque había algo en la idea de que alguien hubiera cruzado un límite con una mujer bajo ese techo que me revolvía el estómago.

Y porque temía que pudiera volver a pasar y que esa mujer fuera Iria.

El tiempo se estiró. Cinco minutos. Diez. Entonces la vi aparecer.

Caminaba deprisa, con los hombros tensos y el rostro serio. Héctor iba a su lado, hablando en voz baja; con ese gesto que no dejaba lugar a dudas, estaba conteniendo la rabia.

Me levanté antes de darme cuenta. Iria alzó la vista y me vio. Por un segundo, muy breve, su expresión cambió. No fue miedo. Fue algo más sutil. Alivio.

—¿Está todo controlado? —pregunté cuando llegó a nuestra altura.

—Sí —respondió ella—. Ya se han hecho cargo los de seguridad. La chica está bien.

—¿Y tú? —insistí.

Me miró como si no esperara la pregunta. Luego asintió.

—Sí. Estoy bien.

Pero no del todo. Lo vi en la rigidez de su postura, en la forma en que apretaba los dedos alrededor del vaso que Héctor le había dado. Me acerqué un poco más, sin tocarla, respetando su espacio, pero dejándole claro que estaba ahí.

—Si quieres irte… —Empecé, dispuesto a ofrecerme a llevarla a su casa aunque eso supusiera ir todo el camino con los antifaces puestos.

—No —me cortó—. Solo necesito un minuto.

Leo intervino, más suave de lo habitual.

—¿Seguro?

—Seguro —repitió ella.

Nos sentamos de nuevo, pero estaba claro que el ambiente había cambiado. No era incómodo, pero sí más serio. Más real.

Di un sorbo al whisky sin apartar la vista de la sala. Y entonces lo vi.

No fue una certeza clara. Fue un detalle fuera de lugar. Una quietud extraña en medio del movimiento. Al fondo, cerca de una de las columnas, alguien permanecía demasiado inmóvil.

La máscara era neutra. Oscura. Nada llamativo. Pero su cabeza estaba ligeramente ladeada en mi dirección.

—Leo —murmuré—. ¿Ves a ese tipo?

Siguió mi mirada sin que nadie lo notara.

—¿Cuál?

—El de la columna.

Tardó unos segundos más de lo normal en responder.

—No lo reconozco.

Eso no significaba nada. El club estaba lleno de caras que no se repetían. Aun así, la sensación volvió con fuerza. Esa presión antigua. Ese recuerdo corporal que no se equivocaba.

La cárcel no te enseñaba a confiar en lo que veías. Te enseñaba a confiar en lo que sentías.

—¿Te pasa algo? —preguntó Iria, inclinándose hacia mí.

La miré. Sus ojos verdes seguían siendo claros, directos. Demasiado abiertos para un lugar como aquel.

—Nada importante —mentí—. Solo estoy cansado.

No le gustó la respuesta; lo vi en su gesto.

—Mat…

—De verdad —insistí—. Estoy bien.

Pero no lo estaba. Porque mientras hablábamos, el hombre de la columna se movió. No hacia nosotros. No de forma evidente. Solo lo suficiente para desaparecer entre la gente.

Y con él se fue la certeza visual. No la sensación.

—Creo que debería irme —dije al final, más firme, mirando a Leo.

—Sí, la noche ha sido perfecta y agotadora —contestó él y le hizo un guiño a Iria.

—Yo me quedo hasta el cierre para ayudar a Héctor —dijo Iria, y asentí.

Me acerqué, la miré un segundo más de lo normal y, tras acariciar su mejilla, le di un beso en los labios.

—Buenas noches, pequeña —murmuré sin apartar la mirada de ella.

—Buenas noches —sonrió.

Mientras caminaba hacia la puerta, una idea me golpeó con una claridad incómoda: No todo lo que volvía del pasado lo hacía para pedir explicaciones.

Algunas cosas regresaban para cobrar cuentas pendientes. Y aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, sentí que el peligro no era una hipótesis.

Era una posibilidad real.

Salí del club solo, y el aire nocturno me dio un golpe frío, suficiente para despejar la cabeza y al mismo tiempo encenderme la sangre. El calor del interior todavía persistía en la piel, un recordatorio de lo que había ocurrido,

de lo que había sentido. De cómo Iria había estado allí, entre Leo y yo, entregada, confiada… y a la vez tan infinitamente provocadora que me costaba no quererla toda para mí.

Conducía en silencio por calles apenas iluminadas. Miraba los edificios sin realmente verlos. Todo estaba filtrado a través de la sensación de vigilancia que no se iba. Esa presión sutil en los hombros, el eco de unos ojos que parecían seguirme incluso entre la gente.

No era paranoia. Lo había sentido antes.

Y en ese momento me golpeó un recuerdo. El de una noche hacía años, mucho antes de todo esto.

Un club, distinto, más oscuro, más crudo. Una chica se había cruzado en el camino de un hombre que no sabía dónde estaba el límite. Nadie intervino a tiempo y acabó en urgencias. Apenas consciente, con el cuerpo cubierto de moretones, el miedo reflejado en cada respiración entrecortada.

Esa escena me había marcado. Me recordó que el control no era un regalo; era una obligación. Y yo siempre había sabido mantenerlo. Nunca había fallado. Nunca dejaría que eso me sucediera a mí… ni a los que me importaban.

Pero la sensación ahora era distinta. Esta vez no estaba el caos visible. Solo estaba la certeza silenciosa de que alguien estaba observando.

Llegué a mi ático y desde el salón podía ver cómo la ciudad brillaba bajo mis pies. La noche en Madrid extendiéndose en luces amarillentas, en reflejos sobre el río, en ventanas que guardaban secretos que yo no conocía.

Me serví un whisky doble, sin hielo. Me acerqué al ventanal y lo sostuve con una mano mientras la otra descansaba sobre el cristal. El aroma de la bebida me calmaba, pero no apagaba la alerta que recorría mi espina dorsal.

Saqué el móvil y marqué el número de Daniel. Necesitaba corroborarlo, racionalizarlo, aunque sabía que la sensación no estaba equivocada.

—Daniel —dije cuando respondió—. Necesito tu opinión. Tengo la sensación de que alguien me sigue. Alguien observa mis movimientos. Puede que sea la policía, o alguien más…

Hubo un silencio al otro lado. Luego su voz, firme pero cautelosa:

—Mat, no seas idiota. La policía no está siguiendo tus pasos para ver si vuelves a… ya sabes. Eso no es posible.

—No lo descarto —le respondí—. Pero quiero que lo compruebes. Habla con los dos policías que siguen mi caso en la sombra. Si hay algo, que me lo hagan saber.

—Está bien —dijo—. Lo haré. Pero no te obsesiones. Y procura dormir.

Colgué y apoyé la frente contra el cristal, mirando Madrid de noche. La ciudad respiraba tranquila bajo la luz artificial, pero yo sabía que lo que acababa de ocurrir en el club no era simple diversión. Era un recordatorio de que los límites existían, y que no todos los respetaban.

Pensé en Iria. En lo poco que había faltado para poder verle el rostro sin el antifaz, para descubrir esa expresión completa, sin barreras. Leo había aparecido en el momento exacto, interrumpiendo, y lo agradecí y lo maldije a la vez. Porque quería quedarme un instante más con ella, explorando lo que sus labios, su cuerpo, su mirada me habían prometido.

Y también quería más. No solo sexo, no solo juego. Quería conocerla. Saber quién era detrás de esa inteligencia calculadora y esa sensualidad contenida. Por primera vez en mucho tiempo, alguien me interesaba de verdad.

El whisky se acabó, pero no la tensión en mi pecho. No la imagen de sus ojos verdes encontrando los míos. Ni la sensación de que esa noche había comenzado algo que no podía controlar.

Esperaba que hubiera una segunda oportunidad. Que pudiera volver a verla así. Entregada, confiada, deseando jugar, que me permitiera ver su rostro bajo el antifaz y que nadie nos interrumpiera.

Miré la ciudad un momento más. Y por primera vez en mucho tiempo, me permití pensar en algo distinto de supervivencia, de control, de vigilancia. Pensé en Iria.

Sí, pensé en ella y en lo que todavía podía venir.

Capítulo 32

Iria

Llegué al edificio de *Eisenhart & Wolf Global Solutions* en el taxi que me había recogido en casa apenas hacía media hora, mientras el frío de febrero golpeaba la cara.

El lunes siempre era un lunes más, pero aquel tenía un matiz distinto: Alemania, reuniones importantes, una semana lejos de todo lo que me hacía sentir segura en Madrid, y, por supuesto, mi pequeña.

Me despedí de Héctor y de la niña temprano, con la sensación de que la voz de ella me acompañaría todos los días a través del teléfono, que inevitablemente me haría sonreír y, a veces, suspirar.

Entré en el *hall* principal y saludé con una sonrisa a la recepcionista. La mañana estaba en pleno auge; la gente caminaba rápido, con agendas llenas y auriculares en la oreja. Pero yo tenía otra energía: concentrada, profesional, pero con un cosquilleo anticipado que no era solo por el viaje. Era una mezcla de responsabilidad y curiosidad.

Subí al despacho de mi jefe directo, Jaime, y él me esperaba con su sonrisa habitual.

—Buenos días, Iria —dijo—. ¿Lista para la semana que viene?

Asentí, consciente de la confianza que me transmitía con solo mirarme.

—Más que lista, Jaime. Lo tengo todo preparado para la reunión con la sede.

—Confío en ti —me dijo, apoyando una mano en el respaldo de su silla—. Sé que lo vas a hacer genial.

Su confianza me dio un pequeño impulso. No solo era profesionalidad, era la sensación de que alguien creía en mí de verdad. Sonreí.

—Gracias. Haré que el gran jefe no se arrepienta.

Me despedí de él y subí al ascensor para ir hasta la última planta del edificio, donde debía encontrarme con el jefe para ese viaje al que íbamos a ir juntos.

Al llegar, su secretaria me sonrió y me dijo que me estaba esperando. Caminé hacia el despacho del señor Eisenhart, llamé y, cuando se abrió la puerta, allí estaba él, acompañado del señor Wolf. Verlos juntos me hizo recordar por qué aquel lugar era una mezcla de orden y caos, seriedad y humor: el equilibrio perfecto entre rigor empresarial y diversión controlada.

—Señorita Souto, justo a tiempo —dijo el señor Eisenhart, con su voz grave y medida—. Tenemos mucho que repasar antes de salir.

El señor Wolf me saludó con esa sonrisa canalla que siempre parecía desafiar la formalidad.

—¿Lista para sobrevivir a una semana con él? —preguntó con un tono provocador mientras le señalaba con un leve gesto de cabeza.

—Siempre —respondí, intentando que mi voz sonara segura y firme.

Comenzamos con la conversación profesional. Jaime, al otro lado del teléfono, expuso los puntos clave que debíamos tratar en Alemania: estrategias de expansión, resultados financieros del último trimestre, innovación tecnológica y algunos ajustes en los proyectos internacionales. Mientras hablábamos, el señor Wolf soltaba comentarios inesperados, bromas sutiles que hacían que la seriedad del momento se suavizara sin restar importancia al trabajo.

Hasta que me hizo una pregunta que no esperaba cuando terminamos la reunión y nos quedamos los tres en el despacho del señor Eisenhart.

—¿Va a echar de menos a su pequeña esta semana, señorita Souto? —preguntó, ladeando la cabeza con picardía.

Sonreí, divertida por la pregunta en medio de ese ambiente corporativo:

—Probablemente no —dije—. Seguro que me llama todos los días, y eso ocupará todo mi tiempo libre.

El señor Wolf soltó una carcajada. El señor Eisenhart, por su parte, me miró con esa mirada penetrante, como si quisiera leer algo más allá de mi fachada profesional.

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

La pregunta me hizo sonreír, no por la curiosidad del momento, sino por lo complicado que era resumir mi vida en una respuesta rápida.

—No… y a medias —dije, con un guiño—. Pero es una historia larga.

—Perfecto —dijo él—. Tienes una semana entera para contármela.

Nos despedimos del señor Wolf con más bromas y risas, y después bajábamos hasta el parking para coger el coche del señor Eisenhart. El ambiente era ligero, pero yo sentía bajo mi piel la seriedad de lo que nos esperaba.

Mientras nos dirigíamos al aeropuerto, repasé mentalmente la agenda, los nombres de los directivos alemanes, los puntos de negociación, los posibles escenarios… y también la sensación de estar a punto de vivir otra experiencia que sería, de alguna manera, única.

El viaje iba a comenzar, y yo estaba lista para asumirlo, consciente de que cada palabra, cada gesto, cada decisión, contaría.

Llegamos al aeropuerto y el frío seguía allí, pegado a la piel, pero el ambiente dentro del hangar de la empresa me hizo olvidarlo al instante. Un

coche nos esperaba para acercarnos al avión privado; el interior del hangar estaba impecable, y la sensación de control absoluto que desprendía cada detalle me recordó por qué me sentía tan cómoda trabajando con *Eisenhart & Wolf*.

Subimos a bordo del jet y fui recibida por un azafato y una azafata con una sonrisa profesional, acompañada de una bandeja de desayuno perfectamente dispuesto: croissants, frutas, zumo recién exprimido, café y algunos detalles que parecían pensados para que empezara el viaje con calma. El comandante y su ayudante nos saludaron cordialmente, deseándonos un buen vuelo.

—Gracias —dije, acomodándome en el asiento—. Todo esto es… impecable.

El señor Eisenhart tomó asiento frente a mí, y sentí su mirada sobre mí, haciendo que me estremeciera. No era mi primer viaje por trabajo con alguno de los jefes, pero este hombre… Este hombre imponía por lo frío que era y por su porte.

—Señorita Souto —comenzó mientras tomaba un sorbo de café—, quiero que sepa que, según mi socio, es usted uno de los activos más valiosos de *Eisenhart & Wolf Global Solutions*. Haber llegado a un cargo como el suyo a tan temprana edad no es algo que pase todos los días.

Sonreí, tratando de que la mezcla de orgullo y presión no se notara en mi voz.

—Lo sé —dije—. Pero eso también hace que la presión sea mayor. No puedo permitirme fallar.

—Ni lo hará —dijo con seguridad, y algo en su mirada me hizo sentir que realmente creía en ello.

—A pesar de haber estado unos meses ausente, trabajaba desde casa cuando podía. Ayudando al señor Wolf o a mi jefe directo, Jaime. Eran trabajos de oficina fáciles y compatibles con mi ausencia —sonreí.

Porque era cierto; aunque esos meses fueron complicados, nunca dejé de estar pendiente de los proyectos.

—¿Estuviste enferma o convaleciente? —preguntó con curiosidad.

Exhalé, consciente de que había llegado el momento de sincerarme.

—Mi mejor amigo quería ser padre —dije, y vi cómo su ceño se arqueaba ligeramente—. Me lo pidió a mí, y acepté encantada. Me quedé embarazada y trabajé hasta el octavo mes. Reincorporarme cinco meses después fue duro, pero lo hice. La niña nació de mí, pero no soy su madre: soy su tía. Mi mejor amigo y la niña son mi única familia.

El señor Eisenhart me miró un instante, como si evaluara cada palabra, pero con respeto y sin juicio.

—Entonces —dijo finalmente—, no tiene a sus padres cerca, o a cualquier otro familiar.

—Ese capítulo de mi vida —respondí con una sonrisa leve—, se lo contaré en otra ocasión. Y si hay vino de por medio, mucho mejor.

Él sonrió, un gesto genuino y un tanto cálido, que contrastaba con la imagen imponente que siempre proyectaba.

—Entonces estaré encantado de que cene conmigo el miércoles. Además, después de la reunión, necesitaremos vino.

El resto del vuelo transcurrió entre desayunos ligeros y conversaciones profesionales, mezcladas con detalles sobre mi trabajo y mis logros. La sensación era de colaboración, de confianza, pero también de anticipación: algo grande nos esperaba en Frankfurt, y los dos lo sabíamos.

Yo, por mi parte, trataba de memorizar cada gesto, cada detalle del avión, cada mirada, porque el viaje no era solo una cuestión de trabajo; también era una oportunidad de observar, de entender y de anticipar cómo nos moveríamos en ese entorno profesional y social.

Mientras tomaba un sorbo de zumo, no pude evitar pensar en la niña, en Héctor, en cómo mi pequeña me llamaría cada día, y en cómo, a pesar de la distancia, todo aquello que dejaba en Madrid formaba parte de mi fuerza para estar allí, frente al CEO y los directivos más importantes de la compañía, lista

para demostrar lo que valía y, de paso, mantener un poco de humor en medio de la seriedad.

Al aterrizar en Frankfurt, el frío me dio la bienvenida con la misma firmeza que había dejado atrás en Madrid. Sin embargo, no me importó demasiado; un coche de la empresa nos estaba esperando, elegante, negro, impecable, y con chófer profesional que nos abrió las puertas sin decir palabra. La puntualidad y la discreción en estos viajes siempre me dejaban una sensación de calma contenida, como si nada pudiera sorprenderme mientras el mundo siguiera su curso dentro de esos márgenes de control.

Me acomodé en el asiento trasero, cruzando las piernas y respirando hondo. Me recordé a mí misma que estaba allí por trabajo, aunque no podía evitar sentir un hormigueo de anticipación por todo lo que nos esperaba. Frankfurt no era solo la sede; era un tablero en el que cada movimiento contaba y cada decisión podía marcar la diferencia.

El viaje al hotel fue silencioso en su mayor parte, interrumpido solo por las indicaciones del señor Eisenhart sobre la agenda del día siguiente. Cuando llegamos al hotel, un edificio moderno y elegante, el registro fue rápido y eficiente. Nos dieron las tarjetas de acceso a nuestras suites, una formalidad que no dejaba de tener un toque de lujo y confort.

—Señorita Souto, esta será la suya —dijo la recepcionista, entregándome la tarjeta con una sonrisa profesional.

El señor Eisenhart y yo subimos en el ascensor hasta la octava planta, donde estaban reservadas las suites, y tras despedirnos en la puerta, quedando en vernos al día siguiente para asistir juntos a la reunión, abrí la puerta y entré en la suite.

En cuanto crucé el umbral, me detuve un momento en la puerta, tomando conciencia del espacio.

Cada detalle estaba pensado con una elegancia minimalista que combinaba blanco y negro, líneas puras y superficies impecables. La cama era enorme, con sábanas suaves y acolchadas, invitando a relajarse después de un día largo. Una terraza daba al exterior, con unas vistas a la ciudad que eran espectaculares La bañera era enorme, con espacio suficiente para perderse, y

el baño estaba equipado con todos los accesorios que uno pudiera imaginar. Todo estaba impecable, casi demasiado perfecto para ser real, pero lo suficiente para que me sintiera cómoda y profesional a la vez.

Me dejé caer en la cama un instante, cerrando los ojos y respirando. Saqué el móvil y llamé a Héctor, ansiosa por compartir cómo había sido el viaje hasta ahora y, sobre todo, para mantener un vínculo que me calmara antes de enfrentar la intensidad de Alemania.

—Hola, cariño —dijo con una sonrisa que sentí incluso a través de la línea.

—Hola, preciosa —respondió Héctor, con su voz cálida y un deje de humor que siempre lograba aliviarme—. ¿Cómo va el viaje?

—Pues… sorprendentemente bien —dije, acomodándome mejor en la cama—. El señor Eisenhart va a resultar que es hasta un poquito simpático.

Héctor se rio, y esa risa me hizo sonreír aún más.

—A ver si al final vas a acabar teniendo una noche loca a la alemana con tu jefe —bromeó Héctor.

—Mucho vino tendría que darme para que eso pasara —repliqué, divertida.

—Entonces más te vale beber solo agua —dijo él, riéndose también.

Nos despedimos después de un rato charlando con un “te quiero” y el recordatorio de disfrutar del viaje. Héctor añadió, con esa mezcla de preocupación y humor que lo caracterizaba:

—Además de trabajar, intenta disfrutar un poco. Y cuidado con tu jefe, ¿eh?

—Y dale, que no me voy a acostar con el señor Eisenhart.

—Joder, si es que hasta eso de “señor” impone. Nena, que la erótica del poder llama mucho.

—En serio, que no me voy a acostar con él.

—Nunca digas de esta agua no beberé, cariño, que ya sabes que la sed es muy mala —respondió, riéndose con complicidad.

Colgué el teléfono y me quedé tumbada en la cama, mirando al techo, con la sensación de que todo estaba en su lugar. Ante todo, era profesional. Alemania no era Madrid, ni un club secreto ni un lugar para juegos; era la sede central de una multinacional, y mi objetivo era trabajar, aportar, demostrar que la confianza depositada en mí no estaba equivocada.

Me obligué a recordar que cada gesto, cada conversación, cada decisión que tomara esa semana podía marcar mi posición en la empresa. Y, aunque el señor Eisenhart era un jefe exigente y una fuerza de la naturaleza impredecible, yo estaba preparada. Mi experiencia, mi estrategia, mi inteligencia y mi capacidad de mantener la calma serían mi mejor arma.

Sin embargo, no podía evitar pensar en el pequeño escalofrío de complicidad que había sentido en Madrid con él, en cómo había manejado la tensión y el deseo, y en la curiosidad que me producía mi jefe. Una parte de mí sabía que debía mantener límites claros, que no era momento de explorar ni confundir sensaciones. Pero otra parte, más privada, más instintiva, no podía evitar recordar la intensidad con la que me había mirado en su despacho y cómo algunas emociones todavía me recorrían con una fuerza inesperada.

Me incorporé lentamente, caminando hacia la terraza. La ciudad brillaba y el aire frío de Frankfurt me recordó que estaba lejos de casa, lejos de la rutina, pero lista para demostrar de lo que era capaz.

Respiré hondo, consciente de que cada decisión contaría, que cada interacción sería observada y evaluada. Y, ante todo, me recordé a mí misma que, aunque las tentaciones pudieran aparecer, mi prioridad seguía siendo ser la profesional que siempre había luchado por ser.

Capítulo 33



Matthias

La suite del hotel era un espacio que hablaba de lujo y discreción sin necesidad de exageraciones. Cada elemento había sido elegido con cuidado: los muebles en tonos oscuros combinaban con las paredes de un gris profundo y las luces indirectas dibujaban un ambiente sobrio, elegante y sofisticado.

La cama, enorme y cubierta con sábanas de hilo, parecía flotar sobre un suelo de madera pulida; un escritorio minimalista, de acero y cristal, ocupaba un rincón, perfectamente alineado con la ventana que ofrecía una vista panorámica de la ciudad y la vida que tenía Frankfurt a esas horas de la mañana. Un amplio vestidor, una bañera independiente y una ducha de cristal completaban un espacio que transmitía orden y tranquilidad, aunque también una sensación de vigilancia silenciosa.

Me dejé caer en un sillón junto al ventanal, con el móvil en la mano. Había algunos mensajes de Leonhard. Leí el primero, con una sonrisa ladeada.

Leo: *¿Cómo ha ido el viaje? Seguro que la señorita Souto te ha contado lo de la niña. Me habría gustado ver tu cara al saber que no es su hija, sino de su mejor amigo, y que ella es más tía que madre.*

No pude evitar responderle.

Mat: *Sí, me pilló por sorpresa, pero no hay duda: algo así solo lo hace alguien que ama a quien se lo ha pedido. Además de profesional, inteligente,*

mordaz y testaruda, tiene un corazón de oro. Y sí, creo que es cariñosa, más de lo que parece.

Leo: *No sabes hasta qué punto. Cambiando de tema: te envío unos dosieres revisados para la reunión de la sede. Hora de brillar, hermano.*

Asentí mientras repasaba mentalmente los archivos que me había enviado. Hacía años que no pisaba Frankfurt, que no volvía a la sede de *Eisenhart & Wolf Global Solutions*, y aun así sentía la familiaridad del lugar a través de cada mensaje, cada número, cada gráfico.

Guardé el móvil y me puse de pie, recogiendo las cosas que necesitaba para la reunión: maletín de cuero, documentación y, por supuesto, mi semblante de control absoluto que nadie debía cuestionar.

Mientras ajustaba la corbata frente al espejo, repasando cada detalle de mi presencia, recordé la primera vez que había cruzado la puerta de esa sede.

Era diferente entonces, joven y ambicioso, con la presión de demostrar que podía ocupar un lugar que otros creían demasiado grande para mí. Ahora regresaba con otra perspectiva: experiencia adquirida, errores aprendidos y la certeza de que, como un ave fénix, debía resurgir de las cenizas de los últimos cinco años perdidos.

Bajé a la calle, donde el chófer esperaba con el coche de la empresa. Negro, impecable, silencioso como todo lo que rodeaba a *Eisenhart & Wolf*. Subí y, mientras nos dirigíamos hacia la sede, me permití unos instantes de reflexión.

Frankfurt se extendía ante mí, un entramado de acero, cristal y luces que me recordaba a mi propia vida: estructuras firmes, planes calculados, espacios donde cada movimiento debía ser medido.

El viaje hasta la sede fue breve, pero suficiente para organizar mentalmente lo que iba a decir y cómo quería que me percibieran. Los directivos esperaban que volviera no solo como un líder, sino como el CEO que podía devolver estabilidad y orden a la empresa. No había margen para errores; cada palabra, cada gesto contaría.

Llegar a la sede significaba más que un simple traslado. Era volver a mi mundo, el mundo que había dejado atrás, y al mismo tiempo, enfrentarlo con la certeza de que debía reclamar mi lugar. Como siempre, la mezcla de tensión y anticipación me resultaba estimulante, una chispa que encendía cada fibra de mi ser.

El edificio de la sede de *Eisenhart & Wolf Global Solutions* se alzaba como un monumento a la modernidad y al poder. Acero pulido, cristal reflectante y líneas rectas que se mezclaban con tonos negros, grises y verdes de las numerosas plantas que decoraban las terrazas intermedias. Desde el coche, contemplé la fachada mientras avanzábamos hacia la entrada principal, y por un instante me sentí extraño: era volver a un lugar que conocía como la palma de mi mano, pero que, al mismo tiempo, parecía nuevo. Como si el tiempo hubiera renovado cada rincón sin cambiar su esencia.

Al bajar del coche, los empleados que pasaban por la entrada me reconocieron inmediatamente. Sonrisas, saludos discretos, miradas que reflejaban respeto y curiosidad a partes iguales. Había quienes habían trabajado conmigo antes de mi ausencia y quienes apenas me conocían por referencias de Leonhard, pero todos parecían medir mi regreso con la misma mezcla de expectativa y deferencia.

Entré por el *hall* principal, amplio y luminoso, con suelos de mármol y una escalinata que ascendía hacia el primer piso, donde se distribuían las oficinas. La sensación de control y familiaridad me recorrió, recordándome que aquel era mi lugar, aunque los años me hubieran apartado de él. Cada paso era medido, cada gesto calculado: no podía permitirme ningún descuido.

Subí al ascensor hasta la planta quince, donde se encontraba mi despacho, y mientras las puertas se cerraban, dejé que la mirada se perdiera en la ciudad. Frankfurt se extendía a mis pies, luces diminutas que dibujaban calles, ríos y edificios en un mapa que me resultaba casi tan conocido como mi propio reflejo. Recordé noches de trabajo interminables, reuniones que se alargaban hasta la madrugada y paseos solitarios por la ciudad, pensando en estrategias, en planes, en decisiones que debían tomarse sin margen de error.

Al abrir la puerta de mi despacho, la recibí con un suspiro contenido. Otra vez estaba de vuelta. Todo debía volver a ser como era antes de mi ausencia: control absoluto, precisión milimétrica y la certeza de que cada movimiento

contaría. El escritorio estaba impecable, como siempre, con las pilas de documentos perfectamente alineadas, un teléfono que parecía esperar mis órdenes y la pantalla que reflejaba la luz de la ciudad.

Mi secretaria, Katrin Müller, estaba de pie junto a la puerta. Alta, elegante, con esa mezcla de eficiencia alemana y discreción que tanto valoraba.

—Señor Eisenhart —dijo con voz clara, pero suave—. Me alegra verle de vuelta —una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Voy a avisar a los directivos de que ha llegado para que se preparen para la reunión.

Asentí sin necesidad de palabras. Cada gesto, cada mirada, debía transmitir seguridad y autoridad.

Me acerqué al ventanal y observé de nuevo la ciudad. La distancia entre la terraza del edificio y el río Main parecía un abismo, pero era solo un abismo de altura; yo estaba acostumbrado a las alturas, a las distancias, a medir todo antes de actuar. Pensé en todo lo que había cambiado en cinco años y en lo que debía recuperar ahora. Cinco años perdidos, sí, pero no irrecuperables si mantenía el control.

Recordé mis visitas a la sede antes de mi ausencia, los recorridos por los pasillos, las reuniones intensas y las noches en la ciudad. Frankfurt había sido testigo de mis triunfos y mis derrotas, de mis decisiones firmes y de mis silencios calculados. Y ahora volvía con un único objetivo: demostrar que, a pesar de todo, seguía siendo el mismo CEO que había dejado atrás, frío, calculador y capaz de tomar las decisiones más difíciles sin vacilar.

Katrin llamó suavemente a la puerta.

—Señor Eisenhart, lo están esperando en la sala de reuniones.

Asentí nuevamente y respiré hondo, sintiendo cómo el peso de la responsabilidad se asentaba sobre mis hombros. Recogí los documentos que necesitaba, ajusté la corbata y me dispuse a salir del despacho.

Cada paso hacia la sala de reuniones era una afirmación: estaba de vuelta, y nadie podría poner en duda que *Eisenhart & Wolf* volvería a tener el

liderazgo que necesitaba, aunque los fantasmas del pasado permanecieran, silenciosos pero presentes.

Respiré hondo antes de abrir la puerta de la sala de reuniones. El sonido del pomo al girar fue un recordatorio silencioso de que estaba a punto de enfrentarme a un mundo que conocía demasiado bien, y que al mismo tiempo había cambiado sin mí.

Al abrir, me encontré con doce directivos ya sentados alrededor de la larga mesa de madera negra, todos trajeados con impecable pulcritud, hombres y mujeres de unos cuarenta años, con rostros que transmitían respeto, ambición y, en algunos casos, la misma curiosidad que yo sentía al verlos. Sus miradas se centraron en mí inmediatamente; sus sonrisas fueron un reflejo de reconocimiento y deferencia.

—Señor Eisenhart —dijo uno de ellos, con voz firme y controlada—. Bienvenido de nuevo.

Asentí ligeramente mientras caminaba hasta la cabecera de la mesa, colocando los documentos frente a mí, revisando mentalmente cada punto que quería tratar.

—Gracias por recibirme hoy —dije mirando a todos en general—. Han trabajado mucho estos años —continué—. Han seguido instrucciones, proyectos y decisiones de Leonhard como si fueran mías, y eso no pasa desapercibido. Les agradezco sinceramente su compromiso.

Hubo asentimientos en la sala y sentí cómo el aire se llenaba de esa mezcla de respeto y atención concentrada que solo se daba cuando la gente sabía que no podía permitirse el más mínimo error delante de alguien que sabe exactamente lo que quiere.

No mencioné mi ausencia de cinco años. Sabían la razón, sí, pero también entendían que yo no quería remover el pasado ni hablar de fantasmas innecesarios. El pasado estaba cerrado en un cajón que nadie debía abrir sin mi permiso. Mi único objetivo era centrarme en el presente y en la dirección que debía tomar la empresa.

Comenzamos a hablar de los nuevos proyectos que se estaban desarrollando en la sede de Madrid. Cada palabra que pronunciaba, cada pregunta que hacía, estaba medida, calibrada, como si estuviera jugando una partida de ajedrez en tiempo real. Mi mente analizaba a cada uno: quién estaba dispuesto, quién dudaba, quién necesitaba más dirección.

—En cuanto a los sistemas de automatización inteligente —dijo uno de los directivos—, hemos conseguido optimizar los procesos un veinte por ciento desde el último trimestre.

Asentí, observando sus reacciones: orgullo, satisfacción, seguridad.

—Excelente. Mantengan esa línea —respondí—. Pero recuerden, el margen de error es mínimo. Cada proyecto que implementamos debe ser impecable, sin excepciones.

Luego, pasamos a los proyectos de Frankfurt. Nuevas plantas, sistemas de energía sostenible, estrategias de expansión. Dos horas pasaron entre informes, gráficos y debates, y sentí cómo mi cuerpo respondía a la familiaridad del control absoluto. La sala era un tablero de estrategia, y yo volvía a ocupar la pieza central.

Al finalizar, uno a uno se acercaron para despedirse. Hombres y mujeres que, aunque habían trabajado bajo la tutela de Leonhard, querían expresar su respeto por mi regreso.

—Nos alegra que esté de vuelta —dijo uno.

—Ha sido una reunión productiva, señor —añadió otra.

Les devolví una mirada firme.

—Gracias. Lo único que quiero ahora es recuperar el tiempo perdido. Cinco años son demasiados para desperdiciarlos.

La mayoría asintió, algunos con sonrisas suaves, y pude notar en algunos ojos una mezcla de alivio y expectativa: sabían que, a pesar de todo, yo seguía siendo el mismo.

Regresé a mi despacho con la sensación de haber recuperado un pedazo de mi mundo. Llamé a Leonhard tan pronto como estuve solo.

—Ha ido bien —dije cuando descolgó sin dejarle tiempo para que me saludara o me dijera alguna de sus locuras—. Dos horas de reunión y todo el mundo parece satisfecho.

—Lo sé —respondió, con su habitual tono irónico—. Pero prepárate. Va a ser una semana larga con todas las reuniones que vas a tener.

—Perfecto —murmuré, dejando escapar una sonrisa que rara vez mostraba —. Necesito esta semana para volver a ser el CEO frío y calculador que *Eisenhart & Wolf* necesita.

—Eso es, hermano —dijo Leonhard, riendo—. Eso mismo.

Colgué y me quedé mirando por el ventanal de mi despacho. La ciudad brillaba bajo la luz de la tarde, y yo me sentí como un ave fénix: había resurgido de las cenizas de mi pasado, y ahora debía reconstruir todo lo que me había sido arrebatado.

La sensación era extraña, intensa y peligrosa: responsabilidad, poder y un deseo silencioso de no volver a fallar nunca. No solo por mí, sino por todo lo que representaba la empresa y por aquellos que habían confiado en mí incluso durante mi ausencia.

Suspiré, dejando que la luz de Frankfurt me envolviera mientras el murmullo lejano de la ciudad me recordaba que estaba vivo, de vuelta, y listo para reclamar mi lugar.

Capítulo 34

Matthias

El miércoles amaneció gris en Frankfurt, con ese cielo bajo y plomizo que parecía diseñado para recordar a cualquiera que allí nada se dejaba al azar. Todo era estructura, orden, previsión. Exactamente como *Eisenhart & Wolf*.

Bajé al vestíbulo del hotel a la hora exacta. Ni un minuto antes, ni uno después. La puntualidad no era solo una cuestión de educación; era una declaración de principios. El coche de la empresa esperaba ya en la entrada, negro, impecable, con el motor en marcha y el chófer erguido junto a la puerta trasera.

La vi antes de que ella me viera a mí.

La señorita Souto estaba de pie junto a uno de los pilares del *hall*, con el abrigo oscuro perfectamente ajustado a su figura y una carpeta de piel apoyada contra el costado. Tenía el cabello recogido en una coleta baja, pulcra, profesional, pero había algo en la forma en la que algunos mechones escapaban, en cómo se inclinaba ligeramente sobre los documentos que repasaba, que desentonaba con la frialdad del entorno.

Estaba concentrada. Absorbida. No levantó la vista hasta que me acerqué lo suficiente como para que notara mi presencia. Entonces alzó la mirada y me dedicó una sonrisa breve, educada, eficaz.

—Buenos días, señor Eisenhart.

—Buenos días, señorita Souto.

Nos dimos la mano. Un gesto sencillo, correcto. Profesional. Y, aun así, sentí ese contacto como una descarga breve, molesta, innecesaria.

Subimos al coche sin decir nada más. El chófer cerró la puerta y el vehículo arrancó con suavidad, deslizándose por las calles aún tranquilas de la ciudad.

Ella abrió inmediatamente la carpeta y comenzó a revisar los dosieres. Gráficos, anotaciones a mano, post-its de colores discretos. No era un repaso superficial; era una revisión estratégica. Se detenía, subrayaba algo con el bolígrafo, pasaba página, volvía atrás.

La observé de reojo. No porque quisiera, sino porque no pude evitarlo. La luz gris del exterior entraba por la ventanilla y dibujaba sombras suaves sobre su rostro. Sus ojos verdes recorrían los documentos con una rapidez precisa. No había nervios en ella, solo concentración. Seguridad. Dominio del contenido.

Y en ese momento recordé la reunión del día anterior. La forma en la que la señorita Souto había tomado la palabra sin pedir permiso, porque no lo necesitaba. Cómo había expuesto los escenarios de expansión con una claridad que había silenciado la sala. Cómo había respondido a las preguntas más incómodas sin perder la compostura, sin titubear, sin recurrir a tecnicismos innecesarios.

Había sido brillante. Leonhard no exageraba cuando decía que era un activo que no podíamos permitirnos perder. Y, sin embargo, no era solo eso lo que me venía a la cabeza mientras la observaba.

Había algo más. Algo incómodo. La manera en la que cruzaba las piernas. El movimiento sutil de su muñeca al pasar las páginas. El perfume discreto que flotaba en el aire del coche, limpio, elegante, femenino sin ser obvio.

Atractiva. No. Sexy. La palabra apareció en mi mente sin permiso, como una intrusión. La rechacé de inmediato. No debería pensar en ella de ese modo.

Era una de mis directivas. Una mujer brillante, joven, con un puesto que había conseguido a base de esfuerzo constante. No era una distracción, ni un objeto de deseo, ni un juego. Era parte del engranaje que yo debía dirigir con frialdad y precisión. Y, aun así…

Recordé la comida del día anterior. El restaurante del hotel, sobrio, elegante, con mesas bien separadas y una clientela mayoritariamente corporativa. Había sido yo quien había propuesto comer juntos, en un gesto que pretendía ser práctico, eficiente. Hablar de trabajo sin intermediarios.

Y lo habíamos hecho. Durante la mayor parte del tiempo.

Habíamos hablado de proyectos, de mercados, de riesgos. De Madrid, de Frankfurt, de los equilibrios internos de la empresa. Pero, entre plato y plato, habían surgido pequeñas grietas.

Ella había mencionado a su mejor amigo. A la niña. A ese ático que compartían desde hacía años, como una familia construida a base de elección y no de sangre.

No había dado detalles innecesarios. No se había expuesto más de lo justo. Pero había algo en su manera de hablar de ellos… una lealtad feroz. Una protección silenciosa. Eso me había llamado la atención más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Después, cuando acabamos la segunda parte de la reunión, había hecho algo que yo no esperaba. Le había propuesto cenar conmigo.

No como una orden. No como un movimiento de poder. Como una invitación directa, sincera, quizá demasiado.

Ella había dudado apenas un segundo.

—Le agradezco la invitación, señor Eisenhart —me había dicho—*, pero hoy estoy agotada. Necesito un baño, algo rápido de cenar… y hablar con mi sobrina antes de dormir.*

No había excusas forzadas. No había coqueteo. No había ambigüedad. Había límites, y los había marcado con una elegancia que no me había dejado

espacio para insistir sin quedar como un imbécil.

Y, aunque no lo reconocería en voz alta, eso había aumentado mi interés en lugar de disminuirlo.

El coche avanzaba ahora por una avenida amplia. El edificio de la sede comenzaba a verse a lo lejos, imponente, de acero y cristal, como una declaración de intenciones.

La señorita Souto cerró la carpeta por un momento y levantó la vista.

—Hoy propongo empezar por el bloque de optimización en Latinoamérica —dijo—. Creo que, después de lo de ayer, es donde más preguntas pueden surgir.

Asentí.

—Estoy de acuerdo. ¿Ha ajustado los escenarios de riesgo?

—Sí. He añadido dos variables nuevas en función de la respuesta del mercado brasileño y del cambio normativo en Chile.

No necesitaba ver los documentos para saber que lo tenía todo bajo control.

—Bien —respondí—. Eso nos dará margen de maniobra.

Volvió a bajar la mirada hacia los papeles. Yo me recosté ligeramente en el asiento, cruzando las manos, obligándome a mirar por la ventanilla. Debía centrarme.

Este viaje no iba de deseos ni de curiosidades. Iba de estrategia. De liderazgo. De demostrar, una vez más, que *Eisenhart & Wolf* funcionaba porque yo estaba al mando. Y, sin embargo, había algo en la señorita Souto que desestabilizaba ese equilibrio interno que tanto me había costado reconstruir.

No solo era la mujer brillante que veía en la sala de reuniones. Era la misma mujer que, de alguna manera que no alcanzaba a comprender del todo,

despertaba en mí la misma chispa que había sentido con Iria en el club desde el primer momento en el que la vi.

Una sensación absurda, irracional. Era como si dos mundos que no debían tocarse compartieran una misma corriente difícil de ignorar.

El coche se detuvo frente a la entrada principal de la sede. El chófer bajó primero y abrió la puerta. Salí, ajustándome el abrigo, y la señorita Souto hizo lo mismo, colocándose la carpeta contra el pecho con ese gesto automático de quien estaba a punto de entrar en su terreno.

Antes de avanzar, se giró ligeramente hacia mí.

—Gracias por confiar en mí para esta parte de la reunión —dijo—. No le defraudaré.

La miré durante un segundo más de lo necesario. No vi inseguridad. No vi necesidad de aprobación. Vi determinación.

—No lo dudo —respondí.

Entramos en el edificio juntos y, mientras cruzábamos el umbral de cristal y acero, tuve la certeza incómoda de que aquel miércoles no iba a ser tan sencillo como me había prometido a mí mismo.

La sala de reuniones de la planta quince era exactamente como debía ser: amplia, sobria, con una mesa de madera que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Doce sillas de cuero, ocupadas ya cuando entramos, rodeaban el espacio con una simetría casi militar. Pantallas encendidas, carpetas abiertas, Tablets alineadas. Todo estaba preparado.

Doce directivos. Hombres y mujeres. Profesionales curtidos, inteligentes, con años de experiencia y ambición medida. Algunos me conocían de antes de mi ausencia; otros solo por informes, decisiones firmadas y la sombra de un apellido que pesaba más que muchos currículos.

Las conversaciones se apagaron en cuanto crucé la puerta.

—Buenos días —dije con voz firme.

—Buenos días, señor Eisenhart —respondieron casi al unísono.

La señorita Souto caminó a mi lado hasta su asiento, dos puestos a mi derecha. No buscó protagonismo, tampoco lo necesitaba. Colocó sus documentos con precisión, encendió su portátil y esperó, erguida, atenta.

Tomé la palabra para abrir la sesión.

—Hoy vamos a profundizar en los puntos que dejamos abiertos ayer —comencé—. Propongo optimizar procesos, explorar la expansión internacional y definir ajustes estratégicos en mercados clave, con objetivos y plazos claros. Quiero claridad, datos y soluciones. No especulación —dije, y todos asintieron.

La reunión avanzó con fluidez durante los primeros minutos. Informes técnicos, cifras, análisis comparativos. Observé a cada uno con atención, midiendo tiempos de respuesta, seguridad al hablar, coherencia entre discurso y datos.

Y entonces llegó el turno de la señorita Souto.

—Si les parece —dijo con voz serena—, me gustaría retomar el bloque de Latinoamérica.

Todas las miradas se dirigieron hacia ella. Se levantó despacio, sin prisa, y se situó junto a la pantalla. Su postura era impecable: hombros rectos, barbilla alta, manos relajadas. Proyectó la primera diapositiva y comenzó a hablar.

—Tras analizar los resultados del último trimestre y cruzarlos con los cambios normativos recientes, hemos redefinido tres escenarios posibles para los próximos dieciocho meses…

No leyó. Expuso. Cada frase estaba pensada para ser entendida. No se escondía detrás de tecnicismos innecesarios; los usaba cuando hacía falta y los explicaba cuando era necesario. Respondía a las preguntas antes de que se formularan. Anticipaba objeciones.

Uno de los directivos alemanes la interrumpió.

—¿Y qué ocurre si el mercado brasileño no responde como prevén?

Ella no se inmutó.

—Lo hemos contemplado —respondió—. En ese caso, el impacto se compensaría con la optimización de procesos en México y Colombia, que ya están mostrando un crecimiento sostenido superior al esperado.

Proyectó otra gráfica, clara y precisa, y yo sentí algo muy parecido al orgullo.

No era vanidad. Era la confirmación de que Leonhard tenía razón. Aquella mujer no solo era brillante; era estratégica. Tenía visión a largo plazo y la capacidad de ejecutarla sin perder el control.

Mientras hablaba, no pude evitar observarla más allá de los datos.

El tono firme de su voz. La seguridad con la que se movía. La forma en la que sostenía la mirada de quien la cuestionaba sin resultar desafiante. Era atractiva incluso en ese contexto. No, atractiva no. Magnética. Y eso era un problema.

Porque no estaba viéndola solo como una directiva valiosa. Había algo más, algo que se colaba en mis pensamientos sin pedir permiso. Una curiosidad intensa, casi física, que no tenía cabida en esa sala.

Me obligué a centrarme en los números.

—¿Cuál es el margen de riesgo? —pregunté.

Ella me miró directamente a mí.

—Asumiendo el peor escenario, un cinco por ciento —respondió—. Pero con las medidas correctivas que proponemos, podríamos reducirlo a un tres.

Asentí.

—Es aceptable.

Continuó durante veinte minutos más. Cuando terminó, volvió a su asiento entre algunos murmullos de aprobación. No sonrió ni buscó reconocimiento. Simplemente retomó su lugar, como si aquello fuera lo normal.

La reunión siguió con otros bloques: innovación tecnológica, sostenibilidad energética, ajustes presupuestarios. Todos participaron. Hubo debate, desacuerdos, propuestas alternativas. Pero cada vez que ella intervenía, la sala se reordenaba a su alrededor.

Y yo la observaba. La forma en la que tomaba notas. Cómo fruncía ligeramente el ceño cuando algo no le cuadraba. Cómo asentía una vez, casi imperceptible, cuando alguien aportaba algo que encajaba con su visión. Sentí una punzada incómoda en el pecho.

Era la misma sensación que había tenido en el club, con Iria. No era la misma mujer, ni el mismo contexto y, sin embargo, sí que era la misma atracción inexplicable. La misma sensación de estar ante alguien que desafiaba mis certezas.

Y no entendía por qué. Tal vez era la inteligencia. Tal vez la seguridad. Tal vez esa mezcla peligrosa de control y emoción contenida que yo reconocía demasiado bien.

—Propongo una pausa para comer —dije finalmente, mirando el reloj—. Retomaremos todo dentro de una hora.

Hubo asentimientos generales. Las sillas se movieron y algunos directivos se levantaron ya comentando entre ellos.

La señorita Souto cerró su portátil y recogió los documentos con la misma calma con la que los había dispuesto.

—¿Le parece bien si repasamos un punto más durante la comida? —me preguntó en voz baja cuando nos quedamos unos pasos atrás.

—Claro.

Salimos juntos de la sala y, mientras caminábamos por el pasillo, rodeados de cristal y acero, tuve la certeza de que aquella mujer no solo era un activo

imprescindible para la empresa.

Era una distracción peligrosa. Una que empezaba a ocupar demasiado espacio en mi mente.

El restaurante estaba a apenas cinco minutos andando de la sede. Un local tradicional, discreto, con fachada de madera oscura y ventanales panorámicos que dejaban ver un interior cálido, alejado del acero y el cristal que nos rodeaban desde primera hora de la mañana. Era uno de esos lugares frecuentados por ejecutivos locales que preferían comer bien sin perder tiempo ni privacidad.

Entramos sin necesidad de reserva. El *maître* me reconoció de inmediato y nos condujo a una mesa apartada, cerca de una ventana desde la que se veía la calle, aún húmeda por la llovizna matinal.

La señorita Souto se quitó el abrigo y lo colgó con cuidado en el respaldo de la silla. Llevaba un vestido sobrio, de corte impecable, que marcaba su figura sin resultar provocador. Era profesional y, aun así, profundamente femenino.

—Aquí sirven buena cocina regional —comenté mientras abría la carta—. Nada sofisticado, pero delicioso.

—Perfecto —respondió—. Hoy agradezco algo sencillo.

El camarero se acercó con una sonrisa amable y nos ofreció la carta del día. Ella la leyó con atención, aunque no tardó demasiado en decidirse.

—Creo que voy a pedir *sauerbraten* —dijo—. Siempre me han hablado de él, pero nunca lo he probado bien.

—Es una buena elección. Carne marinada, sabor intenso. Yo pediré *bratwurst* con *sauerkraut* y *kartoffelpüree*. Y para compartir, quizás unos *brezeln*.

Ella pidió también una cerveza sin alcohol. Yo opté por agua mineral. Era una comida de trabajo, aunque el ambiente se suavizara.

Mientras esperábamos, hablamos de la reunión.

—La respuesta del comité ha sido buena —dije—. Más de lo que esperaba.

—Había margen para ello —respondió—. Frankfurt es exigente, pero justo. Si los datos son sólidos, saben reconocerlo.

La observé mientras hablaba. No gesticulaba en exceso ni buscaba convencer; exponía. Era una cualidad poco común.

—Leonhard tenía razón —añadí—. Es usted un pilar clave para la empresa.

Alzó la vista, sorprendida apenas un segundo.

—Gracias —dijo—. Significa mucho viniendo de usted.

No hubo falsa modestia, tampoco arrogancia, solo aceptación.

La comida llegó poco después. El aroma del *sauerbraten* llenó la mesa: vinagre suave, especias, una salsa oscura y espesa. Mi plato humeaba con la contundencia típica de la cocina alemana.

Comimos durante unos minutos en silencio, saboreando.

—Está… increíble —admitió tras el primer bocado—. Ahora entiendo por qué es un clásico.

—La cocina alemana no presume —respondí—. Simplemente cumple. —Ella sonrió ante mi respuesta.

Hablamos entonces de temas más ligeros. De viajes, de ciudades en las que habíamos trabajado, de la diferencia entre Madrid y Frankfurt. Evitamos los detalles personales profundos, pero hubo pequeños destellos: ella mencionó lo mucho que le costaba desconectar del trabajo; yo comenté mi tendencia a medirlo todo, incluso cuando no debía.

Y sentí que la química estaba ahí. No explícita ni evidente para nadie más que para nosotros. Una conexión sutil, hecha de silencios cómodos y miradas

que duraban un segundo más de lo estrictamente necesario.

Por primera vez en muchos años, me sentí… cómodo, y eso me inquietó.

El camarero volvió para ofrecernos postre y ella no dudó.

—¿Qué recomienda? —me preguntó.

—El *apfelstrudel* con salsa de vainilla —respondí sin pensar—. Y el *schwarzwälder kirschtorte* si quiere algo más contundente.

Compartimos un *schwarzwälder kirschtorte*. Ella tomó un sorbo de café y suspiró, satisfecha.

—Deberíamos volver —dijo ella, adelantándose, cuando miré el reloj—. No quiero que la pausa se alargue más de lo necesario.

Asentí y pedí la cuenta antes de que pudiera hacerlo ella. No discutió. Se levantó y se puso el abrigo con el mismo gesto meticuloso de siempre.

Salimos del restaurante y el aire frío nos recibió de nuevo. Caminamos uno al lado del otro en silencio durante unos segundos.

—Gracias por la comida —dijo finalmente—. Ha sido… agradable.

—Lo ha sido —respondí.

Y lo había sido demasiado.

Mientras regresábamos a la sede, supe con una certeza inquietante que aquella conexión no era pasajera. Que algo se estaba moviendo bajo la superficie, algo que no podía ni quería nombrar aún.

La reunión nos esperaba, sí, pero yo ya no estaba completamente donde debía estar.

Capítulo 35

Iria

La suite estaba en silencio cuando cerré la puerta tras de mí.

Un silencio denso, acogedor, casi íntimo, roto solo por el leve zumbido de la calefacción y el murmullo lejano de la ciudad filtrándose a través de los ventanales.

Frankfurt brillaba al otro lado del cristal, fría y elegante, como si incluso de noche se negara a relajarse del todo.

Dejé el bolso sobre el mueble de la entrada y me quité los zapatos con un suspiro lento, consciente de cómo el cansancio empezaba a asentarse en mi cuerpo. Había sido un día largo. Muy largo.

La reunión de la mañana había sido intensa, exigente, pero productiva. La de la tarde… aún más. Frankfurt no perdonaba la improvisación ni la mediocridad, y yo había tenido que estar al cien por cien en cada intervención, en cada respuesta, en cada gráfico proyectado.

Me acerqué al espejo del baño mientras me desabrochaba la blusa y me observé unos segundos.

No veía a una mujer nerviosa por una cena. Veía a una profesional cansada, satisfecha, concentrada. Y, sin embargo, había algo más. Un brillo extraño en los ojos. Una ligera tensión en el estómago que no tenía nada que ver con el trabajo, pero sí con mi jefe, el señor Eisenhart.

Exhalé despacio cerrando los ojos un instante.

Durante la reunión, lo había sentido mirarme más de una vez. No de forma descarada, y tampoco inapropiada. Pero estaba ahí. Su atención no se limitaba a los datos; me observaba a mí. Cómo hablaba. Cómo reaccionaba. Cómo me movía. Y eso me había hecho consciente de cada gesto.

No me había incomodado… pero tampoco me había dejado indiferente.

Me solté el pelo y lo dejé caer sobre los hombros. Luego abrí el armario y repasé las opciones con calma. No quería exagerar. Era una cena de trabajo. Pero tampoco iba a bajar en vaqueros y zapatillas.

Elegí un vestido negro, sencillo, de tirantes anchos que me quedaba por debajo de la rodilla. Elegante, sobrio… con ese punto femenino que no pedía permiso. Me lo puse despacio, como si cada movimiento me ayudara a cambiar de piel: de ejecutiva a mujer.

Me maquillé lo justo. Un poco de corrector, máscara de pestañas, labios naturales y me puse los pendientes pequeños de plata que siempre llevaba en ocasiones importantes.

Cuando el móvil vibró sobre la cama, ya sabía quién era, y sonreí aceptando la videollamada.

—¡Tíaaaaa! —gritó Vera en cuanto apareció su carita en la pantalla.

—Hola, mi vida —respondí al instante, sonriendo de verdad por primera vez en todo el día.

Héctor apareció detrás de ella, apoyando la barbilla en su hombro.

—Mírala —dijo—. Si es que parece una mujer importante.

—Porque lo soy —respondí, guiñándole un ojo a la niña.

—Tía, estás muy guapa —dijo Vera con absoluta seriedad—. ¿Tienes una cena de esas de mayores?

—Sí, cariño. Una cena de trabajo.

—¿Y te has puesto guapa para trabajar?

—Claro —reí—. No voy a ir en leggins y camiseta.

Vera frunció el ceño, pensativa.

—Pues yo voy en pijama de unicornios.

—Y haces muy bien —le dije—. Es el mejor uniforme del mundo.

Héctor se rio.

—Bueno, señorita ejecutiva —dijo—, cuando termines de conquistar Alemania, aquí te esperamos.

—Os echo de menos —admití, con un nudo leve en la garganta.

—Nosotros más —respondió él, suavizando el tono—. Anda, despídete de la tía.

Vera se acercó mucho a la cámara.

—Buenas noches, tía. No llegues tarde. Y dile a tu jefe que se porte bien.

Solté una carcajada.

—Lo intentaré —dije—. Te quiero.

—Yo más.

La llamada se cortó y la pantalla quedó en negro… solo para volver a iluminarse segundos después. Héctor había vuelto a llamar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Ahora que la criatura no oye… —dijo con una sonrisa torcida—. ¿Llevas preservativos?

—¿Perdona?

—Porque si no, los puedes pedir en recepción. Seguro que te los dan. Hotel alemán, discreción máxima.

Solté una carcajada tan fuerte que tuve que taparme la boca.

—Eres idiota.

—Soy realista —replicó—. ¿Y bien? ¿El jefe está tan bueno en persona como en las fotos? Porque no me lo has dicho desde que le conoces.

—Héctor…

—Eso no es un no.

Suspiré.

—Es atractivo —admití—. Y me cae… un poquito bien. Pero no voy a acostarme con él.

—No seas tonta —dijo—. A nadie le amarga un buen polvo con un tío bueno.

—Si no fuera mi jefe… —dije, pensativa—, puede que me lo tirara.

—Ajá.

—Pero lo es. Y debo ser profesional.

—Aburrida —sentenció—. Pero responsable. Te quiero igual.

—Y yo a ti —respondí, lanzándole un beso al aire.

—Disfruta de la cena y de las vistas, al menos, ya que no te vas a comer al jefe de postre.

—Por Dios —volteé los ojos y colgué. Y sí, me tuve que reír porque Héctor era… Héctor, sin más.

Me quedé unos segundos sentada en la cama, respirando hondo. Luego me levanté, cogí el bolso y me miré una última vez al espejo.

Era solo una cena. Eso me repetí mientras salía de la suite. Solo una cena.

El restaurante del hotel estaba a media luz, envuelto en una elegancia discreta que invitaba a bajar la voz y a moverse con calma. Maderas oscuras, mesas bien separadas, velas pequeñas que dibujaban sombras suaves sobre manteles impecables. Un lugar pensado para conversaciones importantes… o peligrosas.

Lo vi nada más entrar. El señor Eisenhart estaba apoyado en la barra del bar, de perfil, con una copa de vino tinto en la mano. Llevaba la chaqueta desabrochada y la corbata ligeramente aflojada, lo justo para restarle rigidez sin perder un ápice de autoridad. Parecía completamente cómodo en ese espacio, como si todo a su alrededor le perteneciera.

Levantó la vista y me miró. No fue una mirada fugaz ni casual. Fue lenta, directa, intensa. Me recorrió de arriba abajo sin disimulo, sin urgencia, con una atención que me hizo estremecer por dentro. Sentí un calor inesperado subir desde el estómago hasta el pecho y tuve que tragar saliva antes de obligarme a avanzar.

Por muy atractivo que me pareciera… seguía siendo mi jefe.

Crucé el restaurante con paso firme, recordándome a mí misma quién era y por qué estaba allí. Cuando llegué a su altura, él sonrió levemente.

—Está usted muy guapa esta noche, señorita Souto.

No hubo sarcasmo ni tampoco ironía, solo una afirmación sincera.

—Gracias —respondí, devolviéndole la sonrisa—. Usted tampoco desentona.

Sus labios se curvaron apenas un poco más.

Dejó la copa sobre la barra y, al girarse para indicarme el camino hacia la mesa, apoyó la mano en la parte baja de mi espalda. Fue un gesto breve, casi

imperceptible para cualquiera que no fuera yo. Pero lo sentí.

Una descarga corta, precisa, que me recorrió entera. Me tensé un segundo, sí, pero no me aparté.

Nos sentamos frente a frente. Él pidió vino sin consultar la carta, uno de esos nombres franceses imposibles de recordar y, por supuesto, absurdamente caro. Yo solo arqueé una ceja.

—Confío en su criterio —dije.

—Hace bien.

Cogí la carta y la repasé con atención. Todo tenía una pinta deliciosa, pero el cansancio empezaba a pesar y la indecisión me atrapó.

—No sé qué pedir —admití al final.

El señor Eisenhart me miró con esa expresión que ya empezaba a reconocer: calculadora y divertida.

—¿Puedo pedir por los dos?

Lo pensé un segundo.

—Sorpréndame.

El camarero volvió y él pidió con una seguridad que me arrancó una sonrisa involuntaria.

Para compartir como entrantes, *flammkuchen* crujiente con cebolla caramelizada y bacon, y una ensalada templada de queso de cabra con nueces y miel. De plato principal, *entenbrust*, que era una pechuga de pato con salsa de frutos rojos y puré de apio para mí, y r*inderfilet* al punto con reducción de vino tinto y patatas asadas para él.

—Y de postre —añadió—, *apfelstrudel* con canela y salsa caliente de vainilla. Uno para los dos.

Cuando el camarero se fue, lo miré divertida.

—¿Canela?

—¿Algún problema?

—Dicen que la canela es afrodisíaca.

Sus ojos grises brillaron con algo peligroso.

—Entonces he elegido bien.

Y fue su forma de mirarme en ese instante al decir aquello lo que hizo que me estremeciera de pies a cabeza pensando en cómo de peligrosa podría resultar esta noche y cómo acabaría.

La cena transcurrió entre risas, comentarios ingeniosos y una ligereza que no había sentido con él hasta ese momento. El señor Eisenhart no perdió su sarcasmo, pero lo usó como un juego, no como un escudo. Yo me relajé poco a poco, bajando la guardia sin darme cuenta.

—Nunca pensé que Frankfurt pudiera ser tan… llevadero —comenté mientras probaba el pato—. Siempre me pareció una ciudad demasiado seria.

—Lo es —respondió—. Pero incluso lo serio puede volverse interesante si sabes dónde mirar.

Me sostuvo la mirada unos segundos más de lo necesario.

Hablamos de trabajo, sí. Pero también de viajes, de decisiones vitales, de lo que cada uno había sacrificado para llegar hasta donde estaba. No entramos en detalles íntimos hasta que fui yo quien cruzó esa línea tras una pregunta sobre mi vida.

—Crecí en un pueblo pequeño de Galicia —dije—. De esos donde todo se sabe, pero nada se dice.

Él no me interrumpió. No hizo ninguna broma, solo escuchó.

—Mi madre era… buena —continué—. Demasiado, la verdad. Mi padre no lo era tanto. Y el pueblo miraba hacia otro lado. Siempre.

Sentí cómo el nudo en la garganta amenazaba con aparecer, pero lo mantuve a raya.

—Me fui en cuanto pude. Héctor y yo, en realidad. No hemos vuelto en trece años. Ni pensamos hacerlo.

—¿Nunca? —preguntó en voz baja y negué.

—Hay lugares que no merecen segundas oportunidades.

El señor Eisenhart asintió lentamente, como si entendiera más de lo que decía en voz alta.

—A veces irse es la única forma de sobrevivir.

Cuando nuestros platos quedaron vacíos, llegó el postre humeante, dulce, envolvente. La canela impregnó el aire entre nosotros.

Por un instante, el mundo pareció reducirse a esa mesa, a esa conversación, a esa tensión creciente que ya no podía ignorar.

Cuando terminé el último bocado, apoyé la cuchara con cuidado.

—Deberíamos volver —dije—. Mañana sigue siendo un día largo.

El señor Eisenhart llamó al camarero para que apuntara todo en su cuenta sin discutir. Se levantó y me ofreció el brazo para salir del restaurante.

Lo acepté y, mientras caminábamos juntos hacia el ascensor, supe que algo había cambiado. Y que ya no había marcha atrás.

El silencio entre nosotros no era incómodo; era denso. Cargado. Cada paso que dábamos por el pasillo alfombrado del hotel parecía acercarnos a un lugar del que ya no sería tan fácil regresar. Sentía su presencia a mi lado como una presión constante, firme y consciente.

El ascensor tardó unos segundos en llegar, pero a mí me parecieron minutos. Cuando las puertas se abrieron, entramos sin mirarnos. Él pulsó el botón de nuestra planta y el ascensor comenzó a subir con un zumbido suave.

Fue entonces cuando levanté la vista y vi que me estaba observando. No con la mirada analítica del CEO, ni con el control calculado del hombre acostumbrado a no mostrar fisuras. Era una mirada distinta. Más oscura. Más directa. Deseo, sin disfraces.

Mi estómago dio un vuelco.

—Creo que deberíamos aclarar algo —dije, rompiendo el silencio antes de que me fallaran las fuerzas.

Porque sí, no solo estaba notando una electricidad entre nosotros en este instante. Sino que la había sentido durante la cena, durante la comida, durante cada reunión a la que habíamos asistido y en cada momento que habíamos compartido desde que nos vimos por primera vez en su despacho.

—Adelante —respondió, sin apartar los ojos de mí.

—Si no fuera mi jefe… —Empecé, y me detuve un segundo, consciente de lo que estaba a punto de admitir—, probablemente ya me habría acostado con usted.

Una sonrisa lenta se dibujó en sus labios.

—No me sorprende —dijo—. A mí me ocurre algo parecido. No sé por qué, pero usted me atrae. Mucho. Y en otras circunstancias… la invitaría a pasar la noche conmigo sin dudarlo.

Solté una risa breve y nerviosa.

—¿Es de esos jefes que suelen acostarse con sus directivas?

Negó con la cabeza.

—No. Nunca lo he hecho.

—¿Y ahora?

—Con usted —respondió—, haría una excepción.

Las puertas del ascensor se abrieron en nuestra planta. Nadie entró. Nadie salió. El mundo parecía haberse detenido solo para nosotros.

Pero teníamos que salir, así que lo hicimos y caminamos hasta el final del pasillo. Mi corazón latía demasiado rápido.

—Nunca me he acostado con un jefe —dije mientras avanzábamos—. Cruzar esa línea puede ser muy peligroso.

Él se detuvo, y yo también.

—Lo sé.

—Pero si lo hiciera —continué, mirándolo de frente—, sería algo que se quedaría aquí. En Alemania. Sin repetirse. Sin comentarios. Sin consecuencias. No soy una mujer de compromisos ahora mismo… pero no le digo que no al buen sexo.

Sus ojos se oscurecieron aún más.

—Y, aun así —dijo—, sigo siendo su jefe.

—Exacto.

Durante unos segundos no hablamos, solo nos miramos. Sentí cómo el aire se volvía más espeso, cómo cada uno de mis sentidos se afinaba hasta doler. Y entonces sonrió. Una sonrisa ladeada y peligrosa.

—Finjamos algo —propuso—. Solo por esta noche. Que no somos jefe y empleada. Que somos dos personas adultas que han tenido una cita… y que se desean.

Tragué saliva y lo miré a los ojos. Vi el deseo ahí, sin reservas. Vi el riesgo. Vi la tentación, y me estremecí.

Me pasé la lengua por los labios, consciente de cada segundo, de cada latido.

—Una noche, señor Eisenhart —dije al fin, con voz firme a pesar del temblor interno—. Una noche y nada más es lo que habrá entre nosotros. Y, por supuesto, esto no hará peligrar mi puesto ni será aliciente para futuros ascensos.

Él levantó la mano despacio y la acercó a mí.

—Una noche y nada más.

Apreté su mano, y ese leve contacto selló algo que ya no podía deshacerse.

Y supe, en ese instante, que estaba cruzando una línea peligrosa… pero también que jamás me había sentido tan viva.

Capítulo 36



Iria

Caminamos en silencio, avanzando paso a paso hasta la suite del señor Eisenhart.

Él no me miraba, pero sentía su presencia a mi lado con una intensidad que me tensaba la piel. Yo mantenía la vista fija en el final del pasillo, intentando no pensar en lo que estaba a punto de suceder… y fallando estrepitosamente.

La suite del señor Eisenhart era distinta a la mía. Más oscura. Más sobria. Más masculina. Tonos grises y negros, líneas limpias, una elegancia contenida que hablaba de control, de orden, de alguien que necesitaba que todo estuviera exactamente donde debía estar.

Cerró la puerta tras nosotros y el sonido del pestillo al encajar fue suave, pero definitivo.

—¿Vino? —preguntó, rompiendo por fin el silencio.

—Sí —respondí, agradecida por algo a lo que aferrarme—. Una última copa.

No dijo nada más. Se quitó la chaqueta con un gesto lento y la dejó sobre el respaldo de una silla. Yo hice lo mismo con el abrigo, dejándolo con cuidado, como si ese leve acto me ayudara a retrasar lo inevitable.

Se acercó al mueble bar y sirvió dos copas de vino tinto. El sonido del líquido al caer era extrañamente íntimo. Cuando se giró y me tendió una, nuestros dedos se rozaron.

Un contacto mínimo, pero suficiente para que un leve escalofrío recorriera mi cuerpo.

—Por una noche —dije, levantando la copa.

—Y nada más —respondió él, y chocamos suavemente el cristal.

El primer sorbo me calentó la garganta. El vino era intenso, profundo, como todo en él. Me apoyé en el sofá, cruzando las piernas, intentando mantener la compostura.

—Esto no cambia nada —dije, más para mí que para él—. Mañana volveremos a ser quienes somos.

—Lo sé —respondió—. Y no hablaremos de ello.

Asentí.

—Nunca.

Se sentó a mi lado, guardando una distancia correcta, al menos al principio. Hablamos de cosas sin importancia durante unos minutos. Del hotel. De la ciudad de noche. De lo absurdo que era que dos personas adultas necesitaran poner tantas normas para algo tan simple.

Pero cada palabra nos acercaba un poco más.

—Está nerviosa —dijo de pronto.

—No —mentí—. Solo… consciente.

—Eso es peor.

Le miré, y esta vez lo hice de verdad. Sus ojos grises estaban más oscuros que nunca. No había prisa en ellos. No había ansiedad. Solo deseo contenido.

—Señor Eisenhart… —Empecé, pero no me dejó terminar.

Se inclinó hacia mí despacio, dándome tiempo a apartarme si quería. No lo hice. Estaba aquí porque quería, porque había sentido esa electricidad, esa conexión, esa química, esa atracción que no podía negar que sentía con mi jefe. Sus labios rozaron los míos apenas un segundo antes de besarme y fue… intenso.

No fue beso brusco ni desesperado. Fue un beso profundo, seguro, como si supiera exactamente lo que hacía. Sentí cómo algo dentro de mí se aflojaba, cómo mis manos se movían solas hasta apoyarse en su pecho.

Y pensé en todo lo que era. Mi jefe. Un hombre peligroso. Un error anunciado. Y, aun así, le devolví el beso.

Sus manos se posaron en mi cintura, firmes y cálidas, y me atrajo hacia él con un gesto lento, como si quisiera memorizar cada reacción mía. Me besó de nuevo, más despacio, más hondo, y yo sentí cómo me recorría un escalofrío que me dejó sin aliento.

Nunca me habían besado así. Con atención. Con intención. Como si no hubiera nada más que ese instante.

—Dime que pare —murmuró contra mis labios, pero no lo hice.

Al contrario, mis dedos se colaron bajo su camisa, tocando piel caliente, tensa. Sentí su respiración cambiar. Su mano subió por mi espalda, trazando un camino lento que me hizo arquearme contra él.

—Esto solo es una noche —susurré.

—Lo sé.

—Y mañana…

—Mañana seré su jefe —dijo—. Y usted será una de mis mejores directivas.

Asentí, con la boca demasiado ocupada para responder.

Me acomodó sobre el sofá con un cuidado que me desarmó. No hubo prisas. No hubo torpeza. Solo caricias que exploraban, besos que prometían, una complicidad silenciosa que me hacía sentir increíblemente deseada y segura.

Cuando su boca descendió por mi cuello, cuando sus manos aprendieron mi cuerpo como si lo conocieran de antes, perdí la noción del tiempo y simplemente me dejé llevar.

Pensé en lo absurdo de todo. En lo mucho que me había prometido no cruzar ciertas líneas. En lo fácil que era olvidarlas cuando alguien sabía tocarte así.

Las manos de mi jefe bajaron lentamente por mis costados y, cuando sentí el calor de las yemas de sus dedos en mi piel, habría jurado que yo misma estaba ardiendo en ese instante. Noté cómo subían despacio, acariciando cada centímetro de piel que encontraban a su paso, deslizándose por mis muslos hasta la cintura, y no tardé en darme cuenta de lo que iba a pasar.

En un movimiento rápido me quitó el tanga y lo dejó caer al suelo, me miró con los ojos brillantes y hambrientos como un depredador a punto de dar caza a su presa y, tras levantar la falda del vestido hasta dejarla alrededor de mis caderas, se inclinó sobre mi sexo y comenzó a lamer como si la vida le fuera en ello.

—Dios —jadeé, y noté cómo se reía y su risa vibraba en mi sexo.

Pero no se detuvo, sino que comenzó a lamer aún más rápido. Su lengua se movía con una precisión que me sorprendía, deslizándose entre mis pliegues, lamiendo y excitándome más a cada segundo que pasaba. Y sí, mentiría si dijera que no estaba disfrutando de ese oral que me estaba haciendo mi jefe.

Arqueé la espalda cuando noté que me penetraba con el dedo y aquello fue, sin duda, la gota que desbordó el vaso.

Comencé a mover las caderas mientras él seguía lamiendo mi clítoris y penetrándome, mientras me llevaba al borde de la locura y de perder el control por completo, y por más que hubiera bebido esta noche, no podía culpar al vino de lo que estaba haciendo.

Porque lo deseaba, porque lo estaba disfrutando y porque mañana al despertar todo quedaría olvidado. O eso me decía a mí misma, porque estaba comprobando que el señor Eisenhart era un perfecto amante y sería un tremendo compañero de juegos en el club.

Cuando el placer me alcanzó, fue lento, profundo e inevitable. Cerré los ojos, aferrándome a él, sintiendo cómo mi cuerpo respondía sin reservas.

Me quedé unos segundos sin fuerzas, respirando contra su hombro, y él me sostuvo.

—Solo una noche —repetí, con la voz aún temblorosa.

—Y nada más —confirmó.

Y quise creerlo.

No recordaba exactamente en qué momento dejamos el sofá. Solo que, de pronto, el señor Eisenhart estaba de pie frente a mí, cogiéndome de la mano, y que en su mirada no había prisa, pero sí una decisión firme. Me guio hacia la habitación con un gesto suave, casi reverente, como si aquel camino fuera parte de un ritual que ambos entendíamos sin necesidad de palabras.

La luz era tenue y cálida. La cama, enorme, impecable, parecía esperarnos desde siempre. Antes de llegar, se detuvo a un paso de ella.

—Mírame —dijo en voz baja, y lo hice.

Sentí cómo me recorría con la mirada, despacio, sin esconder el deseo. No había juicio, ni cálculo, ni poder. Solo un hombre observando a una mujer a la que deseaba.

Sus dedos buscaron el tirante de mi vestido. No tiró de él, lo deslizó lentamente, como si quisiera memorizar cada centímetro de piel que iba descubriendo. El segundo tirante siguió el mismo camino y segundos después, el vestido cayó al suelo sin ruido.

Me estremecí. No por pudor, sino por la intensidad con la que me miraba, por el modo en el que observaba mi cuerpo completamente desnudo ante él.

—Eres preciosa —murmuró.

Me besó de nuevo, esta vez con más hambre, y yo respondí sin pensar. Mis manos recorrieron su torso, desabrochando botones, deslizándose bajo la tela. Su camisa cayó después, revelando una piel marcada por la tensión, por la vida, por cicatrices invisibles.

Me sostuvo por la cintura y me recostó sobre la cama con un cuidado que me desarmó por completo. No hubo brusquedad. No hubo urgencia. Todo era lento, medido, cargado de una intención que me hacía arder.

Mientras se desnudaba, no aparté los ojos de él. Pensé en lo absurdo que era sentirme tan conectada a alguien con quien, en teoría, no debía estar. Pensé en lo fácil que era olvidar normas, cargos y consecuencias cuando el deseo se volvía tan claro, tan honesto.

Se recostó a mi lado, apoyándose en un codo, y me besó como si quisiera borrar cualquier duda que aún me quedara. Sus manos exploraron mi cuerpo con una mezcla perfecta de firmeza y ternura. Cada caricia parecía una pregunta. Cada respuesta mía, una confirmación.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí —respondí sin dudar—. Estoy donde quiero estar —le aseguré, y era verdad.

Cuando me besó, cuando me tocó, sentí cómo el mundo exterior se desvanecía. No había Frankfurt, ni empresa, ni jerarquías. Solo dos cuerpos buscándose con una intensidad que me dejó sin aliento.

Capítulo 37

Iria

Me olvidé del pudor y la vergüenza y de que era mi jefe, como me había pedido, y pensé en él como una cita cualquiera, un hombre con el que había cenado, por el que me había sentido atraído durante toda la noche y con el que iba a disfrutar del sexo, dando así un final apoteósico a la velada.

Llevé mi mano despacio por su torso mientras notaba cómo se estremecía bajo mis dedos, y cuando llegué a su miembro, ese que palpitaba grueso y erecto junto a mi muslo, lo envolví con ella y comencé a tocarlo. Gruñó en mi boca y sentí cómo palpitaba de nuevo. Seguí tocándole, disfrutando de su tacto, de cómo él se dejaba llevar también y cómo separaba mis piernas con la mano para deslizarla entre ellas y cubrir mi sexo por completo.

Sentí cómo me penetraba con el dedo y me moví de manera inevitable al compás que él marcaba, dejándome llevar por el deseo de querer correrme por segunda vez, y vaya si lo hice.

Liberé aquel segundo orgasmo dejando caer la cabeza hacia atrás, gritando con toda la fuerza que salió de mis pulmones mientras seguía tocándole a él y sentía su lengua y sus labios alrededor de uno de mis pezones.

Cuando liberé el clímax por completo, le empujé despacio sobre la cama. Nos miramos unos segundos y me moví sobre él. Rozaba mi sexo sobre su miembro erecto y palpitante mientras él me masajeaba los pechos y pellizcaba mis pezones. Esto hizo que gemidos, mezcla de quejido por el dolor y el placer, salieran de mis labios.

Me atrajo hacia él en un movimiento rápido y devoró mis labios con hambre, con urgencia, con esa misma necesidad que yo sentí. Y seguí moviéndome sobre él, notando cómo la fricción de nuestros sexos me llevaba de nuevo a sentir esa excitación que no me estaba abandonando en ningún momento.

Escuché más que vi que abría un cajón de la mesita y unos segundos después me aparta de él para ponerse un preservativo. Cuando lo hizo, sus manos se apoderaron de mis caderas y me atrajo hacia él para guiarme despacio sobre su miembro erecto y duro y no tardé en sentirlo abriéndose paso en mi interior.

Jadeé con los ojos cerrados mientras sentía cómo se me llenaba, cómo me colmaba por completo con su miembro palpitante, y ambos gemimos al sentirnos unidos. Fue algo que nunca me había pasado con nadie en una primera vez, como si mi cuerpo y el suyo se hubieran reconocido en ese instante.

Comencé a moverme, a dejarme llevar por lo que quería y sentía, y mis caderas rotaban sobre él mientras sentía el fuerte y acelerado latido de su corazón en las palmas de mis manos que reposaban sobre su torso.

El señor Eisenhart mantenía las manos en mis caderas, agarrándolas con fuerza hasta hacerme sentir que sus dedos se clavaban en mi carne, moviéndome, guiándome para penetrarme mejor, y así me hizo alcanzar un tercer orgasmo.

Sin romper el contacto, rodó sobre la cama hasta quedar sobre mí, volvió a besarme con hambre y necesidad a partes iguales y sentí cómo me hacía suya. Cómo me penetraba una y otra vez, entrando y saliendo cada vez más rápido y profundamente que la anterior.

Mis gemidos resonaban en el silencio de la noche y podía escuchar el latido acelerado de mi propio corazón.

Deslicé las manos por su espalda y arañé despacio, arqueé la espalda y le rodeé la cintura con mis piernas para poder sentirle mucho más dentro.

No sabría decir si fueron segundos o minutos después. Lo que sí sabía es que se retiró. Me hizo rodar sobre la cama hasta quedar boca abajo y, tras elevar mis caderas, comenzó a penetrarme de nuevo en medio de aquella habitación oscura apenas iluminada por la luz que entraba por la ventana.

Siguió moviéndose dentro y fuera, tan rápido y tan profundo que cuando quisimos darnos cuenta los dos estábamos gritando, con el cuerpo tembloroso y el clímax siendo liberado.

Aquel momento con mi jefe había sido inmensamente sensual. No hubo palabras innecesarias, solo respiraciones entrecortadas, miradas que decían más que cualquier promesa, manos que se aferraban como si supieran que aquello era efímero.

Cuando todo terminó, nos quedamos quietos, respirando el mismo aire, mirándonos sin prisas.

Él pasó los dedos por mi cadera, distraído, como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo.

—Si no fueras mi jefe… —dije, con una sonrisa cansada—, repetiría.

Y se echó a reír, una risa baja pero tremendamente sincera.

—Podemos seguir fingiendo —dijo—, al menos durante las horas en las que no trabajemos, que no somos jefe y empleada.

Cerré los ojos, sintiendo el peso agradable del cansancio.

—Eso sería muy… pero que muy peligroso.

No llegué a oír su respuesta.

El sueño me alcanzó con una suavidad inesperada, mientras su presencia seguía ahí, cálida, real… y peligrosamente tentadora.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando desperté con un calor extraño que me recorría la piel, un cosquilleo de memoria reciente y un peso en el pecho que no era miedo ni culpa, sino sorpresa y… confusión.

Abrí los ojos lentamente y me encontré con la habitación bañada por la luz tenue de la mañana, filtrada por las cortinas pesadas. Todo estaba tranquilo, silencioso, como si la noche anterior hubiera sido un sueño demasiado real.

Giré la cabeza con cuidado y lo vi: el señor Eisenhart dormía boca abajo, con los brazos bajo la almohada y los músculos de la espalda relajados pero tensos al mismo tiempo. Y fue justo en esa décima de segundo cuando mi mirada se detuvo, casi hipnotizada, en el ave fénix tatuado en su espalda. Ese mismo fénix que había visto antes… que conocía muy bien, aunque solo lo había visto dos veces y en circunstancias completamente diferentes.

Un golpe de realidad me atravesó como un rayo.

Ese hombre… ese hombre no era solo mi jefe. Era Mat, el hombre detrás del antifaz en el Club Índigo, el hombre con el que había compartido momentos íntimos y secretos en aquellas noches de juego y deseo. Y lo que me heló el corazón fue darme cuenta de que no solo me había dejado llevar por el deseo y la atracción y me había acostado la noche anterior con mi jefe, sino que me había entregado a él sin saberlo mucho antes de esa cena.

Mi mente comenzó a girar, intentando encajar las piezas. Pensé en las noches en el club, en sus gestos, su manera de mirarme, su sonrisa que siempre me desarmaba. En cómo no había caído en todo ese tiempo, Mat, Matthias. Matthias Eisenhart.

Y luego, la coincidencia brutal que me dejó sin palabras: si para Mat Leo era como un hermano, para mi jefe, Matthias Eisenhart, esa persona era Leonhard Wolf, otra figura de poder dentro de la empresa, otro rostro de autoridad. Mi vida había estado entrelazada con ellos de formas que jamás imaginé.

No solo me había acostado sin saberlo con el gran jefe para el que trabajaba, sino que había hecho un trío con él y su socio.

Me quedé allí, quieta, observándolo. La sensación de traición no estaba ahí. Solo un vértigo extraño, mezcla de asombro, deseo y… miedo. Miedo a lo que significaba esta conexión inesperada.

Por un instante, la idea de salir de la suite, fingir que no había descubierto nada y volver a mi vida normal pasó por mi cabeza. Podía levantarme, vestirme, marcharme y no volver nunca más a aquel juego que había empezado sin saber que me enfrentaba a mi jefe y a un hombre con el que ya había compartido tantas noches íntimas.

Pero algo en mí se rebeló. Ya no huía. Ya no.

Viéndolo dormir, comprendí que el miedo a enfrentar la verdad no era más fuerte que mi deseo de conocer la realidad, por dura que fuera. Me quedé allí, a su lado, observando cada detalle de su rostro, cada línea de su mandíbula, cada respiración profunda. Matthias Eisenhart, mi jefe, mi Mat, había estado entrelazado conmigo de formas que nunca imaginé.

Sentí una mezcla de emociones que me hicieron estremecer: excitación por lo que habíamos compartido, confusión por la identidad que acababa de descubrir y una especie de respeto por la vulnerabilidad que él mostraba incluso mientras dormía. Y comprendí algo crucial: esto no era un accidente, ni una casualidad, ni un simple juego. Era la realidad de mi vida, complicada, intensa, peligrosa… y tremendamente excitante.

Sabía que, cuando le contara esto a Héctor, su reacción sería idéntica a la mía: un shock absoluto. Pero también sabía que no podía retroceder, no podía deshacer lo que ya había vivido. Lo único que podía hacer era asumirlo, enfrentarlo y decidir cómo continuar.

Me recosté suavemente junto a él, sintiendo la calidez de su cuerpo sin tocarlo directamente. Mi mente repasaba cada detalle, cada gesto de la noche anterior, cada roce, cada beso. Lo que habíamos compartido seguía allí, intacto, suspendido en el tiempo. La ironía cruel de la situación me golpeó con fuerza: mi compañero de juegos y mi jefe eran la misma persona, y lo que habíamos compartido esa noche no era más que el inicio de un entendimiento que ninguno de los dos había planeado.

Respiré hondo y sentí un estremecimiento profundo. Sabía que las próximas horas, días o semanas serían un campo minado emocional y profesional. Pero también sabía algo más: estaba lista para enfrentarlo. No huiría. Ya no.

Mi mirada se posó en el fénix de su espalda una vez más, símbolo de renacimiento, de resurgir de las cenizas, y comprendí que, de alguna manera, eso era lo que me estaba sucediendo a mí. Mi vida había cambiado de forma irrevocable.

No desperté a Mat. Lo observé, respirando su aroma, sintiendo su calor y dejando que mi mente procesara la magnitud de lo que acababa de descubrir. Un secreto compartido, un vínculo profundo, un deseo contenido y un poder que él ejercía sobre mí sin necesidad de palabras. Todo estaba claro y, al mismo tiempo, completamente confuso.

Por un momento, cerré los ojos, y una sonrisa irónica se dibujó en mi rostro.

—*Esto… esto va a ser complicado* —susurré para mí misma.

Y mientras la luz de la mañana iluminaba la suite, comprendí que todo lo que creía saber sobre Mat, sobre Matthias Eisenhart, sobre mi vida profesional y personal, estaba a punto de cambiar, y que la segunda parte de esta historia no tardaría en comenzar.

Me incliné ligeramente hacia él, sin tocarlo, solo para absorber ese instante: el hombre que me había hecho arder de pasión, que me había llevado a un orgasmo sublime y que ahora yacía dormido a mi lado… era el mismo hombre con el que tendría que enfrentar una verdad mucho más grande.

—*Prepárese, señor Eisenhart* —murmuré con una sonrisa—. *Porque esto no ha hecho más que empezar.*

Y con eso me quedé ahí quieta, observando, dejando que la claridad y el desconcierto se mezclaran en un silencio cargado de promesas, deseo y la certeza de que la segunda parte de nuestra historia sería aún más intensa, peligrosa e irresistible de lo que ninguno de los dos pudiera haber imaginado jamás.

Continuará…


VERDAD QUE CONDENA
LOS DESEOS PROHIBIDOS 2
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu